







76



XIX

80 (iv)

LOS MISTERIOS
DE PARIS.





FOR MISTERS

DE PARIS



LOS MISTERIOS
DE PARIS,

POR M. EUGENIO SUÈ,

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. M. G.



José María Gouvier

TOMO CUARTO.

VALENCIA:
IMPRENTA DE D. JOSE MATEU CERVERA,
A CARGO DE V. LLUCH. = 1844.

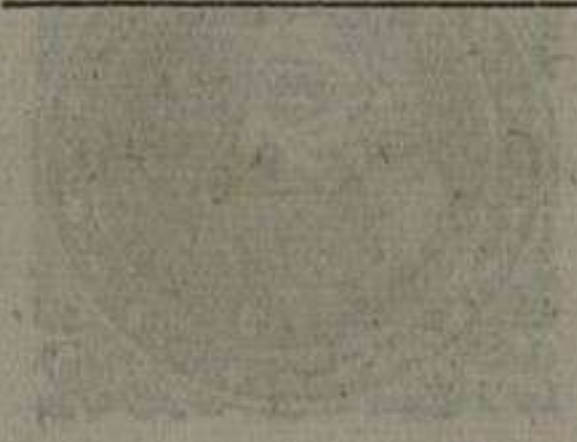
LOS MISTÉRIOS

DE

LOS MISTÉRIOS

DE LOS MISTÉRIOS

Es propiedad del Editor.



LOS MISTÉRIOS

IMPRESA

IMPRESA DE R. JOSE MATEU CERVILLA

A. CARGO DE A. LUCAS. = 1844

R. 134

CAPÍTULO I.

—NON—

EL BATEL.

El aspecto de la isla que habitaba la familia Marcial, era siniestro por la noche ; pero es imposible concebir nada mas risueño que aquella morada maldita, iluminada por la brillante luz del sol. La isla, poblada de sauces y álamos, y cubierta casi enteramente de espesa yerba, la que atravesaban algunas veredas de amarilla arena, encerraba una pequeña huerta con gran número de árboles, y en medio de este vergel se levantaba la barraca con techo de rastrojos, donde queria retirarse Marcial con Francisco y Amandina. Por aquel lado terminaba la isla en una punta guarnecida de una estacada para evitar el que se desmoronasen las tierras.

Una glorieta con un cenador verde se alzaba frente á la casa que tocaba casi en el desembarca-

dero, y estaba destinada á sostener en verano las vides de una parra y de un lúpulo, á cuya sombra se preparaban las mesas de los bebedores.

Formábase á uno de los lados de la casa una pequeña ala mas baja que el cuerpo principal del edificio, destinada á servir de leñero y pajar, encima de la cual habia una ventana, cuya puerta estaba atrancada con planchas de hierro fundido, aseguradas con dos barras trasversales del mismo metal, clavadas á la pared con fuertes grapones.

Los ganchos del desembarcadero sujetaban tres bateles ó pontones. En el fondo de uno de ellos estaba Nicolás probando el juego de una trampa que habia colocado en él. Calabaza estaba de pie sobre un banco que habia fuera de la glorieta; y cubriéndose los ojos con la mano á manera de visera, dirigia la vista cuan lejos alcanzaba, en la direccion que debian tomar la señora Serafina y Flor Celeste para pasar á la isla.

— No parece nadie todavía, ni vieja, ni jóven, dijo dirigiéndose á Nicolás, y bajando de su banco. ¡Vamos! habremos trabajado como ayer por las benditas almas. Si no llegan esas mugeres antes de media hora, tendremos que abandonar esta empresa, porque el golpe con que nos aguarda el Zurdillo, vale mas que este. La corredora del diamantista estará en su casa de los Campos Eliseos á las cinco, y nosotros debemos estar por fuerza antes que ella: esta mañana nos lo ha vuelto á encargar la Mochuelo.

— Tienes razon, contestó Nicolás saliendo de su barquillo. ¡Mal rayo se lleve á esa vieja que nos hace perder el tiempo en nada! La trampa va á las mil maravillas; pero á este paso, de dos negocios no saldremos con ninguno.

— Además de que el Zurdillo y Barbillon nos ne-

cesitan ; porque sin nosotros no pueden hacer nada.

— Es cierto, porque mientras se dará el golpe, será menester que el Zurdillo esté en acecho fuera de su taberna, y Barbillon por si solo no es bastante para arrastrar á la corredora que dará buenas pernadas.

— ¿No te acuerdas que la Mochuelo nos dijo riendo, que tenia al Dómine á pupilage en aquella cueva?

— No es la misma : es otra mas profunda todavía, y que se inunda cuando el rio tiene avenida.

— ¡Qué divertido debe estar el Dómine en la cueva, solo y ciego!

— Lo que es alli dentro, tanto le valdrá que vea como que no, porque la cuevecita está negra como boca de lobo.

— Cuando habrá concluido de cantar para distraerse todas las canciones que sepa, el tiempo le parecerá bien largo.

— La Mochuelo dice que se entretiene cazando ratones, porque la cueva es pais abundante en caza.

— A propósito de diversiones : ¿qué tal, Nicolás? ¿no te parece que aquel de allá arriba ha de matar el tiempo royéndose las carnes? repuso la hermana del bandido señalando con una sonrisa feróz la ventana cerrada con planchas de hierro.

— ¡Bah!... á estas horas estará durmiendo. Desde esta mañana no se le oye patear, y su perro está tambien mudo.

— Quizás lo habrá muerto para comérselo, porque en dos dias deben rabiar los dos de hambre y de sed allá dentro.

— Esto es cuenta suya ; en su mano tiene Marcial el permanecer asi todo el tiempo que quiera, si es que esto le divierte.... Cuando habrá acabado, di-

remos que ha muerto de enfermedad, y nadie lo ha de extrañar.

— ¿Lo crees tú así?...

— ¡Toma si lo creo! Esta mañana, yendo á Asnieres la madre, encontró á Ferot el pescador; y como la haya manifestado alguna sorpresa por no haber visto en dos dias á su amigo Marcial, le ha dicho que estaba en cama.... y tan enfermo.... que se desesperaba de su vida: Ferot se la tragó mas dulce que una miel: lo dirá á otros, y cuando llegará el caso, se tomará por la cosa mas sencilla del mundo.

— Sí; pero no morirá pronto, porque de este modo es cosa larga.

— ¿Y cómo lo habíamos de hacer? de otro modo no habiéramos podido con él; porque ese demonio de Marcial, cuando se pone furioso, es malo como todos los diablos, y ademas fuerte como un toro: desconfiaba ya de nosotros, y hubiera sido peligroso el acercárnosle, mientras que una vez clavada la puerta por defuera, no podia hacer nada teniendo reja á la ventana.

— ¿Nada? podia arrancar las barras de la reja socavando con su cuchillo la argamasa, como lo hubiera hecho á no ser por mí, que subida á lo alto de la escalera de mano, le picaba los dedos con mi hacha, cada vez que queria volver á emprender su obra.

— ¡Qué diversion! dijo el bandido zumbándose; ¡tú sí que te divertirias!

— Fuerza era darte tiempo para que llegases con las planchas que habias ido á buscar á casa del señor Micou.

— ¡Pobre hermano! echaria espuma de rabia.

— Rechinaba los dientes como un endemoniado: dos ó tres veces intentó rechazarme, repartiendo

sendos palos á través de la reja; pero entonces, como que no tenia mas que una mano libre, no podia trabajar en arrancarla, que es lo que yo queria.

—Por fortuna no hay en su cuarto chimenea.

—Pero sí una puerta sólida; y él tiene las manos perdidas; á no ser así, capáz seria de agujerear el hierro.

—¿Y las barras? ¿pasaria por entre ellas? No, no; no hay peligro de que escape; los postigos de la ventana están forrados con hierro, y asegurados con dos barras del mismo metal, y la puerta clavada por defuera con clavos de barco de á tres pulgadas. Vamos, es un ataud mas sólido que si fuera de encina ó de plomo.

—Dime: y cuando vendrá la Loba á buscar á su amante, como ella le llama....

—Se la dirá: Búscale.

—¿Sabes que si la madre no hubiese encerrado á ese par de pillualos, hubieran sido capaces de roer, como ratones, la puerta para salvar á Marcial? Ese canalla de Francisco se ha vuelto un verdadero diablillo, desde que sospecha que hemos encerrado al hermano.

—Dices bien; ¿y hemos de dejarlos en el cuarto de arriba, mientras que vamos á salir de la isla? Su ventana no tiene reja, y no tendrian mas que dar un salto.

Llamaron en este momento la atencion de Nicolás y su hermana unos gritos y sollozos que salian de la casa: vieron cerrarse con violencia la puerta del piso bajo, que hasta entonces habia estado entreabierta, y un minuto despues apareció, á través de las barras de la ventana de la cocina, el rostro pálido y siniestro de la viuda de Marcial, que con su largo y huesoso brazo hacia señal á sus hijos de que fuesen allá.

— Vamos, vamos; sin duda habrá broma allá dentro; apuesto á que es Francisco que no quiere obedecer á la madre, dijo Nicolás. ¡Canalla de Marcial!... á no ser por él, ese chico hubiera estado solo, y lo hubiéramos manejado á nuestro antojo.... Atisba bien, y si ves venir á las dos mugeres, llámame.

Mientras que Calabaza, vuelta á subir sobre su banco, espiaba á lo lejos la venida de la señora Serafina y de la Guillabaora, Nicolás entró en la casa. Amandina, arrodillada en medio de la cocina, sollozaba y pedia perdón por su hermano Francisco, que irritado y amenazador, clavado á uno de los ángulos de la pieza, blandía el hacha de Nicolás, y parecía dispuesto á hacer aquella vez una resistencia desesperada á la voluntad de su madre. Esta, impasible siempre y silenciosa, señaló á Nicolás la entrada de una gruta abierta en la cocina, cuya puerta estaba entreabierta, é indicó á su hijo que encerrara á Francisco en ella.

— ¡No me encerrareis! esclamaba el muchacho resuelto, y con unos ojos brillantes como los de un gato montés; ¿quereis dejarnos morir de hambre aquí dentro á mí y á Amandina, como habeis hecho con nuestro hermano Marcial?

— Por amor de Dios, mamá, dejadnos en el cuarto de arriba como ayer, decia la niña con tono de súplica y las manos juntas; en esta negra gruta nos moriríamos de miedo.

La viuda miró con un gesto de impaciencia á Nicolás, como echándole en cara el no haber ejecutado todavía sus órdenes, y con un nuevo gesto imperativo le señaló á Francisco. Viendo el jóven adelantarse hácia él á su hermano, blandió su hacha, y esclamó con un gesto desesperado:

— ¡Quereis encerrarme! tanto peor para vosotros;

porque ni que sea mi madre, ni mi hermano, ni Calabaza, descargo un golpe, y el hacha corta.... ¡voto va!

Nicolás conocía, lo mismo que su madre, la necesidad de impedir que los dos niños socorriesen á Marcial, mientras estuviese sola la casa, y la precision de ocultarles la escena que iba á tener lugar, porque desde su ventana se veía el rio donde iban á ahogar á Flor Celeste; pero Nicolás, que era tan cobarde como feróz, y tenia respeto á la temible hacha de que estaba armado su hermano, repugnaba en acercársele. Enfadada la viuda por la tardanza de su hijo mayor, dióle un empujon por la espalda, impeliéndolo hácia Francisco; pero Nicolás retrocedió de nuevo, y exclamó:

— ¿Y qué es lo que hago, madre, cuando me habrá herido? Bien sabeis que muy pronto he de necesitar de mis brazos; y á fé que todavía me resiento del golpe que me dió aquel canalla de Marcial....

La viuda se encogió de hombros con desprecio, y dió un paso hácia Francisco.

— No os acerqueis, madre, exclamó este furioso, ó vais á pagarme todas las tundas que nos habeis dado á mí y á Amandina.

— Hermano, no hagas esto, ¡Dios mio! antes déjate encerrar.... no vuelvas contra la madre tu arma.... exclamó Amandina aturdida.

De repente vió Nicolás sobre una silla una gran manta; cogióla, la dobló por medio, y lanzóla certeramente á la cabeza de Francisco que, envuelto entre sus anchos pliegues, no pudo hacer uso de su arma por mas esfuerzos que hizo. Precipitóse entonces Nicolás sobre él, y ayudado por su madre, lo arrastró hasta la gruta. Amandina, que habia permanecido arrodillada en medio de la co-

cina, se levantó con viveza así que vió la suerte de su hermano, y á pesar de su terror, fué por sí misma á unírsele. Cerróse la puerta con dos vueltas, y los dos hermanos quedaron prisioneros.

— ¡El tuno de Marcial es el que tiene la culpa de que ese par de bichos se hayan desencadenado contra nosotros! exclamó Nicolás.

— Desde esta mañana no se oye ningun ruido en su cuarto, dijo la viuda con aire pensativo, y con un estremecimiento que pronto venció.

— Esto prueba, madre, que habeis hecho muy bien en decir á Ferot, el pescador de Asnieres, que hacia dos dias que Marcial estaba en cama sin esperanzas de vida; así no habrá quien estrañe despues su muerte.

— ¿Ha venido la Mochuelo mientras he estado yo en Asnieres? repuso bruscamente la viuda, como si hubiese querido librarse de una idea que la daba pena.

— Sí, madre.

— ¿Y por qué no se ha quedado para acompañarnos á casa del Zurdillo?... Desconfio de ella.

— ¡Bah! madre, vos desconfiais de todo el mundo; hoy de la Mochuelo, ayer del Zurdillo.

— El Zurdillo está libre, hijo mio, y tu hermano está en Tolon, cuando cometieron el robo juntos.

— Aunque repitais esto toda vuestra vida, nada me probais; la razon por qué el Zurdillo se libró, es porque es ladino como una raposa.... Nada mas que esto. Y la Mochuelo no se ha quedado aqui porque tenia cita á las dos, junto al Observatorio, con el señoron enlutado, por cuya cuenta robó, ayudada por el Dómine y Jorobeta, aquella jóven campesina, á cuya expedicion les condujo Barbillon en un coche que tomó el señor. A ver, madre, si me decís cómo es posible que la Mochuelo nos

venda , cuando ella nos cuenta las suyas , y nosotros no le decimos las nuestras. Porque de la inmersión que vamos á practicar , ninguna noticia tiene. Perded cuidado , madre ; los lobos no se muerden unos á otros. ¡Este será un día magnífico! Cuando pienso que esa corredora lleva á menudo por valor de veinte y de treinta mil francos en diamantes en su espuerta , y que antes de dos horas la tendremos en la caverna del Zurdillo.... ¡Treinta mil francos en diamantes! ¿qué os parece?

—¿Y mientras nosotros daremos el golpe , el Zurdillo se mantendrá fuera de su taberna? dijo la viuda con aire de sospecha.

—¿Pues dónde quereis que esté? Si fuera alguien á su casa , ¿no es él quien debe contestar , y apartarle del sitio en que nosotros haremos nuestro negocio?

—¡Nicolás , Nicolás! gritó de repente Calabaza de la parte de afuera , ahí están las dos mugeres.

—¡Vamos , madre! poneos pronto el chal , y voy á dejaros en tierra ; siepre será adelantar camino.

La viuda habia cambiado por una papalina de tul negro su marmota de luto , envolviéndose en un pañolón de abrigo , de cuadros blancos y grises ; cerró la puerta de la cocina ; dejó la llave detrás de uno de los postigos de la ventana del piso bajo , y siguió á su hijo al embarcadero , echando casi á su pesar , al mismo tiempo que frunció las cejas y mordió los labios , una larga mirada á la ventana de Marcial : sobrecogiola bruscamente un nuevo estremecimiento , pero pronto lo dominó murmurando en voz baja:

— El se tiene la culpa.... él se tiene la culpa.

— ¿Las ves , Nicolás , allá abajo á lo largo del terreno? Son una aldeana y otra muger de edad , exclamó Calabaza señalando á la otra márgen del río

á la señora Serafina y á Flor Celeste, que bajaban por un caminito que daba vuelta á un terrontero bastante elevado, desde el que se descubria un horno de yeso.

—Aguardemos la señal, dijo Nicolás, no vayamos á cometer una torpeza.

—¿Estás ciego? ¿no conoces á la gorda que vino anteayer? Mira su chal color de naranja. ¡Y la labriega que prisa se da! Se vé que es buena chica todavía, y que no sabe lo que la espera.

—Sí, sí, ya he conocido á la gorda: ¡bravo! esto marcha, esto marcha. Ea, Calabaza, combinemos bien el golpe. Yo tomaré á las dos en la barca de la trampa, tú me seguirás en la otra, cerquita, cerquita, y cuida de remar justo, para que de un salto pueda pasar á tu batel así que habré levantado la trampa, y se hunda el mio.

—No tengas cuidado; sabes que no es la primera vez que remo.

—No tengo miedo de anegarme; tú sabes si nado bien; pero sino saltaba á tiempo en la otra barca, pudieran agarrarse á mí las dos mugeres mientras se debatieran; y por mi parte las doy gracias; malditas las ganas que tengo de *beber agua* con ellas.

—La vieja hace señas con el pañuelo, dijo Calabaza; ya están en la playa.

—Vamos, vamos, embarcaos, madre, aquí en la barca de la trampa; porque así no desconfiarán ellas. Y tú, Calabaza, salta en la otra, y manos á la obra, hija mia: ¡fuerte al remo! ¡Ah! toma el vichero y pónitelo al lado: es agudo como una lanza, y podría sernos útil. ¡Ea, en marcha! dijo el bandido colocando en el batel de Calabaza un largo vichero, que remataba en un hierro agudo. En pocos momentos llegaron las dos barcas á la playa, en que los aguardaban la señora Serafina y Flor

Celeste, hacia algunos minutos. Acercóse aquella á Nicolás mientras atracaba á un poste clavado en la playa, y le dijo en voz baja y muy rápida:

— Decid que nos está esperando la señora Jacinta; y luego repuso en alta voz: ¿Hemos tardado un poco, no es verdad?

— Sí, mi buena señora, la señora Jacinta ha preguntado ya por vosotras muchas veces.

— Ya veis, querida, que vuestra amiga nos espera, dijo la señora Serafina dirigiéndose á Flor Celeste, que á pesar de su confianza, habia sentido oprimirsele el corazón al ver la siniestra presencia de la viuda, de Calabaza y de Nicolás; pero el nombre de la señora Jacinta la tranquilizó, y contestó en seguida:

— También estoy yo muy impaciente por verla; por fortuna el paso es corto.

— ¡Qué contenta va á ponerse la buena señora! dijo Serafina, y dirigiéndose á Nicolás, añadió: A ver, muchacho, si acercais un poco mas vuestra barca para que podamos entrar. Y añadió por lo bajo: Es absolutamente necesario el ahogar á la jóven; si volviese á salir, hundidla otra vez.

— Está bien; vos no tengais miedo; cuando yo os haré una señal, dadme la mano. Se hundirá sola; todo está preparado, y nada teneis que temer. Y luego ofreció la mano á Flor Celeste con una impasibilidad feróz, y sin que le conmovieran ni su belleza ni su juventud. La jóven se apoyó ligeramente en ella, y entró en la barca. Ahora vos, mi buena señora, dijo Nicolás á la señora Serafina ofreciéndole á la vez su mano.

Fuese presentimiento, desconfianza, ó solo el temor de no saltar con bastante ligereza del barco en que iban Nicolás y la Guillabaora, cuando aquel se

hundiria, el ama de Santiago Ferrand retiróse diciendo:

— No, no; prefiero ir con la señorita; y se colocó al lado de Calabaza.

— ¡Sea enbuenhora! dijo Nicolás haciendo á su hermana un guiño significativo, al que esta correspondió.

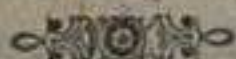
Apoyó en la arena la punta del remo, y dió á su batel un vigoroso impulso: su hermana imitó esta operacion así que la señora Serafina estuvo á su lado.

La viuda, de pie é inmóvil sobre la playa, é indiferente á aquella escena, clavaba pensativa y absorta los ojos en la ventana de Marcial que se distinguia desde allí á través de los álamos. Mientras tanto las dos barcas, la primera de las cuales llevaba á Flor Celeste y Nicolás, y la otra á la señora Serafina y Calabaza, se separaron lentamente de la margen del rio.





CAPÍTULO II.



La dicha de volverse á ver.

Vamos á retroceder un poco, antes de presentar al lector el desenlace del drama que tenia lugar en la barca, con trampa, de Marcial.

Pocos momentos despues que hubo salido Flor Celeste de San Lázaro con la señora Serafina, la Loba habia sido tambien puesta en libertad, pues gracias á las recomendaciones de la señora Armand y del director, que querian recompensarla por su buena accion con Juanona, se habia hecho gracia á la querida de Marcial, de algunos dias que la faltaban para cumplir su condena. Habíase obrado por otra parte en el alma de aquella criatura, hasta entonces corrompida, envilecida é indómita, un cambio completo; pues que teniendo siempre presente en la imaginacion el cuadro de la vida pacífica,

áspera y solitaria que la trazára Flor Celeste, había concebido un verdadero horror por su vida pasada. Su único objeto era ya el retirarse con Marcial al fondo de los bosques: esta se había hecho una idea fija, contra la cual se habían pronunciado en vano todos sus antiguos y malos instintos, mientras que separada de la Guillabaora, cuya creciente influencia había querido huir aquella muger singular, se había retirado á otro departamento de San Lázaro.

Para obrar aquella rápida y sincera conversion que aseguraba y consolidaba aun la impotente lucha de los hábitos perversos de su compañera, Flor Celeste, siguiendo el impulso de su ingenio y fino juicio, había raciocinado de este modo. La Loba, criatura violenta y resuelta, ama apasionadamente á Marcial; de consiguiente debe llenarse de júbilo al entrever la posibilidad de salir de la ignominiosa vida, de que por primera vez se avergüenza, y de consagrarse enteramente á ese hombre áspero y salvaje, cuyas inclinaciones todas se reflejan en ella, y que busca la soledad, tanto por gusto, como por sustraerse á la reprobacion que persigue á su detestable familia. Con estos solos elementos que adquirió en su conversacion con la Loba, había cambiado en muger honrada á una criatura perdida, dando una direccion laudable á la feróz pasion y atrevido carácter de aquella.... Porque, ¿no es absolutamente el deseo de una muger honrada el no pensar en otra cosa que en casarse con Marcial, para retirarse con él en medio de los bosques á vivir de su trabajo y privaciones?

Confiada la Loba en el apoyo que Flor Celeste le había ofrecido en nombre de un bienhechor desconocido, iba á hacer á su amante esta proposicion laudable, pero con el amargo temor de oír una negativa; porque así como la había conducido

la Guillabaora hasta el arrepentimiento de lo pasado, le inspirara también la conciencia de su posición con respecto á Marcial. Una vez libre, no pensó mas que en ver á su hombre, como le llamaba ella. Muchos dias hacia ya que no habia recibido de él noticia alguna; pero confiando encontrarlo en la isla del Devastador, y decidida á esperarle si no estaba, subió á un coche de alquiler, que pagó generosamente, y mandó la condujeran con rapidéz al puente de Asnieres, que atravesó cosa de un cuarto de hora antes que la señora Serafina y Flor Celeste, que iban á pie desde la barrera, hubiesen llegado á la plaza junto al horno de yeso.

Siempre que Marcial no iba á tomarla en su barca para conducirla á la isla, se dirigia á un viejo pescador llamado Ferot, que habitaba junto al puente.

Serian las cuatro de la tarde cuando paró un coche á la entrada de una de las estrechas calles de Asnieres, del cual se apeó de un salto la Loba, y dando un napoleon al cochero, se dirigió precipitadamente á casa de Ferot el pescador. Habíase mudado el traje de la casa correccional, y llevaba puesto un vestido de merino verdemar, un chal rojo con listas imitando á la cachemira, y una papalina de tul adornada con cintas, sin que sus erizados y ondulosos cabellos hubiesen sido ni siquiera alisados; porque en su ardiente impaciencia por ver á Marcial, se habia vestido con mas prisa que cuidado. Cualquiera otra muger se hubiera tomado el trabajo de querer parecer bella en la primera entrevista despues de tan larga separacion; pero la Loba se cuidaba poco de semejantes melindres, que consideraba como tiempo perdido. Su primer deseo era ver á su amante lo mas pronto

posible, deseo impetuoso, cuya causa no era sola uno de esos amores apasionados que exaltan algunas veces hasta el frenesí á esta clase de mugeres, sino que tambien se la añadia la necesidad de comunicar á Marcial la saludable resolucion que habia tomado despues de su conversacion con Flor Celeste.

Pronto llegó á la morada del pescador Ferot, venerable anciano de cabellos blancos, que sentado delante de su portal remendaba sus redes.

— ¡El batel! ¡señor Ferot! ¡pronto vuestro batel! pronto! exclamó desde lo mas lejos que pudo verle.

— ¡Ah, sois vos, señorita! buenos dias. ¡Cuánto tiempo hace que no os veíamos por acá!

— ¡Sí, sí; pero ahora necesito vuestro batel pronto! ¡á la isla, conducidme á la isla!

— Vaya que esto es fatal, mi buena señorita, por hoy es imposible.

— ¿Cómo?

— El chico se lo ha llevado para ir á San Ouen con los demas muchachos, y de aqui á la avenida no encontrareis una sola barca.

— ¡Por vida de brios! exclamó la Loba pateando y cerrando los puños; ¡bastaba que yo lo necesitase!

— A fe de Ferot que me pesa de no poderos llevar á la isla, porque seguramente estará peor.

— ¡Peor! ¿quién, Marcial? exclamó la Loba cogiendo á Ferot por el cuello de su blusa: ¿mi amante está enfermo?

— ¿No lo sabiais?

— ¡Marcial!

— Cierto; pero estaos quieta que vais á romperme la blusa.

— ¡Enfermo! ¿y desde cuándo?

— Cosa de dos ó tres dias.

— ¡Mentira; me lo hubiera escrito!

—Sí, está demasiado enfermo para escribir.

—Demasiado enfermo para escribir decís? ¿y estais seguro de que está en la isla?

—Os diré lo que sé sobre el particular.... esta mañana me encuentro con la viuda Marcial; regularmente cuando la veo venir por un lado, me voy por otro ¡eh! porque no me gusta su compañía: entonces....

—¿Pero mi amante, mi amante dónde está? Esto es lo que quiero que me digais.

—Tened un poco de paciencia.... Encontrándome pues aquello de rozarnos con su madre, no me he atrevido á evitar el hablarla; tiene una traza tan pícara, que la tengo siempre miedo. Hace dos dias que no he visto á vuestro Marcial, la dije: ¿está en la ciudad? ¡Ete aqui que se cuadra mirándome con unos ojos! ¡qué ojos! si hubiesen tenido punta me atraviesan.

—Pero me haceis desesperar: ¿qué os ha dicho, pues? Ferot calló un momento, y repuso despues:

—Vos sois una buena muchacha; prometedme guardar el secreto, y os lo diré del modo que lo sé.

—¿Sobre mi amante?

—Sí, porque tengo á Marcial por un buen chico, á pesar de su mala cabeza, y seria lástima que le sucediese algun mal por la malvada vieja de su madre ó por el canalla de su hermano.

—¿Pero qué es lo que hay? ¿qué le han hecho su madre y hermano? ¿dónde está? hablad, hablad.

—¡Vamos, dale otra vez con mi blusa! ¡dejadme, muger! porque si me interrumpís siempre, no acabaré en un año, y os quedareis sin saber nada.

—¡Oh! ¡qué paciencia! exclamó la Loba pateando de cólera.

—¿No repetireis á nadie lo que voy á contaros?

— No , no , no.

— ¿ Bajo palabra de honor ?

— Señor Ferot , vais á ser la causa de que me dé un insulto.

— ¡ Oh ! ¡ qué chica , qué chica ! ¡ Vaya una cabecita !... vamos , ya estoy . Es menester que sepais antes , que Marcial sigue cada dia mas reñido con su familia ; y que si oyera decir que le han jugado alguna mala treta , no lo estrañaria nada ; por esto me pesa de no tener aqui mi barca ; porque si contais con las de la isla , os engañais : á buen seguro que ni Nicolás ni esa desvergonzada de Calabaza os conduzcan á ella .

— Ya lo sé , ya lo sé ; pero ¿ qué es lo que os ha dicho la madre de mi amante ? ¿ es en la isla donde ha caido enfermo ?

— No me embrolleis ; lo que hay es esto : esta mañana me encuentro con la viuda , y la digo . — Hace dos dias que no he visto á Marcial ; su barca está atracada : ¿ estaria en la ciudad ? La viuda me miró con un gesto maligno , y me contesta . — *Está en la isla enfermo , y tan enfermo , que no curará .* Con que yo digo para mis adentros hace tres dias , que.... Pero ¿ qué es esto ? dijo Ferot interrumpiéndose ; ¿ á dónde vais ?... ¡ qué diablo de corrida !

La Loba , creyendo amenazada la vida de Marcial por los habitantes de la isla ; aterrada de miedo y trasportada de furor , habia echado á correr á lo largo de la orilla del Sena , sin pararse ni escuchar mas al pescador .

Para la inteligencia de la escena siguiente , son necesarios algunos detalles topográficos . La isla del Devastador estaba mas cerca de la orilla izquierda del Sena , que de la derecha en que se habían embarcado Flor Celeste y la señora Serafina . La Loba

estaba en la izquierda. La elevacion de las tierras de la isla, que no por esto era muy escarpada, interceptaba en toda su longitud la vista de una á otra orilla. Asi es que la querida de Marcial no habia podido ver el embarque de la Guillabaora, ni los Marcial á la Loba, que en aquel momento corria á lo largo de la orilla opuesta.

Recordaremos, por fin, al lector, que la casa de campo del doctor Griffon, en que habitaba interinamente el conde de Saint-Remy, estaba situada en una pendiente junto á la playa, á que llegaba la Loba fuera de sí, pasando junto á dos hombres á quienes no vió, y que sorprendidos por su aire brusco, dieron vuelta para seguirla desde lejos, y eran el conde de Saint-Remy y el doctor Griffon.

El primer movimiento de la Loba al saber el peligro de su amante, habia sido dirigirse impetuosamente al sitio en que sabia estaba en peligro; pero á medida que se acercaba á la isla, pensaba en la dificultad de llegar á ella. Pues veía como se lo habia dicho Ferot, que no podia contar con ningun batel de los pescadores; y que en cuanto á los de los Marcial, no habia que pensar que vinieran á su socorro. Detúvose, pues, azorada, con el rostro hecho áscua y los ojos echando chispas, frente la punta de la isla, que formando una curva, se acercaba bastante á la playa por aquel lado; y mirando á través de las secas ramas de los álamos y sauces, divisó el techo de la casa en que Marcial estaba muriéndose quizás.

Al verla dió un gemido feróz; y quitándose chal, gorro y vestido, quedó en enaguas y corsé, y se arrojó intrépidamente al rio, que vadeó mientras pudo, echándose á nadar vigorosamente hácia la isla, así que le faltó donde apoyar el pie.

Era aquel un espectáculo de salvaje energia; los

largos y espesos cabellos de la Loba, desprendidos con la violencia de sus movimientos, ondulantes sobre su cabeza, parecían una crin oscura con reflejos de cobre. A no ser por la ardiente fijeza de sus ojos clavados incesantemente en la casa de Marcial, y por la contracción de sus facciones crispadas por terribles angustias, creyérase que la querida del cazador furtivo jugaba en las aguas, según era la soltura y orgullo con que nadaba. Sus blancos y nervudos brazos, pintados en recuerdo de su amante, cortaban el agua, haciéndola rodar convertida en húmedas perlas sobre sus anchos hombros y su robusto y firme pecho, que chorreaba como una fuente de mármol.

De repente resonó al otro lado de la isla un grito de angustia, un grito de agonía y de desesperación. La Loba se estremeció; y parando su impulso, se sostuvo en el agua con una mano, y con la otra se echó atrás su espesa cabellera, y escuchó.... dejóse oír un nuevo grito, pero más débil, suplicante, espirante y convulsivo, y todo volvió á quedar en profundo silencio.

— ¡Amante mio! exclamó la Loba volviendo á nadar con furia; porque en su turbación había creído reconocer la voz de Marcial.

El conde y el médico, junto á los cuales la Loba había pasado corriendo, no habían podido seguirla bastante cerca para oponerse á su temeridad. Llegaron frente á la isla en el momento de oírse los gritos espantosos, que los hicieron parar tan aterrados como la Loba; y al verla luchar intrépida contra la corriente, exclamaron:

— ¡Esa infeliz va á anegarse!

Pero estos temores fueron vanos, porque la querida de Marcial nadaba como una nutria, y bien pronto abordó en la isla. La poca profundidad que

alli habia le permiti6 sentarse al pie, y se agarraba para salir mas f6cilmente, 6 una de las estacas que formaban en la punta de la isla una especie de empalizada, cuando vi6 de repente pasar besando aquella linea de estacas el cuerpo de una j6ven aldeana, cuyos vestidos la sostenian todav6a 6 flor de agua.

Agarrarse con una mano 6 una de las estacas, y coger con la otra bruscamente y al paso el vestido de aquella muger, fu6 para la Loba la obra de un instante, r6pida como un pensamiento; solo que fu6 tal la sacudida que la di6, tir6ndola h6cia si y 6 la parte interior de la estacada, que desapareci6 un instante bajo el agua, aunque no habia fondo hasta cubrirla en aquel punto. Dotada de una fuerza y destreza poco comunes, la Loba levant6 6 la Guillaora (pues era ella) 6 quien no habia reconocido todav6a; la cogi6 en brazos como si fuera una criatura; di6 algunos pasos mas en el agua, y la dej6, por fin, sobre la yerba de la isla.

—¡Valor, valor! le grit6 Saint-Remy, que con el doctor Griffon, habian sido testigos del intr6pido arroj6; vamos 6 pasar el puente de Asnieres, y vendremos 6 ayudaros en una barca.

Y los dos se dirigieron al puente 6 toda prisa, despues de haber dicho estas palabras, que no llegaron hasta la Loba.

Repetimos que desde la orilla derecha del Sena, donde estaban Nicol6s, su madre y hermana, despues del detestable crimen que acababan de cometer, no se podia distinguir lo que pasaba al otro lado de la isla.

Flor Celeste, 6 quien habia salvado tan bruscamente la Loba, se habia hundido un momento 6 los ojos de sus matadores, para no volver 6 aparecerseles mas; y de consiguiente, debieron ellos creer

que su víctima habia sido anegada y sumergida.

Algunos minutos despues arrastraba la corriente, entre dos aguas, otro cadáver que la Loba no vió, y era el del ama del escribano, que ya era inútil cualquiera auxilio, porque Nicolás y Calabaza tenían tanto interés como Santiago Ferrand en hacer desaparecer aquel testigo, cómplice de su nuevo crimen; de modo que, cuando la barca de la trampa se habia hundido con Flor Celeste, Nicolás, al lanzarse á la que conducia su hermana, y en que iba la señora Serafina, la habia dado un fuerte sacudimiento, aprovechando el momento en que el ama perdía el equilibrio, para precipitarla en el rio, y acabarla de un golpe.....

La Loba, jadeando de fatiga, y arrodillada encima de la yerba al lado de Flor Celeste, recobraba sus fuerzas, y examinaba las facciones de la que acababa de arrancar de la muerte. Júzuese cuál seria su estupor al reconocer á su compañera de reclusion, aquella compañera que habia ejercido tan rápida y bienhechora influencia sobre su destino. Tal fué, que llegó á olvidar un momento á Marcial.

—¡La Guillabaora! exclamó.

Y con el cuerpo inclinado, apoyada con las rodillas y las manos, desmelenado el pelo, y chorreando agua sus vestidos, contemplaba á la infeliz criatura, tendida casi espirando sobre la yerba, y que pálida, exánime, con los ojos medio abiertos, pero sin ver, pegados á las sienas sus hermosos cabellos rubios, amoratados los lábios, y sus manecitas tias ya y heladas, parecia muerta.

—¡La Guillabaora! repitió la Loba; ¡qué casualidad! cuando venia á contar á mi amante el bien y el mal que me habia hecho con sus palabras y pro-

mesas, y la resolución que habia tomado.... ¡pobre niña! me la encuentro aqui muerta. Pero no, no.... exclamó acercándose mas á Flor Celeste, y sintiendo que salia de su boca un soplo imperceptible; no.... ¡Dios mio, Dios mio! respira todavía; la he salvado de la muerte.... Es cosa que no me habia sucedido jamás eso de salvar á alguien. ¡Ah! ¡y se siente una bien y muy satisfecha despues de haberlo hecho!... Sí, pero es preciso que salve tambien á mi amante, que quizás esté espirando á estas horas, porque su madre y su hermano son capaces de asesinarle.... Con todo, no puedo dejar aqui á esta pobre niña; voy á llevármela á casa de la viuda, y la obligaré yo á que la socorra, y me enseñe dónde está Marcial.... sino rompo por todo, y lo paso todo á cuchillo. ¡Oh! ¡no habrá madres ni hermanos que valgan, si sé que mi amante está alli.

Y levantándose de pronto, se cargó en brazos á Flor Celeste, y corrió hácia la casa con aquella ligera carga, segura de que, á pesar de su maldad, no dejarían la viuda y su hija de dar á Flor Celeste los primeros socorros. Cuando hubo llegado al punto culminante de la isla, desde el que podia ver los dos márgenes del Sena, Nicolás, Calabaza y su madre habian desaparecido; pues seguros de sus dos asesinatos, se dirigian apresuradamente á casa del Zurdillo. Y en el mismo momento desaparecia, creyendo, como los asesinos, que el crimen estaba consumado, un hombre que, emboscado en las malezas de la playa, junto al horno de yeso, habia asistido invisiblemente á aquella escena: aquel hombre era Santiago Ferrand.

Una de las lanchas de Nicolás se balanceaba amarrada á uno de los postes clavados en la arena, en el sitio en que se habian embarcado la señora Serafina y Flor Celeste.

Apenas habia dado Santiago Ferrand la vuelta al horno de yeso para tomar el camino de París, cuando Saint-Remy y el doctor Griffon pasaban ya á toda prisa el puente de Asnieres, con intencion de trasladarse á la isla en el batel de Nicolás, que habian visto de lejos.

Grande fué la sorpresa de la Loba, cuando llegando junto á la casa, la encontró cerrada. Acercóse mas, y depositó bajo el emparrado á Flor Celeste, que seguia desmayada.... Miró á la ventana de Marcial, que conocia muy bien; pero ¡cuál fué su sorpresa al ver que los postigos estaban guarnecidos de planchas de hierro, y asegurados con dos barras! Adivinando parte de la verdad, soltó un grito ronco y estrepitoso, y se puso á llamar con todas sus fuerzas:

— ¡Marcial! ¡amante mio!

Pero no obtuvo respuesta. Espantada con aquel silencio, empezó á dar vueltas al rededor de la casa, como una fiera que olfatea y busca rugiendo la entrada de la cueva donde está encerrado su macho, gritando de cuando en cuando:

— ¡Marcial! ¿estás ahí? ¡amante mio!

Y en el acceso de su rabia sacudia las barras de la reja de la cocina, golpeaba las paredes, y empujaba la puerta.

De repente oye en lo interior de la casa un ruido sordo; estremeciöse, y el ruido cesó.

— Mi amante me ha oido; he de entrar, he de entrar, aunque tuviera que roer la puerta con mis dientes.

Y volvió á dar de nuevo sus gritos salvages. Esta vez contestaron á ellos unos golpes dados muy débilmente en lo interior de la ventana de Marcial.

— ¡Está allí! exclamó la Loba, parándose de golpe debajo de la ventana. ¡Está allí! ¡oh! si es ne-

cesario, con mis uñas arrancaré los hierros; pero he de abrir los postigos.

Al decir esto, reparó en una escalera de mano que estaba medio oculta por el contraviento de una ventana del piso bajo, al que dando un empuge hizo saltar la llave que la viuda había ocultado en él.

— Si abre, exclamó (probando la llave á la cerradura) podré subir á su cuarto.... ¡Ah! ¡sí que abre! prosiguió alegremente.... ¡Mi amante se ha salvado!

Cuando estuvo en la cocina, llegaron á sus oídos los gritos de los dos niños que, encerrados en la gruta, y habiendo oído un ruido extraordinario, pedían socorro. La viuda, no creyendo que pudiese ir nadie á la isla, ó á lo menos á su casa durante su ausencia, se había contentado con encerrar á Francisco y Amandina, dando dos vueltas á la llave, y dejándola puesta. Mas una vez puestos en libertad por la Loba, salieron ambos hermanos precipitadamente de la gruta.

— ¡Oh, Loba! ¡salvad á mi hermano Marcial, que quieren matarlo! exclamó Francisco; dos dias hace que lo tienen emparedado en su cuarto.

— ¿No le han herido?

— No; creo que no.

— ¡Ah! ¡llego á tiempo! exclamó la Loba corriendo á la escalera; pero deteniéndose despues de haber subido algunos escalones, añadió: — ¡Me olvidaba de la Guillabaora! Amandina, enciende lumbre en seguida, y ves con tu hermano á traer aquí á una pobre jóven que encontrareis tendida debajo del emparrado, que se anegaba, y yo la he salvado. Francisco, dame una maza, una hacha, ó una barra de hierro, para que pueda hundir la puerta del cuarto de mi amante.

—Allí hay un mazo de hacer astillas; pero será demasiado pesado para vos, dijo el jóven arrastrando con pena un enorme martillo.

—¡Demasiado pesado! exclamó la Loba, levantando con facilidad aquella maza de hierro que, en cualquiera otra circunstancia, hubiera tenido trabajo en mover, y subiendo luego de cuatro en cuatro los escalones, repitió á los muchachos: — Corred á buscar á la jóven, y acercadla al fuego: y en cuatro saltos llegó á la puerta de Marcial, al fondo del corredor.

—Animo, amor mio, aquí está tu Loba, exclamó levantando con ambas manos el martillo, y haciendo temblar la puerta al primer golpe.

—Está clavada por de fuera; arranca los clavos, la dijo Marcial con voz débil.

Echándose al momento de rodillas en el corredor, y trabajando con la parte aguda del martillo y con sus uñas y dedos, que se estropeó y ensangrentó, logró al fin arrancar muchos clavos enormes que sujetaban la puerta. Abrióse esta, por fin, y Marcial, pálido y con las manos ensangrentadas, cayó casi sin movimiento en brazos de la Loba.

—¡Por fin te veo y eres mio! exclamó la Loba recibiendo y estrechando en sus brazos á Marcial, con un acento de gozo y de alegría lleno de energía salvaje; y llevándole, mas bien que sosteniéndole, le ayudó á sentarse sobre un banco que había en el corredor, donde permaneció algunos minutos exánime, tratando de reponerse del violento sacudimiento que había agotado sus fuerzas desfallecidas.

La Loba acababa de salvarle en el momento en que desesperado y abatido se sentía morir, menos por la falta de alimento, que por la de aire que respirar, que no podía renovarse en una habitación

sin chimenea, sin salida y herméticamente cerrada, gracias á la prevision atróz de Calabaza, que habia tapado con trapos viejos todas las rendijas de la puerta y ventana.

Palpitándole el corazon de felicidad y angustia, con los ojos llenos de lágrimas, y puesta de rodillas al lado de Marcial, espiaba la Loba los mas mínimos movimientos de su fisonomía. Este parecia que renacia poco á poco, aspirando un aire puro y saludable: levantó la pesada cabeza despues de muchos estremecimientos; soltó un largo suspiro, y abrió los ojos.

—Marcial, soy yo, soy tu Loba: dime, ¿cómo te encuentras?

—Mejor.... contestó con voz débil.

—¡Buen Dios!... ¿Qué quieres? ¿agua? vinagre?

—No, no, repuso Marcial hablando cada vez con menos opresion: aire, aire; no quiero mas que aire.

La Loba, sin mirar en que podia echarse á perder los puños, rompió á puñetazos los cuatro cristales de una ventana que no hubiera podido abrir sin apartar un enorme tablon que estaba apoyado en ella.

—Ahora respiro, ¡ah! ¡ahora respiro! y mi cabeza se aligera, dijo Marcial reponiéndose enteramente. Y como si hasta entonces no se hubiese acordado del servicio que acababa de prestarle su querida, exclamó con un acento de reconocimiento inefable. Sin tí estaba muerto, mi buena Loba.

—Bien, bien; ¿cómo te encuentras ahora?

—Mejor á cada momento.

—¿Tienes hambre?

—No; me siento demasiado débil: lo que me ha hecho padecer mas ha sido la falta de aire. ¡Ah! me ahogaba.... ¡Qué horroroso suplicio!

—¿Y ahora?

—Vuelvo ya á la vida; me parece que salgo de la tumba, gracias á tí.

—¿Pero y esas heridas que tienes en tus manos? ¿qué te hicieron pues, Dios mio?

—No atreviéndose Nicolás y Calabaza á atacarme de frente segunda vez, me habian tapado mi aposento para que muriese de hambre: quise impedirles que clavarán la ventana; pero mi hermana me cortó las manos á golpes de hacha.

—¡Mónstruos! querian hacer creer que habias muerto de enfermedad, y tu madre habia esparcido ya la voz de que estabas sin esperanza de vida. ¡Tu madre, bien mio, tu madre!

—No me hables de ella! dijo Marcial con amargura; y reparando por primera vez en la humedad de los vestidos de la Loba, y en la singularidad de su trage, exclamó: ¿Pero qué ha sucedido? los cabellos te chorrean, estás en jubon, y lo tienes calado.

—¿Qué importa; por fin, he logrado salvarte!

—Pero esplicame por qué estás tan mojada.

—Sabia que corrias peligro, y no encontré barca....

—¿Y venistes nadando?

—Sí.... pero dame tus manos para que yo las bese.... ¿sientes dolor en ellas?... ¡Móntruos! ¡á poder yo estar!...

—¡Oh, valiente Loba! exclamó Marcial entusiasmado; sí, valiente entre todos los valientes.

—No te acuerdas de que fuistes tú quien escribió esto: *¡Muerte á los cobardes!* dijo la Loba enseñando su brazo, en que estaban escritas estas palabras con caractéres indelebles.

—¡Eres intrépida! pero el frio te ha cogido: estás temblando.

—No es de frio.

— No importa, entra allí, toma un pañuelo de Calabaza, y envuélvete en él.

— Pero....

— Lo quiero.

No tardó un segundo la Loba en volver envuelta con un pañolon de lana.

— ¡Esponerte á ahogarte por mí! repitió Marcial mirándola con exaltacion.

— Al contrario, habia una pobre jóven que se ahogaba, y la salvé antes de tomar tierra.

— ¿Tambien á ella la salvaste? ¿y dónde está?

— Abajo, con los niños que la cuidan.

— ¿Y quién es esa jóven?

— ¡Ah, Dios mio, si tú supieras qué feliz casualidad! Es una de mis compañeras de reclusion en San Lázaro, y una muchacha bien extraordinaria.

— ¿Cómo se entiende?

— Figúrate que yo la queria y la detestaba á la vez, porque me habia metido en el alma la suerte y la felicidad.

— ¿Ella?

— Sí; y hablándome de tí....

— ¿Hablándote de mí?

— Oye, Marcial, replicó la Loba; pero interrumpiéndose súbitamente, añadió: Pero no, no; jamás me atreveré.

— Pero ¿qué es esto?

— Quería pedirte un favor. Tanto por esto, como para verte, habia venido, porque al salir de París no sabia que corrieses ningun riesgo.

— Pues bien; dí.

— No me atrevo ya.

— ¿Ya no te atreves, despues de lo que acabas de hacer por mí?

— Cabalmente por eso; pareceria que exigiese de tí agradecimiento.

— Pero ¿qué es lo que estás diciendo? ¿No te debo ya este agradecimiento? ¿Crees que he olvidado ya mi enfermedad del año pasado, durante la cual no me dejaste de día ni de noche?

— ¿Y no debía yo hacerlo también, siendo tú mi amante?

— Por eso mismo de que soy tu amante, y lo seré siempre, debías hablarme francamente.

— ¿Lo serás siempre, Marcial?

— Siempre, tan cierto como me llamo Marcial. Para mí no habrá otra mujer en el mundo que tú, Loba. Que hayas sido esto ó aquello, nada importa. Te amo, me amas, y además te debo la vida.... Solo que desde que has estado en la reclusion, no soy el mismo, han pasado por mí muchas novedades, he reflexionado.... y no serás en adelante lo que has sido.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no quiero dejarte más, lo mismo que tampoco dejo ya á Francisco y á Amandina.

— ¿Tus dos hermanitos?

— Sí; porque es preciso que sea para ellos como un padre. Tú comprendes que esto me impone deberes que cumplir; me veo obligado á encargarme de ellos; querían hacerles un par de bandidos, pero yo los salvo llevándomelos.

— ¿A dónde?

— No lo sé; pero calculo que será muy lejos de París.

— ¿Y á mí?

— A tí también; vendrás conmigo.

— Me llevas contigo, exclamó la Loba con una alegría estúpida, no pudiendo creer en tanta felicidad. ¿No me separaré ya de tí?

— No, querida Loba, jamás.... Me ayudarás á educar á esos niños; te conozco, y sé que en dicién-

dote yo: quiero que hagas de mi Amandina una muchacha honrada, y le hables con esta intencion; sé que serás para ella como una buena madre.

— ¡Oh! gracias, Marcial, gracias.

— Viviremos trabajando honradamente, y te aseguro que no faltará trabajo; eso corre de mi cuenta: eso sí, trabajaremos como negros; pero al menos esos niños no serán unos canallas como su padre y su madre; no me oiré llamar mas hijo y hermano de ajusticiados, y por fin no pasaré por calles donde te conozcan.... Pero ¿qué es lo que tienes? ¿qué es lo que tienes?

— Marcial, tengo miedo de volverme loca.

— ¿Loca?

— Sí, de alegría.

— ¿Por qué?

— Porque esto es demasiado.

— ¿Qué?

— Lo que acabas de pedirme.... ¡Oh, no! ¡es demasiado!... A menos que deba esta felicidad á haber salvado á la Guillabaora.... Sí, esto será.

— Pero dime, por Dios: ¿qué es lo que tienes?

— Lo que acabas de pedirme.... ¡Oh! ¡Marcial! ¡Marcial!

— Pero, ¿qué es esto?

— Lo mismo iba á pedirte yo.

— ¿Que saliéramos de Paris?

— Sí, contestó ella precipitadamente: venia á pedirte que nos retiráramos á un bosque, donde tendríamos una casita bien limpia, unos hijos á quienes yo amaria mucho. ¡Oh! ¡cómo querria la Loba á los hijos de su amante! O mejor, si tú quisieras, repuso temblando, en lugar de amante te llamaria marido, porque sin esto no obtendríamos la plaza, se apresuró á añadir con viveza.

Marcial miró á su vez aturdido á la Loba, no entendiendo una palabra de lo que decia.

—¿De qué plaza hablas?

—De una plaza de guarda-bosque.

—¿Que tendria yo?

—Sí.

—¿Y quién me la habia de dar?

—Los protectores de la jóven á quien he salvado.

—¡Si no me conocen!

—Pero yo la he hablado de tí.... y ella nos recomendará á sus protectores.

—¿Y cómo ha sido el que la hablaras de mí?

—¿Cómo quieres que fuera?

—¡Qué buena eres, Loba!

—Ademas de que ya ves tú que entre presas pronto se establece la confianza; y aquella jóven era tan hermosa y dulce, que he sentido á pesar mio una atraccion hácia ella, y al momento adiviné que no era de las nuestras.

—¿Quién es pues?

—No lo sé, ni lo entiendo; pero en mi vida he visto ni oido nada que se le parezca; es como una hada para leer en el fondo de los corazones: cuando la hube dicho lo que te quiero, se interesó luego por nosotros solamente por esto. Llegó á avergonzarme de mi vida pasada, sin decirme palabras duras; tú sabes que no hubiera sacado partido conmigo de este modo, sino hablándome de una vida laboriosa y de privaciones, pero pasada tranquilamente en el fondo de un bosque segun tu gusto: solo que segun sus cálculos, en lugar de ser cazador furtivo, eras guarda-bosque, y en vez de ser yo tu querida, era tu esposa; y teniamos ademas unos hermosos hijitos, que corrian á recibirte cuando

por la tarde volvías de tu ronda acompañado de tus perros, y con el fusil á la espalda; y luego cenábamos á la puerta de nuestra cabaña, al fresco de la noche y bajo copudos árboles, y despues nos acostábamos tan felices y tranquilos.... ¿Qué quieres que te diga? la escuchaba, á pesar mio, como si me hubiera encantado: ¡si supieras qué bien hablaba, y cómo me parecía ver las cosas á medida que las decia!... ¡Me hacia soñar despierta!

— ¡Ah, sí, hermosa y buena vida seria esa! dijo Marcial suspirando á su vez: porque á pesar de que Francisco no tiene el corazón corrompido, ha vivido demasiado con Nicolás y Calabaza, para que el aire sano de los bosques no le sea mas provechoso que el de las ciudades. Amandina te ayudaria en los trabajos caseros, y yo seria tan buen guarda como el primero, puesto que he sido famoso cazador furtivo. Con mi Loba por esposa, y ademas, como tú dices, unos hijuelos, ¿qué nos faltaria? Cuando está uno acostumbrado á su bosque, está en él como en su casa; se viven allí cien años, y pasan como un dia.... Pero ¿qué diantre! ¿estoy loco? Mira Loba, no debias haberme hablado de tan hermosa vida, porque esto causa pesar.

— Te dejaba decir, porque decias precisamente las mismas palabras que yo á la Guillabaora.

— ¿Cómo?

— Sí; al oir sus acentos de encantamientos, la decia yo tambien: ¡Qué desgracia que esos castillos en el aire, como vos los llamais, no sean verdaderos!... ¿Y sabes tú lo que me contestó, Marcial? dijo la Loba chispeándole de alegría los ojos.

— ¿Qué he de saber!

— Pues lo que me decia era: Casaos con Marcial; prometed vivir honradamente los dos, y yo me en-

cargo de hacerle dar esta plaza que tanta envidia os da....

— ¿Una plaza de guarda-bosque á mí?

— A tí, sí, á tí.

-- Tienes razon en decir que esto es un sueño. Si no habia mas que hacer que casarme contigo, para obtener esta plaza, mañana estaba hecho, mi buena Loba, si tuviese dinero: porque desde hoy eres ya mi muger, mi verdadera esposa.

— ¿Soy tu verdadera esposa, Marcial?

— Sí, de veras, mi sola esposa; quiero que te des este título, porque es tan cierto como si el cura nos hubiera echado la bendicion.

— ¡Oh! la Guillabaora tenia razon: ¡qué orgullo se siente al decir mi marido! Marcial, tú verás á tu Loba en el menage y en la labor; tú la verás.

— ¿Pero crees de veras en esa plaza?

— Si se equivoca esa buena Guillabaora, será por los demas, no por ella seguramente; porque parecia bien persuadida de lo que me decia. Por otra parte, cuando hace un momento salí de San Lázaro, la inspectora me dijo que los protectores de la Guillabaora, que eran gente de gran tono, la habian sacado hoy mismo; esto prueba que tiene bienhechores poderosos, y que puede cumplir lo que me ofreció.

— ¡Ah, no sé en qué diantre pensamos! exclamó de repente Marcial.

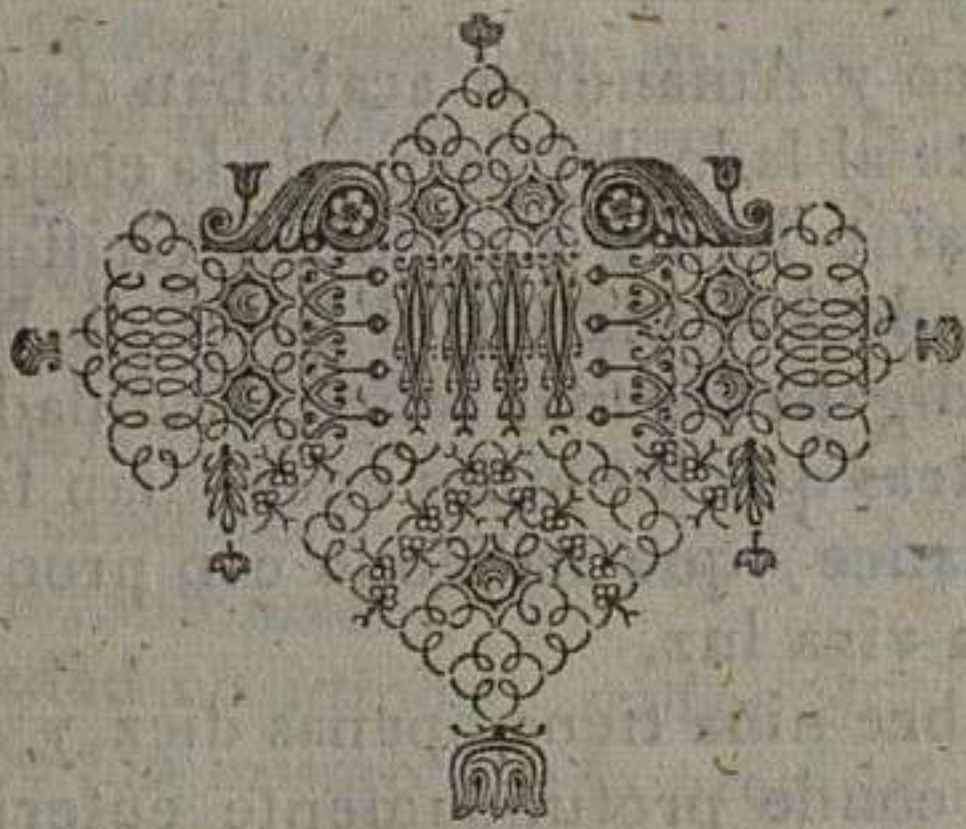
— ¿Qué hay?

— Que esa jóven está abajo muriéndose quizás; y en lugar de correr á su socorro, nos estamos aqui como si no hubiera tal cosa.

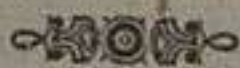
— Pierde cuidado; tiene á su lado á Francisco y á Amandina, que ya hubieran subido si hubiese aumentado el peligro. Pero tienes razon; vamos

á su lado ; es menester que veas á la que es causa, quizás, de nuestra felicidad. Y dando el brazo á Marcial, lo acompañó por la escalera hasta el piso bajo.

Antes de introducirlos en la cocina, digamos lo que habia pasado desde que quedó Flor Celeste confiada al cuidado de los dos niños.



CAPÍTULO III.



EL DOCTOR GRIFFON.

Francisco y Amandina acababan de trasladar á Flor Celeste al lado del fuego de la cocina, cuando entraron Saint-Remy y el doctor Griffon, que habian abordado á la isla en el batel de Nicolás. El doctor prodigaba los mas solícitos cuidados á la jóven, mientras que los niños encendian fuego, con astillas de sauce, que ardiendo con prontitud, esparcian una viva luz.

— ¡La pobre niña tiene apenas diez y siete años! exclamó el conde profundamente enternecido; y dirigiéndose luego al doctor, le dijo: ¿Qué tal, amigo mio?

— Apenas se perciben sus pulsaciones; pero hay en esta enferma una cosa singular, y es que el cutis del rostro no está amoratado como sucede or-

dinariamente despues de una asfixia por submersion en el agua, contestó el médico con imperturbable sangre fria, y examinando á la jóven con aire de profunda meditacion.

Era el doctor Griffon un hombre alto, seco, pálido, y completamente calvo, á escepcion de dos mechones de claros cabellos negros, cuidadosamente recogidos desde la nuca, y chafados sobre sus sienas; su fisonomía, surcada de arrugas por las fatigas del estudio, era fria, inteligente y reflexiva. Hombre de inmenso saber y consumada esperiencia, práctico hábil y famoso, y primer médico de un hospital civil (donde le encontraremos mas tarde), no tenia mas que un defecto, y era el de hacer abstraccion completamente del enfermo, si es que puede decirse así, no ocupándose mas que de la enfermedad: poco importaba que fuese aquel, jóven ó viejo, hombre ó muger, rico ó pobre; él no cuidaba de otra cosa que del hecho medicinal mas ó menos curioso ó interesante, bajo el punto de vista científico que le ofrecia el enfermo. Para él no habia mas que enfermos.

— ¡Qué rostro tan encantador! ¡y qué hermosa está todavía á pesar de su espantosa palidéz! dijo Saint-Remy contemplando tristemente á Flor Celeste. ¿Habeis visto en vuestra vida facciones mas dulces y cándidas, querido doctor? ¡Y sobre todo tan jóven, tan jóven!

— La edad no importa nada, dijo bruscamente el médico; lo mismo que la presencia del agua en los pulmones, que en otro tiempo se creyó mortal. ¡Torpe engaño! Los admirables experimentos de Goodwin, del famoso Goodwin, han probado lo contrario.

— Pero doctor....

— Si señor; es un hecho, repuso Griffon absor-

bido por el amor de su arte. Para reconocer la presencia de un líquido extraño en los pulmones, Goodwin sumergió muchos gatos y perros en tinajas de tinta, dejándolos allí por algunos segundos, y sacándolos vivos, los disecaba después de algun tiempo. Pues bien; con estas disecciones se convenció de que la tinta había penetrado en los pulmones, y de que la presencia de este líquido en los órganos de la respiración, no había causado la muerte de los individuos.

El conde conocía al médico por hombre de un fondo excelente, pero á quien su desenfrenada pasión por la ciencia, hacía parecer muchas veces duro, y hasta cruel.

—¿Teneis, al menos, alguna esperanza? le preguntó Saint-Remy impaciente.

—Las estremidades de la enferma están muy frias, dijo el médico; queda poca esperanza.

—¡Ah! ¡morir á esta edad.... pobre niña.... eso es horroroso!

—Pupila fija y dilatada, repuso el impasible doctor, levantando con la yema del dedo el helado párpado de Flor Celeste.

—¡Hombre singular! exclamó el conde casi indignado; se os creería un sér desapiadado, y con todo yo os he visto velar noches enteras á mi cabecera.

—¡Toma!... si vos creéis que se encuentra todos los días una calentura atáxica tan maravillosamente bien combinada, y tan curiosa para estudiar, como la que vos teniais, os engañais, querido conde.... contestó el doctor sin mirarle siquiera la cara, y con su flema imperturbable, sin dejar por esto de socorrer á Flor Celeste. ¡Era cosa admirable, amigo mio, admirable! estupor, delirio, salto de tendones, síncope.... en una palabra, vuestra hermosa calentura reunia los mas variados síntomas. Hasta

habeis estado afectado de un ataque parcial y momentáneo de parálisis, cosa que vos no creeríais, que es muy raro y eminentemente interesante; solamente por este hecho tenia derecho vuestra enfermedad á cualquier sacrificio de mi parte; me ofrecíais un estudio magnífico; porque, hablando francamente, amigo mio, mi mayor deseo en este mundo es encontrar otra calentura tan bella como la vuestra.... pero es dicha que no se alcanza dos veces en la vida.

El conde se encogió de hombros con impaciencia, precisamente en el mismo momento en que bajaba Marcial, apoyado en el brazo de la Loba, que el lector recordará habia cubierto sus mojados vestidos con un pañolon de lana de Calabaza. Admirado el conde de la estremada palidéz del amante de la Loba, y reparando en sus manos ensangrentadas, exclamó:

—¿Qué hombre es ese?

—Mi marido, contestó la Loba mirando á Marcial con una espresion de dicha y de noble orgullo, que es imposible describir.

—Teneis una muger escelente é intrépida, le dijo el conde; yo la ví salvar á esta infeliz criatura con un valor extraordinario.

—¡Oh! sí señor.... mi muger es escelente é intrépida, contestó Marcial cargando en la palabra muger, y contemplando á su vez á la Loba con aire enternecido y apasionado; intrépida, sí, porque acaba de salvarme la vida tambien á mí.

—¿A vos? dijo el conde aturdido.

—¡Mirad cómo tiene las manos! dijo la Loba enjugando sus lágrimas, que dulcificaban el brillo salvage de sus ojos.

—¡Ah! ¡eso es horrible! exclamó el conde; este infeliz tiene las manos perdidas; mirad, doctor.

Este, volviendo ligeramente la cabeza, y mirando por encima de su hombro las numerosas heridas que Calabaza habia hecho en las manos de Marcial, dijo á este último:

—Abrid, y cerrad las manos.

Marcial ejecutó esta orden con bastante pena; mas el doctor, encogiéndose de hombros, y continuando ocupado en Flor Celeste, dijo con desdén y casi con disgusto:

—Estas heridas no tienen absolutamente nada de gravedad; no hay ningun tendon dañado, y dentro de ocho dias podrá el enfermo servirse de sus manos.

—¿De veras no quedará mi marido estropeado, señor doctor? exclamó la Loba reconocida.

El doctor sacudió la cabeza negativamente.

—Y la Guillabaora vivirá, ¿no es verdad? volvió á preguntar la Loba. ¡Oh! ¡es menester que viva, porque la debemos tanto mi marido y yo!... Y dirigiéndose luego á Marcial: Mira la pobre niña; hé aqui la persona de quien te hablaba.... ella es la que será quizás la causa de nuestra dicha, y la que me dió la idea de venir á decirte cuanto te he dicho. ¡Repara en la casualidad que ha hecho que yo la salvase, y lo que es mas, la condujera aqui!

—Es nuestra providencia, dijo Marcial sorprendido de la belleza de la Guillabaora. ¡Qué rostro de ángel! ¡Oh! ¡vivirá, vivirá! ¿no es verdad, señor doctor?

—No lo sé todavía, dijo el médico; pero antes es preciso que me digais si puede quedarse aqui: se le suministrarán los socorros necesarios.

—¡Aqui! exclamó la Loba: no, no; ¡aqui asesinan!

—¡Calla! ¡calla! dijo Marcial.

El conde y el doctor miraron sorprendidos á la Loba.

—No me sorprende esto, dijo el médico al oido

del conde: la casa de la isla tiene mala reputacion en los contornos.

— ¿Conque vos habeis sido víctima de alguna violencia? preguntó el conde á Marcial: ¿quién os ha hecho estas heridas?

— Esto no es nada, caballero; he tenido aqui una disputa que ha pasado á mayores, y he quedado herido; pero esta jóven no puede quedarse en la casa, añadió con gesto sombrío. Yo me voy tambien con mi muger y con mis dos hermanitos que veis aqui, y vamos á salir de la isla para no volver á ella jamás.

— ¡Oh! ¡qué dicha! exclamaron los dos muchachos.

— ¿Entonces cómo lo arreglamos? dijo el doctor mirando á Flor Celeste. Es una locura el pensar en trasladar á la enferma á París en el estado de postracion en que se encuentra. Pero ahora que me acuerdo: mi casa de campo está aqui á dos pasos, y mi hortelana y su hija serán dos escelentes enfermeras. Y puesto que esta asfixia por submersion os interesa, presenciareis la curacion, mi querido Saint-Remy, y yo haré una visita todos los dias.

— Y os fingís duro y desapiadado, cuando teneis el corazon mas generoso, como lo prueba esta proposicion, exclamó el conde.

— Si el enfermo sucumbe, como es posible, me facilitará una autopsia interesante, que me permitirá confirmar con un nuevo experimento las aserciones de Goodwin.

— ¡Eso que decis ahora es horroroso! exclamó el conde.

— El cadáver es para el hombre que sabe leer en él, un libro en que se aprende á salvar á los enfermos, dijo con grande estoicismo el doctor Griffon.

— Por fin, haceis bien, dijo amargamente Saint-Remy; y esto es lo que importa, porque no hay

que hacer caso de la causa que lo motiva, mientras el beneficio se cumpla. ¡Pobre niña! ¡á medida que la miro me va interesando mas!

—Y lo merece bien, señor, repuso la Loba entusiasmada y acercándose mas.

—¿La conoceis?

—¿Si la conozco, señor? A ella es á quien deberé la felicidad de mi vida, y mas bien me he hecho á mi misma que á ella al salvarla. Y miró apasionadamente á su *marido*, á quien no llamaba ya su *amante*.

—¿Y quién es ella? preguntó el conde.

—¡Un ángel, señor! lo que hay de mejor en el mundo. Y aunque la veis vestida de labriega, no hay ninguna campesina, ni gran señora tampoco, que sepa hablar tan bien como lo hace con su vocecita, dulce como la mas armoniosa música. ¡Es una guapa chica, animosa y buena!

—¿Por qué accidente se habrá caído al agua?

—No lo sé.

—¿Conque no es una labriega? preguntó el conde.

—¡Una labriega! mirad sus blancas manecitas.

—Es verdad, dijo Saint-Remy: ¡qué misterio tan singular! ¿Pero su nombre, su familia?...

—Vamos, repuso el doctor interrumpiendo la conversacion, es menester llevar al batel á la enferma.

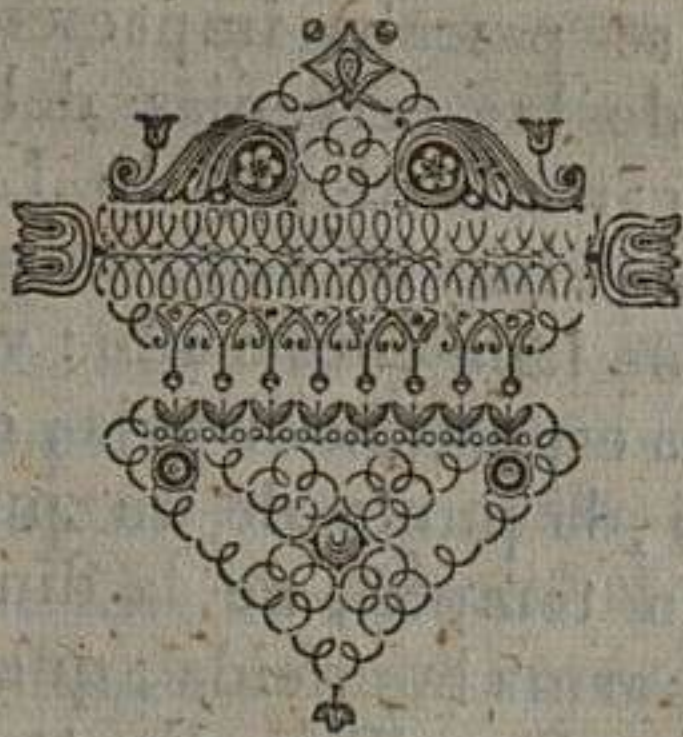
Media hora despues, estaba Flor Celeste en la casa del médico, sin haber recobrado todavía sus sentidos, acostada en una buena cama, y asistida por la jardinera del doctor y la Loba. El doctor prometió á Saint-Remy, que se interesaba cada vez mas por la Guillabaora, volver á visitarla por la misma tarde.

Marcial partió para París con Francisco y Aman-

dina , porque la Loba no habia querido separarse de Flor Celeste , sin verla fuera de peligro.

La isla del Devastador quedó desierta.

Pronto volveremos á encontrar á sus siniestros habitantes en casa del Zurdillo , donde les habia dado cita la Mochuelo para el asesinato de la corredora de diamantes. Mientras tanto conduciremos al lector á la entrevista que Tom , el hermano de Sarah , se habia procurado con la horrible furia , cómplice del Dómine.



CAPÍTULO IV.

—NON—

EL RETRATO.

—Mitad serpiente y mitad gato...
(WOLFRANG, l. II.)

Tom Seyton, hermano de la condesa Sarah Mac-Gregor, se paseaba impaciente por uno de los baluartes de las cercanías del Observatorio, cuando vió llegar á la Mochuelo. Llevaba la horrible vieja una papalina blanca, é iba envuelta en su gran pañolon de lana encarnado: veíase salir á través de la ancha esportilla de paja, que llevaba colgada del brazo, la punta de un puñal fino y acerado, de buen temple, de la dimension de una pluma gorda; arma homicida, que habia pertenecido al Dómine. Pero Tom Seyton no reparó en que estuviese armada.

— El relox de Luxemburg está dando las tres, dijo la vieja. Llego como marzo en cuaresma.... Espero vuestras órdenes.

— Seguidme , contestó Tom Seyton ; y echando á andar delante de ella hizo un rodeo ; entró en una callejuela desierta inmediata á la calle de Cassini ; detúvose en medio de ella junto á un poste colocado para impedir el paso á las caballerías ; abrió una portezuela ; hizo señal á la Mochuelo de que le siguiera ; y despues de haber dado algunos pasos en una calle de espesos y verdes árboles, la dijo:— Aguardad aqui , y desapareció.

— Mientras que no me hagan perder aqui la paciencia, dijo la Mochuelo, todo irá bien ; pero á las cinco tengo que estar en casa del Zurdillo con los Marcial , para espulgar á la corredora de diamantes. A propósito ; ¡á ver mi *churi* ! ¡ Ah ! mira el picaron ; asomaba las narices por la ventana , añadió la vieja viendo la punta de su puñal , que atravesaba la espuerta. Yo tengo la culpa por no haberle puesto la vaina. Y retirando mas adentro del capacho el puñal , que tenia mango de madera , lo ocultó de modo que no pudiese ser visto , y añadió:— Es la herramienta del Cegallon. Muy bien, me la pedia él para matar á los ratones que van á hacerle muecas en su cueva : ¡ pobres animalitos , que no tienen mas que al viejo sin ojos para divertirse y hacerlas compañía ! Razon es que le tiren algun pellizco ; así es que no quiero yo que las haga daño á las pobres ratas , y me quedo con el *churí*. Por otra parte , no tardaré , quizás , en necesitarlo para la corredora.... ¡ Treinta mil francos en diamantes ! ¡ Buena parte para cada uno ! este será un buen dia ; no como el otro en que pensé poner en contribucion á aquel canalla de escribano , con quien no me valieron las amenazas que le hice de que si no me daba dinero , iba á denunciar que fué su ama la que me hizo entregar por medio de Tournemine , á la Guillabaora , cuando era chiquilla : ¡ no pude espantarle con nada !...

Me llamó vieja, embustera, y me plantó en la puerta.... ¡Bueno, bueno! ya mandaré yo escribir una carta anónima á la gente de aquella quinta donde habia ido la Alondra, haciéndole saber que el escribano fué quien la mandó abandonar en otro tiempo. Allí conocerán, seguramente, á su familia; y cuando salga de San Lázaro, no le arriendo la ganancia á Santiago Ferrand. Pero aqui viene alguien: ¡Hola! es la señorita pálida que estaba disfrazada de hombre en la tasca del Conejo Blanco con el señoron que acaba de salir, y á los cuales robamos el Dómine y yo en las ruinas, junto á Nuestra Señora, añadió la Mochuelo, viendo aparecer á Sarah en el otro extremo de la calle. Esto será algun nuevo encargo, y me parece que el robo de la Guillabaora debia ir á cuenta de esta señorita. Si vuelve á pagar bien, aceptaré.

Al acercarse á la Mochuelo, á quien veía por primera vez desde la escena de la tasca, la fisonomía de Sarah espresó aquel desdén y terror que sienten las personas de cierta educacion cuando se ven precisadas á rozarse con los miserables á quienes toman por instrumentos ó por cómplices. Tom Seyton, que hasta entonces habia cooperado con actividad á las criminales maquinaciones de su hermana, á pesar de considerarlas vanas, se habia negado ya á seguir representando tan miserable papel, consintiendo, no obstante, en prestar á su hermana el último servicio en aquel negocio, poniéndola en contacto con la Mochuelo, sin quererse mezclar en los muchos planes que iban á trazar las dos.

Hemos dicho ya que no habiendo podido la condesa atraerse de nuevo á Rodolfo rompiendo los lazos ó afecciones que creía interesantes para él, esperaba engañarle con un bajo embuste, cuyo éxito podia realizar el sueño de aquella muger terca,

ambiciosa y cruel. Tratábase de persuadir á Rodolfo que no estaba muerta la hija que habia tenido de Sarah, sustituyendo á ella una huérfana. Dijimos tambien, que habiéndose negado Santiago Ferrand formalmente á entrar en aquel complot á pesar de las amenazas de la condesa, estaba resuelto á quitar de en medio á Flor Celeste, tanto por miedo á las revelaciones de la Mochuelo, como por temor á la obstinada insistencia de aquella. Pero Sarah no renunciaba por esto á su intento, segura casi de corromper ó intimidar el escribano, cuando se hubiese asegurado de tener una jóven capaz de desempeñar el papel que queria encargársele. Rompió la primera el silencio, diciendo á la Mochuelo:

—¿Sois diestra, discreta y resuelta?

—Diestra como un mono, resuelta como un alano, muda como un pez: tal es la Mochuelo del modo que el diablo la hizo para serviros á vos, si es que sea capaz de tanto.... ¡Y si lo es! contestó alegremente la vieja. Me parece que cazamos de una manera bien astuta á aquella labriega, que está ahora clavada en San Lázaro por dos buenos meses.

—No se trata ahora de ella, sino de otra cosa....

—¡Servidora vuestra, señorita! Mientras que por resultado de lo que vais á proponerme haya dinero, serémos como dos dedos de una mano.

Sarah no pudo reprimir un movimiento de indignacion.

—¿Vos debeis conocer, añadió, á gentes del pueblo, á algunas gentes infelices?

—Mas hay de estos que millonarios; mucho se puede escoger, pues gracias á Dios hay en París una riquísima miseria.

—Seria menester que me encontrarais una huérfana pobre, y sobre todo que hubiese perdido á sus padres siendo niña: ademas, deberia tener un rostro

agradable, un carácter suave, y diez y siete años no mas.

La Mochuelo miró sorprendida á Sarah.

—Me parece que una huérfana así no ha de ser difícil de encontrar, repuso la condesa: ¡hay tantos niños espósitos!...

—Bien está; pero decidme, señorita: ¿por qué olvidais en este caso á la Guillabaora, que parece hecha para lo que pedís?

—¿Y quién es esa Guillabaora?

—La jóven que robamos en Bouqueval.

—Ya os he dicho que no se trata de ella.

—Pero oidme al menos, y sobre todo recompen-sadme el buen consejo. Quereis una jóven huérfana, dócil como una malva, hermosa como el sol, y que no tenga mas de diez y siete años, ¿no es verdad?

—Seguramente.

—Pues bien; entonces tomad á la Guillabaora cuando salga de San Lázaro: dígoos que es precisamente la que buskais, como si la hubiese hecho á propósito; pues cosa de seis años tendria cuando ese canalla de Santiago Ferrand (y de esto hará diez años) me la mandó entregar, con mil francos, para desembarazarse de ella; como que fué Tournemine quien me la llevó, diciéndome que seria seguramente alguna niña, de quien querrian desembarazarse, ó hacer pasar por muerta.

—¡Santiago Ferrand decis! exclamó Sarah con voz tan alterada, que hizo retroceder de sorpresa á la Mochuelo. ¿El escribano Santiago Ferrand, repuso Sarah, os entregó aquella niña?... y....

No pudo concluir la frase; la emocion era demasiado violenta: estendió hácia la Mochuelo sus dos manos que temblaban convulsivamente, y la sorpresa y la alegría alteraron sus facciones.

—Pero no entiendo qué es lo que os enciende así, señorita, repuso la vieja. Con todo, es cosa muy sencilla. Hace diez años que se me acercó un día Tournemine, antiguo conocido mio, y me dijo: «¿Quieres encargarte de una niña que quieren hacer desaparecer? que viva ó que muera poco importa; tendrás mil francos de ganancia, y harás de la niña lo que quieras.»

—¿Y hace diez años esto?

—Cabales.

—¿Y era una niña rubia?

—Una niña rubia.

—¿Con ojos azules?

—Sí, con ojos azules, azules como un cielo.

—¿Y es la misma que en la granja...?

—Robamos para llevarla á San Lázaro.... Debo decir, en honor de la verdad, que no esperaba encontrármela en el campo á la Alondra.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó Sarah cayendo de rodillas, y levantando ojos y manos al cielo; vuestros designios son impenetrables; me prosterno ante vuestra providencia. ¡Oh! ¡si fuese posible tanta dicha.... pero no, no puedo creerlo todavía; sería esto demasiado! Y levantándose en seguida con precipitación, dijo á la Mochuelo que la miraba toda sorprendida: Venid.

Y echó á andar, precediendo á la vieja con pasos precipitados. Al llegar al extremo del patio, subió algunas escaleras que conducían á una puerta de cristales de un gabinete de labor, suntuosamente amueblado. En el momento en que la Mochuelo iba á entrar en él, Sarah le hizo seña de que se quedara á la parte de afuera, y tocó violentamente una campanilla, á cuyo sonido se presentó un criado.

—No estoy en casa para nadie, y cuidado de que persona alguna entre aquí: ¿oís? nadie absolutamente.

El criado salió, y Sarah, para mayor seguridad, echó un cerrojo. La Mochuelo había oído la recomendación que Sarah hizo al criado, y observó como aquella atrancó la puerta.

—Entrad pronto, y cerrad la puerta, la dijo la condesa volviéndose á ella.

La Mochuelo entró.

Sarah abrió precipitadamente un neceser, sacó de él una cajita de ébano que colocó encima de una mesa que estaba en medio de la habitación, é hizo seña á la Mochuelo de que se le acercara. Aquel cofre contenía muchos otros, unos sobre otros, y muchas joyas debajo de ellos. Sarah traía tanta prisa por llegar al fondo del cofrecillo, que tiraba precipitadamente sobre la mesa ricos aderezos, collares, brazaletes y diademas, en los cuales brillaban los rubís, esmeraldas y diamantes.

Tanto brillo deslumbró á la Mochuelo. Estaba armada, encerrada sola con la condesa, y veía la huida fácil y asegurada. Una idea infernal atravesó la maquinación de aquel mónstruo, pero para ejecutarla era menester que sacase su puñal de la sportilla, y se acercara á Sarah sin escitar su desconfianza. Con la astucia de un tigre que se arrastra adelantándose traídoramente hácia su presa, aprovechó la vieja de la preocupacion de la condesa para dar insensiblemente la vuelta á la mesa que la separaba de su víctima. Había ya empezado esta perversa evolucion, cuando se vió precisada á detenerse bruscamente; porque Sarah que había sacado del fondo de la caja un medallon, se inclinó sobre la mesa enseñándolo á la Mochuelo, y la dijo:

— Mirad ese retrato.

— ¡Es la Alondra! exclamó la Mochuelo, admirada de la extrema semejanza; es la jóven que me entregaron: me parece que la estoy viendo cuando

me la trajo Tournemine. Así eran sus largos cabellos rizados, que la corté en seguida, y vendí á buen precio á fé mia!

— ¿La conocéis, es ella? ¡Oh, por piedad no me engañéis, no me engañéis!

— Os digo, señorita, que es la Alondra, lo mismo que si la viese, dijo la Mochuelo procurando acercarse mas á Sarah sin ser notada: aun hoy dia se parece al retrato; si la vierais, quedaríais admirada de la semejanza.

Sarah no soltó un solo grito de terror al saber que su hija habia vivido diez años miserable y abandonada. Ni un solo remordimiento sintió, al pensar en que habia sido ella misma la que la habia arrancado del pacífico retiro en que la colocara Rodolfo. Ni siquiera preguntó aquella madre desnaturalizada, con el ansia terrible que debiera, por la vida pasada de su hija.... No, la ambicion habia ahogado, desde mucho tiempo, en Sarah la ternura maternal.... No era el gozo de encontrar á su hija el que la trasportaba de alegría, sino la esperanza, segura ya, de ver realizado el orgulloso capricho de toda su vida.... Rodolfo se habia interesado por aquella infeliz criatura, y la habia recogido sin conocerla; ¡qué seria, pues, cuando supiese que era su hija! ¡El era libre y la condesa viuda! Sarah veía ya brillar á sus ojos la corona soberana.

La Mochuelo, avanzando siempre á paso lento, habia, por fin, ganado uno de los ángulos de la mesa, y colocaba ya perpendicularmente dentro de su espuerta el puñal, con el mango á flor de la tapa, bien á mano. No estaba ya mas que á algunos pasos de la condesa.

— ¿Sabeis escribir? la dijo esta de repente; y apartando con la mano el cofrecillo y las joyas,

abrió una de las subdivisiones del necesér en que habia recado de escribir.

— No señora , no sé escribir una letra , contestó la Mochuelo.

— Voy, pues , á escribir lo que vos me dicteis... No olvidéis ninguna de las circunstancias del abandono de aquella pobre niña.

Y sentándose en un sillón delante de la mesa, tomó una pluma, é hizo á la Mochuelo señal de que se la acercara. El ojo de la vieja brilló de alegría: por fin , estaba de pie dominando á Sarah sentada. Encorvada esta sobre la mesa, se preparaba á escribir.

— Voy á leeros en alta voz lo que escriba , á medida que lo vaya haciendo , dijo á la Tuerta; vos rectificareis mis errores.

— Sí señora , contestó la Mochuelo espiando los mas ligeros movimientos de Sarah y escurriendo en la espuerta la mano derecha para poder coger el puñal sin ser vista.

La condesa empezó á escribir:

— Declaro que....

Pero interrumpiéndose y volviendo á mirar á la Mochuelo , que tocaba ya el mango de su puñal, añadió:

— ¿En qué época os fué entregada la niña?

— En febrero de 1827.

— ¿Y por quién? repuso Sarah mirando siempre á la Mochuelo.

— Por Pedro Tournemine , que en la actualidad está en el presidio de Rochefort ; y quien se la habia dado á él , es la señora Serafina , ama de llaves del escribano.

La condesa volvió á escribir , y leyó en alta voz:

— Declaro que en febrero de 1827, un hombre llamado....

La Mochuelo habia sacado su puñal, y se preparaba ya para herir á su víctima entre los hombros, cuando Sarah volvió de nuevo la cabeza. Entonces, para no ser sorprendida, apoyó muy lista en el respaldo del sillón de Sarah su mano derecha armada, y se inclinó hácia ella para contestar á su nueva pregunta.

— He olvidado el nombre del sugeto que os confió la niña, dijo la condesa.

— Pedro Tournemine, contestó la Mochuelo.

— Llamado Pedro Tournemine, repitió Sarah continuando en escribir, quien está en la actualidad en el presidio de Rocheford, me entregó una niña que le habia sido confiada por el ama de....

No pudo la condesa concluir, porque la Mochuelo, despues de haberse desembarazado con mucha suavidad de su esportillo que dejó escurrir á sus pies, se habia echado sobre ella con tanta rapidéz como furor, y cogiéndola con la mano izquierda por la nuca, teniéndole la cara apoyada contra la mesa, le habia clavado con la derecha el puñal entre los dos hombros. Este abominable asesinato fué ejecutado con tanta prontitud, que la condesa no dió un grito ni lanzó un solo suspiro.... Sentada como estaba, quedó con la parte superior del cuerpo y la frente sobre la mesa, y la pluma se le escapó de la mano.

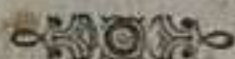
— El mismo golpe que dió el Dómine al viejecito de la calle de Roule, dijo el mónstruo. Otra que tambien quedará muda, hablará mas.... Ya queda bien arreglada.

Y apoderándose á toda prisa de las joyas y pedrerías que metió dentro de su cesta, no reparó que su víctima respiraba todavía.

Ejecutados el robo y asesinato, la horrible vieja abrió la puerta vidriera, desapareció rápidamente por la calle de árboles, y salió por la puertecita de la callejuela. Al llegar junto al Observatorio, tomó un coche en que se hizo conducir á casa del Zurdillo á los Campos Elíseos, en la que hemos dicho ya que tenía cita con la viuda Marcial, Nicolás, Calábaza y Barbillon para robar y asesinar á la corredora de diamantes.



CAPÍTULO V.



EL AGENTE DE POLICIA.

El lector conoce ya la taberna *del Corazon sangriento*, situada en los Campos Eliseos, cerca del paseo de la Reina, en uno de los vastos fosos que habia cerca de este paseo no hace muchos años.

Los de la isla del Devastador no habian llegado todavia.

Jorobeta habia vuelto á casa de su padre desde que Bradamanti habia marchado, como recordará el lector, á acompañar á la madrastra de la marquesa de Harville á Normandia. Colocado en acecho á lo alto de la escalera, debia el cojitranco anunciar la llegada de los Marcial con un grito que tenian convenido; porque el Zurdillo estaba entonces en conferencia secreta con un agente de policia llamado Narciso Borel, que el lector recordará ha-

ber visto en la tasca del Conejo blanco, cuando se presentó en ella para arrestar á los malvados acusados de asesinato.

Este agente, hombre de unos cuarenta años, vigoroso y corpulento, tenia la tez colorada, ojo fino y perspicaz, sin un pelo en la cara, que se afeitaba enteramente para poder tomar distintos disfraces, necesarios en sus peligrosas expediciones, porque necesitaba á menudo unir al valor y energía del soldado, la destreza de trasfiguracion del cómico para llegar á apoderarse de ciertos bandidos, contra los cuales debia luchar con astucia y resolucion. En una palabra, era Narciso Borel uno de los instrumentos mas útiles y mas activos de esta providencia patuda, que modesta y vulgarmente se llama *la policia*.....

.....

Volvamos á la conversacion de Narciso Borel y del Zurdillo, que parecia muy animada.

—Sí, decia el agente de policia; se os acusa de que os aprovechais de vuestra doble posicion para tomar parte impunemente en los robos de una bandada de malhechores muy temibles, y de que dais á la policia falsas noticias sobre ellos....conque andaos con tiento, Zurdillo, porque si esto se descubre, lo vais á pasar mal.

—¡Ah! ya sé que me acusan de todo eso; y hay para desesperarse, mi buen señor Narciso, respondió el Zurdillo, dando á su cara de mono una hipócrita espresion de pesar. Pero espero que hoy, al fin, se me hará justicia, y quedará en su punto justificada mi buena fé.

—Veremos.

—¿Cómo pueden desconfiar de mí? ¿no he dado buenas pruebas? ¿fui yo, ó quién fué, el que tiempo atrás os puso á la mano una ocasion de arrestar in-

fraganti á Ambrosio Marcial, uno de los mas terribles bandidos de París? Porque el buen perro, como dicen, caza de raza, y la raza de los Marcial viene del infierno, adonde debe volver si Dios es justo.

—Todo esto es muy santo y bueno; pero Ambrosio estaba advertido de que irían á prenderle, y si no me adelanto á la hora que vos me habiais indicado, se me escapaba.

—¿Me creéis capaz, señor Narciso, de haberle dado secretamente aviso de que ibais vos?

—Lo que sé es que el bandido me disparó á quemarropa una pistola, que por fortuna no hizo mas que atravesarme el brazo.

—¡Toma! ya se sabe que en vuestro oficio se anda espuesto á esas equivocaciones.

—¡Ah! ¿equivocaciones llamais á eso?

—Ciertamente, porque lo que el malvado queria no era plantaros la bala en el brazo, sino en los sesos.

—En el brazo, en el cuerpo ó en la cabeza, esto no importa nada, ni es de ello de lo que me quejo; en todos los estados se tienen sinsabores.

—¡Y placeres tambien, señor Narciso, y placeres! Por ejemplo, cuando un hombre tan fino, tan mañoso y valiente como vos, ha seguido la pista por mucho tiempo á una camada de bandidos, y los va siguiendo de barrio en barrio, de guarida en guarida, con un buen sabueso, como vuestro servidor Zurdillo, y acaba por darles una buena batida, obligarlos á meterse en una gazapera de que no puede escapar uno.... Confesad, señor Narciso, que hay en esto un gran placer, un gustazo de cazador.... sin contar con el servicio que se presta á la justicia, añadió con gravedad el tabernero del Corazon Sangriento.

—Seria de vuestro parecer cuando el sabueso fuese fiel; pero temo que no lo sea.

—¡Ah, señor Narciso! ¿conque creéis...?

—Creo que en lugar de llevarnos por buen camino, os divertís estraviándonos, y abusáis de la confianza que se tiene en vos. Cada dia nos prometeis ayudarnos á que echemos el guante á esa cuadrilla; y ese dia no llega nunca.

—¿Y si llegase hoy, señor Narciso, como estoy seguro que llegará? ¿Si yo os hiciese hoy recoger aqui juntitos á Barbillon, Nicolás Marcial, la viuda, su hija y la Mochuelo? ¿seria esto una buena pesca? ¿desconfiariais de mí todavía?

—No, porque habriais hecho un verdadero servicio; porque se tienen fuertes presunciones, y sospechas casi ciertas, contra esa cuadrilla; pero por desgracia no hay pruebas.

—Conque de este modo bastaria con pillarlos infraganti para empezar á escribir, y quizás ayudaria muy bien á desembrollar sus cartas, ¿eh, señor Narciso?

—Seguramente que sí; ¿pero me asegurais que no ha habido provocacion ninguna por vuestra parte para incitarles al golpe que van á dar?

—Sobre mi honor os lo juro: la Mochuelo fué quien vino á proponerme que procurara hacer venir á mi casa á la corredora, asi que supo por mi hijo que Morel el lapidario, que vive en la calle del Temple, córtaba diamantes finos en lugar de falsos, como él decia, y que la señora Mathieu llevaba muchas veces sobre sí considerables sumas. Yo acepté el negocio, proponiendo á la Mochuelo que nos uniéramos con Barbillon y los Marcial, á fin de ponerla en la mano con todo su acompañamiento.

—¿Y el Dómine, aquel hombre tan temible, tan fuerte y feróz, que iba siempre con la Mochuelo,

y era uno de los parroquianos de la Tasca?...

— ¿El Dómine? dijo el Zurdillo fingiendo sorpresa.

— Sí, un presidiario escapado de Rochefort; un tal Anselmo Duresnel, condenado por toda la vida: ahora se sabe que se ha desfigurado enteramente para hacerse desconocido. ¿No teneis ninguna noticia de él?

— Ninguna, contestó intrépidamente el Zurdillo, que tenia sus razones para decir aquella mentira, porque el Dómine estaba entonces encerrado en una de las cavernas subterráneas de su taberna.

— Se cree con mucho fundamento que el Dómine ha vuelto á cometer algunos asesinatos, y seria una captura importante.

— Hace seis semanas que no se sabe adonde está.

— Precisamente se os acusa de haberle perdido el rastro.

— Siempre las cargas para mí, señor Narciso, siempre...

— Y á fé que no faltan motivos. ¿Y el contrabando?

— ¿No sabeis que me es indispensable conocer un poco de toda clase de gentes, lo mismo contrabandistas que ladrones, para que os pueda ayudar á seguirles la pista? ¿No os denuncié aquel caño para introducir líquidos, establecido fuera de la muralla del Trono, y que daba á una casa de la calle de....

— Ya lo sé, dijo Narciso interrumpiendo al Zurdillo; pero por uno que denunciéis, haceis quizás pasar diez, y continuais impunemente en vuestro tráfico. Estoy cierto de que comeis á dos carrillos, como dicen.

— ¡Ah, señor Narciso! soy incapáz de un hambre tan poco honrada.

— Y aun hay mas: en la calle del Temple, nú-

mero 17, vive una tal Celestina, prendera, que se sospecha sea vuestra particular encubridora.

— ¿Qué quereis que haga yo, señor Narciso? ¡Tantas cosas dicen; el mundo es tan malo! Repito que por precision tengo que rozarme con el mayor número posible de canalla: y á veces pueden pensar que soy como ellos, peor que ellos; de consiguiente, nada tiene de extraño que tengan sospechas; pero sufro mucho en imitarlos, sufro mucho. Fuerza es que sea mucho mi amor al servicio, para resignarme á ejercer este oficio.

— ¡Pobre hombre! de veras que os tengo lástima.

— Reios cuanto querais, señor Narciso; pero toda vez que lo han creído, ¿por qué no han hecho una pesquisa en casa la Celestina y en la mia?

— Ya sabeis vos por qué: para no espantar á esa cuadrilla de bandidos que hace tanto tiempo que nos prometeis entregar.

— Y que voy á entregaros, señor Narciso: antes de una hora los teneis agarrotados, y sin gran trabajo, porque hay tres mugeres. En cuanto á Barbillon y á Nicolás Marcial, son feroces como tigres, pero cobardes como gallinas.

— Tigres ó gallinas, dijo Narciso entreabriendo su leviton y enseñando dos pistolas que asomaban por los bolsillos del pantalon, aqui traigo con qué servirles.

— Siempre hariais bien en tomar un par de hombres de los vuestros, señor Narciso; cuando se vén apurados, los mas cobardes se vuelven endiablados.

— Colocaré dos en la sala baja, y vos hareis entrar á la corredora en la pieza del lado: al primer grito, apareceré yo en una puerta, y mis hombres en la otra.

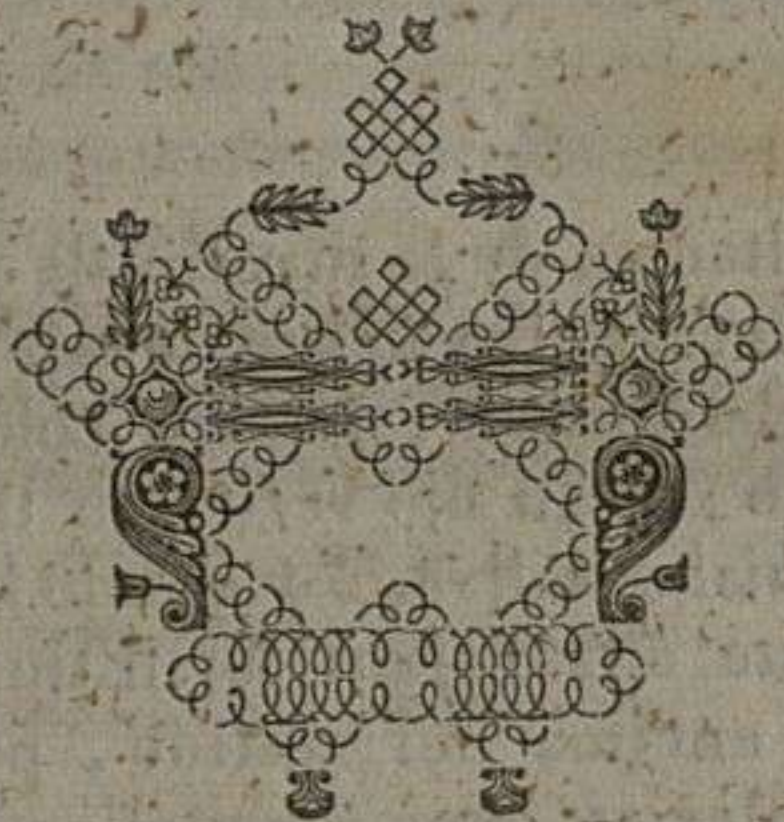
— Es menester que os deis prisa, señor Narciso, porque la cuadrilla va á llegar de un momento á otro.

—Pues bien; voy á apostar mis hombres; con tal que no trabajemos tambien en balde esta vez.

Esta conversacion fué interrumpida por un grito singular, que era la señal convenida; el Zurdillo se asomó á una ventana, para ver cuál de los que esperaba era el que anunciaba Jorobeta.

—Mirad, ahí está ya la Mochuelo. ¡Qué tal! ¿me creéis ahora, señor Narciso?

—Algo es esto ya, pero no todo; en fin, veremos; corro á colocar mi gente, y el agente de policia desapareció por una puerta lateral.



CAPÍTULO VI.

—NON—

LA MOCHUELO.

La precipitación de la marcha de la Mochuelo, y el feróz ardor de una fiebre de rapiña y asesinato que la animaba todavía, habían coloreado su asqueroso rostro, y su ojo verduzco tenía un brillo salvaje. Seguiala, saltando y dando brincos, Jorobeta; y así que ella bajaba los últimos escalones, púsole el pie encima del vestido, por una de sus muchas tunanterías, y con aquella detención súbita, la hizo tropezar. No pudiendo sostenerse la Mochuelo, cayó de rodillas, aplicando las manos contra el suelo, y soltando su preciosa espuerta, de que escapó un brazalete de oro, engastado de esmeraldas y perlas finas. Escorióse algún tanto los dedos en la caída; pero su primer cuidado fué recoger el brazalete, que no había escapado á la pe-

netrante mirada de Jorobeta : levantóse en seguida , y se precipitó furiosa sobre el cojuelo que se la acercaba , diciéndola con un gesto hipócrita :

— ¡Ah , Dios mio! ¿os habeis hecho mal?

La vieja , sin contestarle , lo cogió de los cabellos , y bajándose al nivel de su megilla , le mordió con furia hasta sacarle sangre. ¡Cosa estraña! á pesar de su perversidad , y de la agudeza del dolor que sentia , Jorobeta ni se quejó , ni dió un grito : enjugóse la megilla , y dijo haciendo esfuerzos por reir :

— Otra vez no me abraceis tan fuerte , Mochuelo.

— ¡Mono malvado! ¿por qué pusiste espresamente el pie sobre mi vestido para hacerme caer?

— ¿Yo?... si ha sido esto , querida Mochuelo ; os juro que no lo hice á propósito. ¿Cómo habia de querer haceros mal vuestro Jorobeta? os quiero demasiado para eso ; podeis pegarle , empujarle y morderle ; pero no por eso dejará de seros tan fiel como un perro á su amo , dijo el muchacho con voz melindrosa y almibarada.

Engañada por la hipocresía de Jorobeta , creyóle la Mochuelo , y le contestó :

— Sea en buenhora ; si te he mordido sin razon , vaya por las otras veces que lo habrás merecido , tunantuelo.... Vamos , ¡viva la broma! hoy no tengo rencor.... ¿Dónde está el gatazo de tu padre?

— En casa : ¿quereis que vaya por él?

— No.... ¿han venido los de Marcial?

— Todavía no.

— Entonces tengo tiempo de bajar á ver al cegato : tengo que decirle cuatro palabras.

— ¿Vais á la gruta del Dómine? exclamó Jorobeta con una alegría diabólica que apenas podia disimular.

— ¿Qué te importa eso á tí?

— ¿A mí?

— Si ; me lo has preguntado con cierto tono....

— Es que pienso en una cosa que no deja de ser de buen gusto.

— ¿En qué piensas?

— En que al menos bien debierais traerle una baraja para que matara el tiempo , añadió Jorobeta con un aire tuno á no poder mas ; siempre seria cambiar de juego ; porque ahora no tiene otro que los mordiscos que le tiran los ratones ; en este gana siempre , y esto fastidia.

La Mochuelo rió á carcajadas con aquella salida , y le dijo al cojuelo:

— ¡Monito de mamá , no conoces un bicho que sea mas vicioso que este bribonzuelo! Vé á buscar una luz , y me alumbrarás para bajar á la cueva ; me ayudarás á abrir la puerta , porque ya sabes que yo sola no puedo ni aun moverla.

— ¡Bah , bah! no quiero , porque está demasiado oscura la cueva , dijo Jorobeta haciendo gestos.

— ¡Cómo , cómo! ¿serias cobarde , cuando eres malo como un diablillo? ganas tengo de verlo. Vamos , vé pronto , y dile á tu padre que al momento estoy de vuelta , y que estoy con el ciego tratando de la publicacion de proclamas para nuestro casamiento , ¡ha , ha , ha! Vamos , despacha ; y si eres buen chico , te dejaré que me desates la liga , añadió el mónstruo con una chanza asquerosa.

Jorobeta se fué , con mal gesto , á buscar la luz. La Mochuelo , embebida en el gozo del éxito de su robo , se entretenia mientras esperaba su vuelta , en meter la mano derecha en la espuerta que traía pendiente del brazo izquierdo , y sacudir las preciosas joyas que encerraba.

Para ocultar momentáneamente este tesoro , y no para gozar como acostumbra en los tormentos de su nueva víctima , era para lo que queria bajar

á la cueva del Dómine. Luego le diremos al lector el por qué habia encerrado la Mochuelo al Dómine, con consentimiento del Zurdillo, en la misma cueva subterránea en que en otro tiempo habia el bandido precipitado á Rodolfo.

A poco volvió á parecer Jorobeta, con una vela en la mano, á la puerta de la taberna, y se dirigió, seguido de la Mochuelo, á la sala baja en que se hallaba la ancha trampa de dos puertas, que conoce ya el lector; bajó lentamente, abrigando la luz con su mano, y precediendo á la Mochuelo, una escalera de piedra que conducia á una pendiente rápida, á cuyo extremo se encontraba la reforzada puerta de la cueva que por poco se convierte en tumba de Rodolfo. Llegado al pie de la escalera, hizo como si tuviera miedo en continuar acompañando á la Mochuelo.

— ¡Ea! tonto, sigueme, dijo la vieja pasando delante de Jorobeta.

— ¡Está tan oscuro, y luego vos vais tan de prisa! Pero no, no, prefiero daros la luz y volver atrás.

— ¿Y la puerta de la cueva, imbécil? ¿no sabes que no puedo abrirla sola? ¡A ver si vienes!

— No, tengo demasiado miedo.

— Si voy, cuidado.

— Ya que me amenazais, me vuelvo arriba; y retrocedió en efecto algunos pasos.

— Pues bien, oye aqui; sé buen muchacho, y te daré un regalo.

— Sea enbuenhora, dijo Jorobeta acercándose; habládme así, y hareis de mí lo que querais, queridita.

— Vamos, adelante que tengo prisa.

— Sí, pero prometerme que me dejareis zurrar al Dómine.

— Otro día será; hoy no tengo tiempo.

— Un poquito nada mas ; dejad solamente que le haga rabiar un poco.

— Te digo que otro dia , porque tengo que volver arriba en seguida.

— ¿Para qué , pues , quereis abrir la puerta de su habitacion?

— Eso no te importa á tí saberlo. ¿A ver si acabarás? Quizás estén ya arriba los de Marcial, y tengo que hablarles.... Sé buen muchacho , y no te pesará ; vamos.

— Fuerza es que os quiera yo mucho para que me hagais hacer todo lo que quereis.

La luz opaca y vacilante de la vela alumbraba vagamente aquel frio recinto , y dibujaba sobre las paredes verduzcas , rotas y sucias de humedad , la negra sombra del asqueroso muchacho. Veíase confusamente al fondo del pasillo , la baja y rota bóveda de la entrada de la cueva , con su gruesa puerta guarnecida de barras de hierro , sobre cuyo fondo se dibujaban , el pañolon de lana encarnado y la gorra blanca de la Mochuelo , con cuyos esfuerzos y los de Jorobeta , se abrió la puerta , rechinando sobre sus mohosos goznes , dió salida á un vapor húmedo que salió de aquel recinto negro como la noche. La luz , colorada en tierra , alumbraba débilmente las primeras gradas de la escalera de piedra , perdiéndose completamente las últimas en las tinieblas. De la negra profundidad de la cueva , salió al abrirla un grito que parecia mas bien un rujido de fiera.

— Es cegallon que da los buenos dias á su mamá , dijo irónicamente la Mochuelo : y bajó algunos escalones para ocultar su espuerta en algun rincon.

— ¡Tengo hambre ! gritó el Dómine temblándole de rabia la voz : ¿conque quereis hacerme morir como una fiera rabiosa?

—¿Tienes hambre, amante? dijo la Mochuelo soltando una carcajada: pues bien, chúpate el dedo.

Oyóse el ruido de una cadena que se enroscaba con violencia, y luego un suspiro de rabia mudo y contenido.

—¡Cuidado, cuidado, mi buen papá! Vas á hacerte daño en las piernas como en la quinta de Bouqueval, dijo el cojuelo.

—¡Tiene razon el niño; estáte quieto! repuso la vieja: la argolla y la cadena son sólidas, viejo sin ojos; son de casa del señor Micou, que no da gato por liebre. Tú te tienes la culpa: ¿por qué te dejabas agarrotar mientras dormias? luego no ha habido mas que pasarte la argolla y la cadena en la pierna, y bajarte aqui al fresco para que te conserves, viejo coqueton.

—Es lástima, exclamó Jorobeta; va á enmohecerse.

Oyóse un nuevo sacudimiento de cadena.

—¡Ha, ha! salta como un abejorro atado por la pata, dijo la vieja.

—¡Abejorro, vuela, vuela, vuela!... ¡Tu marido es el Dómine!... taraleó Jorobeta.

Esta variante aumentó la alegria de la Mochuelo, que despues de haber colocado su espuerta en un hoyo que formaba el declive de la pared de la escalera, dijo levantándose:

—¿Ves, querido mio?

—No ve, dijo Jorobeta.

—¡El muchacho tiene razon! pues bien, ¿oyes? ¿A qué venia hacer el bobo al volver de la quinta, impidiéndome que embadurnara á la Alondra con mi vitriolo, y luego hablarme de que te remordia la conciencia? Vi que tu genio se iba marcando, y que estabas en disposicion de volverte honrado, ó espía como si dijéramos... Consideré que de un

dia á otro podias dar un soplo, viejo sin ojos, y entonces....

—Entonces el viejo sin ojos va á comérsete á tí, Mochuelo, porque tiene hambre, exclamó Jorobeta, empujando de golpe con toda su fuerza por la espalda á la vieja, que cayó echando una blasfemia terrible.

—Búscala.... búscala á la Mochuelo, viejo; ¡sáltale encima! exclamó Jorobeta; y apoderándose de la espuerta, que habia cuidado bien de mirar donde la ocultará la tuerta, subió precipitadamente la escalera, gritando con una carcajada feróz:

—¡Hé ahí un empujon que vale mas que el de antes! ¿eh, Mochuelo? ¡lo que es esta vez no me morderás hasta sacarme sangre! ¡Ah! ¿con que creías que no te guardaba rencor? gracias; todavía me duele.

—¡Oh, la tengo, la tengo! exclamó el Dómine desde el fondo de la cueva.

—¡Si la has encontrado, partamos, viejo! exclamó Jorobeta chanceándose, y se paró en la última grada de la escalera.

—¡Socorro! gritó la Mochuelo con voz ahogada.

—¡Gracias, Jorobeta, repuso el Dómine, gracias! y se le oyó echar una aspiracion de espantosa alegría. ¡Oh! te perdono todo el mal que me has hecho, y por recompensa vas á oír cantar á la Mochuelo. Escucha bien al pájaro de mal agüero.

—¡Bravo! estoy en las primeras lunetas, añadió Jorobeta, sentándose en lo alto de la escalera.

Jorobeta, sentado en el primer escalon, levantó la luz para ver si alumbraba la espantosa escena que iba á pasar en la profundidad de la cueva; pero las tinieblas eran demasiado espesas, y la debilidad de aquella luz no pudo atravesarlas. El hijo del Zurdillo nada distinguió.

La lucha del Dómine y la Mochuelo era sorda, encarnizada, sin una palabra ni un grito: solo, de cuando en cuando, se oían la ardiente aspiración ó el ahogado soplo que acompañan siempre á los esfuerzos violentos y comprimidos. Impaciente entonces Jorobeta, se puso á restregar de pies, con aquella cadencia particular á los espectadores cuando están impacientes por ver empezar el espectáculo, y luego dió aquel grito familiar á los abonados al patio del teatro del Boulevard.

— ¡Eh! arriba el telon.... ¡Música, música!

— ¡Oh! yo lograré agarrarte bien, murmuró el Dómine desde el fondo de la cueva: y vas....

Interrumpiólo un movimiento desesperado de la Mochuelo, que se debatía con la energía que da el temor de la muerte.

— Mas alto, que no se oye, exclamó Jorobeta.

— Por mas que me muerdas la mano, te sujetaré del modo que quiera, repuso el Dómine; y habiendo sin duda alcanzado el contener á la Mochuelo, añadió: Asi.... ahora escucha.

— Jorobeta, llama á tu padre! gritó la Mochuelo con voz convulsa y ahogada. ¡Socorro, socorro!

— ¡Afuera la vieja, que no deja que se oiga! dijo el cojuelo dando una risotada.

Los gritos de la Mochuelo no podían atravesar aquellos dos pisos subterráneos. Viendo la miserable que no podía esperar socorro del hijo del Zurdillo, quiso probar un último esfuerzo, y exclamó:

— Jorobeta, vé á buscar socorro, y te doy mi espuerta que está llena de joyas ahí debajo de una piedra.

— ¡Qué generosidad! gracias, señora; ¿pero te figuras que no tengo ya tu espuerta? ¡toma, mira como hace tric tric por dentro! añadió Jorobeta sacudiéndola. Pero mira, si me das en seguida un

par de galletas calientes, voy á buscar á papá.

— Ten compasion de mí, y te....

No pudo continuar.... y todo quedó en silencio otra vez. El cojuelo volvió á empezar á dar patadas, á compás, sobre la piedra de la escalera en que estaba agachado, acompañando el ruido de sus pies con ese grito repetido:

— ¿Conque no se empieza?... ¡Oh, eh.... el telon, ó lo alboroto todo! ¡Ea, música, música!

— Asi no podrás aturdirme con tus gritos, Mochuelo; repuso el Dómine despues de un corto silencio, en cuyo tiempo logró seguramente envolverla. Ya conoces que no quiero acabar de un golpe.... No, ¡tormento por tormento! bastante me has hecho sufrir tú á mí.... ahora es menester que te hable largamente antes de matarte; sí, largamente.... ¡esto va á ser horroroso para tí! ¡Qué agonia vas á tener!

— ¡Oye, viejo, no hagas tonterías! exclamó Jorobeta levantándose; corrígela; pero no la hagas demasiado daño. Hablas de matarla; pero esto es una chanza, ¿no es verdad? Cuidado, que yo quiero á mi Mochuelo; te la he prestado, però me la has de volver; no me la mates.... ¡Vaya! no quiero yo que me destruyan á mi Mochuelo; sino voy á llamar á papá.

— Pierde cuidado; no le daré sino lo que merece.... Una leccion provechosa, dijo el Dómine para tranquilizar á Jorobeta, temiendo no fuera á buscar socorro.

— Asi, asi, ¡bravo! ya va á empezar la comedia, dijo el hijo del Zurdillo, que no creía que el Dómine amenazase sériamente la vida de la horrible vieja.

— Hablemos, pues, Mochuelo, repuso el bandido con voz tranquila; en primer lugar has de saber

que desde aquel sueño de la quinta de Bouqueval, que me representó todos nuestros crímenes, y por el que estuve á punto de volverme loco.... y que me volverá loco, porque en la soledad y profundo aislamiento en que vivo, todos mis pensamientos vienen á parar, á pesar mio, en aquel sueño.... ha obrado en mí un cambio extraordinario.... sí, porque me he horrorizado de mi pasada ferocidad.... empecé por no dejar que martirizaras á la Guilla-baora; pero esto no era nada todavía.... Al encadenarme aquí en esta cueva, en que me has hecho sufrir hambre y frio, pero en que me he visto libre de tu obsesion, me has abandonado enteramente al terror de mis pensamientos. ¡Oh! ¡tú no sabes qué es estar solo, siempre solo, y con un velo negro delante de los ojos, como me dijo el hombre implacable que me castigó!... ¡esto es espantoso! En esta misma cueva le habia precipitado yo para asesinarle.... y ahora se ha convertido en lugar de mi suplicio, y quizás acabará por ser mi tumba.... esto es espantoso, te repito.... Todo lo que aquel hombre me predijo, se ha realizado. Dijome: «Has abusado de tu fuerza.... pues bien; llegarás á ser el juguete de los mas débiles....» y ha sucedido así: dijome: «Separado para siempre del mundo exterior, solo á la faz del eterno recuerdo de tus crímenes, dia vendrá en que te arrepientas de ellos....» y este dia ha llegado, y el aislamiento me ha purificado.... jamás lo hubiera creido posible.... Otra prueba de que soy quizás menos malvado que antes es el gozo infinito que siento en tenerte aquí, monstruo.... no para vengarme, sino para vengar á nuestras víctimas.... sí, porque habré cumplido un deber cuando haya castigado con mi propia mano á mi cómplice.... Una voz secreta me está diciendo que si hubieses caido antes en mi poder, no hubieras

derramado, no, mucha sangre, mucha.... Ahora me horrorizo de mis pasados asesinatos; y con todo, ¿no encuentras singular el que vaya al mismo tiempo á cometer en tí, sin riesgo y con seguridad, un asesinato horrible, y con un refinamiento horroroso?... ¿dí, dí, concibes tú esto?

—¡Bravo! bien representado, viejo sin ojos; esto marcha, exclamó Jorobeta palmoteando; pero sigues de broma, ¿no es verdad?

—Siempre de broma, repuso el Dómine con voz bronca. Oye, oye, Mochuelo; es menester que acabe de explicarte el modo cómo he llegado poco á poco hasta el arrepentimiento. Esta revelacion te será odiosa, corazon endurecido; pero te probará tambien cuán implacable ha de ser la venganza que quiero ejercer sobre tí en nombre de nuestras victimas. Es menester que me dé prisa, porque el gozo de tenerte aquí, me hace hervir la sangre, y el corazon me salta con violencia, como cuando á fuerza de pensar en aquel sueño, pierdo el juicio.... quizás voy á tener una de mis crisis; pero tendré tiempo suficiente para hacer espantosa tu agonía, obligándote á oirme.

—¡Animo, Mochuelo, ánimo á contestar! gritó Jorobeta; ¿conque no sabes tu papel?... ¡Entonces dile al diablo que te sirva de apuntador, bruja maldita!...

—¡Oh! no te servirá que resistas, y me muerdas, añadió el Dómine despues de un momento de silencio; no te escaparás por esto; me has cortado los dedos hasta los huesos; pero si vuelves á moverte, te arranco la lengua.... Sigamos hablando.... Al encontrarme solo, solo siempre entre tinieblas y silencio, empecé por sentir accesos de furiosa é impotente rabia, y por la primera vez de mi vida creí perder el juicio. Sí, porque despierto soñaba

en mi sueño cruel.... ¿Sabes tú qué sueño es este? Representánseme el viejecito de la calle de Roule, la muger anegada y el ganadero.... y tu fantasma de mochuelo con las alas tendidas sobre aquellas fantasmas.... Dígame que esto es horrible.... Soy ciego, y mi pensamiento toma cuerpo y forma para representarme sin cesar y de una manera visible, casi palpable, las facciones de mis víctimas. Aunque no hubiese tenido nunca este horroroso sueño, no por eso hubiera estado mi espíritu menos agitado continuamente por el recuerdo de mis pasados crímenes, menos turbado que las mismas visiones, porque seguramente que cuando uno está privado de la vista, se le clavan casi materialmente en el cerebro esas perseguidoras imágenes.... Con todo, algunas veces, á fuerza de contemplarlas con terror resignado, me parece que aquellos espectros amenazadores se apiaden de mí.... Los veo palidecer, borrar y desaparecer.... Entonces quiero despertar de un sueño funesto, y me siento débil, abatido y quebrantado.... ¿Pero lo creerías?... ¡Oh! ¡cómo vas á reírte, Mochuelo.... entonces! ¡lloro! ¿oyes? ¡lloro! ¿no te ries? ¡rie pues, rie!

La Mochuelo dió un gemido sordo y ahogado.

— ¡Mas alto! gritó Jorobeta; no se oye nada.

— Sí, repuso el Dómine; lloro porque padezco, y es vano mi furor, y porque pienso que mañana, el otro, y todos los días, seré presa de los mismos accesos de delirio y sombría desesperación.... ¡Qué vida!... ¡Oh, qué vida!... ¡Y no escogí la muerte antes de dejarme encerrar vivo en este abismo, cuya soledad atormenta sin cesar mi cerebro!... Ciego, solitario, encarcelado, ¿qué es lo que podrá distraerme de mis remordimientos? ¡Nada, nada!

Cuando las fantasmas cesan por un momento de pasar de una á otra parte sobre el velo negro que

tengo yo delante de los ojos, entonces son otros mis tormentos: son terribles comparaciones, porque pienso entonces que si hubiese permanecido honrado, estaria á estas horas libre, tranquilo y feliz, querido y respetado por los míos, en lugar de estar ciego y encadenado en un calabozo á la disposicion de mis cómplices. ¡Ah! el pesar de la felicidad perdida por un crimen, es el primer paso hácia el arrepentimiento. Y cuando al arrepentimiento se une una expiacion espantosamente severa; una expiacion que cambia la vida en un largo insomnio lleno de alucinaciones vengadoras ó desesperadas reflexiones.... quizás entonces está próximo á suceder el perdon de los hombres al remordimiento y á la expiacion.

— ¡Hola, hola! viejo, gritó de nuevo Jorobeta; vas á mojar la oreja al señor Moessard. ¡Toma, si se conoce á la legua!

— ¿Te sorprende el oirme hablar así, Mochuelo? prosiguió el Dómine sin dar oídos á lo que decia el cojo. Si hubiese continuado aturdiéndome con nuevos crímenes sangrientos, ó con la fatal algazara de la vida de presidiario, jamás se hubiera obrado en mí este saludable cambio; ya lo sé; pero solo, ciego, perseguido por los remordimientos que hasta llego á ver, ¿en qué habia de pensar? ¿En nuevos crímenes? ¿cómo habia de cometerlos? ¿En una evasion? ¿cómo habia de huir? y ademas, dado que hubiera podido.... ¿á dónde iba? ¿qué podia hacer de mi libertad? No; en lo sucesivo debo vivir en una noche eterna, entre las angustias, el arrepentimiento y el espanto de las formidables apariciones que me persiguen. A veces, no obstante, luce en medio de mis tinieblas un débil rayo de esperanza, y sucede un momento de calma á mis tormentos. Sí; porque alcanzo á veces á conjurar los es-

pectros que me sitian, oponiéndoles el recuerdo de un pasado honrado y pacífico, remontando mi pensamiento hasta los primeros días de mi juventud y de mi infancia. Por fortuna los mas grandes criminales tienen al menos algunos años de paz y de inocencia que oponer á sus años de crímenes y sangre; porque no se nace malvado.... Los mas perversos han tenido el amable candor de la infancia, y conocido los inocentes goces de aquella edad encantadora.... Así es, que á veces, te lo repito, siento un amargo consuelo al pensar que aunque soy á estas horas el objeto de la execracion de todo el mundo, ha habido un tiempo en que era amado y protegido, porque era inofensivo y bueno.... ¡ah! ¡necesito refugiarme en el pasado cuando puedo hacerlo; porque solo allí encuentro alguna calma!

Al pronunciar estas últimas palabras, habia perdido su aspereza el acento del Dómine: aquel hombre indómito parecia conmovido profundamente, y añadió: Mira cuánta es la saludable influencia de estas ideas, que llega á apaciguar mi furor.... Si, me faltan para castigarte el valor, la fuerza y la voluntad: no, no seré yo quien verterá tu sangre...

— ¡Bravo viejo, bravo! ¿no ves, Mochuelo, como era una farsa? gritó Jorobeta palmoteando.

— No, no seré yo quien la vierta, repuso el Dómine: seria un asesinato, disculpable quizás, pero siempre seria un asesinato.... me basta con tres espectros.... Además de que, ¿quién sabe?... quizás tambien te llegue á tí un dia en que te arrepientas.

Al decir esto, habia el Dómine restituido maquinalmente á la Mochuelo alguna libertad de movimiento, de que se aprovechó ella para poner mano al puñal que habia colocado en su corsé despues del asesinato de Sarah, y para dar con él un violento golpe al bandido, á fin de desembarazarse en-

teramente de él. Al sentir el dolor de la herida, dió un grito penetrante. Los feroces ardores de rabia, venganza y odio, despertaron bruscamente á sus instintos sanguinarios, que exasperados con aquel ataque, hicieron una esplosion súbita y terrible, en que se abismó su razon fuertemente sacudida ya con tantos sufrimientos.

—¡Ah, vivora, he sentido tu diente! exclamó tembándole de furor la voz, y sujetando con fuerza á la Mochuelo que habia querido escapársele. ¿Te arrastrabas por la cueva, eh? añadió cada vez con mayor demencia.... Pero vivora ó Mochuelo, voy á aplastarte.... aguardaba seguramente la venida de las fantasmas.... sí, porque la sangre empieza ya á latirme en las sienes, los oidos me zumban, y se me va la cabeza.... como cuando vienen ellas.... Sí, no me equivoco.... ¡Oh! hélas alli en el fondo de las tinieblas que avanzan.... ¡qué pálidas están! ¡cómo corre su sangre roja y humeante! ¡ah! esto te espanta.... te agotas.... pues bien; pierde cuidado; no las verás á las fantasmas, no.... no las verás.... tengo compasion de tí; y voy á volverte ciega.... y estarás como yo.... sin ojos.

Al llegar aqui, hizo el Dómine una pausa. La Mochuelo dió un grito tan horrible, que Jorobeta se enderezó de un salto sobre su escalon de piedra. Los espantosos gritos de la Mochuelo, pareció que llevasen al colmo el furioso vértigo del Dómine.

—Canta.... decia en voz baja.... canta, Mochuelo.... canta tu canto de muerte.... dichosa tú que no verás ya á las tres fantasmas de nuestras victimas. El viejecito de la calle de Roule, la muger anegada y el ganadero.... Yo sí los veo.... se acercan.... me tocan.... ¡Oh, qué frias están!... ¡ah!...

El último rayo de inteligencia de aquel miserable se estinguió en este grito de espanto, en este

grito de condenado. Desde entonces ya no razonó mas el Dómine, ni habló una palabra; obró y rugió como una fiera, sin obedecer mas que al instinto salvaje de destrucción. Habia algo de espantoso en lo que pasaba en las tinieblas de la cueva. Oíase un patear precipitado, interrumpido con frecuentes intervalos por un ruido sordo como el de una caja huesosa que saltase sobre una piedra contra la cual quisieran romperla. Cada uno de estos golpes iba acompañado de agudos y convulsivos suspiros, y de una risotada infernal. Despues oyóse el ronco resuello de uno que agonizaba.... y despues nada se oyó ya si no el patear furioso y los golpes sordos sobre la piedra, que continuaron siempre.

Un lejano ruido de pasos y de voces llegó en breve hasta las profundidades de la cueva, y en la estrechidad del pasillo subterráneo se vieron brillar gran cantidad de luces.

Jorobeta, helado de terror por la tenebrosa escena á que acababa de asistir sin verla, vió bajar rápidamente la escalera á muchos hombres con luces en las manos. En un momento estuvo llena la cueva de agentes de policía, á cuya cabeza iba Narciso Borel, y cerraban la marcha un peloton de guardias municipales.

Jorobeta fué cogido en los primeros escalones de la cueva, teniendo en la mano todavía la espuerta de la Mochuelo. Narciso Borel, seguido de algunos de los suyos, bajó á la cueva del Dómine; pero todos se pararon á la vista de un horrible espectáculo.

El Dómine, con una cadena en la pierna, clavada en una enorme piedra que habia en medio de la cueva, horrible, monstruoso, con el pelo erizado, la barba larga, echando espuma por la boca, y vestido de harapos ensangrentados, daba vueltas

como una fiera al rededor de su calabozo, arrastrando trás sí, cogido por ambos pies, al cadáver de la Mochuelo, cuya cabeza estaba horribilmente mutilada, rota y hecha pedazos.

Una violenta lucha fué menester para arrancarle los sangrientos restos de su cómplice, y para llegar á agarrotarlo. Despues de una vigorosa resistencia, logróse transportarle á la sala baja de la taberna del Zurdillo, vasta sala obscura, alumbrada por una sola ventana, en que estaban con las esposas en las manos y con guardias de vista, Barbillon, Nicolás Marcial, y su madre y hermana, que acababan de ser arrestados en el momento de poner mano en la corredora de diamantes para asesinarla, á la cual habian depositado en otra habitacion, y se la suministraba lo necesario para que volviese en sí.

El Dómine, tendido en el suelo, y contenido difícilmente por dos agentes, tenia caído un brazo en que le hiriera la Mochuelo; pero completamente loco, soplabá y rugía como un toro en el matadero; y levantábase á veces enderezándose casi enteramente con un salto convulsivo.

Barbillon estaba sentado sobre un banco, con la cabeza baja, la téz lívida y aplomada, los lábios descoloridos, la mirada fija y feróz, y con sus largos cabellos negros y lisos caídos sobre el cuello de su blusa azul, rota en la lucha, tenia los puños oprimidos con una doble esposa de hierro, y caídos sobre las rodillas. La apariencia juvenil de este miserable, que apenas tenia diez y ocho años, y la regularidad de sus facciones marchitas y degradadas, ya cuando no habia aun en su barba un pelo, hacian mas deplorable todavía el sello asqueroso con que el desórden y el crimen habian marcado aquella fisonomia. Estaba impasible, sin decir una palabra, y sin que pudiera adivinarse si aquella apa-

rente insensibilidad era debida al estupor, ó á una fria energía: su respiracion era frecuente, y de tiempo en tiempo enjugaba con sus atadas manos el sudor de su frente.

A su lado estaba Calabaza: habia perdido en la contienda su gorra, y su roja cabellera, atada sobre el cogote, pendia detrás de su cabeza en gran cantidad de mechass claras y lisas. Mas enfadada que abatida, y algo coloradas sus flacas y hiliass me-gillas, contemplaba con desdén el abatimiento de su hermano Nicolás, sentado enfrente de ella en una silla, el que, previendo la suerte que le esperaba, estaba postrado de terror, cargado sobre sí mismo, con la cabeza pendiente, temblándole las rodillas, y con un convulsivo rechinamiento de dientes daban sordos gemidos.

Sola, entre todos, la madre Marcial, viuda del guillotinado, de pie, apoyada en la pared, y sin haber perdido nada de su audacia, echaba en derredor de sí, con la cabeza alta, una mirada firme, y aquella máscara de bronce no denotaba la mas mínima emocion. Con todo, á la vista del Zurdillo, á quien volvian á la sala baja despues de haberle hecho asistir á la minuciosa inquisicion que el comisario y el escribano acababan de hacer en toda la casa, las facciones de la viuda se contrageron á pesar suyo; sus ojos pequeños, que por lo regular eran opacos, se iluminaron como los de una víbora furiosa; sus lábios cerrados, se volvieron azules, y atiesó sus dos brazos agarrotados: mas luego, como si se arrepintiera de aquella manifestacion de cólera y odio impotente, dominó su emocion, y volvió á recobrar una calma glacial.

Mientras que el comisario formaba las primeras diligencias, asistido del escribano, Narciso Borel se frotaba las manos y echaba una mirada compla-

cida á la gente que formaba su importante captura, satisfecho de haber librado á París de una banda de temibles criminales; pero confesando de cuánta utilidad le habia sido el Zurdillo en aquella expedicion, no pudo menos de regalarle una mirada espresiva y reconocida.

El padre de Jorobeta debia participar hasta despues de su juicio, del encarcelamiento de la gente que acababa de denunciar, traía esposas como ellos, y mas que ellos todavía tenia el gesto consternado, y temblaba, y hacia muecas con su cara de mico para darle una espresion desesperada; y dando lamentables gemidos, abraza á Jorobeta, como si buscara algun consuelo en las caricias paternales; mas el cojuelo se mostraba poco sensible á estas pruebas de ternura, porque acababa de saber que iban á llevarle á la cárcel en el departamento de los niños, hasta nueva orden.

— ¡Qué desgracia el tener que separarme de mi querido hijo! exclamaba el Zurdillo fingiendo enternecerse: nosotros dos somos los mas infelices, señora Marcial, porque nos separan de nuestros hijos.

La viuda no pudo guardar por mas tiempo su sangre fria, y no dudando de la traicion del Zurdillo, cuyo presentimiento habia tenido, exclamó:

— Bien segura estaba yo de que habias vendido á mi hijo el de Tolon.... ¡Toma, Judas! y le escupió en la cara. Has vendido nuestras cabezas: muy bien, se verán buenas muertes, muertes de verdaderos Marcial.

— Sí, no nos espanta la cuchilla, añadió Calabaza con feróz exaltacion.

— Este cobarde será el que nos deshonne en el cadalso, dijo la viuda á su hija señalando á Nicolás con una mirada llena del desprecio mas humillante.

Algunos momentos despues, la viuda y Calabaza subian á un coche, acompañadas de dos agentes, para ser trasladadas á San Lázaro. Barbillon, Nicolás y el Zurdillo eran conducidos á la cárcel, y el Dómine al depósito de la consergería, donde habia celdas destinadas á recibir provisoriamente á los locos.




CAPÍTULO VII.

—NON—

PRESENTACION.

....El mal que hacen sin saber, los malvados, es á veces mas cruel que el que hacen á sabiendas.

(SCHILLER, *Wallenstein*, acto II.)



Algunos dias despues de los asesinatos de la señora Serafina y de la Mochuelo, y del arresto de la cuadrilla sorprendida en casa del Zurdillo, se trasladó Rodolfo á la casa de la calle del Temple. Hemos dicho ya, que con el objeto de luchar en astucia con Santiago Ferrand, descubrir sus ocultos crímenes, obligarle á repararlos, y castigarle de una manera terrible en el caso de que lograrse aquel miserable escapar á la venganza de la ley á fuerza de astucia é hipocresía, habia mandado venir Rodolfo de una prision de Alemania á una criolla mestiza, indigna esposa del negro David, criatura tan hermosa como pervertida, tan peligrosa como encantadora, que habiendo llegado la vispera, habia recibido instrucciones del baron de Graun.

En la última conversacion de Rodolfo con la señora Pipelet, recordará el lector que, habiendo esta propuesto con mucha maña á la señora Serafina, proporcionarle á Cecilia para reemplazar á Luisa Morel, como criada del escribano, acogió el ama con gusto su propuesta, y prometido hablar de ello á Santiago Ferrand; lo que hizo en efecto, en los términos mas favorables á Cecilia, la mañana misma del dia en que habia sido anegada al pasar á la isla. Iba, pues, Rodolfo á saber el resultado de la presentacion de Cecilia.

Grande fué su sorpresa, cuando al entrar en la portería encontró al señor Pipelet acostado, siendo las once, y Anastasia de pie á la cabecera de su cama, presentándole un brevaje. Alfredo, cuya frente y ojos desaparecian enteramente bajo un enorme gorro blanco, no hacia caso de lo que le decia Anastasia; de donde dedujo esta que estaria dormido, y corrió las cortinas de la alcoba. Reparando en Rodolfo al volver la cabeza, inmediatamente llevó á su peluca el reverso de su mano izquierda, haciendo el saludo militar, y le dijo:

—Buenos dias, mi rey de los inquilinos, servidora vuestra; me encontrais atropellada, aturdida y estenuada. Hay grandes novedades en la casa, y eso sin contar con Alfredo, que está en cama desde ayer.

—¿Y qué es lo que tiene?

—¿Se pregunta esto?

—¿Cómo?

—Siempre el mismo. Aquel mónstruo se encarniza cada vez mas contra Alfredo, y me lo embrutece de modo que ya no sé qué hacer de él.

—¿Todavía Cabrion?

—Todavía.

—Ese Cabrion es el mismo demonio.

—Al fin acabaré por creerlo así, señor Rodolfo; porque el pilluelo adivina siempre el momento en que salgo de casa. Apenas he tenido tiempo para volver la espalda, cuando crac, ya me lo teneis ahí en hombros de mi viejecito, que no tiene mas defensa que un niño. Ayer mismo, mientras estaba yo en casa del señor escribano Ferrand.... ¡vaya.... que tambien hay allí novedades!

—¿Y Cecilia? dijo Rodolfo con presteza; venia á saber....

—Mirad, rey mio de los inquilinos, no me embrolleis, porque tengo tantas y tantas cosas que decir, que voy á perderme si me rompéis el hilo.

—Veamos; ya os escucho.

—Primeramente, por lo que hace á la casa, figuraos que ayer vinieron á prender á la señora Celestina.

—¿La prendera del segundo piso?

--La misma.... parece que tenia algun oficio secreto, ademas del de prendera.... porque era ladrona, encubridora, fundidora, alumbradora, engaitadora, y qué sé yo qué *oras* mas; y lo peor es que el señor Zurdillo, nuestro principal, está tambien en la cárcel.... ¡qué.... si os digo que ha habido un verdadero terremoto en la casa!

—¿El Zurdillo preso?

—Vaya.... en su misma taberna de los Campos Eliseos; y se han llevado hasta á su hijo el cojuelo, el maldito Jorobeta. Dicen que se hicieron en su casa un monton de prisiones; que habia allí una cuadrilla de malvados; que la Mochuelo, una de las amigas de la señora Celestina, fué encontrada muerta y desfigurada, y que si no llegan á tiempo, asesinaban á la buena señora Mathieu, la corredora de pedrerias que daba trabajo al pobre Morel.... ¿qué tal, son novedades?

— ¡El Zurdillo preso.... la Mochuelo muerta!... pensaba Rodolfo aturdido; la horrible vieja habia merecido su suerte; al menos la pobre Flor Celeste estaba vengada.

— Ved ahí lo que hay con respecto á la casa, dejando á parte la nueva infamia de Cabrion; voy á concluir contándoos lo de este. ¡Vais á ver qué poca vergüenza. Vinieron á prender á la señora Celestina, y supimos que el Zurdillo, nuestro principal y encargado de los alquileres de la casa, estaba tambien asegurado; dige yo á mi viejecito: Anda, ahora debes ir á casa del propietario, para hacerle saber que su procurador está en la cárcel; conque, Alfredo, marcha. Al cabo de dos horas me lo veo llegar; ¡pero en qué estado, Dios mio! blanco como un lienzo, y bufando como un toro.

— ¿Qué hubo pues?

— Vais á ver, señor Rodolfo: figuraos que á diez pasos de aqui hay una gran pared blanca; mi viejecito, al salir de casa, mira por casualidad á aquella pared, ¿y qué es lo que ve escrito en grandes letras de carbon? *Pipelet-Cabrion*; los dos nombres unidos con un gran signo de union, y este signo de union con aquel malvado, es lo que mas le revuelve las tripas á mi viejecito. Pues bien: aquello empezó á aturdirlo; sigue adelante, y á los diez pasos, ¿qué es lo que ve otra vez en la gran puerta del Temple? *Pipelet-Cabrion* todavía, siempre con un signo de union: sigue su marcha, señor Rodolfo, y en todas partes ve escrito en puertas y paredes *Pipelet-Cabrion* (1). Mi viejecito empezaba á turbarse; creía ver que todos los que pasaban por la calle le miraban, y se hundia el sombrero cuanto podia,

(1) Muchos se acordarán de que no hace muchos años que se leia en todas las paredes de todas las calles de Paris, el nombre de *Credeville*, escrito tambien á consecuencia de una broma de taller.

cubriéndose hasta las narices: tanta era la vergüenza que tenia. Tomó por el boulevard, figurándose que el pícaro de Cabrion habria limitado sus inmundicias á la calle del Temple; ¡pues sí, cabal! á cada lado, en habiendo un claro en que escribir, veía siempre: Pipelet-Cabrion, ¡hasta la muerte! Por fin, llegó el pobre hombre tan abatido á casa del casero, que despues de haber pasado un cuarto de hora tropezando, arrastrando la lengua y mascando las palabras, quedó el buen señor sin entenderle una sola, y lo despidió llamándolo viejo imbecil, y encargándole que fuera yo á esplicarle el lance. Pues bien, mi pobre Alfredo sale, y vuelve por otro camino para evitar los nombres que habia visto escritos en las paredes... ¡Sí, buena la hizo!..

—¡Cómo! ¿volvió á ver la fatal inscripcion?

—Lo acertasteis, mi rey de los inquilinos; de modo que el pobre hombre me llegó aqui aburrido y diciendo que queria espatriarse. Me cuenta la historia, le tranquilizo como puedo, le dejo, y salgo con la señorita Cecilia para ir á casa del escribano, antes de pasar á ver al amo de la casa. ¿Creeis que acabó asi? ¡pues ya! Apenas habia vuelto yo la espalda, cuando el pillo de Cabrion, que habia espionado el momento de mi salida, ha tenido la desvergüenza de enviar aqui dos pícaras para martirizar á mi Alfredo. Mirad, los cabellos se me erizan.... Pero luego os lo contaré; concluyamos ahora con el escribano.

Parto pues en coche con la señorita Cecilia, como me lo habiais recomendado: estaba vestida con su lindo trage de aldeana alemana, puesto que llegada de poco, no habia tenido tiempo para mandarse hacer otro, como debia yo decirle al señor Ferrand. Creedme si quereis, mi rey de los inquilinos; muchas jóvenes he visto, y aun en mis años verdes me

habia visto á mí misma; pero en mi vida ví (inclusa yo) una hermosura que pudiese acercarse de cien varas á la de Cecilia. Sobre todo, tiene en el mirar de aquellos ojazos negros, un no sé qué.... hay en ellos una cosa.... que no se sabe lo que es, pero que traspasa á cualquiera.... ¡Qué ojos!... Mirad, Alfredo no es sospechoso: pues bien, la primera vez que la miró, se puso encendido como un pimenton el viejecito, y por ningun dinero la hubiera vuelto á mirar segunda vez: una hora entera ha pasado estremeciéndose en su silla como si estuviera sentado encima de ortigas; y despues me dijo que sin que él pueda esplicarse el cómo, le recuerda la mirada de Cecilia todas las historias de los salvajes que le contaba aquel descarado de Bradamanti, y que le avergonzaban tanto al viejo cándido de mi Alfredo.

—¿Pero y el escribano? ¿y el escribano?

—Ahora, ahora, señor Rodolfo. Eran ya cerca las siete de la tarde cuando llegamos á su casa. Digo al portero que avise al señor Ferrand de que está la señora Pipelet con la criada de que le habló al señor la señora Serafina, y que esta dijo que podia presentarse. Al oír esto, el portero da un suspiro, y me pregunta si sabria yo algo de la señora Serafina. Dígole que no.... ¡Ah! señor Rodolfo, otra novedad allí.

—¿Qué habia pues?

—La señora Serafina se habia anegado en una partida de campo á que habia ido con una parienta suya.

—¡Anegada! ¡y una partida de campo en invierno! exclamó Rodolfo sorprendido.

—¡Anegada, señor Rodolfo, anegada!... Pero á mí mas me sorprende esto, que me entristece;

porque desde la desgracia de esa pobre Luisa Morrel que ella denunció, la detestaba á la Serafina. Así que pensé: A fé mia, que si se ha anegado, allá se las avenga: no me he de morir yo por eso.... Así es mi carácter.

— ¿Y el señor Ferrand?

— El portero me dijo al principio que no creía que pudiese ver á su amo, y me suplicó lo aguardara en su aposento; pero á los pocos momentos vuelve á buscarme. Atravesamos el patio, y entramos en un aposento del piso bajo, donde no habia mas luz que la de una vela. El escribano estaba sentado al lado de una chimenea, en que humeaban los restos de un tizon. ¡Qué barraca! Yo no habia visto nunca al señor Ferrand.... ¡Ira de Dios, qué avaro! Otro que podria ofrecermé los tesoros de la India para jugarle una mala partida á Alfredo....

— ¿Y pareció que la hiciera impresion la hermosura de Cecilia?

— ¿Quién puede saberlo, con aquellas antiparras verdes? Un viejo sacristan como aquel, no debe entender en mugeres. Con todo, cuando entramos las dos, dió como un salto en la silla, y seria seguramente de ver el trage de alsaciana que llevaba Cecilia; porque su talle se parecia, solo que era cien millones de veces mejor, á esas vendedoras de escobillas, con sus cotillones cortos, y sus preciosas piernas con medias azules rayadas de ancardado. ¡Qué pantorrilla! ¿y la garganta del pie? no era mayor que una caña; ¡y qué piececito! Finalmente, el escribano puso al verla un gesto aturdido.

— ¿Conque era la estrañeza del trage de Cecilia lo que le chocaba?

— Así es de creer; pero acercábase el momento

importante. Por fortuna, me acordé de una máxima que os habia oído á vos, señor Rodolfo, y ella me salvó.

— ¿Qué máxima es esa?

— Vuestra es: «Basta con que uno quiera una cosa, para que no la quiera el otro; ó que el uno no la quiera, para que el otro sí.» Entonces, dije yo: Tengo que desembarazar de su alemana á mi rey de los inquilinos, colocándola en lugar de Luisa; conque, pecho al agua, hago un gesto, y le digo al escribano sin dejarle respirar: Perdonad, señor, el que venga mi sobrina vestida al estilo de su pais; pero acaba de llegar, y no tiene otro vestido, ni yo con qué hacérselo, á pesar de que no podrá esto daros pena; porque venimos solamente para daros las gracias por haber dicho á la señora Serafina que consentiais en ver á Cecilia, despues de los buenos informes que yo habia dado de ella; pero no creo que pueda conveniros, señor.

— Muy bien dicho, señora Pipelet.

— ¿Y por qué no ha de convenirme vuestra sobrina? dijo el escribano, que habia vuelto á sentarse á la chimenea, y parecia como que nos mirara por encima de sus gafas. — Porque empieza ya á echar menos á su pais: apenas hace tres dias que está aqui, y ya quiere volverse, aunque fuera mendigando por el camino y vendiendo escobillas como sus paisanas. — ¿Y vos que sois su parienta, sufrireis esto? me dijo el señor Ferrand. — ¡Caramba, señor! es verdad que soy su parienta; pero es huérfana, y tiene veinte años; y de consiguiente, es dueña de sus acciones. — ¡Cómo dueña de sus acciones! á su edad se debe obedecer á los parientes, repuso bruscamente el escribano. Conque ved ahí, que al oír esto, se echa Cecilia á llorar y tem-

blar, apoyándose en mí; y sería el escribano que la daba miedo seguramente.

— Y Santiago Ferrand, ¿qué hacia?

— Seguía gruñendo, y murmurando: — ¡Abandonar á una jóven de esa edad, es querer perderla! ¡Volverse á Alemania mendigando, buen recurso! ¿Y vos que sois su tia, permitiriais semejante conducta? — ¡Bravo! pienso yo entre mí, tú mismo me ayudas, mal viejo; yo te dejaré al lado á Cecilia, ó perderé mi nombre. Es verdad que soy su tia, contesté haciendo melindres; y á fé que es un parentesco desgraciado para mí, que bastantes cargas tengo; no se me daría nada de que se marchase mi sobrina. Llévase el diablo los parientes que le envían á uno, á una chicota como esta, sin franquearla solamente. Y hé aquí que Cecilia, que parecia dispuesta á hablar, se echa á llorar á lágrima viva; y el escribano que vé por dónde meter baza, la emprende conmigo como un predicador, y se pone á decirme. — Vos debeis cuenta á Dios del depósito que su providencia ha puesto en vuestra mano; el dejar á esta jóven espuesta á perderse sería un crimen; consiento, pues, en ayudaros en esta obra de caridad; y si vuestra sobrina me promete ser laboriosa, honrada y devota, y sobre todo, que no saldrá jamás de casa, me compadeceré de ella, y la admitiré á mi servicio. — No, no; prefiero volver á mi tierra, dijo la Cecilia llorando todavía.

— Su perversa falsedad no le faltó en aquel momento á la criatura diabólica, pensó Rodolfo; y veo que comprendió perfectamente las órdenes del baron de Graun; y luego añadió en alta voz: ¿Y qué tal, el escribano aparentaba estar disgustado con la resistencia de Cecilia?

—Sí, señor Rodolfo; murmuraba entre dientes, y la dijo bruscamente. —Aquí no se trata de lo que vos preferís, señorita, sino de lo que os conviene, y de lo que es decente; no os abandonará Dios si observais una buena conducta, y cumplís con vuestros deberes religiosos. Aquí estareis en una casa tan santa como severa; y si vuestra tia os quiere de veras, se aprovechará de mi oferta. Al principio ganareis poco; pero si con vuestra prudencia y celo os haceis acreedora á mas, quizás mas tarde os aumentaré el salario. —¡Bravo! pensaba yo entre mí misma; te cogimos, escribano.... ya tienes á Cecilia en casa, viejo hipócrita y desalmado. La Serafina hacia largos años que estaba á tu servicio, y parece que ni siquiera te acuerdas de que anteayer se anegó.... y añadí en alta voz: Seguramente que la colocacion es ventajosa, señor; ¿pero y si esta jóven empieza á echar de menos su pais? —Esto le pasará, contestó el escribano; á ver, decidios.... ¿quedamos en sí ó en no? Si consentís, traedme vuestra sobrina mañana á la misma hora, y entrará en seguida en mi servicio; el portero le dará las primeras lecciones. En cuanto á salario, le daré al principio veinte francos al mes, y ademas la comida. —¡Ah, señor! bien pondreis cinco francos mas. —No, no; si mas tarde estoy contento, veremos; pero debo advertiros que vuestra sobrina no saldrá nunca de casa, ni vendrá nadie á verla. —¿Y quién quereis que viniera? no conoce mas que á mí en París, y yo tengo que guardar mi casa; bastante me ha pesado el tenerla que acompañar aquí; pero desde que quede instalada, no me vereis mas, yo os lo prometo; lo mismo que si nunca hubiese venido de su pais. En cuanto á que no salga de casa, hay un medio bien sencillo; dejadle los vestidos que trae puestos, y no se atreverá á ir por las calles de este modo. —Te-

neis razon , dijo el escribano ; ademas de que es una cosa respetable la aficion al trage del pais ; quedará , pues , vestida al gusto de Alsacia. — Vamos , la digo yo á Cecilia , que seguia haciendo pucheros con la cabeza baja , es menester que te decidas , hija mia ; una buena colocacion en una casa honrada no se encuentra todos los dias ; si ahora no aceptas , yo te digo que te arregles como quieras , y no me meto mas en tus negocios. Al oir esto Cecilia , contesta suspirando , y con el corazon angustiado : que consiente en quedarse ; pero con la condicion de que si dentro de quince dias la atormenta demasiado el recuerdo de su pais , podrá marcharse. — No quiero reteneros á la fuerza , dijo el escribano , ni me han de faltar á mi criadas ; podeis volver mañana con vuestra tia. — Cecilia no habia dejado de hacer pucheros ; yo acepté por ella los cuarenta sueldos que le ofreció el viejo mezquino , y nos volvimos á casa.

— ¡Muy bien , señora Pipelet ! yo no olvido mis promesas , y ahí teneis lo que os habia prometido si lograbais colocar esta jóven que tanto me estorbaba.

— Aguardad á mañana , mi rey de los inquilinos , dijo la señora Pipelet rehusando el dinero que la daba Rodolfo ; porque el señor Ferrand podria todavía mudar de opinion hasta esta tarde en que le llevaré á Cecilia.

— No lo creo ; pero ¿dónde está ella ?

— En el gabinete de la habitacion del comandante , de donde no ha salido obedeciendo vuestras órdenes , y parece tan resignada como un cordero , aunque tiene unos ojos.... ¡Ah , qué ojos... Pero á propósito del comandante , ¿sabeis que es muy intrigante ? ¿Creeriais que cuando vino él mismo á presidir la traslacion de sus muebles , me encargó que si venian cartas dirigidas á una señora Vincent

eran para él, y se las enviase á la calle de Mondoví, núm. 5? ¡Vaya, el pajarillo hacerse escribir bajo un nombre de muger! ¡miren que tunante!... Pero no paró en esto: tuvo la desvergüenza de preguntarme lo que se habia hecho su leña. ¿Vuestra leña? le dije yo: ¡sí, esto es, como si hubieseis traído aqui un bosque! ¡Toma! y es verdad, por dos malas cargas de leña, una pasada y una buena; porque él no es hombre que lo compre todo bueno: ¡maldito regateador de ochavos! He quemado vuestra leña, le dije yo, y la quemé para salvar de la humedad á vuestros muebles; sin esto os hubierais llenado de hongos vuestro casacon verde y vuestra bata bordada (que os habeis puesto muchas veces para rogar por las almas del purgatorio), mientras que esperabais aquella señorita se burlaba de vos.

Un gemido sordo y lastimero de Alfredo interrumpió á la señora Pipelet.

—Mi viejecito rumia; esto es que va á despertarse: ¿me dais vuestro permiso, señor Rodolfo?

—Vaya, lo teneis, señora Pipelet: todavía tengo que pedir os otras noticias.

—¿Qué tal, viejecito, cómo vamos? preguntó la señora Pipelet á su marido, corriendo las cortinas. Ahí está el señor Rodolfo, que sabe la nueva infamia de Cabrion, y te compadece con toda su alma.

—¡Ah, señor! dijo Alfredo volviendo lánguidamente su cabeza hácia Rodolfo; esta vez acaba conmigo: el mónstruo me ha herido en el corazon, me ha hecho el objeto de las burlas de la capital, y mi nombre se lee en todas las paredes de Paris, enlazado con el de ese miserable: Pipelet-Cabrion, ¡con un enorme signo de union! ¡una línea que nos une! ¡yo unido á ese infernal tunante, á los ojos de la capital de la Europa!

—El señor Rodolfo sabe ya eso; lo que no sabe

todavía es tu aventura de ayer noche con aquel par de bribonas.

— ¡Ah, señor, guardó para lo último su mas monstruosa infamia! ¡lo que es esto pasa todos los límites! dijo Alfredo con voz dolorida.

— Vaya, señor Pipelet, contadme esa nueva desgracia.

— Todo lo que habia hecho conmigo hasta ahora, era nada en comparacion de esto, señor. ¡Colmó la medida! pero procediendo de un modo vergonzoso.... No sé si tendré fuerza para contaros esto, porque la confusion y el pudor me anudarán la lengua á cada paso.

Y sentándose trabajosamente en la cama, cruzó púdicamente las solapas de su chaleco de lana, y empezó en estos términos:

— Mi esposa acababa de salir, y absorto en la amargura que me causaba la nueva prostitucion de mi nombre en todas las paredes de la capital, procuraba distraerme ocupándome en la reparacion de una bota que habia empezado veinte veces y abandonado otras tantas, gracias á la tercera persecucion de mi verdugo: estaba pues sentado detrás de mi obrador, cuando veo que se abre la puerta, y entra una muger. Iba envuelta en una capa con capuchon; me levanto con deferencia de mi asiento, y llevo la mano al sombrero, cuando veo entrar á otra muger envuelta asimismo con su capa de capuchon, y que cierra tras sí la puerta. Aunque me sorprendió la familiaridad de aquellos modales y el silencio que guardaban las dos señoras, vuelvo á levantarme de mi asiento, y vuelvo á llevar la mano al sombrero.... Entonces, señor.... pero no, no; mi pudor no me dejará seguir....

— Vamos, fuera escrúpulos; estamos entre hombres; sigue, sigue.

— Entonces, dijo Alfredo poniéndose como una grana, dejan caer las capas, ¿y qué es lo que veo? ¡Dios mio! dos especies de serenas ó de ninfas, sin otro vestido que una túnica de hojas, y con la cabeza coronada de hojas tambien; yo quedé petrificado.... entonces se adelantan las dos hácia mí tendiéndome sus brazos, como para instarme á que me echara en ellos (1).

— ¡Infame! dijo Anastasia.

— La aproximacion de aquellas impúdicas me trastornó, repuso Alfredo animado de una casta indignacion; y con aquella costumbre que no me abandona nunca en los lances mas críticos de mi vida, permanecí inmóvil en mi asiento: entonces, aprovechándose de mi estupor, las dos sirenas se me acercan con una especie de cadencia, haciendo molinetes con las piernas, y movimientos con los brazos.... Yo me inmovilizo cada vez mas; pero ellas siguieron acercándose hasta que me cogieron en sus brazos.

— ¡Abrazar á un hombre de edad y casado, pica-ronas! ¡ah! si yo hubiese estado allí con mi mango de escoba, buena cadencia y buenos molinetes las hubiera dado yo; ¡descaradas! esclamó Anastasia.

— Cuando me sentí abrazar, repuso Alfredo, la sangre se me subió á la cabeza, y estuve á punto de tener la pataleta.... Entonces, una de las sirenas, la mas desvergonzada, que era una rubia alta, se inclina sobre mis hombros, me quita el sombrero, y me deja la calva al aire; siempre con su cadencia, con sus molinetes y sus movimientos de brazos. Su cómplice saca de entre su hojarasca unas tigras; reúne en una enorme mecha todos los

(1) Eran las bailarinas del teatro de la puerta de San Martin, amigas de Cabriou, y vestidas en trages de un baile.

cabellos que me quedaban detrás de la cabeza, y me los corta todos, señor, todos, sin dejar de hacer sus molinetes; y luego dijo taraleando á compás: Son para Cabrion.... y la otra desvergonzada repetía en coro: Son para Cabrion.... son para Cabrion....

Después de una pausa, acompañada con un doloroso suspiro, prosiguió Alfredo:

— Mientras se hacia aquella impúdica espoliación, alzo los ojos, y veo pegada á los cristales de mi ventana la cara infernal de Cabrion con su barba y su sombrero de punta, que reía, reía.... ¡ah, estaba horroroso! Para librarme de aquella vision odiosa, cerré los ojos.... cuando los volví abrir todo habia desaparecido; me encontré sentado en mi asiento, y me palpé mi calva desnuda y completamente devastada.... Ya lo veis, caballero, á fuerza de astucia y desvergüenza ha logrado Cabrion lo que queria.... ¡Pero por qué medios, Dios mio!!... ¡Quería hacerme pasar por su amigo!... empezó por clavar aqui un cartel anunciando que teniamos juntos comercio de amistad: no satisfecho todavía, ha enlazado mi nombre con el suyo sobre todas las paredes de la capital con un enorme signo de union; y á estas horas no hay un habitante de París que dude de mi intimidad con ese miserable: queria pelo mio, ya lo tiene.... y lo tiene todo.... y puede mostrarlo.... y comprometerme.... gracias á las exacciones de aquellas descaradas sirenas. Ya lo veis; no me queda otro medio que abandonar la Francia.... ¡mi bella Francia, en que creía yo vivir y morir!

Y se echó de espaldas en la cama juntando las manos.

— Al contrario, viejo mio; ahora que tiene pelo tuyo te dejará en paz.

— ¡Dejarme en paz! exclamó el señor Pipelet con

un sobresalto convulsivo; tú no lo conoces, es insaciable....

—¿Quién sabe lo que querrá ahora de mí?

Rigolette que apareció á la puerta, interrumpió y puso fin á las lamentaciones del señor Pipelet.

—No entreis, señorita; estoy en la cama y en camisa, exclamó fiel á sus hábitos de casta susceptibilidad; y al decir esto tiró la cubierta hasta cubrirse la barba.

Rigolette se paró discretamente sin entrar.

—Cabalmente iba á vuestra casa, vecinita, la dijo Rodolfo: hacedme el favor de aguardarme un momento, y dirigiéndose luego á Anastasia: No os olvidéis, la dijo, de llevar esta tarde á Cecilia á casa del señor Ferrand....

—Perded cuidado, mi rey de los inquilinos; á las siete estará instalada en ella, porque ahora que la muger de Morel puede andar, la suplicaré que guarde la casa, porque Alfredo no se quedaria solo aunque le dieran un imperio.

La sonrosada tez de Rigolette iba palideciendo cada día; su rostro encantador, tan fresco y lleno hasta entonces, empezaba á prolongarse un poco, y su fisonomía alegre, tan animada y viva por lo regular, se habia vuelto seria y mas triste todavía que lo era el día de su última entrevista con Flor Celeste á la puerta de San Lázaro.

—¡Qué contenta estoy con volveros á ver, vecinito! dijo á Rodolfo así que hubo este salido de la habitacion de los señores Pipelet; tengo muchas cosas que deciros.

—Primeramente, vecinita, quiero que me digais cómo os va. Veamos si esta linda carita está siempre tan sonrosada y alegre; ¡ah! no, os encuentro pálida, estoy seguro de que trabajais demasiado.

—No, señor Rodolfo; os aseguro que ahora estoy ya acostumbrada á este pequeño aumento de tra-

bajo. Lo que me tiene mudada no es mas que el pesar; ¡sí, el pesar! porque cada vez que voy á ver á ese pobre German, me entristezco mas.

—¿Conque sigue siempre muy abatido?

—Mas que nunca, señor Rodolfo; y lo que me desespera es que todo lo que hago para consolarle produce contrario efecto; es una fatalidad: y una lágrima se deslizó al decir esto de los grandes ojos negros de Rigolette.

—Esplicadme eso, vecina.

—Ayer, por ejemplo, fui á verle, y llevarle un libro que me habia suplicado le procurára, porque es un libro que leíamos mucho en nuestros tiempos felices. Pues bien; así que vió el libro, se arrasó en lágrimas. Esto no me sorprende, era muy natural, ¡toma! el recuerdo de aquellas noches tan tranquilas que pasábamos tan bien al lado de mi fogoncito en mi lindo aposento, comparadas á la horrible vida de la cárcel, es cosa bien cruel: ¡pobre German!

—Tranquilizaos, querida, dijo Rodolfo á la jóven. Así que German salga de la cárcel y sea reconocida su inocencia, encontrará á su madre y á sus amigos, y olvidará bien pronto á su lado y al vuestro esos crueles momentos de prueba.

—Sí; pero hasta entonces, señor Rodolfo, mucho le queda que atormentarse. Y ademas no es esto solo....

—¿Qué mas hay?

—Como es el único hombre honrado entre aquella cáfila de bandidos, le tienen ojeriza porque no puede resignarse á mezclarse con ellos. El vigilante del locutorio, que es un buen hombre, me dice siempre que haga entender á German que su interés está en ser menos orgulloso, y procurar familiarizarse con aquellos malvados; pero él no puede vencer su repugnancia, que es mas fuerte que su vo-

luntad; y yo temo que un día le hagan ellos algún daño.... E interrumpiéndose de pronto, y enjugando sus lágrimas, añadió: Pero, ¿veis? no pienso sino en mí, y me olvido de hablaros de la Guillabaora.

—¿De la Guillabaora? dijo Rodolfo sorprendido.

—Anteayer la encontré al ir á ver á Luisa á San Lázaro.

—¿A la Guillabaora?

—Sí, señor Rodolfo.

—¿Y en San Lázaro?

—Salía de allí con una señora anciana.

—¡Eso es imposible! exclamó Rodolfo estupefacto.

—Os aseguro que era ella, vecino.

—Os habreis equivocado.

—No, no; porque aunque iba vestida de aldeana, al instante la conocí; tan linda está como siempre, aunque pálida, y tiene el mismo gesto dulce y triste que en otro tiempo.

—¡Ella en París sin que yo lo sepa!... no puedo creerlo. ¿Y qué iba á hacer en San Lázaro?

—A visitar, como yo, á alguna reclusa seguramente; no tuve tiempo para preguntarla mas, porque la vieja que la acompañaba tenía el aire muy regañon, é iba muy de prisa.... ¿Conque vos conocéis á la Guillabaora, señor Rodolfo?

—Cierto que sí.

—Entonces no hay duda que era de vos de quien me hablaba.

—¿De mí?

—Sí, vecino. Figuraos que la contaba la desgracia de Luisa y de German, tan buenos y honrados ambos, y tan perseguidos por ese canalla de Santiago Ferrand, guardándome de decirla que vos os interesabais por ellos, porque me lo habiais prohi-

bido: entonces me dijo que si un hombre generoso á quien ella conocia, supiese la suerte desgraciada y poco merecida de mis dos pobres prisioneros, estaba cierta de que los socorrería; y yo le pregunté el nombre de este sugeto, y ella os nombró á vos, señor Rodolfo.

—Ella es, sí, ella es.

—Podeis pensar cuánto nos habrá sorprendido á las dos este descubrimiento, ó semejanza de nombre; y nos hemos prometido escribirnos si nuestro señor Rodolfo era el mismo.... y parece que sois el suyo, vecinito.

—Sí, tambien me interesé por aquella infeliz.... pero me sorprende tanto lo que acabais de decirme de que la habeis visto en París, que si no me hubieseis dado tantos detalles sobre vuestra entrevista con ella, hubiera insistido en creer que os engañabais; pero adios, vecina; lo que acabais de decirme acerca la Guillabaora, me obliga á dejaros.... Conservad siempre la misma reserva con respecto á Luisa y German sobre la proteccion que recibirán de amigos desconocidos cuando sea ocasion de ello; este secreto es mas necesario ahora que nunca. A propósito, ¿cómo van los Morel?

—Mejor cada dia, señor Rodolfo: la madre está ya completamente restablecida, y los niños mejoran visiblemente. Toda la familia os debe la vida y la felicidad: ¡habeis sido tan generoso con ellos! Y el pobre Morel, ¿cómo va?

—Mejor tambien: ayer tuve noticias de él; parece que tiene de cuando en cuando algunos momentos lúcidos, y hay buenas esperanzas de que cure. Conque ánimo, y hasta luego, vecina: ¿teneis necesidad de algo? ¿sigue llenando vuestras necesidades el producto de vuestro trabajo?

—Sí, sí, señor Rodolfo; tomo un poco de labor

para la noche, y todavía me distraigo con esto, porque apenas duermo.

— ¡Ah, vecinita! mucho temo que Papá Crestudo y Ramoneta no canten mucho, si han de esperar que vos empeceis.

— Y no os equivocais, señor Rodolfo: ni yo.... ni mis pájaros cantamos ya.... ¡ah, Dios mio! no; pero os digo francamente, aunque os vais á burlar, que me parece que comprenden mi tristeza, sí, porque en vez de gorgear alegremente cuando llego, hacen un pio tan dulce y lastimero, que parece como si quisieran consolarme. Es una locura el creer esto, ¿no es verdad, señor Rodolfo?

— Al contrario, estoy seguro de que vuestros buenos amigos os quieren demasiado para no conocer vuestra pena.

— Es que los pobres animalitos son muy inteligentes, dijo ingénuamente Rigolette, sumamente contenta, por haber oído alabar la sagacidad de sus compañeros de soledad.

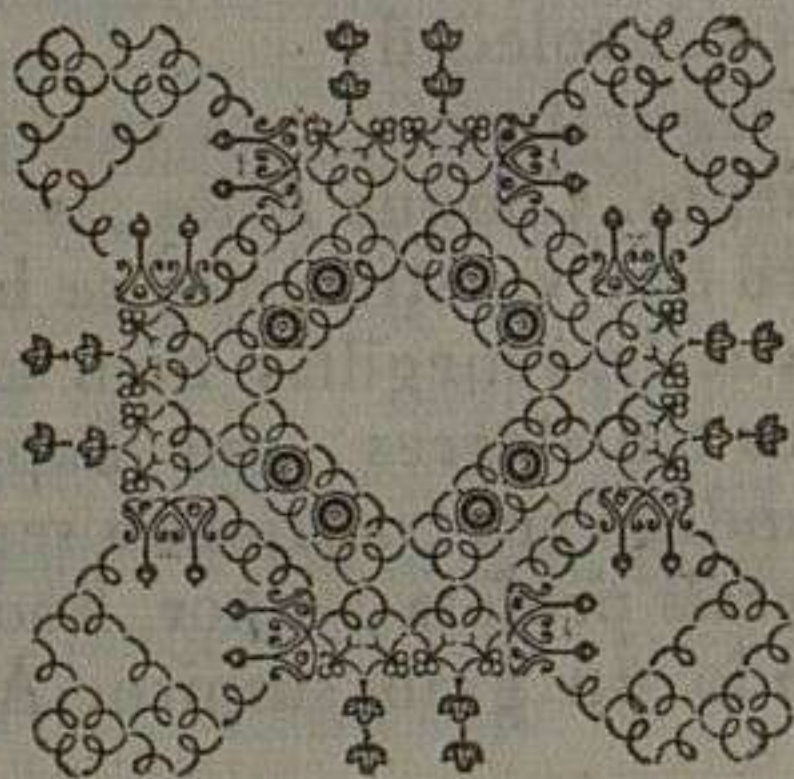
— No hay seguramente cosa mas perspicáz que el agradecimiento. Conque adios, vecinita; antes de poco espero que vuestros ojos se habrán vuelto bien vivos, vuestras megillas bien sonrosadas, y vuestros cantos tan alegres, que Papá Crestudo y Ramoneta, tendrán sus trabajos en seguiros.

— ¡Ojalá fuerais profeta, señor Rodolfo! repuso Rigolette dando un gran suspiro. Adios, adios, vecino.

— Adios, vecinita, y hasta luego.....

.....
Rodolfo, no pudiendo comprender el por qué la señora Jacinta habia llevado ó enviado á Flor Celeste á París sin avisarle, se fué á su casa, para enviar á Bouqueval un espreso. Al momento en que

llegaba á la calle de Plumet, vió parado á su puerta un coche, en el que volvia Murph de Normandía, adonde habia ido, como hemos dicho, para desbaratar los siniestros proyectos de la madrastra de la marquesa de Harville, y de su cómplice Bradamanti.



CAPÍTULO VIII.



MURPH Y POLIDORI.

La fisonomía de sir Walter Murph estaba radiante de alegría. Entregó al bajar del coche un par de pistolas á uno de los criados del príncipe; quitóse su larga bata de viage, y sin pararse en cambiar de ropa, siguió á Rodolfo, que impaciente, le esperaba ya en su aposento.

— ¡Buenas noticias, monseñor, buenas noticias! exclamó el squire cuando estuvo solo con Rodolfo: hemos quitado la máscara á los miserables, y el señor de Orbigny está salvado: me hicisteis marchar á tiempo; si tardo una hora, se hubiera cometido un nuevo crimen.

— ¿Y la marquesa?

— Está entregada enteramente al placer que siente por haber recobrado el afecto de su padre, y la

felicidad de haber llegado á tiempo, gracias á vuestros consejos, para arrancarlo de manos de una muerte cierta.

— Conque Polidori....

— Era tambien esta vez el digno cómplice de la madrastra de Clementina. ¡Pero qué mónstruo aquella madrastra, qué sangre fria, qué audacia!... ¿Y Polidori?... ¡Ah, señor! algunas veces os habeis dignado recompensarme lo que llamabais vos mis pruebas de afecto....

— No, de tu amistad, he dicho siempre, mi buen Murph.

— Pues bien, señor; jamás, jamás ha estado espuesta á prueba mas dura esta amistad que en esta circunstancia, dijo el buen squire con aire mitad serio, mitad jocososo.

— ¿Cómo es eso?

— Los disfraces de carbonero, las peregrinaciones en la Cité, y *tutti quanti*, nada ha sido, nada, señor, en comparacion del viaje que acabo de hacer con ese infernal Polidori.

— ¿Polidori, dices?

— Me lo he traído.

— ¿Contigo?

— Conmigo: juzgad de lo sabroso de esta compañía, durante doce horas, con el hombre á quien mas detesto en el mundo. Igual me hubiera sido viajar con una serpiente, que es el animal á quien tengo mayor antipatía.

— ¿Y dónde está ahora Polidori?

— En la casa de la calle de las Viudas, bajo buena y segura custodia.

— ¿Conque no puso ninguna resistencia en seguirte?

— Ninguna: héle dejado la eleccion entre ser entregado á las autoridades francesas, ó ser mi pri-

sionero en la calle de las Viudas.... y no dudó mucho.

—Has hecho bien: mejor es tenerlo así en nuestro poder. Eres un héroe, mi viejo Murph; pero cuéntame tu viage. Estoy impaciente por saber el modo como has quitado la mascarilla á aquella indigna muger y á su indigno cómplice.

—No hay cosa mas sencilla; no he tenido que hacer mas que seguir al pie de la letra vuestras instrucciones, para aterrorizar y aturdir á los infames. Esta vez, señor, habeis salvado como siempre á gentes honradas, y habeis castigado á los malvados. ¡Sois una noble Providencia!

—Sir Walter, sir Walter, acordaos de las adulaciones del baron de Graun, dijo Rodolfo sonriendo.

—Con que bien, señor, empezaré, ó mejor será que os tomeis antes la molestia de leer esta carta de la señora de Harville, que os instruirá de todo lo que pasó antes de que confundiese con mi llegada á Polidori.

—¿Una carta? venga pronto.

Murph se la entregó á Rodolfo, añadiendo:

—En lugar de acompañar á la señora de Harville á casa de su padre, bajé como convenimos con ella en un edificio avanzado que sirve para dejar los caballos, distante del castillo pocos pasos, donde debia esperar que me mandára á llamar la marquesa.

Rodolfo leyó con tierna é impaciente solicitud lo que sigue:

Monseñor:

«A todo cuanto os debo ya, tengo que añadir ahora la vida de mi padre.

«Los hechos hablarán por mí, y ellos os dirán mejor que yo lo haria, que nuevos tesoros de gratitud hácia vos acabo de recoger en mi corazón.

«Comprendiendo toda la importancia de los consejos que me habeis hecho dar por sir Walter Murph, que me alcanzó en el camino de Normandía, y casi á mi salida de París, llegué á toda prisa al castillo de Amberes.

«No sé por qué me parecieron siniestras las fisonomías de las personas que me recibieron: ninguna ví entre ellas de los antiguos criados de nuestra casa, y nadie me conocía. Tuve que nombrarme, y supe que mi padre estaba muy malo hacia algunos dias, y que mi madrastra acababa de traer de París un médico. Ya no habia duda de que se trataba del doctor Polidori.

«Queriéndome hacer conducir al momento al lado de mi padre, pregunté por un antiguo criado que le tenia mucho afecto; mas supe que hacia algun tiempo que habia salido del castillo. Estas noticias me las daba un mayordomo que me habia conducido á mi aposento, diciendo que iba á advertir á mi madrastra de mi llegada.

«No sé si seria ilusion ó prevencion quizás; pero me parecia que mi llegada era importuna hasta á los criados de mi padre. Todo lo encontraba sombrío, triste y siniestro. En la disposicion de espíritu en que me encontraba, se procura siempre sacar inducciones de las circunstancias mas insignificantes, y yo notaba por todas partes el desorden y mal cuidado, como si hubieran creído inútil el cuidar una casa que en breve iban á abandonar.... Mis temores y angustias aumentaban á cada instante; y cuando despues de haber dejado en mi aposento á mi hija y su aya, iba á pasar al de mi padre, se presentó mi madrastra diciéndome: — El señor de Orbigny no espera vuestra visita; y está tan malo, que semejante sorpresa podria serle funesta. Creo, pues, conveniente no decirle nada de

que estais aqui; es cosa que él no podria comprender de ningun modo, y.... — No la dejé concluir. — Me ha sucedido una gran desgracia, señora; mi esposo el marqués ha muerto victima de una funesta imprudencia. Despues de tan deplorable suceso, no podia quedarme en París y en mi casa, y vengo á pasar los primeros dias de luto al lado de mi padre. — ¡Conque sois viuda! ¡ah, esta felicidad es insultante! exclamó mi madrastra poseida de rábia.

«Con lo que vos sabeis, monseñor, del infeliz casamiento que habia tramado aquella muger, para vengarse de mí, comprendereis bien lo atróz de su exclamacion.

—«Pues la causa de mi venida, señora, es porque temo no querais ser *tan insultantemente* feliz como yo, la dije, quizás imprudentemente. Quiero ver á mi padre. — En este momento es imposible, me dijo palideciendo; vuestra presencia le causaria una peligrosa revolucion. — ¿Y cómo no sabia yo nada, estando mi padre tan gravemente enfermo? exclamé. — Asi lo ha querido él mismo, repuso mi madrastra. — No os creo, señora, y voy á asegurarme de la verdad por mí mismo, la contesté adelantando un paso para salir de mi aposento. — Vuelvo á deciros que vuestra vista inesperada puede causar á vuestro padre un mal horrible, exclamó poniéndose delante para cubrirme el paso. No permitiré que entreis en su aposento sin que le haya participado vuestra vuelta, con el tino que su posicion exige.

«Estaba yo en una perplegidad cruel. Una brusca sorpresa podia, en efecto, ser muy perjudicial á mi padre; pero aquella muger, por lo regular tan fria y dueña de sí misma, me parecia tan aterrada, y tenia tantos motivos para dudar de la sinceridad del cuidado que tomaba por la salud del hombre

con quien se habia casado por avaricia, y finalmente, era tan grande el terror que me inspiraba la presencia del doctor Polidori, asesino de mi madre, que creyendo en peligro la vida de mi padre, no dudé ya, entre la esperanza de salvarlo, y el temor de causarle una emocion penosa.

— «Al momento quiero ver á mi padre, dije á mi madrastra, y pasé adelante, á pesar de haberme ella cogido del brazo. Perdiendo ella completamente el valor, quiso hacer el último esfuerzo probando á detenerme á la fuerza en mi aposento; pero aquella increíble resistencia aumentó mi espanto, y me desasí, corriendo rápidamente al aposento de mi padre, que conocia perfectamente, y me entré en él.

«¡Oh, monseñor! en mi vida olvidaré la escena y el cuadro que se ofreció á mis ojos. Mi padre estaba tendido en un gran sillón con la cabeza apoyada en una almohada, desconocido, pálido, flaco, y pintado el dolor en todas sus facciones. Al lado de la chimenea, y de pie, junto á mi padre, estaba el doctor Polidori, preparándose á verter en una taza que le presentaba una enfermera, algunas gotas de un licor contenido en una botellita de cristal que tenia en la mano. Su larga y roja barba, daba una espresion mas siniestra todavía á sus facciones. Al verme entrar tan precipitadamente, hizo un gesto de sorpresa, echó una mirada de inteligencia á mi madrastra que me seguia apresurada, y en lugar de hacer tomar á mi padre la pocion que le habia preparado, dejó bruscamente la botellita encima de la chimenea. Guiada por un instinto que no entendí ni entiendo todavía, mi primer movimiento fué apoderarme del frasquito de cristal; y al ver la sorpresa y el temor que se apoderaron instantáneamente de mi madrastra y de Poli-

dori, me felicité por mi accion. Sorprendido mi padre, parecia irritado de verme; pero esto ya me lo esperaba yo: Polidori me lanzó una mirada feróz, tanto, que temí que á pesar de la presencia de mi padre y de la enfermera, viendo aquel miserable casi descubierto su crimen, no se dejase llevar contra mí de algun extremo.

«Conoci la necesidad de un apoyo, en aquel momento decisivo, y llamé: presentóse uno de los criados de mi padre, y le pedí dijera á mi ayuda de cámara, que estaba advertido, que fuera por algunos objetos que habia dejado en el edificio avanzado, donde me apeé del coche. Sir Walter Murph sabia, que para no despertar las sospechas de mi madrastra, emplearia este medio para llamarle, en el caso de que necesitase de su presencia. La sorpresa de mi padre y madrastra era tal, que el criado salió antes que hubiesen podido decir una palabra: yo quedé tranquila, porque á los pocos instantes tendria á mi lado á sir Walter Murph. — ¿Qué significa esto? dijo mi padre con voz débil, pero imperiosa y enfadada; ¿vos aqui, Clementina, sin que yo os haya llamado? Y apenas llegada os apoderais del frasquito que contiene la pocion que el doctor va á darne. ¿Tendreis la bondad de esplicarme esta locura? — Salid, dijo mi madrastra á la enfermera, que obedeció en seguida. Tranquilizaos, amigo mio, añadió dirigiéndose á mi padre; sabeis que cualquiera emocion, aunque sea ligera, puede seros perjudicial. Toda vez que vuestra hija viene aqui, á pesar vuestro, y os es desagradable su presencia, dadme el brazo, y voy á acompañaros á la salita, mientras tanto el doctor hará entender á la señora marquesa todo lo que hay de imprudente, por no decir mas, en su conducta. Y clavó, al decir esto, en su cómplice una mirada significativa. Yo

comprendí luego la intencion de mi señora madrastra, que era llevarse á mi padre y dejarme sola con Polidori, que en aquel caso apurado, se habria seguramente valido de la violencia para arrancar de mis manos el frasco que podia ser una prueba evidente de sus criminales proyectos. — Teneis razon, dijo mi padre; toda vez que vienen á perseguirme hasta en mi casa sin respeto á mi voluntad, dejaré el puesto libre á los importunos. Y levantándose con pena, aceptó el brazo que le ofreció mi madrastra, dió algunos pasos hasta la salita, en el momento en que Polidori se adelantaba á mí: pero acercándome yo inmediatamente á mi padre, le dije: Voy á esplicaros lo que tiene de imprevisto mi llegada, y mi conducta de estraña.... Ayer fui viuda, y ayer supe que vuestra vida estaba amenazada, padre mio. Habia empezado ya á andar penosamente y encorvado; al oir estas palabras se enderezó con viveza, y mirándome con profunda sorpresa, exclamó: — ¡ Vos sois viuda, y mi vida está amenazada! ¿qué significa esto? ¿y quién es el que se atreve á amenazar la vida del señor de Orbigny, señora? me preguntó audazmente mi madrastra. — Sí, ¿quién la amenaza? añadió Polidori. — Vos, caballero, y vos señora, contesté. — ¡Qué horror! exclamó mi madrastra dando un paso hácia mí. — Estoy pronta á probar lo que he dicho, señora, la contesté. — Pero semejante acusacion es espantosa, exclamó mi padre. — Yo me voy inmediatamente de esta casa, toda vez que oigo en ella tan atroces calumnias, dijo el doctor Polidori con la aparente indignacion de un hombre ultrajado en su honor. Y era seguramente, que empezando á sentir el peligro de su posicion, queria escapar; pero en el momento que abria la puerta se encontró con sir Walter Murph.»

Rodolfo interrumpió su lectura, ofreció su mano al squire, y le dijo:

— Muy bien, amigo mio, tu vista habrá sido un rayo para aquel miserable.

— Ni mas ni menos, señor: se puso lívido, y retrocedió dos pasos mirándome con estupor; parecia aniquilado.... Ya se ve, ¡encontrarme en el interior de Normandía y en semejante momento! Creía el pobre estar bajo la impresion de un sueño fatal... Pero continuad, monseñor; vais á ver como tambien ha habido su rayo para aquella infernal condesa de Orbigny, gracias á lo que vos me habiais contado de la visita al charlatan Bradamanti-Polidori en la casa de la calle del Temple.... Porque quien obraba erais vos, ó por mejor decir no era yo mas que el instrumento de lo que vos pensabais: asi que, os juro que nunca con mas justicia y fortuna os habeis puesto en el lugar de la Providencia que en esta ocasion se mostró bastante indolente.»

Rodolfo se sonrió, y continuó la lectura de la carta de la marquesa.

«Al ver á sir Walter Murph, quedó Polidori petrificado; mi madrastra caía de una sorpresa en otra; y mi padre, conmovido con aquella escena, y debilitado por su enfermedad, se vió obligado á echarse en un sillón. Sir Walter cerró con dos vueltas la puerta por donde habia entrado, y colocándose frente á otra que daba á las habitaciones interiores, á fin de que el doctor Polidori no pudiera escaparse, dijo á mi pobre padre con el acento del mas profundo respeto:— Os pido mil perdones, señor conde, por la libertad que me tomo; pero me obliga á obrar asi una necesidad imperiosa, dictada por vuestro solo interés, que vais á conocer muy pronto. Mi nombre es sir Walter Murph, secretario particular de S. A. R. monseñor el gran duque

reinante de Gerolstein, como puede afirmaros ese miserable que tiembla de pies á cabeza solo con verme. — Es verdad, balbuceó el doctor Polidori lleno de terror. — Pero entonces, señor, ¿qué venís á hacer aquí? ¿qué me quereis?

«Sir Walter Murph, repuse yo dirigiéndome á mi padre, viene á unirse á mí para desenmascarar á los miserables, de quienes habeis estado á punto de ser víctima. Y entregando á sir Walter el frasco de cristal, añadí: He tenido la buena inspiracion de apoderarme de este frasco, en el momento en que el doctor Polidori iba á verter, en una pocion que le presentaba á mi padre, algunas gotas del licor que contiene. — Un químico del pueblo mas inmediato analizará delante de vos, señor conde, el líquido que contiene este frasco que voy á depositar en vuestras manos; y si resulta que contiene un veneno lento y seguro, no podrá quedaros ya duda del riesgo que corriais, y del que os ha salvado afortunadamente la ternura de vuestra hija, dijo sir Walter Murph á mi padre.

«Mi pobre padre miraba alternativamente á su esposa, al doctor Polidori, á mí y á sir Walter, con aire aturdido, y manifestando en su fisonomía una angustia indecible. Yo leía en su rostro desfigurado la violenta lucha que despedazaba su corazón, que resistia con toda su fuerza á terribles y crecientes sospechas, temiendo verse obligado á reconocer la maldad de mi madrastra. Ocultando, por fin, el rostro entre sus manos, exclamó: — ¡Oh, Dios mio, Dios mio, todo esto es horrible, imposible.... es un sueño quizás! — No, no es un sueño, exclamó audázmente mi madrastra; nada mas positivo que esta calumnia atróz, preparada de antemano para perder á una infeliz muger, cuyo solo crimen ha sido consagraros su vida. Venid, venid, amigo mio; no permanez-

camos aquí ni un momento mas , añadió dirigiéndose á mi padre; vuestra hija no tendrá seguramente la insolencia de deteneros á pesar vuestro. — Si , sí, salgamos , dijo mi padre fuera de sí; esto no es verdad , ni puede serlo , ni quiero oír ya mas , porque mi juicio no resistiría tanto: levantárianse en mi corazón espantosas desconfianzas que emponzoñarían los pocos dias que me quedan de vida , y nada podría consolarme de un descubrimiento tan abominable.

«Mi padre parecia sufrir tanto con el dolor y la desesperacion , que á todo precio hubiera yo querido poner fin á aquella escena tan cruel para él. Sir Walter adivinó mi pensamiento ; pero queriendo hacer plena y entera justicia , respondió á mi padre : — Oídme algunas palabras mas , señor conde ; seguramente que vais á tener mucha pena al saber que una muger , en cuyo afecto creíais por el reconocimiento que os debe , ha sido siempre un mónstruo de hipocresía ; pero en compensacion de esto encontrareis un gran consuelo en el amor de vuestra hija , que no os ha faltado jamás. — ¡Esto pasa ya los limites! exclamó mi madrastra fuera de sí , y poseida de furor : ¿ con qué derecho y con qué pruebas os atreveis á apoyar tan espantosas calumnias? Decís que ese frasco contiene veneno ; pues yo lo niego , y lo negaré hasta que se me pruebe lo contrario ; y aun cuando el doctor Polidori hubiese confundido un medicamento con otro por una equivocacion , ¿ es esta una razon para acusarme de haber querido?... ¿ de complicidad con él!... ¡Oh! no puedo concluir.... una idea tan horrible es por sí sola un crimen; y repito, caballero, que os desafío á que digais en qué pruebas apoyais vos y la señora una calumnia tan espantosa, dijo mi madrastra con una audacia increi-

ble. — ¿Sí, en qué pruebas? exclamó mi infeliz padre: es menester que concluya ya el tormento que se me impone. — No he venido sin pruebas, señor conde, dijo sir Walter, y os las voy á dar al momento en las contestaciones que vais á oír de este miserable.

«Y dirigiendo sir Walter la palabra en aleman al doctor Polidori, que parecia haber recobrado un poco de serenidad, que perdió al momento.»

— ¿Qué le dijiste? preguntó Rodolfo al squire, interrumpiendo su lectura.

— Algunas palabras significativas, monseñor, que serian á poca diferencia estas: Con la fuga te evadiste de la sentencia que te habia impuesto el gran ducado; y fuiste á vivir en la calle del Temple, bajo el nombre supuesto de Bradamanti, donde se sabe el abominable oficio á que te entregas: tú envenenaste á la primera esposa del conde, y hace tres dias que vino á buscarte la señora de Orbigny para traerte aqui á que envenenaras á su marido; S. A. R. está en París, y tiene las pruebas de todo lo que te digo. Si confiesas la verdad para que quede confundida esa infame muger, puedes esperar, sino tu perdon, al menos una disminucion de la pena que mereces. Me seguirás á Paris y te depositaré en lugar seguro, hasta que S. A. R. haya dispuesto de tí. Si no, una de dos: ó S. A. R. pide y obtiene tu estradicion, ó al instante mismo envío yo á buscar el juez mas inmediato, le entrego este frasco que está lleno de veneno, y te mandará arrestar en seguida y se hará un registro en tu casa calle del Temple, que tú sabes hasta qué punto te comprometerá, y la justicia francesa dispondrá de tí. Escoje pues.

Estas revelaciones, acusaciones y amenazas, que él sabia que eran fundadas, y se sucedieron una á

otra, aturdieron al infame, que no esperaba verme tan bien instruido, y que con la esperanza de ver disminuido el castigo que le amenazaba, me contestó: «Preguntadme, y diré la verdad con respecto á esa muger.»

—Bien, bien, amigo Murph; no esperaba menos de ti.

—Durante mi conversacion con Polidori, las facciones de la madrastra de la señora de Harville se descomponian de un modo espantoso; porque aunque no entendia el aleman, veia en el creciente abatimiento de su cómplice, y en su actitud suplicante, que yo le dominaba enteramente, y procuraba con una ansia terrible buscar las miradas de Polidori para inspirarle valor ó implorar su discrecion; pero él las evitaba constantemente.

—¿Y el conde?

—Estaba con una emocion inesplicable; agarraba convulsivamente con los dedos crispados los brazos de su sillón, bañaba el sudor su frente, respiraba apenas, y clavaba en los míos sus ojos ardientes y fijos: su angustia era tanta como la de su esposa.

La continuacion de la carta de la marquesa, os enterará del fin de aquella penosa escena, monseñor.

Rodolfo continuó leyendo la carta de la señora de Harville.

«Despues de una conversación en aleman entre sir Walter Murph y Polidori, que duró algunos minutos, dijo Murph á este último:— Ahora contestadme: ¿no es verdad que la señora, y señaló á mi madrastra, cuando la enfermedad de la primera esposa del señor conde, os introdujo en su casa en clase de médico?— Sí, ella fué: contestó Polidori. — ¿No es verdad, que para servir á los horribles proyectos de la señora, fuisteis tan criminal, que hicisteis mortal con vuestras recetas la enfermedad

de la señora condesa de Orbigny, que era muy ligera al principio? — Sí, contestó Polidori.

«Mi padre soltó un gemido doloroso, levantó al cielo ambas manos, y las volvió á dejar caer con el mayor abatimiento. — ¡Mentiras é infamia! exclamó mi madrastra. Todo esto es falso y se han con-fabulado para perderme. — ¡Silencio, señora! exclamó sir Walter con voz imponente; y dirigiéndose despues á Polidori, añadió: ¿Es verdad que hace tres dias, fué la señora á buscaros en vuestra casa, calle del Temple, núm. 17, donde vivis oculto bajo el falso nombre de Bradamanti? — Verdad es. — ¿No os propuso la señora que vinierais aqui á envenenar al señor conde de Orbigny, como habeis envenenado á su esposa? — ¡Ah! no puedo negarlo, dijo Polidori. Al oir esta terrible revelacion, levantóse mi padre amenazador, y con un gesto terrible, señaló la puerta á mi madrastra; tendió-me luego los brazos y exclamó con voz entrecortada: — ¡En nombre de tu madre infeliz, te pido perdón, hija mia!... Mucho la hice sufrir, pero te juro que nada sabia del crimen que la llevó al sepulcro.

«Y antes que hubiese podido impedirlo, se me arrodilló á los pies, y cuando con sir Walter lo levantamos, estaba desmayado.

«Yo llamé, y sir Walter cogió por el brazo al doctor Polidori, y salió con él diciendo á mi madrastra: — Creedme, señora; salid de esta casa antes de una hora, si no quereis que os entregue á la justicia.

«La miserable salió de la habitacion en un estado de terror y de rabia que fácilmente concebireis, monseñor.

«Cuando mi padre recobró sus sentidos, le pareció un horrible sueño lo que acababa de pasar.

Me ví en la triste necesidad de contarle mis primeras sospechas acerca de la muerte prematura de mi madre, sospechas que vuestro conocimiento de los primeros crímenes del doctor Polidori, habian cambiado en certidumbre. Tuve que decirle tambien á mi padre, como el odio de mi madrastra me habia perseguido hasta en mi matrimonio, y cuál habia sido su objeto al hacerme casar con el marqués de Harville. Tanto como se habia mostrado mi padre débil y ciego con respecto á aquella muger, tanto queria mostrarse entonces cruel para con ella; acusábase desesperado de haberse hecho casi cómplice de aquel mónstruo, dándola su mano despues de la muerte de mi madre, y queria entregarla al rigor de los tribunales. Le manifesté el odioso escándalo de semejante proceso, cuya publicidad le seria á él penosa, y le induje á echarla para siempre de su presencia, señalándole una pension para vivir con lo absolutamente necesario, toda vez que llevaba su nombre. Mucho trabajo tuve en obtener de mi padre esta resolucion moderada, y quiso encargarme de echar de casa á mi madrastra; pero como este encargo me era doblemente penoso, pensé que sir Walter me haria el favor de admitirlo, y efectivamente consintió.»

— Y á fé que consentí con gusto, monseñor, dijo Murph á Rodolfo; nada hay que me guste mas como el dar á los malvados esta especie de estremauncion.

— ¿Y qué dijo aquella muger?

— La marquesa habia en efecto llevado la bondad hasta el extremo de pedir á su padre una pension de cien luises para aquella infame muger: esto me pareció mas debilidad que bondad: bastante mal hacíamos en no entregar á la justicia á una muger tan perjudicial. Fuíme á encontrar al conde, que

adoptó de lleno mis observaciones: quedamos, pues, en que se le darian por una sola vez veinticinco luises, para ponerla en estado de procurarse un empleo ó un medio de trabajar. — ¿Y á qué trabajo podré dedicarme yo, condesa de Orbigny? me preguntó con insolencia. — ¿Qué quereis que os diga? esto os corresponde; podeis ser alguna cosa, como enfermera, ama de llaves; pero creedme, buscad el empleo mas humilde y oscuro, porque si teniais la audacia de decir vuestro nombre, nombre que debeis á un crimen, todo el mundo se sorprenderia de ver á la condesa de Orbigny reducida á tan baja condicion; se tomarian informes, y vos misma podeis juzgar de las consecuencias, si fueseis tan necia que propagaseis lo pasado. Ocultaos, pues, bien lejos; y sobre todo, haceos olvidar; sed la señora Lopez, ó la señora Perez, y arrepentios si podeis. — ¿Y vos creeis, señor, me dijo, habiendo preparado seguramente de antemano este golpe teatral, que no he de reclamar las ventajas que tengo estipuladas en mi contrato de matrimonio? — ¡Yo lo creo, señora! nada mas justo: seria una bajeza el que el señor de Orbigny no cumpliese sus promesas, y desconociese todo lo que habeis hecho, y sobre todo, lo que querais hacer por él.... Entablad un pleito, entabladlo: dirigios á los tribunales, y estoy seguro de que os dará razon contra vuestro esposo.... Un cuarto de hora despues de esta conversacion estaba ya la buena señora en camino para un pueblo inmediato.

— Tienes razon; es duro dejar casi sin castigo á una furia tan detestable como aquella; pero el escándalo de una causa criminal para aquel pobre viejo tan debilitado ya.... sí, sí, no habia que pensar en ello.

«Fácilmente decidí, á mi padre á que saliera hoy

mismo de Aubieres, prosiguió Rodolfo continuando á leer la carta de la marquesa: persiguenle recuerdos demasiado tristes, y aun que su salud esté bastante débil, la distraccion de un viage de algunos dias, y el cambio de aire, deben serle favorables, segun ha dicho el médico que reemplazó al doctor Polidori, y por quien mandé inmediatamente: mi padre quiso que analizara el contenido del frasco, sin decirle nada de lo que habia pasado; el médico contestó que únicamente en su casa podia ocuparse en aquella operacion, y que antes de dos horas sabriamos el resultado del experimento. Este resultado fué decirnos que muchas dosis de aquel licor, compuesto con un arte infernal, podian causar la muerte en un tiempo dado, sin dejar por esto otras señales que las de una enfermedad ordinaria que nombró.

«Dentro de algunas horas, señor, salgo para Fontainebleau con mi padre y mi hija; alli permaneceremos algunos dias, segun quiere mi padre, y volveremos luego á París; pero no iremos á mi casa, donde me seria imposible vivir despues del deplorable accidente que tuvo lugar en ella.

«Los hechos os prueban, monseñor, como os decia al principio de esta carta, cuánto tengo que agradecer á vuestra inagotable solicitud. Advertida por vos, ayudada con vuestros consejos, y con el apoyo de vuestro escelente y animoso sir Walter, he podido arrancar á mi padre de un peligro seguro, y estoy cierta de que he recobrado su ternura.

«Adios, monseñor, no puedo decirnos mas, porque mi corazon está demasiado lleno, agitado de muy fuertes emociones, y espresaria mal lo que siento.

De Orbigny de Harville,

«Vuelvo á abrir apresuradamente esta carta, monseñor, para reparar un descuido que me tiene confusa: impelida por vuestras nobles inspiraciones, habia ido, con el objeto de procurarme el socorrer alguna desgracia, á visitar las pobres reclusas de San Lázaro, y encontré allí á una infeliz por quien os habiais interesado, y cuya dulzura angélica y piadosa resolución son la admiración de las respetables señoras que vigilan á las presas.... Deciros dónde está la Guillabaora (tal es, si mal no me acuerdo, su renombre) es ponerlos en disposición de que obtengais inmediatamente su libertad: ella os contará el concurso de siniestras circunstancias que la han puesto, despues de haber sido robada del asilo en que la habiais colocado vos, en aquella cárcel, donde al menos ha sabido hacer apreciar el candor de su carácter.

«Permitidme tambien que os recuerde mis dos futuras protegidas, aquella infeliz madre y su hija, despojadas por el señor escribano Ferrand. ¿Dónde estarán? ¿Habeis obtenido alguna noticia de ellas? ¡Oh! hacedme el favor de procurar saber dónde se hallan, y que al llegar á París pueda yo pagarles la deuda que he contraido con todos los infelices.»

—¿Conque la Guillabaora ha salido de la quinta de Bouqueval, monseñor?... exclamó Murph, tan aturdido como Rodolfo con aquella revelación.

—Hace un momento que acaban de decirme que la han visto salir de San Lázaro, contestó Rodolfo. Yo no entiendo esto; el silencio de la señora Jacinta (1) me confunde y me inquieta. ¡Pobre Flor Celeste! ¿qué nuevas desgracias habrán caído sobre

(1) El lector recordará que la señora Jacinta, engañada por el emisario de Sarah, que la habia dicho que Flor Celeste salia de Bouqueval por orden del príncipe, no pasaba cuidado por su protegida, á quien esperaba ver de un día á otro.

ella? Mándame subir á caballo un hombre inmediatamente, y que vaya á escape á la quinta, con una carta que escribirás á la señora Jacinta, diciéndole que la ruegose venga inmediatamente á París. Dí también á Graun que me obtenga un permiso para entrar en San Lázaro. Según lo que me dice la marquesa, parece que Flor Celeste está detenida allí; pero no, añadió Rodolfo reflexionando, no puede estar ya prisionera allí, porque Rigolette la ha visto salir con una muger anciana. ¿Si sería la señora Jacinta? A no ser así, ¿quién podría ser, y dónde estaría la Guillabaora?

—Paciencia, monseñor; antes de la noche sabreis lo que hay; además, mañana tendreis que interrogar á aquel miserable Polidori, que dice que tiene importantes revelaciones que hacer, pero á vos solo.

—Entrevista que me será muy odiosa, dijo tristemente Rodolfo; porque no he vuelto á ver á este hombre desde el día fatal.... en que.... Rodolfo no pudo concluir, y ocultó el rostro con las manos.

—¡Vaya! ¿pero por qué habeis de consentir en lo que os pide Polidori, monseñor? amenazadlo con la pronta estradicion, ó con la justicia francesa, y fuerza será que me diga á mí lo que no quiere decir sino á vos.

—Teneis razon, amigo mio; porque la presencia de ese miserable haria mas punzantes todavía esos terribles recuerdos que traen consigo tanto dolor incurable desde la muerte de mi pobre padre, hasta la de mi hija querida.... No sé lo que es; cuanto mas avanzo en esta vida, mas falta me hace aquella criatura. ¡Cuánto la hubiera amado! ¡cuán querido y precioso hubiera sido para mí aquel fruto de mi primer amor, de mis primeras y puras creencias, ó mejor, de mis tiernas ilusiones!... Hubiera vertido sobre aquella criatura inocente los tesoros de mi

afecto, de que se ha hecho indigna su odiosa madre: y además, me parece que aquella niña, tal como la había yo soñado, con una alma bellísima y un carácter encantador, hubiera endulzado y calmado todos los pesares y los remordimientos que van unidos ¡ay! á su funesto nacimiento.

—Me causa mucha pena, monseñor, el ver el imperio, siempre creciente, que toman sobre vuestro espíritu esos pesares estériles y crueles.

—Ahora puedo hacerte una confesion, amigo mio, dijo Rodolfo á Murph, despues de haber guardado silencio un rato: ¡amo!... Sí, amo profundamente á una muger digna del afecto mas noble y desinteresado.... y desde que mi corazon se ha abierto de nuevo á todas las dulzuras del amor, desde que estoy dispuesto á las emociones tiernas, siento con mas viveza todavía la pérdida de mi hija.... Hubiera podido temer, por decirlo asi, que una afeccion de corazon no debilitára la amargura de mis pesares; pero al contrario, todas mis facultades amantes han aumentado; y me siento mejor y mas caritativo, y ahora mas que nunca es cruel para mí no poder adorar á mi hija.

—Nada hay mas sencillo que esto, monseñor, y perdonadme la comparacion; pero asi como hay ciertos hombres que se hacen benévolos y alegres cuando están embriagados, en vos se aumentan la bondad y generosidad con el amor.

—Con todo, mi odio á los malvados se ha hecho tambien mas vivo, y mi aversion á Sarah aumenta en razon del pesar que me causa la muerte de mi hija. Se me ha metido en la cabeza que aquella mala madre le habrá descuidado, y que cuando habrá visto destruidas por mi matrimonio sus ambiciosas esperanzas, desapiadada y egoista, habrá abandonado á manos mercenarias á nuestra hija,

que habrá muerto quizás por falta de cuidado. También es culpa mía por no haber conocido entonces la estension de los sagrados deberes que impone la paternidad, y porque en el momento que me fué revelado el verdadero carácter de Sarah, debia haberle quitado al momento mi hija; y velar sobre esta con amor y solicitud. Debia haber previsto que la condesa no seria nunca mas que madre desnaturalizada.... Yo tengo la culpa, sí, yo tengo la culpa.

—El dolor os estravia, monseñor. ¿Podiais retardar un solo dia despues del funesto acontecimiento que sabeis, el largo viage que os habia sido impuesto como?...

—Como una expiacion: tienes razon, amigo mio, dijo Rodolfo abatido.

—¿No habeis oido hablar de la condesa Sarah desde mi marcha, monseñor?

—No; desde sus infames delaciones, que por dos veces han estado á punto de perder á la marquesa, ninguna noticia he tenido de ella. Su presencia aqui me pesa y atormenta; paréceme que tengo á mi lado el ángel malo, y que me amenaza alguna nueva desgracia.

—Paciencia, monseñor, paciencia; afortunadamente le está prohibido volver á Alemania, y vamos á irnos allá.

—Sí, y partiremos en breve. Al menos habré cumplido durante mi permanencia en París, una promesa sagrada: habré dado algunos pasos mas en ese camino meritorio, que me trazó para mi redencion una voluntad augusta y misericordiosa. Así que el hijo de la señora Jacinta será restituido inocente y libre á la ternura de su madre; así que Santiago Ferrand estará convicto y castigado de sus crímenes, y así que habré asegurado el porvenir de

todas las criaturas honradas y laboriosas que han merecido mi interés por su resignacion, valor y probidad, volveremos á Alemania, y mi viage no habrá sido á lo menos estéril.

— Sobre todo si lograis arrancar la máscara á ese abominable Santiago Ferrand, monseñor, que es la piedra angular y el núcleo de tantos crímenes.

— Aunque el fin justifica los medios, y que los escrúpulos tengan poca cabida tratándose de un malvado semejante, me pesa á veces de servirme de Cecilia para esta reparacion justa y vengadora.

— ¿Y segun creo debe llegar ya de un momento á otro?

— Está ya aqui.

— ¿Cecilia?

— Sí, no he querido verla; Graun le ha dado instrucciones muy detalladas, y ha prometido conformarse con ellas.

— ¿Y cumplirá su promesa?

— Todo la induce á ello: la esperanza de mejorar su suerte futura, y el temor de ser inmediatamente restituida á su prision de Alemania, porque Graun no la perderá de vista, y á la primera cosa que vea, obtendrá su estradicion.

— Eso es justo, porque ha llegado aqui como fugitiva; y cuando fuesen conocidas las causas que han motivado su reclusion perpétua, se obtendria al momento la estradicion.

— Y aun cuando no la obligase su mismo interés á secundar nuestras miras; como que el papel de que se le encarga no puede desempeñarse sino á fuerza de astucia, de perfidia y de diabólicas seducciones, debe estar encantada (y lo está, segun me dijo Graun) de la ocasion que se la ofrece de ejercitar las detestables dotes de que tan liberalmente la dotó naturaleza.

— ¿Sigue siempre tan hermosa, monseñor?

— Graun la encuentra mas atractiva que nunca, y su belleza, me ha dicho, le ha deslumbrado con la sal que la añadía su trage de aldeana de Alsacia. Dice que la mirada de ese diablillo, conserva siempre la misma espresion verdaderamente mágica.

— Mirad, monseñor, yo no he sido en mi vida lo que se llama un atronado, ni un hombre desalmado y pervertido; pero estoy seguro de que si á los veinte años hubiese encontrado á Cecilia, aunque hubiese sabido como sé ahora que era tan temible y pervertida como es en la actualidad, no hubiera respondido de mi juicio, si hubiese permanecido mucho rato bajo el fuego de sus grandes ojos negros, que centellean en medio de aquel rostro pálido y ardiente. ¡Sí, vive Dios! no me atrevo á calcular hasta dónde podia arrastrarme un amor tan funesto.

— No me sorprende esto, mi digno amigo, porque conozco á esa muger. El baron por su parte ha quedado sorprendido y casi espantado de la sagacidad con que ha comprendido, ó mejor adivinado, Cecilia el papel provocante, y platónico á la vez, que debe representar con el escribano.

— ¿Pero con la intervencion de la señora Pipelet, se introducirá en su casa con tanta facilidad como esperabais, monseñor? Los hombres de la calaña de Santiago Ferrand son muy suspicaces.

— Habia contado bien con la vista de Cecilia, para combatir y vencer la desconfianza del escribano.

— ¿La ha visto ya?

— Ayer, y con la relacion que me ha hecho la señora Pipelet, no dudo de que la criolla lo fascinó, porque la admitió inmediatamente á su servicio.

— Vamos, monseñor, ganamos la partida.

— Asi lo espero: una avaricia feróz, y una salvaje lujuria, han conducido al verdugo de Luisa

Morel á los mas odiosos crímenes; pues bien, en su avaricia y lujuria ha de encontrar su terrible castigo, castigo que no será estéril para sus víctimas, porque tú sabes á qué objeto debe dirigir la criolla todos sus esfuerzos.

— ¡Cecilia, Cecilia! Jamás habrán servido al cumplimiento de un proyecto de mas elevada moralidad y de un fin mas equitativo, una maldad mayor, ni corrupcion mas perjudicial, ni alma mas negra... ¿Y David, monseñor?

— Lo aprueba todo. Al punto de desprecio y horror á que ha llegado para con aquella criatura, no vé en ella mas que el instrumento de una justa venganza. Si esa maldita pudiese merecer jamás compasion alguna despues del mal que me ha hecho, me dijo él mismo, seria al encargarse del castigo de ese malvado, cuyo demonio esterminador ha de ser.

Murph salió al oír á un ugier llamar ligeramente á la puerta, y volvió luego con dos cartas, de las cuales una sola iba dirigida á Rodolfo.

— ¡Son cuatro líneas de la señora Jacinta! exclamó el príncipe leyendo rápidamente.

— Y bien, monseñor, ¿qué hay de la Guillabaora?

— Ya no queda duda, exclamó Rodolfo despues de haber leído, se trata todavía de un tenebroso complot. Al anochecer del dia en que desapareció de la quinta la pobre niña, y al momento en que iba la señora Jacinta á instrirme de este suceso, fué á tranquilizarla en mi nombre un criado á caballo, enviado á propósito para esto, diciéndola que yo estaba enterado de la súbita desaparicion de Flor Celeste, á quien conduciria yo mismo á la quinta dentro de breves dias. Inquieta la buena señora, á pesar de este aviso, con mi silencio acerca de su protegida, me dice que no puede resistir al deseo

de saber noticias de su hija querida, como llama ella á la pobre niña.

— Esto es extraño, monseñor.

— ¿Qué objeto puede haber en robar á Flor Celeste?

— Monseñor, dijo de repente Murph, apostaría á que anda en este robo la condesa Sarah.

— ¿Sarah? ¿y por qué crees?....

— Combinad ese suceso con las denuncias contra la marquesa.

— Tienes razon, exclamó Rodolfo, iluminado con una idea súbita: es evidente, ahora comprendo.... siempre el mismo cálculo. La condesa se ha encasquetado que si alcanza á romper todas las afeciones que me supone, me hará caer en la necesidad de acercarme á ella. Esto es tan odioso como desatinado: y es fuerza ya poner término á tan baja persecucion, porque no es ya solamente á mí á quien ataca esa muger, sino á todo lo que merece respeto, interés y piedad. Inmediatamente vas á enviar oficialmente al baron de Graun á casa de la condesa: la dirá que conozco la parte que ha tomado en el rapto de Flor Celeste, y que si no da los datos necesarios para encontrar á la infeliz jóven, no tendré piedad con ella, y entonces se dirigirá el baron á los tribunales.

— Segun dice la carta de la marquesa, parece que estará la Guillabaora en San Lázaro.

— Sí; pero Rigolette afirma haberla visto libre saliendo de aquel establecimiento.... Hay aqui un misterio que es fuerza aclarar.

— Voy á dar al momento vuestras órdenes al baron de Graun, monseñor; pero dadme licencia para que lea antes esta carta: es del corresponsal de Marsella á quien recomendé al Terrible, y que debia procurar al pobre diablo el viage para Argel.

—Y bien, ¿marchó?

—¡Vaya una cosa singular, monseñor!

—¿Qué hay?

—Que el Terrible, despues de haber aguardado en Marsella mucho tiempo un buque que se hiciese á la vela para aquellas costas, cada dia mas triste y caviloso, declaró repentinamente el mismo dia señalado para el embarque que preferia volver á París.

—¿Qué capricho!

—Y aunque mi corresponsal habia puesto á su disposicion, como estaba convenido, una considerable cantidad de dinero, no ha querido tomar sino lo absolutamente preciso para volver á París, donde no puede tardar en llegar, segun me dice el de Marsella.

—Entonces él mismo nos esplicará su cambio de resolucion: pero envia inmediatamente al baron de Graun á casa la condesa Mac-Gregor, y ve tú mismo á informarte de Flor Celeste en San Lázaro....

.....
Al cabo de una hora volvió el baron de Graun de casa la condesa Mac-Gregor, y á pesar de su acostumbrada y oficial sangre fria, el diplomático parecia aturdido. Apenas lo hubo introducido el ugier, cuando ya notó Rodolfo su palidéz.

—Y bien, ¿qué teneis, Graun? ¿Visteis á la condesa?

—¡Ah, monseñor!

—¿Pero qué hay?

—Preparaos, monseñor, á oir una noticia bien penosa.

—Pero acabad.

—La señora condesa Mac-Gregor....

—¡Y bien!

—Perdonadme, monseñor, el que os dé tan brus-

camente noticia de un suceso tan funesto, tan imprevisto, tan....

—¿Ha muerto la condesa?

—No, monseñor; pero se desespera de su vida: ha recibido una puñalada.

—¡Ah... eso es horroroso! exclamó Rodolfo movido á compasion, á pesar del odio que tenia á Sarah. ¿Y quién ha cometido este crimen?

—Se ignora, monseñor; fué al mismo tiempo robada; alguien se introdujo en su aposento, y se llevó gran cantidad de alhajas.

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—En un estado casi desesperado; todavía no ha recobrado los sentidos, y su hermano está en la mayor consternacion.

—Será menester que vayais todos los dias á informaros de la salud de la condesa, querido baron.

En este momento volvía Murph de San Lázaro.

—Oye una triste nueva, le dijo Rodolfo; la condesa Sarah ha sido asesinada, y su vida corre gran riesgo.

—¡Ah, monseñor! muy culpable es; ¿pero quién no la tendrá lástima?

—Sí, semejante muerte seria espantosa.... ¿Y la Guillabaora?

—Puesta en libertad ayer, y suponen que es por la mediacion de la señora de Harville.

—¡Pero eso es imposible! si la marquesa me pide, al contrario, que dé los pasos necesarios para sacar de la cárcel á la infeliz.

—Ya se vé; mas con todo, se presentó en San Lázaro una muger anciana y respetable, con la orden de poner en libertad á Flor Celeste, y salieron juntas del establecimiento.

—Esto es lo que me ha contado Rigolette; ¿pero quién es esa muger anciana que fué á buscar á Flor

Celeste? ¿dónde han ido las dos? ¿qué nuevo misterio es ese? Solo la condesa Sarah podría quizás dar alguna luz, y no está en disposición de decirnos una palabra. ¡Con tal que no lleve consigo á la tumba este secreto!

—Pero su hermano Tomás Seyton dará seguramente alguna esplicacion, porque en todas ocasiones ha sido el consejero de su hermana.

—Si; mas como su hermana está moribunda, y se trata de una nueva trama, no dirá una palabra; con todo.... dijo Rodolfo reflexionando, es menester que sepamos el nombre de la persona que se ha interesado por Flor Celeste, hasta hacerle salir de la reclusion: asi se ha de saber forzosamente algo.

—Teneis razon, monseñor.

—Conque procurad saber quién es ese sugeto, y de verlo lo mas antes posible, querido Graun; si no podeis vos solo, poned en campaña á vuestro señor Badinot; no perdoneis medio para descubrir el paradero de la pobre niña.

—V. A. R. puede contar con mi celo.

—A fé, monseñor, que puede ser útil la vuelta del Terrible, porque sus servicios podrán servir de mucho para estas pesquisas.


—Tienes razon; ya estoy impaciente por ver llegar á Paris á mi valiente salvador, porque nunca olvidaré que le debo la vida.



CAPÍTULO IX.

—RON—

EL DESPACHO.

compañaremos al lector al despacho del escribano, lugar que conoce ya, á la hora del almuerzo de los dependientes, y algunos dias despues de haber entrado Cecilia al servicio de Santiago Ferrand. ¡Cosa inaudita, exorbitante, maravillosa! en lugar del flaco y poco apetitoso guiso que traía todas las mañanas á los jóvenes la *difunta* señora Serafina, veíase sobresalir como una torre en medio de una de las mesas del despacho, un enorme pavo, servido en una fuente vieja, y acompañado de dos panes tiernos, un queso de Holanda, y tres botellas de vino tapadas con lacre; y completaba el aparato un tintero viejo de plomo, lleno de una mezcla de pimienta y sal. Cada dependiente esperaba la hora del festin, armado de su cuchillo, de un apetito formidable,

y de una impaciencia famélica; algunos mascaban ya maldiciendo la ausencia del oficial mayor, sin el cual no se podía empezar el desayuno por respeto á la gerarquía.

Un progreso, ó por mejor decir, un trastorno tan radical en el ordinario alimento de los dependientes de Santiago Ferrand, anunciaba una enorme perturbacion doméstica.

El siguiente diálogo, eminentemente *beocio* (si nos es permitido tomar esta espresion del agudísimo escritor que la ha popularizado) (1), dará algun conocimiento sobre esta importante cuestion.

—Hé aqui un pavo que jamás hubiera pensado, mientras vivió, que habia de figurar en un almuerzo de los dependientes de nuestro principal.

—Lo mismo que nuestro principal no pensó jamás en la suya en dar un pavo por almuerzo á sus dependientes.

—Porque, en fin, este pavo es nuestro, exclamó el último dependiente del despacho con una ansia golosa.

—Señor fámulo, os propasais; este volátil es extranjero para vos.

—Y como francés, debeis tener odio á los extranjeros.

—Lo mas que podrá hacerse, será darte las patas.

—Emblema de la velocidad con que haces los recados de la escribanía.

—Creía tener derecho al menos al caparazon, dijo el servidor murmurando.

—Se te podrá hacer gracia de él; pero lo que es derecho no lo tienes: ni mas ni menos que sucedió en la Constitucion de 1814, que no era sino una osamenta de libertad, dijo el Mirabeau del despacho.

(1) Luis Desnoyers.

—A propósito de osamenta, repuso uno de los jóvenes con una insensibilidad brutal. ¡Dios tenga piedad del alma de la señora Serafina! porque desde que se anegó en un día de campo, estamos libres de su perpétuo guiso.

—Y hace una semana que el principal, en lugar de darnos el desayuno....

—Nos entrega á cada uno cuarenta sueldos diarios.

—Esto es lo que me hace decir: ¡Dios tenga en su santa paz al alma de la señora Serafina!

—Sí, porque en vida de ella jamás nos hubiera dado el principal los cuarenta sueldos.

—¡Es cosa enorme!

—¡Fabulosa!

—No hay un despacho en París....

—Ni en Europa.

—Ni en el universo, donde se den cuarenta sueldos á un simple dependiente para su desayuno.

—A propósito de la señora Serafina, ¿quién de vosotros ha visto la criada que la ha reemplazado?

—¿Esa aldeana de Alsacia, que segun nos ha dicho el portero, habia sido acompañada aqui por la portera de la casa donde vivia la pobre Luisa.

—Sí.

—Yo no la he visto todavía.

—Ni yo tampoco.

—¡Cáspita! ¡Si es imposible verla! porque el principal está mas fuerte que nunca en impedirnos la entrada en el pabellon del patio.

—Y además, el portero es quien está encargado ahora de la limpieza del despacho; ¿cómo demonio hemos de ver á la doncella?

—Pues bien; yo la he visto.

—¿Tú?

—¿Y en dónde?

—¿Y qué tal es?

— ¿Es alta, ó baja?

— ¿Es jóven, ó vieja?

— Casi estoy seguro de que no tiene una carita tan placentera como aquella pobre Luisa, ¡buena muchacha!

— Pero vamos á ver, toda vez que la has visto, dínos, ¿qué tal es esta nueva fámula?

— Cuando digo que la he visto, lo que he visto ha sido su gorro, un gorro muy picaresco.

— ¡Picaresco, y cómo era?

— Era de color de cereza, y ereo que de terciopelo; un casquete como los que usan las vendedoras de escobillas.

— ¡Como las aldeanas de Alsacia que hay por aquí! mira tú qué estrañeza, ¡como que ella lo es!

— ¡Toma, toma, toma!

— ¡Cáspita! ¿qué es lo que os hace dar estas exclamaciones? *El gato escaldado huye hasta del agua fría.*

— Nos dirás Chalamel, ¿qué relaciones hay entre tu proverbio y el gorro de la de Alsacia?

— Ninguna hay.

— Entonces, ¿por qué lo dices?

— ¿Por qué? *No hay beneficio perdido; y el lagarto es el amigo del hombre.....*

— Vamos, si Chalamel empieza á decir necedades en proverbios que nada tienen que ver con lo que se habla, no acaba en una hora. Vamos, dí lo que sepas de esa nueva criada.

— Pasaba anteayer por el patio, y estaba de bruces á una ventana del entresuelo....

— ¿Quién, el patio?

— ¡Vaya una bobada! no, la criada; pero como los cristales de abajo están tan puercos, nada pude ver de nuestra hija de Alsacia, los del medio de la

ventana están menos turbios, así fué que ví su gorrito color de cereza, con una profusion de bucles de pelo negro como un azabache: porque me pareció que iba peinada á la romana.

— Seguro estoy de que no habrá visto tanto el principal á través de sus antiparras; porque es uno de aquellos que si quedasen solos en la tierra con una muger, se perderia el mundo.

— Esto no tiene nada de estraño; *Quien rie el ultimo, siempre rie bien*, ademas de que *la exactitud es la politica de los reyes*.

— Ese demonio de Chalamel es muy cargante cuando entra con sus proverbios.

— ¡Toma! *Dime con quien andas, te diré quien eres*.

— ¡Oh, qué chiste!

— A mí se me ha metido en la cabeza, que lo que embrutece cada dia mas al patron, es la supersticion.

— Quizás sea por penitencia el darnos á cada uno cuarenta sueldos para el desayuno.

— Lo cierto es, que es fuerza que se haya vuelto loco.

— O esté enfermo.

— Yo, hace algunos dias, que le encuentro un aire muy preocupado.

— Y no es que se le vea mucho; porque cuando antes estaba en su gabinete desde el amanecer, y siempre encima de nosotros, pasa ahora los dias sin asomar las narices al despacho.

— Con lo que está el pobre oficial primero cargado de trabajo.

— Y con lo que nos vemos precisados esta mañana á morirnos de hambre esperándolo.

— ¡Vaya un cambio en el despacho!

— Quien se aturdiria de saber esto, es el pobre

German, si alguien le dijera que el principal nos da cuarenta sueldos á cada uno para almorzar. — ¡Bah, eso es imposible! diria. — Pues es tan posible como que á mi mismo, á mi, Chalamel, me lo dijo hablándome *en persona*. — ¡Te chanceas! — ¿Me chanceo? Pues ved cómo pasó: durante los dos ó tres primeros dias que siguieron á la muerte de la señora Serafina, nos quedamos enteramente sin almuerzo, y por una parte lo preferimos, porque así era menos malo, pero por otra nos costaba dinero nuestra refaccion; de modo que nos impacientábamos pensando que el principal estaba sin ama ni criada, y que cuando volviera á tomar otra, volveríamos nosotros á nuestro guiso infernal. Pues nada de esto, querido German: el principal tomó otra criada, y nuestro almuerzo siguió sumergido en el rio del olvido. Entonces he sido yo encargado, como si dijéramos en comision, para elevar al principal las súplicas de nuestros estómagos. Entro, y me lo encuentro con el primer oficial. — No quiero daros mas comida por la mañana, me dijo en tono brusco y como si pensara en otra cosa; mi criada no tiene tiempo para ocuparse en vuestro almuerzo. — Pero señor, vos os obligasteis á darnos almuerzo todas las mañanas. — Pues bien, lo mandareis traer de fuera, y yo lo pagaré: ¿cuánto necesitais.... cuarenta sueldos cada uno? añadió como si pensara en otra cosa, y diciendo cuarenta sueldos como hubiera dicho veinte ó ciento. — Si señor, nos bastarán cuarenta sueldos. — Bien, el oficial mayor se encargará de este gasto, y yo me entenderé con él. Y me planta la puerta en las narices.... Confesad, señores, que German se quedaria de piedra al saber la generosidad del principal.

— German diria que el principal habia bebido.

— Y que esto es un abuso.

—Chalamel, mas que esto valen tus refranes.

—Sériamente creo que el principal está enfermo. De diez dias á esta parte está desconocido, y sus mejillas están tan chupadas, que podrian ocultarse los puños en los hoyos que forman.

—¡Y las distracciones que padece! Eso es lo que hay que ver. El otro dia se quitó las antiparras para leer una copia de escritura, y enseñó dos ojos rojos y ardientes.

—Era muy regular, porque *entre buenos amigos, buenas cuentas.*

—No me interrumpas. Os digo, señores, que es cosa singular: le presento la copia para que la leyera; ¡pero qué! estaba con la cabeza caída.

—¿El principal? ¡Sí que es cosa singular! ¿Qué diantre podia hacer con la cabeza caída? Debía sofocarse; á menos que no haya cambiado enteramente de costumbres como tú dices....

—¡Oh, qué pesado es este Chalamel cuando empieza! Digo que le presenté al revés la copia que debía leer.

—¡No refunfuñaría poco!

—Pues ni solamente reparó en ello: estuvo mirando la copia por espacio de diez minutos, clavados en ella sus encendidos ojos, y me la volvió diciendo:—Está bien.

—¿Siempre con la cabeza caída?

—Siempre.

—¿De modo que no habia leído el acto?

—¡Toma! A menos que no lea al revés....

—¡Eso es gracioso!

—Tenia un aspecto tan sombrío y perverso en aquel momento, que no me atreví á decir una palabra, y me fui como si tal cosa....

—Pues, ¿y lo que me sucedió á mí? Hace cuatro dias, que estando en el despacho del oficial mayor,

llega un cliente, llega otro, y el tercero en seguida; á todos habia dado cita el señor de Ferrand: se impacientan y á su ruego voy á llamar á la puerta del gabinete del principal; viendo que no me contesta, entro....

— ¿Y qué?

— Me encuentro al señor Ferrand con los dos brazos cruzados sobre el bufete, y con su calva frente apoyada en ellos; y sin reparar en mí se estuvo quieto.

— ¿Dormía quizás?

— Esto creía yo; me acerco y le digo: Señor, ahí fuera hay unos clientes á quienes citasteis para hoy. Pero no se movió. ¡Señor!... ni por esas. Por fin, lo toco en el hombro; enderézase como si el diablo lo hubiese mordido, cáensele sus gafas verdes con aquel movimiento brusco, y veo.... nunca lo creeriais....

— Vamos, ¿qué viste?

— Lágrimas como garbanzos.

— ¡Ah! ¿qué embuste!

— ¡Esta sí que es gorda!

— ¡Llorar el escribano! vamos, vamos.

— Las gallinas han de mear antes que tal suceda.

— Y los gallos calzarán botas al revés.

— ¡Bah, bah, bah! por mas que os chanceeis, no dejaré yo de haber visto lo que he visto.

— ¿Llorar?

— Sí, llorar; pero luego pareció tan furioso de haber sido sorprendido en aquel estado lacrimatorio, que á toda prisa se caló otra vez las antiparras, gritándome: — Salid, salid. — Pero señor.... — Salid. — Que hay ahí fuera unos clientes, á quienes disteis hora para hoy. — No tengo tiempo; que se vayan al diablo, y vos con ellos.... Y se levantó furioso como para echarme del aposento; pero no lo

aguardé ; tomé la puerta , y despedí á los clientes, que parecia que se iban algo mohinos ; pero , por el honor del despacho , les dige que el principal tenia jaqueca.

Esta interesante conversacion fué interrumpida por el señor oficial mayor , que entró muy atareado : una general aclamacion saludó su llegada , y todos los ojos se dirigieron simpáticamente al pavo con una ansia golosa.

—Nos habeis dado un diabólico rato de espera, señor ; no os enfadeis porque os lo digo , dijo Chalamel.

—Cuidado , que otra vez no será tan subordinado nuestro apetito....

—¡Ah , señores! no tengo yo la culpa ; mas me escocia á mí que á vosotros. Pero , bajo palabra de honor , creo que el principal se ha vuelto loco.

—¿Qué os decia yo?

—Pero no dejemos por esto de comer.

—Al contrario.

—Lo mismo hablaremos con la boca llena.

—Mejor todavía , exclamó el servidor , mientras que Chalamel decia al oficial mayor al tiempo de partir el pavo:

—¿Y por qué os figurais que el principal está loco?

—Ya estábamos nosotros con tentaciones de creerle perfectamente embrutecido , cuando nos alargó cuarenta sueldos cotidianos á cada uno para almuerzo.

—Confieso que esto me sorprendió tanto como á vosotros , señores ; pero no fué nada , nada absolutamente , comparado con lo que acababa de suceder.

—¡Ah.... bah!

—¡Qué! habrá sido tan loco que nos quiera obligar

á que vayamos á comer á su costa todos los dias en la fonda del Cuadrante azul?

— ¿Y luego al teatro?

— ¿Y luego al café á concluir el dia con un ponche?

— ¿Y luego?

— Reíos cuanto queráis , señores ; pero la escena á que acabo de asistir tiene mas de espantosa que de risueña.

— Pues contádnosla.

— Sí , eso es , dijo Chalamel , no penseis en el almuerzo ; vednos hechos todos oídos.

— Y todos mandíbulas , ¡ trapalones ! os veo venir : mientras que yo hablaria , vosotros esgrimiríais los dientes , y cuando hubiese concluido , estaria el pavo enterrado.... Paciencia.... será para postres.

No sabremos decir si fué el aguijon del hambre ó el de la curiosidad , el que dió actividad á los dependientes ; pero fué tal la rapidéz con que emprendieron su operacion gastronómica , que casi en un instante , llegó el momento de la relacion del oficial mayor. Para que el principal no los sorprendiera , enviaron de acecho á la pieza inmediata al servidor , á quien se habian entregado liberalmente las patas y el caparazon del ave. El oficial primero dirigió á sus compañeros la palabra , en estos términos:

— Es preciso que sepais , en primer lugar , que hace algunos dias , que el portero estaba inquieto por la salud del escribano ; porque como el buen hombre vela hasta muy tarde , habia visto muchas veces al señor Ferrand bajar de noche al jardin , y á pesar del frio y la lluvia , pasearse en él á paso largo. Una noche de tantas , se arriesgó á salir de su nido , y preguntar á su amo si tenia necesidad de algo ; pero este le despidió con un tono , que desde entonces el pobre hombre ha estado quieto , y lo

está siempre que oye al principal que baja al jardín; lo que sucede casi todas las noches por malo que esté el tiempo.

— ¿Si será sonámbulo?

— No es probable; pero semejantes paseos nocturnos anuncian una grande agitacion. Voy á mi historia.... hace un rato que me fui al gabinete del principal para que me pusiera algunas firmas; y al momento en que iba á poner la mano en el boton de la cerradura, me parece que oigo hablar: me paro, y oigo dos ó tres gritos sordos como suspiros ahogados. Despues de haber vacilado un momento en entrar, temiendo á fé alguna desgracia, abro la puerta....

— Y bien....

— ¿Y qué es lo que veo? Al señor Ferrand de rodillas en el suelo.

— ¿De rodillas?

— ¿En el suelo?

— Sí, arrodillado sobre los ladrillos, con la frente oculta entre las manos, y los codos apoyados en uno de sus sillones.

— ¡Toma! ¡la cosa es muy sencilla, vaya que somos torpes! es devoto, y haria una oracion por extraordinario.

— ¡En tal caso, buena seria la oracion! No se oían mas que gemidos ahogados, solo que de cuando en cuando, murmuraba entre dientes: *¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...* como un hombre desesperado. Y luego, esto es bien singular tambien; ha hecho un movimiento como para desgarrarse el pecho con las uñas, ha entreabierto su camisa, y he distinguido muy bien sobre su piel bellosa una carterita encarnada, colgada al cuello con una cadenita de acero....

— ¡Toma, toma! ¿y entonces qué?...

— Entonces , viendo esto , no sabia si debia quedarme ó salir.

— La misma hubiera sido mi opinion politica.

— Me quedé por fin , y estaba sin saber qué hacerme , cuando el señor Ferrand se levanta , y se vuelve de repente á mí tenia cogido con los dientes un pañuelo de faltriquera , á cuadros , y las gafas se le quedaron encima del sillón . En mi vida , en mi vida , señores , he visto una cara como aquella : tenia el gesto de un condenado . Retrocedí espantado , os lo juro por mi honor entonces , él

— ¿ Se os echa encima ?

— No acertais : me mira al principio con aire hurraño ; y luego , dejando caer el pañuelo , que habria seguramente roído y desgarrado apretando los dientes , exclama echándose en mis brazos : *¡ Ah , soy muy infeliz !*

— ¿ Qué farsa !

— ¿ Qué farsa , eh ? pues , á pesar de su cabeza de muerto , su voz me ha partido el alma ; y cuasi me atreveré á decir que era dulce cuando pronunció aquellas palabras .

— ¡ Dulce ! cuando no hay carraca ni lechuza constipada , cuyo grito no sea una música al lado de la voz del principal .

— Esto podrá ser ; pero no impide que su voz , en aquel momento , fuese tan lastimera , tanto mas , cuanto que el señor Ferrand no acostumbra á ser expansivo . Señor , le dije yo , creed que ¡ Déjame , déjame ! me contestó interrumpiéndome ; *consuela tanto el poder contar á alguien lo que se padece* era claro que me tomaba por otro .

— ¿ Os ha tuteado ? Entonces debeis dos botellas de Burdeos .

Quando el patron os tutea,
Debeis pagar lo que se deba.

El refran lo dice , y esto es sagrado ; los refranes son la sabiduría de las naciones.

—Vamos , Chalamel , déjanos en paz con tus dichos ; como podeis pensar , señores , al oirme tutear por el principal , he conocido en seguida que se equivocaba , ó que tenia una fiebre ardiente , y me desprendí , diciéndole : ¡Calmaos , señor , calmaos ! soy yo.... Entonces me ha mirado con un aire estúpido.

—¡Ah ! esto ya se acerca á la verdad.

—Sus ojos estaban estraviados. —¡Eh ! me contestó ; ¿quién sois , pues ? ¿qué me quereis ? Y á cada pregunta de estas se pasaba la mano por la frente , como para separar la nube que oscurecia sus ideas.

—¡Que oscurecia sus ideas ! ¡qué bella frase ! bravo ; señor oficial mayor , hemos de hacer un melodrama juntos.

—¿Pero no quieres callar , Chalamel ?

—¿Qué diantre tendrá el escribano ?

—A fé mia no lo sé ; pero lo que sí es cierto , es que cuando recobró su sangre fria , entonces empezó á cantar por otro tono ; frunció las cejas con aire terrible , y me dijo con viveza , y sin darme tiempo para contestar. —¿Qué veniais á hacer aqui ? ¿cuánto tiempo há que estais ? ¿conque yo no puedo estar un momento solo , sin verme rodeado de espías ? ¿qué he dicho ? ¿qué habeis oido ? contestad , contestad. Y puso entonces un gesto tan perverso , que yo respondí : Nada he oido , señor ; acababa de entrar aqui en este mismo momento. —¿No me engañais ? —No señor. —Pues bien ; ¿qué queriais ?... —Pediros algunas firmas , señor. —Traed.... Y héle aqui que se pone á firmar de prisa , y sin leerlas , media docena de escrituras ; él , que jamás ponía su garabato al pie de una escritura sin deletrearla , por decirlo asi , sílaba por sílaba , y dos veces de

cabo á rabo. Noté que de cuando en cuando se paraba su mano á la mitad del signo , como si le hubiera absorvido una idea fija , y luego volvía á emprenderlo , y firmaba de prisa , y convulsivamente. Cuando lo hubo firmado todo , me ha mandado retirarme , y le he oido bajar por la escalerilla que da al patio.

—¿Qué es lo que puede tener?

—Puede ser el pesar que le causa la pérdida de la señora Serafina.

—¡Sí , facilito es esto! ¿pesares él porque se muera nadie?

—Esto me hace acordar de que el portero me ha dicho que el cura y el vicario de Nuestra Señora de Buena Nueva habian venido muchas veces para ver al principal , y no los habia recibido. ¡Esto sí que es sorprendente! ¡dos personajes que pasaban antes el dia en esta casa!

—Lo que me sorprende á mí son los trabajos que ha mandado hacer al carpintero y al cerrajero en el pabellon.

—Lo cierto es que han trabajado tres dias seguidos.

—Y luego , una noche trajeron aqui muebles envueltos en tapices.

—Yo , señores , no entiendo nada , y doy mi lengua á los perros, como decia el Cisne de Cambray.

—Quizás sea el remordimiento de haber hecho prender á German el que le atormenta.

—¿Remordimientos él?... es demasiado duro de cocer para tenerlos, como dijo el Aguila de Meaux.

—¿Qué diablo de Chalamel!

—A propósito de German ; va á tener un famoso aumento de compañía en su cárcel , ¡pobre muchacho!

—¿Cómo , cómo?

—He leído en la *Gaceta de los Tribunales*, que la cuadrilla de ladrones y asesinos que fué cogida en los Campos Elíseos, en una de aquellas tabernas subterráneas....

—¡Cavernas del diablo son ellas!

—Pues he leído que han sido conducidos á la cárcel.

—¡Pobre German; qué linda compañía va á tener con ellos!

—Y Luisa Morel tendrá tambien su parte, porque dicen que en la cuadrilla habia una familia entera de ladrones y asesinos de padre é hijo y de madre é hija.

—Entonces enviarán las mugeres á San Lázaro, donde está Luisa.

—Quizás sea alguno de la cuadrilla el que haya asesinado á aquella condesa que vive junto al Observatorio, que es una de las clientes del escribano. ¡Pues no me ha enviado pocas veces á saber de esa condesa! parece que se interesa mucho en su salud. Es menester hacerle justicia; esta es la sola cosa en que no parece atontado. Ayer todavía me dijo que fuera á informarme del estado de la señora Mac-Gregor.

—¿Y qué hay?

—Siempre lo mismo: un dia hay buenas esperanzas que se pierden al dia siguiente; no se sabe nunca si acabará bien el dia: anteayer se desesperaba de ella, ayer me dijeron que habia alguna esperanza; y lo que complica la cosa, es que tiene una calentura cerebral.

—¿Pudiste entrar en la casa y ver el sitio donde se cometió el asesinato?

—¡Sí, fácil es! ni mas lejos de la puerta cochera pude pasar, y á fé que el portero no parece hablador.

— ¡Señores, señores, el señor Ferrand sube! gritó el criado entrando en el despacho, armado aun con la osamenta del pavo.

Al momento los jóvenes se sentaron aprisa en sus respectivas mesas, encorvándose y moviendo las plumas, mientras que el criado deponia momentáneamente el esqueleto del pavo en la canasta de los papeles rotos.

Santiago Ferrand apareció en efecto: sus cabellos rojos matizados de mechaz grises, caían en desorden encima de cada sien, escapándose de un viejo gorro de seda negra que cubria su cabeza: algunas de las venas que atravesaban su frente, parecian inyectadas de sangre, mientras que su faz roma y sus mejillas cóncavas estaban cubiertas de una palidez de cera. No podia verse la espresion de su mirada oculta bajo sus anchos espejuelos verdes; pero la profunda alteracion de las facciones de aquel hombre, anunciaba los estragos de una pasión devoradora. Atravesó lentamente el estudio sin dirigir una palabra á ninguno de sus dependientes, ni parecer siquiera que reparase en que estuviesen alli; entró en el despacho del oficial mayor, que atravesó lo mismo que su gabinete, y volvió á bajar inmediatamente por otra escalera que conducia al patio. Habia dejado tras de sí todas las puertas abiertas, y los dependientes pudieron sorprenderse á su sabor de la chocante evolucion de su gefe, que habia subido por una escalera y bajado por otra sin detenerse un momento en una de las piezas que habia atravesado maquinalmente.



CAPÍTULO X.

—NON—

NO SERÁS LUJURIOSO.

...Pero en lugar de atenerme á lo que hay de luminoso y puro en esta union de las almas y de los corazones á que se limita la amistad, el cenagoso raudal de mi lubricidad, removido por aquel aguijon del placer que se siente en la edad que tenia yo entonces, exhalaba vapores que ofuscaban los ojos de mi espiritu.

...Me abandonaba sin medida á mis placeres sensuales, cuyo ardor, parecido á una pez hirviendo, abrasaba mi corazon, y consumia lo que habia en él de vigor y de fuerza.

...Cuando veia alguno de mis compañeros hacer alarde de sus desórdenes, de los cuales se envanecía mas, cuanto mas infames eran, me avergonzaba de no haber hecho tanto como él.

(CONFESIONES DE SAN AGUSTIN. lib. II, cap. II y III.)

Es de noche, y los silbidos del viento y las ráfagas de la lluvia que cae á torrentes, interrumpen de cuando en cuando el silencio que reina en el pabellon que habita Santiago Ferrand. Aquel ruido melancólico parece que aumente todavía la soledad de aquella habitacion.

En un cuarto con alcoba, del primer piso, muy bien amueblado de nuevo, y cubierto de un espeso tapiz, está de pie una joven delante de una chimenea en que arde un fuego excelente. ¡Cosa extraña! en medio de la puerta, cuidadosamente cerrada con aldabas y postigos, que está frente por frente á la cama, se nota un postigo de cinco ó seis pulgadas cuadradas, que puede abrirse por la parte exterior de la puerta de afuera.

Una lámpara de reverbero, alumbra escasamente aquel cuarto, cubierto de papel de color de granada, y las cortinas de la cama y del balcon, lo mismo que la cubierta de un vasto sofá, son de damasco de seda y lana del mismo color.

Insistimos minuciosamente en estos detalles de semi lujo, tan recientemente introducido en casa del escribano, porque ese semi lujo prueba que ha habido una revolucion completa en las costumbres de Santiago Ferrand, hasta entonces tan sórdidamente avaro, y tan indiferente como un espartano (sobre todo con respecto á los demas) por lo que toca á comodidades.

Sobre este fondo color de granada, fondo vigoroso y de tono subido, destacaba la figura de Cecilia, cuyo retrato vamos á trazar. La criolla, de alta estatura y esbelto talle, está en la flor de la edad, el desarrollo de sus hermosos hombros y de sus anchas caderas, hace parecer maravillosamente delgada su redonda cintura, de modo, que se creería que puede servirla á Cecilia de cinturon su liga. Su trage de alsaciana, tan sencillo como insitante, es de un gusto caprichoso y algo teatral, tanto mas apropiado, por lo mismo, al efecto que ella ha querido producir. Su corpiño, de cachimir negro, entreabierto sobre su levantado pecho, muy largo de talle, con manga justa y la espalda lisa, está

bordado de lana carmesí sobre todas las costuras, y adornado con una hilera de botones de plata cincelados. Una saya corta de merino de color de naranja, cuya anchura parece exagerada, aunque viste unos contornos de escultural riqueza, deja entrever la encantadora rodilla de la criolla, que calza medias de color de escarlata con bordados azules, como las que se ven en los cuadros de los antiguos pintores alemanes, que enseñan con tanta complacencia las pantorrillas de sus robustas heroínas. Ninguno de ellos, empero, ha creado un perfil tan ligero como el de las piernas de la Cecilia, que nervudas y finas al declive de la pantorrilla, concluyen con un brevísimo pie, que huelga, aunque algo encorvado, dentro de un cortísimo zapato de tafete negro con hebillas de plata.

Algo inclinada sobre el lado izquierdo, está de pie frente al espejo que hay encima de la chimenea. El sesgo de su corpiño dejaba ver su cuello elegante y carnosos, pero sin transparencia. Al quitarse su casquete de terciopelo color de cereza para reemplazarlo con un pañuelo de madrás, la criolla descubrió sus espesos y magníficos cabellos negros con un viso azul, que separados en medio de la frente y naturalmente rizados, no bajaban más que al *collar de Venus* que unía el cuello á la garganta. Preciso es conocer el gusto inimitable con que las criollas envuelven su cabeza con esos pañuelos de colores fuertes, para formarse una idea del gracioso tocado nocturno de Cecilia, y del vivo contraste de aquel tejido abigarrado de púrpura azul y naranja con sus negros cabellos, que escapaban por bajo los apretados pliegues del pañuelo, adornando con mil bucles de seda sus mejillas pálidas, pero llenas y duras.... Con los dos brazos altos y caídos encima de la cabeza, concluía con las puntas de sus

dedos como marfil, una ancha rosa que formaba al lado izquierdo con las puntas del pañuelo, y tan baja que le cubria casi la oreja.

Las facciones de Cecilia son de aquellas que es imposible olvidar jamás. Una frente atrevida y algo saliente, domina un rostro de un óvalo perfecto; su tez tiene la blancura mate, y la frescura satinada de una hoja de camelia imperceptiblemente dorada por un rayo de sol; sus ojos, de una magnitud casi desmesurada, tienen una espresion singular, porque su pupila estremadamente estendida, negra y brillante, deja apenas percibir en las dos puntas de los párpados, adornados con una franja de largas pestañas, la azulada transparencia del globo del ojo; su barba del perfil mas bello, no puede decirse que salga poco ni mucho; su nariz derecha y fina, termina en dos ventanas movibles, que se dilatan á la mas mínima emocion; y su boca insolente y amorosa tiene un color de púrpura subido. Imagínese pues aquella cara descolorida con su mirada negra y brillante, y sus dos labios bermejos, lisos y húmedos que brillan como un coral mojado. Digámoslo de una vez; aquella criolla alta, esbelta, vigorosa y flexible como una pantera, era el tipo encarnado de la ardiente sensualidad, que no se encuentra sino bajo el fuego de los trópicos.

Todos han oido hablar de esas mugeres de color, mortales, por decirlo así, á los europeos, de esos vampiros encantadores, que embriagando á su víctima con terribles seducciones, les chupan hasta la última gota de oro y de sangre, sin dejarle mas, segun la enérgica espresion del país, que *sus lágrimas para que beban, y su corazon para roer.*

Tal era Cecilia; solo que contenidos por algun tiempo sus detestables instintos por su verdadero afecto hácia David, no se habian desarrollado hasta

que llegó á Europa, donde la civilizacion y la influencia de los climas del Norte, habian templado su violencia y modificado su expresion: así que, en lugar de lanzarse con violencia sobre su presa, no pensando, como sus semejantes, sino en aniquilar lo mas pronto posible una vida y una fortuna de mas, clavaba Cecilia en sus víctimas su mirada magnética, empezando por atraerlas poco á poco en el ardiente torbellino que parecia emanar de ella; y al verlas entonces jadeantes, desatinadas y presa de las torturas de un deseo no satisfecho, se complacia en prolongar su ardiente delirio por un feroz refinamiento de coquetería; y volviendo luego á su primer instinto, las devoraba con sus caricias homicidas.

Esto era mas horrible todavía: porque el tigre hambriento que salta sobre su presa, la arrastra y la devora rugiendo, inspira menos horror que la serpiente que la fascina en silencio, la chupa poco á poco, la enlaza con sus inextricables repliegues, la siente palpar á sus lentas mordeduras, y parece gozarse tanto en sus dolores como en chupar su sangre.

Hemos dicho que Cecilia, apenas llegada á Alemania, habia sido pervertida por un hombre horriblemente depravado; y pudo, sin que lo supiera David, que la amaba con tanta idolatría como ceguedad, desplegar y ejercer por algun tiempo sus peligrosas seducciones; pero no tardó mucho en descubrirse el funesto escándalo de sus aventuras, y aquella muger debió ser condenada á una prision perpétua. Unanse á estos antecedentes su talento fino, diestro y penetrante, y una inteligencia tan maravillosa, que en un año habia aprendido á hablar el francés y el aleman con una facilidad estremada, y hasta con elocuencia algunas veces; ima-

gínesa , por fin , una corrupcion digna de las reinas cortesanas de la antigua Roma , una audacia y un valor á toda prueba , é instintos de diabólica maldad , y se conocerá casi perfectamente á la nueva criada de Santiago Ferrand , á la criatura resuelta que habia osado aventurarse á entrar en la guarida del lobo. Y con todo , por una singular anomalía , al oír de boca del baron de Graun el papel provocativo y platónico que debia desempeñar con el escribano , y al fin vengador , á que debian dirigirse sus seducciones , habia prometido Cecilia desempeñar con aficion su papel , ó mas bien , con una rabia terrible contra Santiago Ferrand ; porque se habia indignado sinceramente al oír la relacion de las infames violencias de que se valiera el mónstruo contra Luisa , violencias de que fué menester enterar á la criolla para ponerla en guardia contra las hipócritas tentativas del escribano.

Son indispensables aqui algunas palabras retrospectivas , respecto á este último. Cuando le fué presentada Cecilia por la señora Pipelet , como si fuese una huérfana , sobre la que no queria conservar ningun derecho , ni ninguna vigilancia , el escribano se habia sentido menos conmovido quizás por la belleza de la criolla , que fascinado por su mirada irresistible , y que desde la primera entrevista abrasó los sentidos de Santiago Ferrand , y turbó su corazon ; porque , como ya digimos una vez , á propósito de la insensata audacia de alguna de sus palabras en la conversacion con la señora duquesa de Lucenay , este hombre , por lo regular , tan dueño de sí , tan tranquilo , fino y astuto , olvidaba los frios cálculos de su profundo disimulo cuando el fuego de la lujuria oscurecia su mente.

Por otra parte , ningun motivo tenia para desconfiar de la protegida de la señora Pipelet. La se-

ñora Serafina , despues de su conversacion con esta última , habia propuesto á Santiago Ferrand , en reemplazo á Luisa , á una jóven casi abandonada , de la cual ella respondia ; y el escribano habia aceptado sin dificultad , con la esperanza de abusar impunemente de la situacion precaria y aislada de su nueva criada.

Por fin , lejos de estar predispuesto á la desconfianza , encontraba Santiago Ferrand nuevos motivos de seguridad en la marcha de los sucesos , porque todo salia á medida de sus deseos. La muerte de la señora Serafina le desembarazaba de una cómplice peligrosa ; la de Flor Celeste (que él creía muerta) le libraba de la prueba viviente de uno de sus primeros crímenes ; y por fin , gracias á la muerte de la Mochuelo , y al imprevisto asesinato de la condesa Mac-Gregor , cuyo estado desesperado , no tenia que temer ya á esas dos mugeres , cuyas revelaciones y persecuciones podrian haberle sido funestas. Repetimos , pues , que no habia presentado en el espíritu de Santiago Ferrand ningun sentimiento de desconfianza que balanceara la impresion súbita é irresistible que habia sentido á la vista de Cecilia , y se apoderó con ardor de la ocasion de meter en casa á la supuesta sobrina de la señora Pipelet.

Conocidos y sentados el carácter , costumbres y antecedentes de Santiago Ferrand , y aceptada , tal como hemos procurado pintarla , la provocante belleza de la criolla , esperamos que , con algunos otros hechos que daremos á conocer luego , se comprenderá la pasion súbita y desenfrenada del escribano , por aquella seductora y peligrosa criatura. Y ademas , fuerza es añadir que , si bien no inspiran mas que repugnancia á los hombres dotados de sentimientos tiernos y elevados , y de gustos deli-

cados y puros, las mugeres de la especie de Cecilia, ejercen, al revés, una acción súbita, y una mágica omnipotencia sobre aquellos que, como Santiago Ferrand, están poseídos de una sensibilidad brutal. Comprenden á la primera mirada á esas mugeres y las apetecen, atraélos hácia ellas un poder fatal, y pronto se ven invenciblemente encañados á los pies de su monstruoso ideal por afinidades misteriosas y simpatías magnéticas, seguramente porque ellas solas pueden apagar los fuegos impuros que encienden.

Una fatalidad justa y vengadora aproximaba, pues, la criolla al escribano, para quien iba á empezar una expiacion terrible. Una feróz lujuria le habia impelido á cometer odiosos atentados y á perseguir con un encarnizamiento desapiadado á una familia indigente y honrada, en la que habia sembrado la miseria, la locura y la muerte; pues bien, la lujuria debia ser el formidable castigo de aquel gran culpable: porque parece que por una equidad fatal, hay ciertas pasiones torcidas y desnaturalizadas que llevan en sí mismas su castigo.

Un amor noble, aun cuando sea desgraciado, puede encontrar algun consuelo en la dulzura de la amistad, y en la estimacion que una muger, digna de ser adorada, ofrece siempre á falta de un sentimiento tierno. Si esta compensacion no calma los pesares del amante infeliz, si su desesperacion es incurable como su amor, puede al menos confesar en alta voz y envanecerse casi de aquel amor desesperado.... Pero ¿qué compensacion puede ofrecerse á esos ardores salvages, que el solo atractivo material exalta hasta el frenesi? Y es preciso saber que esa atraccion material es tan imperiosa en las organizaciones groseras, como el atractivo moral para las almas escogidas....

No, las serias pasiones del corazón, no son solamente las súbitas, ciegas y exclusivas, y que concentrando todas las facultades en la persona elegida, hacen imposible todo afecto, y decide de una vida entera. La pasión física, como la de Santiago Ferrand, tiene también una intensidad increíble; y entonces, todos los fenómenos que en el orden moral caracterizan al amor irresistible, único y absoluto, se reproducen en el orden material.....

Aunque Santiago Ferrand no debía llegar jamás al logro de sus deseos, se había guardado bien la criolla de quitarle absolutamente toda esperanza; mas las esperanzas vagas y lejanas con que le halagaba, flotaban á merced de tantos caprichos, que le causaban un nuevo tormento, y remachaban más sólidamente todavía la ardiente cadena que arrastraba.

Si hay quien se sorprenda de que un hombre tan vigoroso y audaz, no hubiese recurrido ya á la astucia y á la violencia, para triunfar de la calculada resistencia de Cecilia, tenga presente que esta no era una segunda Luisa, y además al día siguiente de su presentación en casa del escribano, había ya la criolla, como diremos luego, cambiado enteramente el papel con cuyo auxilio se introdujera en casa de su amo; porque este no se hubiera dejado engañar dos días seguidos por su criada.

Instruida por el baron de Graun de la suerte de Luisa y sabiendo los abominables medios que había puesto en práctica el escribano para apoderarse de la infeliz hija de Morel, el lapidario, la criolla, al entrar en aquella casa solitaria, había tomado excelentes precauciones para pasar en ella su primera noche en una seguridad completa. Habiendo quedado sola con Santiago Ferrand la noche mis-

ma de su llegada, quien, para no sobresaltarla, afectaba mirarla apenas, y la mandó bruscaamente que se fuera á acostar; confesó ingenuamente al escribano que por la noche tenia un gran miedo á los ladrones; pero que era fuerte y resuelta, y estaba pronta á defenderse.

—¿Y con qué? preguntó Santiago Ferrand.

—Con esto, contestó la criolla sacando de debajo del ancho jubon de lana con que estaba envuelto un fino puñal, perfectamente acerado, cuya vista hizo reflexionar al escribano.

Con todo, persuadido de que su nueva criada no temia mas que á los ladrones, la acompañó al aposento que debia ocupar, y era el que habia ocupado Luisa. Cecilia, despues de haber examinado las localidades, le dijo temblando y bajando los ojos, que en razon del mismo miedo, pasaria la noche en una silla, porque no veia en la puerta ni cerrojo, ni cerradura. Santiago Ferrand, ya completamente encantado, pero sin querer comprometer nada despertando las sospechas de Cecilia, le dijo en tono áspero que era una tonta y una loca en tener tales miedos; pero le prometió que al dia siguiente estaria puesto un cerrojo. Mas con todo esto, la criolla no se acostó.

A la mañana siguiente subió á su aposento el escribano para enterarla del servicio de la casa. Prometiése guardar con su nueva servidora una hipócrita reserva en los primeros dias, á fin de inspirarle una falsa confianza; pero admirado de su belleza, que con la luz del dia parecia mas brillante todavia, estraviado y ciego por los deseos que le trasportaban ya, pronunció balbuceando algunos cumplimientos sobre el talle y la hermosura de Cecilia; la cual, con una rara sagacidad, conoció desde su primera entrevista con el escribano que le tenia

completamente cogido; y al oír la declaración que le hizo de su llama, creyó deberse despojar bruscamente de su fingida timidez, y cambiar de máscara, como hemos dicho. Tomó, pues, de repente un aire descarado; y como Santiago Ferrand se estasiara de nuevo con la belleza de sus facciones, y con su talle encantador, le dijo resueltamente Cecilia.

— A ver, miradme bien: ¿tengo yo la facha de una criada, aunque vaya vestida de aldeana de Alsacia?

— ¿Qué quereis decir? exclamó Santiago Ferrand.

— Mirad esta mano.... ¿os parece que está acostumbrada á ásperos trabajos?

Y mostró una mano blanca y encantadora, con dedos finos y uñas sonrosadas como el ágata, pero cuya corona, teñida ligeramente con una tinta oscura, descubria su sangre mestiza.

— ¿Y este pie, es un pie de criada?

Y adelantó, al decir esto, el piececito mas lindo y caprichosamente calzado, en que no habia reparado el escribano, y del que no apartó los ojos sino para contemplar embobado á Cecilia.

— A mi tia Pipelet la he dicho lo que me ha convenido: como ignora mi vida pasada, ha podido creerme reducida á esta condicion por la muerte de mis parientes, y tomarme por una criada; pero vos, querido amo, espero que teneis demasiada sagacidad para creéroslo.

— ¿Quién sois, pues? exclamó Ferrand sorprendido cada vez mas con aquel language.

— Este es mi secreto. Por razones que yo sola conozco, he tenido que salir de Alemania bajo este trage de aldeana, y queria permanecer oculta en París por algun tiempo, lo mas secretamente posible. Mi tia, suponiéndome reducida á la miseria,

me propuso entrar en vuestra casa, ponderándome la vida solitaria que se lleva en ella, y advirtiéndome que no debía salir jamás. Inmediatamente acepté, porque mi buena tia se adelantaba sin saberlo á mi mas vivo deseo. ¿Quién habia de buscarme y encontrarme aqui?

— ¡Ah, os ocultais! ¿Qué habeis hecho para tener que ocultaros?

— Pecados bonitos quizás.... pero tambien es esto un secreto mio.

— ¿Y cuáles son vuestras intenciones, señorita?

— Siempre las mismas. A no haberme hecho vos esos cumplimientos significativos sobre mi talle y hermosura, no os hubiera hecho seguramente esta confesion, aunque vuestra perspicacia, tarde ó temprano, la hubiera provocado.... Oidme, pues, con atencion, querido amo: he aceptado momentáneamente la condicion, ó por mejor decir, el papel de criada, porque las circunstancias me obligan á ello; pero tendré valor para sostenerlo hasta el fin, y sufriré todas sus consecuencias, sirviéndoos con celo, actividad y respeto, para conservar mi colocacion; es decir, un retiro seguro é ignorado. Pero á la menor palabra de galantería, á la menor libertad que os tomeis conmigo, os dejo.... no por gazmoñería.... no creo que haya en mí cosa que indique ser gazmoña.

Y disparó una mirada llena de eléctrica sensualidad, que penetró hasta el fondo del corazon del escribano, y le hizo estremecerse.

— No, no soy gazmoña, añadió con una provocante sonrisa que dejó ver unos dientes de deslumbrante blancura. ¡Vive Dios! cuando me enamoro, las bacantes son santas comparadas conmigo.... Pero sed justo, y convendreis en que vuestra indigna servidora no puede querer otra cosa, en la actuali-

dad, que cumplir exactamente con su obligacion de criada. Ahora sabeis mi secreto, ó á lo menos una parte de él.... ¿Pero tendriais acaso el capricho de haceros el galan? ¿Seriais capáz de encontrarme demasiado hermosa para serviros? ¿quereis cambiar de papel y convertiros vos en mi esclavo? ¡Si es asi, sea enbuenhora! francamente, lo preferiria asi; pero siempre bajo la condicion de que no he de salir de aqui, y de que guardareis conmigo paternales atenciones.... sin que esto os impida decirme que me encontrais encantadora: esta será la recompensa de vuestro afecto y discrecion.

— ¿La sola, la sola recompensa? dijo balbuceando Ferrand.

— La sola.... á menos que la soledad y el demonio no me vuelvan loca; lo que es imposible, porque vos me hareis compañía, y como sois un hombre santo, conjurareis al demonio. A ver, decidios: ¿fuera posiciones ambiguas! ó me servis, ú os sirvo; uno ú otro; sino me voy de vuestra casa, y pediré á mi tia que me busque otra colocacion. Todo esto debe pareceros extraño, lo conozco; pero si me tomáis por una aventurera sin medios para sostenerme, os engañais.... Para hacer de mi tia mi cómplice, sin que ella lo supiera, la he dejado creer que era tan pobre, que no tenia conque comprarme otros vestidos que los que llevo: no obstante, tengo como veis, un bolsillo bien provisto; á este lado, oro; á esotro, diamantes.... (y enseñó al escribano un largo bolsillo de seda colorada, lleno de oro, y á través de cuyas mallas, veíanse tambien brillar algunas piedras preciosas); pero por desgracia, con todo el dinero del mundo no encontraría un retiro tan aislado como vuestra casa, gracias á la soledad en que vivís. Aceptad, pues, una de mis dos ofertas, y me hareis un servicio: ya lo veis; me pongo

casi á vuestra disposicion ; porque deciros que me oculto , es confesaros que me buscan.... Pero segura estoy de que vos no me hariais traicion, aunque supieseis cómo os habiais de manejar para ello.

Esta novelesca confianza , y este brusco cambio de papel , trastornaron las ideas de Santiago Ferrand. ¿Quién era aquella muger? ¿por qué se ocultaba? ¿era solo la casualidad lo que la habia traído á su casa? ¿Y si, por el contrario, iba con un objeto secreto , cuál podia ser este? Entre todas las hipótesis que esta aventura singular hacia nacer en la mente del escribano , imposible era que diese con el verdadero motivo de la presencia de la criolla en su casa. No tenia , ó al menos no creía tener, otros enemigos que las victimas de su avaricia y lujuria ; y estas estaban todas en tal estado de miseria ó infelicidad , que no podia sospechar fuesen capaces de tenderle un lazo , cuyo cebo fuese Cecilia. Y ademas, ¿con qué objeto habian de tenderle este lazo?

No: la súbita trasfiguracion de Cecilia no inspiró á Santiago Ferrand mas que un solo temor: pensaba que si no habia dicho la verdad, podia ser una aventurera, que creyéndole rico, se introducía en su casa para hechizarlo, esplotarlo, y obligarlo quizás á casarse con ella ; pero á pesar de que su avaricia y ansia de dinero se alarmaron á aquella idea , conoció estremeciéndose , que sus sospechas, que sus reflexiones eran tardías, porque con sola una palabra hubiera podido calmar su desconfianza , despidiendo de su casa á aquella muger. Pero esta palabra , no pudo decirla. Apenas siquiera le arrancaron un momento estas ideas del ardiente éxtasis en que le sumian la vista de aquella muger tan hermosa , de una belleza sensual que tenia sobre él tanto imperio. Por otra parte , desde la vis-

pera se sentia dominado y fascinado completamente. Ya la amaba á su modo y con furor. Ya le parecia inadmisibile la idea de ver salir de su casa á aquella seductora criatura, y ya, por fin, sintiendo los trasportes feroces de los celos, al pensar que podia Cecilia prodigar á otros los tesoros de placer que quizás le negaria siempre á él, gozaba un sombrío consuelo al pensar que, mientras estaria secuestrada en su casa, no la poseeria nadie.

El atrevimiento del lenguaje de aquella muger, el fuego de sus miradas, y la provocativa libertad de sus acciones, revelaban suficientemente que no era gazmoña, como ella habia dicho: y esta conviccion, que aumentaba las vagas esperanzas del escribano, aseguraba mas todavia el imperio de Cecilia. En una palabra, ahogada en Ferrand la fria voz de la razon por su desenfrenada lujuria, se abandonaba ciegamente al torrente de lúbricos deseos que le arrastraba.....

.....
 Fué convenido, pues, que Cecilia no seria criada mas que en apariencia; de este modo no habria escándalo: y ademas, para hacer mayor todavia la seguridad de su huésped, no tomaria ninguna otra, y se conformaria en servirla y servirse á sí mismo: un fondista de la vecindad les traeria la comida; pagaria él en dinero el almuerzo de sus dependientes, y el portero se encargaria de la limpieza del despacho. Por fin, el escribano haria amueblar pronto un aposento del primer piso al gusto de Cecilia; y como esta quisiese pagar el gasto, se opuso él, y gastó dos mil francos; generosidad enorme y que probaba la violencia inaudita de su pasion.

Entonces empezó para aquel miserable una vida terrible. Encerrado en la soledad impenetrable de su casa, inaccesible para todos, cargado cada dia

mas con el yugo de su amor desenfrenado, y renunciando á penetrar los secretos de aquella muger singular, se habia vuelto de amo esclavo, y fué el criado de Cecilia, la sirvió á la mesa, y cuidaba del aseo de su aposento.

Advertida la criolla por el baron, de que Luisa habia sido sorprendida por medio de un narcótico, no bebia mas que agua pura, ni comia sino manjares imposibles de falsificar, habia escogido ella misma el aposento que debia ocupar, y habiase asegurado de que no ocultaba ninguna puerta secreta.

Por otra parte, Santiago Ferrand comprendió pronto que Cecilia no era muger á quien pudiese sorprender ó violentar impunemente. Era vigorosa, ágil, y peligrosamente armada; solo, pues, un delirio frenético habria podido arrostrarlo á tentativas desesperadas, y ella se habia puesto perfectamente á cubierto de una tentativa de esta especie.... No obstante, para no cansar y fastidiar la pasion del escribano, aparentaba algunas veces la criolla que la interesaban sus servios, y estar orgullosa con el terrible dominio que ejercia en él. Entonces, suponiendo que á fuerza de pruebas de afecto y abnegacion, alcanzaria hacer olvidar su fealdad y sus años, se complacia en pintarle con espresiones ardientes y atrevidas, el placer inespliable de que le colmaria si llegase á verificarse algun dia aquel milagro de amor.

Al oir tales espresiones de boca de una muger tan jóven y hermosa, sentia Santiago Ferrand algunas veces que se perdia su razon: perseguíanle por todas partes devoradoras imágenes: el antiguo símbolo de la túnica de Neso se realizaba para él; y en medio de aquellas torturas sin nombre, perdia la salud, el apetito y el sueño. Bajaba á veces de

noche al jardín , á pesar del frío y la lluvia , y procuraba calmar sus ardores , paseándose precipitadamente ; y otras pasaba horas enteras clavando su mirada ardiente en la alcoba de la criolla dormida ; porque esta habia tenido la complacencia infernal de permitir que se abriera en su puerta una ventanilla , que dejaba sin cerrar muchas veces , muchas , pues que su único objeto era irritar incesantemente , sin satisfacerla nunca , la pasión de aquel hombre , exasperándolo de aquel modo hasta hacerle perder el juicio , para poder ejecutar entonces las órdenes que habia recibido. Este momento parecia que se acercase.

El castigo de Santiago Ferrand se hacia cada dia mas digno de sus atentados. Sufria los tormentos del infierno. Absorto, abatido, fuera de sí alternativamente, é indiferente á sus mas serios intereses, en vez de conservar su reputacion de hombre austero, grave y piadoso , reputacion usurpada , pero conquistada con largos años de disimulo y astucia, dejaba aturridos á sus dependientes con la aberracion de su espíritu, descontentaba á sus clientes negándose frecuentemente á recibirlos , y alejaba de sí á los clérigos que , engañados por su hipocresia, habiau sido hasta entonces los que le elogiaban con mas fervor.

Furiosos trasportes sucedian á unas angustias que lo postraban y le arrancaban lágrimas; lanzaba rugidos solo y en la oscuridad, como una fiera, cuando su frenesí llegaba al paroxismo. Sus accesos de rabia terminaban en una especie de doloroso quebrantamiento de todo su sér , y ni siquiera gozaba de aquella calma de muerte que produce á menudo el abatimiento del espíritu, y el ardor de su sangre en toda la vigorosa madurez de la edad, no le dejaba á aquel hombre ni tregua ni reposo. Agitaba

incesantemente todo su sér un hervor profundo y tórrido.....

.....
 Dijimos que Cecilia estaba arreglándose el tocado para la noche delante de un espejo. Oyó en esto un ligero ruido en el corredor, y volvió la cabeza hácia la puerta.

A pesar del ruido que acababa de oír, no dejó Cecilia de continuar tranquilamente su tocador nocturno, y sacó del corsé donde estaba colocado como una ballena, un puñal largo de cinco ó seis pulgadas, metido en una vaina de piel de zapa negra, con un pequeño puño de ébano con círculos de hilo de plata; puño muy sencillo, pero que la venia perfectamente á la mano. No era aquella una arma de lujo. Sacólo Cecilia de la vaina con escesiva precaucion, y lo colocó encima el mármol de la chimenea: la hoja de un temple finísimo era triangular, y los ángulos cortantes; y su punta, tan acerada como la de una aguja, hubiera pasado un duro sin romperse. Estaba impregnado de un veneno sutil y tenaz, de modo que un solo rasguño de aquella arma era mortal. Habiendo un dia dudado Santiago Ferrand de la dañina propiedad de aquella arma, la criolla hizo delante de él un experimento *in anima vili*, es decir, en el desgraciado perro de la casa, que punzado ligeramente en las narices, cayó y murió en terribles convulsiones. Despues de haber colocado sobre la chimenea el puñal, quitóse Cecilia su jubon negro, y quedóse con los hombros, seno y brazos desnudos, como una muger en trage de baile.

Traía en lugar de corsé, como es costumbre de la mayor parte de las mugeres de color, un corpiño interior de lienzo doble, que la ceñia estrechamente el talle; y su saya de color de naranja, que estaba

ajustada debajo de aquella especie de canezú blanco de manga corta y muy escotado, componia un traje mucho menos severo que el primero, y maravillosamente en armonía con las medias de color de escarlata, y el pañuelo de madrás tan caprichosamente envuelto al rededor de la cabeza de la criolla. Nada hay mas puro y acabado que los contornos de sus brazos y hombros, á los cuales añadian una gracia dos hoyuelos y un pequeño lunar aterciopelado.

Llamó la atención de Cicilia un profundo suspiro, y sonrióse replegando al rededor de uno de sus dedos algunos bucles de cabellos, que escapaban debajo de los pliegues de su madrás.

—¡Cecilia.... Cecilia!.... murmuró una voz áspera y doliente á la vez.

Y al través de la estrecha abertura del postiguiello, apareció la cara pálida de Santiago Ferrand, cuyas pupilas chispeaban en la sombra.

Cecilia, muda hasta entonces, empezó á cantar suavemente una cancion americana de una melodía lenta, y cuyas palabras eran tiernas y espresivas. El viril contralto de Cicilia, aunque contenido, dominaba el ruido de los torrentes de lluvia y violentas ráfagas de viento, que parecian estremecer hasta en sus cimientos la vetusta casa.

—¡Cecilia.... Cecilia!.... repitió Santiago Ferrand en tono suplicante.

La criolla se interrumpió de repente, volvió bruscamente la cabeza como si oyera por primera vez la voz del escribano, y se acercó con negligencia á la puerta.

—¿Cómo, querido amo (asi le llamaba por burla), estais ahí? dijo con un ligero acento extranjero, que añadia un encanto mas á su voz mordaz y sonora.

— ¡Oh, qué hermosa estais así! murmuró el escribano.

— ¡Os parezco hermosa! contestó la criolla: este pañuelo de madrás sienta bien á mis cabellos negros, ¿no es verdad?

— ¡Cada dia os encuentro mas hermosa!

— ¿Y mi brazo? miradle qué blanco es.

— ¡Mónstruo.... vete, vete!... exclamó el escribano furioso.

Cecilia se echó á reír á carcajadas.

— ¡No, no, esto es demasiado sufrir! ¡Oh, si no tuviese tanto miedo á la muerte! exclamó Ferrand con voz sorda; pero morir es renunciar á veros.... ¡y sois tan hermosa!... prefiero sufrir y miraros.

— Mirad enhorabuena: para esto se hizo esa ventanilla, y para que podamos hablar como dos amigos y engañar así nuestra soledad, que á decir verdad no me pesa mucho.... ¡Sois tan buen amo! peligrosa confesion que puedo hacer con esta puerta en medio.

— ¿Y no quereis abrir esta puerta? ¡y con todo mirad qué sumiso soy! esta noche hubiera podido probar á entrarme en vuestro aposento, y no lo he hecho.

— Sois sumiso por dos razones: la primera, porque sabeis que habiendo tomado la costumbre, por una necesidad de mi vida errante, de traer siempre conmigo un puñal.... manejo con mano firme esta joya venenosa, mas acerada que el diente de una víbora; y la segunda, porque sabeis tambien que el dia que tuviera que quejarme de vos, saldria para siempre de esta casa, dejándoos mas prendado que nunca.... puesto que habeis hecho á vuestra indigna servidora el honor de enamoraros de ella.

— ¡Mi servidora! cuando soy yo quien es vuestro esclavo.... esclavo mofado y despreciado....

—Y es bastante verdad....

—¿Esto no os conmueve?

—No, me distrae.... los dias.... ¡oh! y sobre todo las noches.... son tan largas....

—¡Oh, la maldita!

—No, sériamente, teneis un aspecto tan completamente enagenado, y vuestras facciones se alteran tan sensiblemente, que me envanezco con ello.... Es un miserable triunfo, es verdad, pero aqui no hay otra cosa que vos....

—¡Oír esto y no poder hacer nada mas que consumirse en impotente rábia!...

—¡Qué torpe que sois!... cuando quizás en mi vida os he dicho nada de mas tierno....

—Burlaos, burlaos....

—No me burlo; no habia visto todavía á un hombre de vuestra edad enamorado á vuestra manera... Y es preciso confesar que un jóven bello y elegante seria incapaz de una de esas pasiones rabiosas. Un Adonis se admira tanto á sí mismo como á la muger á quien ama, y la ama con la puntita de la lengua.... Y luego, ¿qué hay mas natural que concederle favores? es cosa que le es debida y que apenas reconoce; pero favorecer á un hombre como vos, amo mio.... ¡oh, esto seria arrebatarle de la tierra al cielo, y colmar sus sueños mas insensatos y mas imposibles esperanzas! Porque al que os dijera: Vos amais perdidamente á Cecilia, y si yo quiero será vuestra antes de un segundo.... le creeriais dotado de un poder sobrenatural.... ¿no es verdad, querido amo?

— ¡Oh! sí, sí.

—Pues bien; si supieseis convencerme mejor de vuestra pasion, quizás me daria á mi el extraño capricho de representar conmigo misma en vuestro favor este papel sobrenatural. ¿Lo entendéis?

— Lo que entiendo es que os reís todavía de mí.... como os reís siempre sin piedad.

— Tal vez.... ¡la soledad engendra caprichos tan singulares!

El acento de Cecilia había sido sardónico hasta entonces; pero estas últimas palabras las pronunció con una espresion seria y meditada, acompañándolas con una larga mirada que hizo estremecer al escribano.

— Callad, y no me mireis así, porque me volveréis loco ... preferiría que me dijerais jamás.... porque á lo menos así podría aborreceros y echaros de mi casa, exclamó Santiago Ferrand, que se dejaba llevar todavía de una vana esperanza. Sí, porque entonces nada esperaría yo de vos. Pero, ¡maldicion, maldicion! ahora os conozco lo bastante.... para esperar, á pesar mio, que podrá ser que un dia deba á vuestra ociosidad, ó á uno de vuestros desdeñosos caprichos, lo que jamás obtendré de vuestro amor. Me decís que os convenza de mi pasion: ¿no veis cuán infeliz soy, Dios mio? Hago cuanto puedo para agradaros: quereis estar oculta á los ojos de todos, y yo os oculto de todos, á riesgo quizás de comprometerme gravemente, porque al fin yo no sé quién sois vos: respeto vuestro secreto, y no os hablo de él.... porque cuando os he preguntado por vuestra vida pasada.... no me habeis contestado.

— Bien; conozco que he faltado, y voy á daros una prueba de ciega confianza: escuchad, amo mio.

— Otra burla amarga, ¿no es verdad?

— No, esto es muy serio. Es menester que conozcais al menos la vida de la muger á quien dais una hospitalidad tan generosa.... Y añadió Cecilia en tono hipócritamente compungido y lloron: Hija de un valiente soldado, hermano de mi tio Pipelet, recibí una educacion superior á mi estado; fui se-

ducida y abandonada despues por un jóven muy rico. Entonces, para librarme del furor de mi anciano padre, intratable en materia de honor, huí de mi patria.... Y luego, añadió echándose á reir: ¡Buena historia, y sobre todo muy probable, porque ha sido contada muchas veces! Entretened con esto vuestra curiosidad, mientras esperais alguna otra revelacion mas interesante.

— Seguro estaba yo de que seria una chanza cruel, dijo el escribano con un furor concentrado. Nada os interesa, nada.... ¿Qué quereis que haga? hablad al menos. Os sirvo como el último de los criados; desatiendo por vos mis mas caros intereses, y no sé ya lo que me hago.... soy objeto de la sorpresa y risa de mis dependientes.... mis clientes repugnan confiarme sus negocios.... he roto mis relaciones con algunas personas respetables que recibia á menudo en mi casa, y no me atrevo á pensar en lo que dirá el público de este trastorno total en mis costumbres.... Vos no sabeis las funestas consecuencias que mi loca pasion no puede tener para mí, no las sabeis.... Con todo, estas son pruebas de afecto, y son sacrificios; ¿quereis otras? ¡hablad! ¿necesitais oro?... Se me cree mas rico de lo que soy.... pero....

— ¿Qué quereis que haga ahora de vuestro dinero? dijo Cecilia interrumpiendo al escribano, y encogiéndose de hombros; ¿de qué me servirá el dinero para habitar en este aposento? ¡Vaya que sois muy adivinador!

— ¿Pero tengo yo la culpa de que vos esteis prisionera? ¿No os agrada esta habitacion? ¿La quereis mas magnífica? hablad, mandad....

— ¿Y de qué me servirá, repito, de qué me servirá? ¡Oh! si tuviera que esperar en él á un ser adorado, ardiendo en el amor que inspira y siente, entonces quisiera dinero, sedas, perfumes y todas las

maravillas del lujo; nada habria bastante suntuoso y encantador para acompañar mi amor ardiente, dijo Cecilia con un acento apasionado, que hizo dar un salto al escribano.

— Pues bien; decid una palabra, y esas maravillas del lujo....

— ¿Pero de qué me han de servir, de qué? ¡En mi cuadro faltaria una figura!... ¿Dónde estaria el ser adorado, dónde estaria, amo mio?

— ¡Es verdad! exclamó el escribano con amargura. Yo soy viejo y feo, y no puedo inspirar mas que disgusto y aversion. ¡Me llena de desprecio, juega conmigo, y yo no tengo fuerza para echarla.... y solo la tengo para sufrir!...

— ¡Oh, qué insoportable lloron! ¡Vaya un hombre necio con sus lástimas! exclamó Cecilia en tono de sardónico desprecio; no sabe mas que gemir y desesperarse, y hace ocho dias que está encerrado solo, con una muger sola.... en una casa desierta....

— ¡Pero esta muger me desprecia, y está armada y encerrada!... exclamó furioso el escribano.

— Pues bien; domina su desdén; haz caer el puñal de su mano, y oblígala á abrir la puerta que te separa de ella.... Mas no con la fuerza brutal, porque esta seria del todo impotente.

— ¿Pues entonces de qué manera?

— Por la fuerza de tu pasion....

— La pasion.... ¿y puedo yo inspirarla, acaso, Dios mio?

— Vaya, no eres mas que un escribano forrado de sacristan.... ¡me das lástima!... ¿Soy yo, acaso, quien debe enseñarte tu papel?... Eres feo.... pues sé terrible, y se olvidará tu fealdad. Eres viejo.... sé enérgico, y se olvidarán tus años. ¡Para hacer olvidar lo asqueroso que eres, sé imponente, amenazador! Toda vez que no puedes ser el noble caballo

que relincha en medio de sus amorosas yeguas, no seas al menos el estúpido camello que dobla las rodillas, y presenta el lomo.... Sé tigre.... un tigre viejo, que ruga en medio de la matanza, tiene también su belleza.... y su hembra le responde desde el fondo del desierto.

Al oír aquel lenguaje que no estaba desprovisto de una especie de elocuencia natural y atrevida, Santiago Ferrand se estremeció sorprendido por la espresion salvaje y casi feróz de las facciones de Cecilia, que con el pecho hinchado, las narices abiertas y la boca insolente, clavaba en él sus grandes ojos negros y ardientes. Jamás le habia parecido tan hermosa.

— Seguid, seguid hablando, exclamó con exaltación: esta vez sí que hablais seriamente.... ¡Oh! si pudiera....

— Se puede todo lo que se quiere, dijo bruscamente Cecilia.

— Pero....

— Pero yo te digo que por viejo y asqueroso que seas.... quisiera yo estar en tu lugar, y tener que seducir á una muger hermosa, ardiente y jóven que la soledad hubiera puesto en mis manos; á una muger que lo comprende todo.... porque es capaz de todo quizás.... Sí, la seduciria. Y una vez lo hubiera alcanzado, todo lo que me hubiera perjudicado se volveria en favor mio.... ¡Qué orgullo, qué triunfo el de decir: ¡He sabido hacerme perdonar mis años y mi fealdad! ¡El amor que he alcanzado, no lo debo á la compasion ni á un capricho depravado; lo debo á mi talento, á mi audacia, á mi energia.... lo debo, en fin, á mi pasion desenfrenada!.... ¡Sí, y podrian venir ahora hermosos jóvenes llenos de gracias y encantos! Esta muger tan hermosa, á quien he vencido yo con las pruebas

sin límites de una pasión desenfrenada, no tendría para ellos una sola mirada: no, no, porque sabría que esos afeminados elegantes temerían comprometer el nudo de su corbata ó un bucle de sus cabellos para obedecer á una de sus órdenes fantásticas.... Mientras que si ella tirára su pañuelo en medio de las llamas, su viejo tigre se precipitaría á un solo signo suyo en la ardiente hoguera dando un rugido de alegría.

—Sí, lo haría.... probadlo.... probadlo, exclamó Santiago Ferrand cada vez mas exaltado.

—Porque esta muger sabría bien, añadió Cecilia acercándose mas á la puerta, y clavando en Santiago Ferrand una mirada fija y penetrante; que si tuviera un capricho exorbitante que satisfacer.... esos bellos muchachos tendrían consideración á su dinero, si lo tenían, ó repugnarían delante de una bajeza si no tuviesen un cuarto.... mientras que su viejo tigre....

—No repararía en nada.... ois, en nada.... ¡Fortuna.... honor.... todo sabría sacrificároslo!

—¿De veras? dijo Cecilia poniendo sus dedos encantadores encima de los huesosos y velludos de Santiago Ferrand, cuyas manos crispadas, pasando por el postigo, agarraban la puerta por su espesor.

Por primera vez sintió el contacto del cutis fresco y terso de la criolla; se puso mas pálido todavía, y echó una especie de respiración ronca.

—¿Cómo no había de apasionarse ardientemente aquella muger? añadió Cecilia. Si tuviera un enemigo, bastaba con indicárselo con una mirada á su viejo tigre.... decirle ella: hiere, y....

—¡Heriría! exclamó Santiago Ferrand, procurando acercar sus descarnados labios á las puntas de los dedos de Cecilia.

—¿De veras heriría el viejo tigre? dijo la criolla,

apoyando suavemente su mano sobre la de Santiago Ferrand.

—Para poseerte, exclamó el miserable, creo que cometería un crimen.

—¡Amo.... dijo de repente Cecilia retirando la mano, á mi vez, te digo tambien! ¡Vete.... vete! ya no te reconozco, ya no me pareces tan feo como antes.... ¡vete!

Y la detestable criatura se apartó bruscamente de la puerta, sabiendo dar á estas últimas palabras un increíble acento de verdad; su mirada, á la vez sorprendida, ardiente é irritada, parecia espresar con tanta naturalidad su despecho por haber olvidado un momento la fealdad de Santiago Ferrand, que trasportado este por una esperanza frenética, exclamó agarrándose de la reja de la ventanilla:

—¡Vuelve, Cecilia, vuelve.... manda, y seré tu tigre!

—No, no, amo mio, dijo Cecilia apartándose mas de la puerta; y para conjurar al diablo que me tienta, voy á cantar una cancion de mi pais.... ¡oyes, amo? el viento redobla, y la tempestad se desencadena.... ¡qué hermosa noche para dos amantes sentados, uno al lado del otro, junto á un fuego que chispea alegremente!

—¡Vuelve, Cecilia! exclamó Ferrand en tono de súplica.

—No, no, mas tarde, cuando lo podré hacer sin peligro.... Pero la luz de esta lámpara me hiere en los ojos.... pesa en mis párpados una dulce languidez.... y no sé qué emocion me agita.... Una media oscuridad me gustará mas, porque parece que estoy en el crepúsculo del placer....

Y Cecilia fué hácia la chimenea, apagó la lámpara, tomó una guitarra que habia colgada en la

pared, y atizó el fuego, con cuya ardiente luz se iluminaba entonces aquella vasta pieza.

Tal era el cuadro que veía Santiago Ferrand desde la estrecha ventanilla á que estaba clavado, inmóvil. En medio de la zona luminosa que formaba la trémula luz del hogar de la chimenea, Cecilia, en una posición llena de molicie y abandono, estaba medio acostada en un vasto divan de damasco de color de granada, teniendo en la mano una guitarra, en la que ejecutaba algunos armoniosos preludios. La ardiente llama de la chimenea echaba sus reflejos de color de fuego sobre la criolla, que parecía así vivamente iluminada, en medio de la oscuridad de lo restante del cuarto.

Recuerde el lector, si quiere completar el efecto de aquel cuadro, el aspecto misterioso y casi fantástico de un aposento en que la llama de la chimenea lucha contra las grandes sombras negras que andan temblando por techo y paredes. El huracán redoblaba su violencia, y se le oía rugir por la parte de afuera.

Mientras preludiaba en su guitarra, tenía Cecilia tercamente clavada su mirada magnética en Santiago Ferrand, que fascinado, no quitaba de ella los ojos.

—Escuchad, amo, dijo la criolla, vais á oír una canción de mi país; nosotros no sabemos hacer versos, y cantamos un simple recitado sin rima, y entre cada descanso, improvisamos bien ó mal una cantinela apropiada á la idea de la copla; es cosa muy sencilla y muy pastoril, y estoy segura de que os ha de gustar, amo mio.... La canción tiene por título: *La muger enamorada*, y ella es quien habla.

Y despues de hablar así, empezó una especie de recitado mucho mas acentuado por la espresion de la voz que por la ondulacion del canto. Servianla

de acompañamiento algunas armonías suaves y trémulas, y la letra decía así:

«Flores, siémbrense flores....»

¡Mi amante va á venir!... la esperanza de la felicidad me quebranta y enerva.

Suavicemos la luz del día; el placer busca una sombra trasparente....»

Mi amante prefiere mi ardoroso aliento al fresco perfume de las flores....»

No herirá sus ojos el resplandor del día, porque yo cerraré sus párpados con mis besos.

¡Ah! ven, ángel mio.... mi seno palpita, y mi sangre arde....»

Ven.... ven.... ven....»

Estas palabras, dichas con tanto ardor é impaciencia como si la criolla se hubiese dirigido á un amante invisible, fueron traducidas despues, por decirlo así, en un tema de encantadora melodía. Sus preciosos dedos ejecutaban en la guitarra, instrumento por lo regular poco sonoro, vibraciones llenas de una suave armonía. La fisonomía animada de Cecilia, y sus ojos velados y húmedos que tenia clavados siempre en los de Santiago Ferrand, expresaban la ardiente languidez de la muger que espera. Palabras amorosas, música embriagadora, ardientes miradas, belleza sensualmente ideal, y por fuera el silencio y la noche, todo contribuía en aquel momento á estraviar la razón de Santiago Ferrand.... de modo que exclamó desesperado:

—¡Perdon.... Cecilia.... perdon.... no me hagas perder el juicio.... cállate.... si no quieres que muera!... ¡oh! quisiera ser loco.

—Oid, pues, la segunda copla, amo, dijo la criolla preludiando de nuevo, y continuó su apasionado recitado:

«Si mi amante estuviese aquí, y su mano rozase

mi espalda desnuda , yo me sentiria estremecer y morir.

Si estuviese aqui.... y sus cabellos rozasen mi megilla , mi megilla perderia su palidéz , y se pondria purpúrea....

Perderia su palidéz , y ardería.

Alma de mi alma , si estuvieses aqui.... mis labios secos y lívidos no podrian decir una palabra.

Si estuvieses aqui , vida de mi vida , no seria yo quien pidiera perdon espirante.

Yo mato á los que amo , como te amo á tí.

¡Ah! ven , ángel mio.... mi seno palpita , y mi sangre arde.

Ven.... ven.... ven....»

Si habia acentuado la criolla con una languidéz voluptuosa la primera estrofa , pronunció estas últimas palabras con todo el trasporte de un amor antiguo , y como si la música hubiese sido impotente para espresar su fogoso delirio , tiró lejos de sí la guitarra , y enderezándose á medias sobre el sillón , y tendiendo los brazos hácia la puerta , detrás de la cual estaba Santiago Ferrand , gritó con voz enagenada y moribunda :

— ¡Oh, ven.... ven.... ven...! acompañando estas palabras con una mirada eléctrica que es imposible pintar.

— ¡Oh, la muerte, la muerte para el que tu amases de este modo.... para aquel á quien dirigieras estas palabras de fuego! exclamó Santiago Ferrand dando un grito terrible , y sacudiendo la puerta en un trasporte de celos y de furioso ardor. ¡Oh , mi fortuna , mi vida daría yo , por un minuto de ese deleite devorador que tú pintas con rasgos de fuego!

Cecilia , ágil como una pantera , se plantó de un salto á la puerta , y como si contuviera difícilmen-

te sus fingidos trasportes, dijo á Ferrand en voz baja, concentrada y palpitante:

— Sí, lo confieso.... me he abrasado á mí misma con las ardientes palabras de esa cancion, no queria volverme á acercár á esa puerta, y héme aqui que he vuelto.... á pesar mio.... porque oigo todavía las palabras que has dicho hace un momento: Si me dijeras hiere.... heriría.... ¿Conque me amas mucho?

— ¿Quieres oro?... ¿todo mi oro?

— No, ya tengo.

— ¿Tienes un enemigo? indícamelo, y lo mato.

— Tampoco tengo enemigos....

— ¿Quieres ser mi esposa? me caso contigo.

— Soy casada.

— Pues entonces, ¿qué es lo que quieres? ¡Dios mio! ¿qué es lo que quieres?

— Pruébame que tu pasion por mí es ciega, furiosa, y que todo lo sacrificarías á ella.

— ¡Todo, sí! ¿pero cómo te lo pruebo?

— Qué sé yo.... pero hace un momento, que el brillo de tus ojos me ha deslumbrado.... Si ahora me dieras una de esas pruebas de amor frenético que exaltan hasta el delirio la imaginacion de una muger.... ¡no sé hasta dónde llegaría mi ceguedad!... ¡Apresúrate! soy caprichosa, y quizás mañana esta impresion se habrá borrado.

— ¿Pero qué prueba puedo darte aqui en el momento? gritó el miserable retorciéndose las manos. ¡Esto es un suplicio atróz! ¿Qué prueba puedo darte aqui? ¡dila!

— ¡No eres mas que un necio! contestó Cecilia alejándose de la ventanilla, fingiendo un despecho desdeñoso é irritado. ¡Me engañé, te creía capaz de un sacrificio enérgico!... Buenas noches.... lástima es....

— ¡Cecilia!... ¡Oh, no te vayas.... vuelve.... vuelve!... ¿Pero qué he de hacer? dímelo al menos: ¡Oh! mi cabeza se pierde.... ¿qué puedo hacer? ¿qué puedo hacer?

— Piénsalo....

— ¡Dios mio, Dios mio!

— Demasiado dispuesta estaba á dejarme seducir, si tú hubieses querido.... No encontrarás una ocasion como esta.

— Pero en fin.... ¿se dice lo que se quiere! exclamó el escribano casi loco.

— Adivínalo.

— Esplicate.... manda....

— Si me desearas con tanta pasion como dices, encontrarías medio de persuadirme.... Buenas noches.

— ¡Cecilia!

— Voy á cerrar la ventanilla, en lugar de abrir la puerta.

— ¡Perdon! escucha, escúchame....

— ¡Y hubo un momento en que creí perder el juicio!... este fuego se apaga.... todo hubiera quedado oscuro.... y no hubiera yo pensado sino en tu pasion; entonces ese cerrojo.... pero no, tú no lo quieres: ¡oh! no sabes tú lo que pierdes.... Buenas noches, santo varon.

— Cecilia, oye.... quédate.... lo encontré.... exclamó Santiago Ferrand despues de un momento de silencio y con una esplosion de alegría que no se puede describir. El miserable tuvo un vértigo, oscureció su inteligencia un vapor impuro, y entregado al ciego y furioso apetito animal, perdió toda prudencia y reserva, y el instinto de su conservacion moral lo abandonó.

— Veamos esa prueba de tu amor, dijo la criolla, que despues de haberse acercado á la chimenea

para coger su puñal, volvió lentamente á la ventanilla, donde la iluminaba suavemente la luz del fuego. Y despues, sin que reparase en ello el escribano, se aseguró del juego de una cadenilla de hierro, suspendida entre dos anillos, uno de los cuales estaba clavado en la puerta y el otro en la pared.

—Oye, dijo Santiago Ferrand con voz ronca y entrecortada, oye..... Si ponía á tu disposición, ahora, al instante, mi honor, mi fortuna y mi vida, ¿creerías que te amo? ¿Te bastaría esta prueba de loca pasión?

—¿Tu honor, tu fortuna y tu vida? No te comprendo.

—¿Si te abandono un secreto que pueda hacerme subir al cadalso, serás mía?

—¿Tú criminal? Te burlas: ¿y tu austeridad?

—Es una mentira....

—¿Y tu probidad?

—Mentira....

—¿Y tu piedad?

—Mentira tambien....

—¿Pasas por un santo hombre, y seriais un demonio?... Vamos, esto es que quieres alabarte. No, no hay hombre tan hábilmente astuto, tan friamente enérgico y tan felizmente audaz, que pueda captarse como tú la confianza y el respeto de los hombres.... Esto seria un sarcasmo infernal, y un reto espantoso echado á la faz de la sociedad.

—¡Pues este hombre soy yo!... ¡Este sarcasmo y este reto, yo soy quien se lo he echado en el rostro á la sociedad! exclamó el mónstruo en un acceso de orgullo espantoso.

—¡Santiago, Santiago! no hables así sino quieres volverme loca, dijo Cecilia con voz de trueno, y palpitándole el pecho.

— Mi cabeza por precio de tus caricias.... ¿la quieres?

— ¡Ah, esto al fin es pasión! exclamó Cecilia. Toma, ahí va mi puñal, me has desarmado.

Santiago Ferrand tomó por el postigo y con precaución el arma peligrosa, y la tiró cuan lejos pudo en el corredor.

— ¿Conque me crees, Cecilia? exclamó con transporte.

— ¿Si te creo? dijo la criolla apoyando con fuerza sus dos bellísimas manos encima de las manos crispadas del escribano. Sí, te creo.... porque encuentro en tí aquella mirada que me fascinó... Tus ojos tienen un brillo salvaje. Santiago.... ¡Les tengo ya amor á tus ojos!

— ¡Cecilia!

— Sí, debes decir verdad....

— ¡Si la digo! ¡oh! vas á verlo.

— Tu frente se vuelve amenazadora, y tu rostro está temible.... mira, eres tan bello y espantoso como un tigre poseido de furor.... ¿Pero no me engañas, es verdad?

— Dígote que he cometido crímenes.

— Tanto mejor, si confesándomelos me pruebas tu pasión.

— ¿Y si te lo digo todo?...

— Te lo concedo todo también.... porque cuando viera en tí esta confianza ciega y atrevida.... mira, Santiago, ya no llamaría al amante ideal de la canción.... sino á tí.... á tí, á tí mi tigre, sería á quien dijera.... ¡Ven.... ven.... ven!...

Al pronunciar estas palabras con una espresion ávida y ardiente, se acercó Cecilia tanto á la ventanilla, que Santiago Ferrand sintió rozarse en su mejilla la ardiente respiracion de la criolla; y sobre sus

vellosos dedos, la impresion eléctrica de sus lábios frescos y duros.

— ¡Oh! serás mía.... ¡yo seré tu tigre! exclamó, y despues si quieres deshonorarme, me deshonorarás, y harás caer mi cabeza.... Mi honor y mi vida están ya en tus manos.

— ¿Tu honor?

— ¡Sí, mi honor! Escucha: hace diez años me confiaron una criatura y doscientos mil francos que la destinaban: abandoné á la criatura, la hice pasar por muerta valiéndome de una falsa partida de defuncion, y me quedé con el dinero....

— Esto es diestro y atrevido: ¿quién hubiera creído esto de tí?

— Oye mas: aborrecía á mi cajero.... Una noche tomó de mi caja un poco de oro, que á la mañana siguiente me restituyó; pero para perder á aquel miserable, lo acusé de haberme robado una suma considerable: creyéronme, y lo metieron en un calabozo.... ¿Qué tal? ¿tienes ahora mi honor á tu disposicion?

— ¡Oh, me amas, Santiago, me amas!... ¡Hacerme dueña de tus secretos hasta tal punto! ¡qué imperio será el mio sobre tí!... No seré ingrata.... dame esa frente que ha engendrado tantos infernales proyectos; dámela para que la bese....

— ¡Oh! exclamó el escribano halbuçando, aunque viera levantando aqui el cadalso.... no retrocedería.... ¡Oye, oye!... Aquella niña abandonada en otro tiempo, se ha vuelto á interponer á mi camino, me inspiraba temores, y la hice matar....

— ¿Tú?... ¿Cómo? ¿en dónde?

— Hace pocos dias, junto al puente de Asnières, en la isla del Devastador.... Un hombre llamado Marcial la anegó en una barca, en cuyo fondo se habia abierto á propósito una trampa....

¿No son bastantes detalles?... ¿Me crees ahora?

— ¡Oh! demonio del infierno.... me espantas, y á pesar de esto me atraes á ti y me apasionas... ¿Qué poder es pues el tuyo?

— Oye mas.... Antes de esto me habia confiado un hombre cien mil escudos: hícele caer en una emboscada.... le levanté la tapa de los sesos.... probé que se habia suicidado, y negué el depósito á su hermana que vino á reclamarlo.... ¡Ahora mi vida es tuya! abre.

— ¡Mira, Santiago, te adoro ya! dijo la criolla con exaltacion.

— ¡Oh, vengan mil muertes y las arrostraré! exclamó el escribano en una embriaguéz imposible de describir. Si, tenias razon; sí, aunque fuera jóven y hermoso, no sentiría esta alegría triunfante.... ¡La llave! échame la llave, y levanta la aldaba.

La criolla quitó la llave de la cerradura sin levantar la aldaba, y la dió al escribano por la ventanilla, diciéndole con pasion:

— ¡Santiago, estoy loca!

— ¡Por fin, eres mia! exclamó él dando vueltas precipitadamente á la llave.

Pero la puerta, cerrada con la aldaba, no se abrió todavia.

— ¡Ven, tigre mio, ven! dijo Cecilia con voz moribunda.

— ¡La aldaba, la aldaba! gritó Santiago Ferrand.

— ¿Pero si me engañases?... exclamó de repente la criolla; ¿si esos secretos los hubieses inventado para burlarte de mí?...

El escribano quedó un momento como estúpido; creíase ya tocar al término de sus deseos, y esta última espera colmó su impaciente furor.

Llevó rápidamente la mano al pecho, abrió su chaleco, rompió con violencia una cadenilla de ace-

ro, de la cual colgaba una pequeña cartera encarnada, cogió esta, y enseñándosela á Cecilia por la ventanilla, la dijo con voz oprimida y entrecortada:

— Con esto basta para hacer caer mi cabeza.... levanta la aldaba.... y es tuya la cartera.

— Dámelas, tigre mio.... exclamó Cecilia, y levantando ruidosamente con una mano la aldaba, se apoderó con la otra de la cartera que le ofrecia el escribano, que no se la abandonó hasta el momento en que sintió que la puerta cedia á sus esfuerzos.

Mas la puerta, en lugar de ceder, no hizo mas que entreabrirse cosa de medio palmo, porque estaba asegurada con la cadenilla. Al encontrar este obstáculo imprevisto se precipitó contra la puerta, y la hizo bambolear con un esfuerzo desesperado.

Cecilia, con la rapidéz del pensamiento, cogió con los dientes la cartera, abrió el balcon, tiró al patio una capa, y tan lista como atrevida, se escurrió al patio desde el primer piso, sirviéndose de una cuerda con nudos, atada á propósito á la barandilla, y rápida y ligera como una flecha que cae al suelo. Envolviéndose luego apresuradamente con la capa, corrió á la habitacion del portero, la abrió, tiró del cordon, salió á la calle, y saltó en un coche que desde la entrada de Cecilia en casa Santiago Ferrand, iba todas las noches á estacionarse á veinte pasos de la casa del escribano, por orden del baron de Graun, á fin de que pudiera servirse de él la criolla en caso necesario.... Así que entró Cecilia, partió el coche al gran trote de dos vigorosos caballos, y estaba en el Arrabal, antes de que Santiago Ferrand reparase en la fuga de Cecilia.

Volvamos á aquel mónstruo.... Con lo poco que se abrió la puerta, no podía ver el balcon de que se habia servido la criolla, para preparar y asegurar su fuga.... Mas haciendo un furioso esfuerzo con

sus anchas espaldas, que aplicó de golpe contra la puerta, hizo saltar la cadenilla que la tenía sujeta.... y se precipitó en el aposento, donde no encontró á nadie.... y vió solamente la cuerda con nudos que se balanceaba todavía en el balcon á que se asomó.... Entonces á la claridad de la luna, que se desembarazaba de las nubes amontonadas por el huracán, vió al otro lado del patio, á lo último de la vóveda de la entrada, la puerta cochera abierta de par en par.

Santiago Ferrand lo adivinó todo.... Quedábale aun un último rayo de esperanza. Vigoroso y resuelto, pasó la pierna por encima de la barandilla del balcon, escurrióse á su vez hasta el patio por medio de la cuerda, y salió apresuradamente de su casa. La calle estaba desierta.... y no vió un alma. Solo oyó el ruido lejano del coche que se llevaba rápidamente á la criolla. Pensó que seria alguno que se retiraria tarde, y no paró la mas minima atencion en esta circunstancia. De modo que no le quedaba ya medio de volver á encontrar á Cecilia, que se llevaba consigo la prueba de sus crímenes.

Cuando hubo adquirido esta certidumbre espantosa, cayó como herido de un rayo sobre un poyo colocado al lado de su puerta, y permaneció allí largo rato, mudo, inmóvil, y petrificado. Con los ojos fijos y huraños, los dientes apretados convulsivamente, sacando espuma por la boca, y desgarrándose maquinalmente con las uñas el pecho que se llenaba de sangre, sentia estraviarse y perderse su pensamiento en un abismo sin fondo. Cuando salió de su estupor, andaba pesado y con paso mal seguro, y los objetos vacilaban á su vista, como si despertase de una profunda embriaguéz.... Cerró con estrépito la puerta de la calle, y entró de nuevo en el patio.

La lluvia habia cesado; el viento seguia soplando con furia, y disipaba las pesadas nubes grises que ocultaban la luna, sin llegar á interceptar su luz pálida, que iluminaba la casa del escribano. Un poco mas tranquilo este con la impresion del aire vivo y fresco de la noche, se internó en los fangosos andeles de su jardin, y esperando combatir con la precipitacion de sus pasos la agitacion interior que le dominaba, anduvo á pasos rápidos y desiguales, llevando de cuando en cuando á la frente sus dos puños crispados, hasta que andando á la aventura llegó al un extremo del jardin, junto á un terraplen arruinado. De repente tropezó con violencia contra un montón de tierra que no habia mucho que habia sido removida. Bajóse, miró maquinalmente, y vió algunos lienzos ensangrentados. Encontrábase junto al hoyo que se habia cavado Luisa Morel para ocultar á su hijo muerto.... ¡Su hijo.... que era tambien hijo de Santiago Ferrand!...

A pesar de su endurecimiento y de los espantosos temores que lo agitaban, el escribano se estremeció espantado.... Habia algo de fatal en aquel encuentro.... ¡Perseguido por el castigo vengador de su lujuria, la casualidad le conducia sobre la sepultura de su hijo, fruto infeliz de su violencia y de su lujuria!

En cualquier otra circunstancia hubiera pisado Santiago Ferrand aquella sepultura con una indiferencia atroz; pero habiendo apurado su feroz energia en la escena que acabamos de contar, se sintió sobrecogido de una debilidad y de un terror súbito. Inundóse su frente de un frio sudor, sus rodillas temblaron encorbiándose bajo su peso, y cayó sin movimiento al lado de aquella tumba abierta.



CAPÍTULO XI.

—NON—

La cárcel.

Se nos acusará quizás por dar demasiada extensión á las escenas siguientes, y de faltar á la unidad de nuestra fábula, distrayéndonos en cuadros episódicos; pero parécenos que, mayormente en este momento sobre todo en que están en visperas de ser discutidas, sino resueltas (cosa de que se guardarán bien nuestros legisladores) importantes cuestiones penitenciarias, cuestiones que tocan á lo mas vivo del estado social, nos parece, repetimos, que el interior de una cárcel, espantoso *pandemonium*, lúgubre termómetro de la civilización, sería un estudio oportuno. En una palabra, nos han parecido dignas de interés las variadas fisonomías de los detenidos de todas clases, y las relaciones de familia

ó de afeccion que les unen todavía al mundo, de que están separados por las paredes de la cárcel.

Esperamos, pues, que se nos perdonará el haber agrupado al rededor de muchos presos, personajes ya conocidos en esta historia, otras figuras de segundo orden, destinadas á poner en accion y dar relieve á ciertas ideas críticas, y á completar esta iniciacion en la vida de las prisiones.....

.....
 Entremos en la FORCE. Nada presenta de sombrío, nada de siniestro, el aspecto de esta casa de detencion, situada al extremo de la calle del Rey de Sicilia. Véanse en medio de uno de los primeros patios algunos terraplenes plantados de arbustos, á cuyo pie asoman ya los retoños verdes y precoces de las primavera y campanillas; una gradería, arriba de la cual se dilata un pórtico de encañado, en que serpentean las nudosas vides de la parra, conduce á uno de los siete ú ocho paseos destinados á los presos. Los vastos edificios que rodean estos patios, se parecen enteramente á un cuartel ó á una fábrica cuidada con mucho esmero. Véanse grandes fachadas de piedra blanca, atravesadas por grandes ventanas que dan abundante circulacion á un aire vivo y puro. Las baldosas de los edificios, y el piso de los patios, demuestran una escrupulosa limpieza. Hay en el piso bajo vastas salas que, calentadas en invierno y frescamente ventiladas en verano, sirven á los detenidos de lugar de conversacion, de taller ó refectorio durante el dia. Los pisos superiores contienen innumerables dormitorios de diez á doce pies de elevacion, de limpio y luciente enladrillado, guarnecidos con dos filas de camas de hierro, camas escelentes, compuestas de un jergon, de un blando y lleno colchon, de una almohada, de sábanas de tela muy blanca, y de una caliante cubierta de lana.

A la vista de estos establecimientos que reúnen todo lo que puede desearse en comodidades y salubridad, se sorprende uno, á pesar suyo, por la costumbre que se tiene de considerar las cárceles como grutas siniestras, sucias, mal sanas y tenebrosas. Pero es una equivocacion. Lo que es triste, sucio y tenebroso son los tabucos y chiribitiles en que languidecen, como Morel el lapidario, tantos pobres y honrados artesanos que, agotadas las fuerzas, se vén obligados á abandonar su mala cama á la esposa enferma, y dejar tiritar de frio en su paja infecta á sus hijos flacos y famélicos, contra cuya necesidad no sirve de nada la impotente desesperacion del padre.

Igual es el contraste entre las fisonomías de los habitantes de ambas mansiones. El laborioso artesano, preocupado sin cesar por las necesidades de su familia, á las que satisface apenas cada dia con su diario trabajo, viendo que su salario se le disminuye por una desatinada concurrencia, está mohino y abatido, sin oír nunca la hora del descanso, por que el infeliz solo interrumpe su exagerado trabajo para entregarse á una especie de tacitud de somnolenta, y luego al despertar de aquel doloroso entorpecimiento, ha de luchar con las mismas desconsoladoras ideas sobre el presente, y las mismas inquietudes para el siguiente dia. Mientras que el penado, endurecido por el vicio, indiferente por su vida pasada, y feliz con la que lleva, seguro del porvenir que puede asegurarse con un delito ó un crimen, echando seguramente de menos la libertad, pero satisfecho con la larga recompensa que encuentra en el bienestar material de que goza, seguro de que al salir de la cárcel ha de llevarse una buena cantidad de dinero, ganado con un trabajo cómodo y moderado, apreciado, es decir, temido,

de sus compañeros , en razon de su cinismo y perversidad , está , al contrario del otro , siempre indiferente y alegre.

¿Qué es lo que le falta? repetimos. ¿Qué le falta en una cárcel donde encuentra buen abrigo, buena cama , buena comida , salario crecido (1) , trabajo fácil , y sobre todo y ante todo compañía á su gusto , compañía que , lo repetimos , mide su consideracion con la magnitud de sus crímenes? ¿Qué le importa á un preso , endurecido , el horror que inspira á la gente honrada , cuando está á cubierto de la miseria , del hambre y del frio? Ese horror no le vé él , ni le conoce. Sus crímenes son los que constituyen su gloria , su influencia , su poder entre los bandidos , con los cuales ha de pasar su vida entera: ¿cómo , pues , habia de temer á la vergüenza? En lugar de las graves y caritativas reflexiones que podrian obligarle á avergonzarse y arrepentirse de lo pasado , lo que oye son los feroces aplausos que le animan al robo y al asesinato. Apenas está encarcelado , cuando medita ya nuevos crímenes.... Y esto es muy lógico , porque si es descubierto , será arrestado inmediatamente , y encontrará el reposo , el bienestar material de la cárcel , y á sus alegres y resueltos compañeros de crímenes y desórden ; y si porque su corrupcion es menor que la de los demas , manifiesta , al contrario , el menor remordimiento , se espone á burlas atroces , infernales rechiflas y terribles amenazas.

Por fin , si por una casualidad , tan rara que es ya la escepcion de la regla , sale un condenado de aquel espantoso pandemonium con la firme voluntad de volver á la buena senda , y por prodigios de

(1) Salario crecido, si se atiende á que sin ningun gasto el preso puede ganar de cinco á diez sueldos diarios: ¿hay, acaso, muchos jornaleros que puedan ahorrar esta cantidad diaria?

trabajo, de constancia, de paciencia y honradéz ha logrado ocultar su infamante vida pasada, basta el encuentro de uno de sus antiguos camaradas de cárcel para dar al traste con aquel calor de rehabilitación, levantado con tanta dificultad. Y hé aquí cómo: un licenciado de presidio, endurecido, propone un negocio á otro arrepentido, y este, á pesar de las terribles amenazas de aquel, rehusa la criminal asociación; pero al momento hace pública una delación anónima la vida del infeliz que queria ocultar y expiar, con una conducta honrada, su falta primera. Espuesto entonces al desdén ó á la desconfianza, al menos de aquellos cuyo interés habia conquistado á fuerza de trabajo y probidad, reducido á la miseria, agriado por la injusticia, estraviado por la necesidad, y cediendo, en fin, á las tentaciones funestas que le rodean, aquel hombre, casi rehabilitado, vuelve á caer en el fondo del abismo de que habia salido con tanta dificultad.

Procuraremos, pues, demostrar en las escenas siguientes las monstruosas é inevitables consecuencias de la reclusion comun. Despues de largos siglos de bárbaros ensayos y perjudiciales dudas, parece que se comprende al fin que es poco razonable el sumir en atmósfera abominablemente viciada á gentes, á quienes podria solo salvar un aire puro y saludable. ¡Cuántos siglos para conocer que, aglomerando unos encima de otros á esos séres engangrenados, se redobla la intensidad de su corrupcion, que se hace de aquel modo incurable! ¡Cuántos siglos para conocer que no hay mas que un solo remedio para esa lepra invasora que amenaza al cuerpo social, que es el aislamiento!

Por felices nos tendríamos si nuestro débil voto pudiese ser oido, si no contado, entre todos los que se elevan mas imponentes y elocuentes, para pedir

con tan justa é impaciente constancia la aplicacion completa y absoluta del sistema celular. Y quizás venga dia en que sepa la sociedad que la maldad es una enfermedad accidental y no orgánica; que los crímenes son casi siempre hechos de subversion de instintos, de inclinaciones buenas siempre en su esencia, pero falsas y maleficiadas por la ignorancia, el egoismo ó el descuido de los gobiernos, y que la salud del alma está sujeta, lo mismo que la del cuerpo, á las leyes de una higiene saludable y preservadora.

Dios dá á todos los órganos imperiosos apetitos enérgicos y el deseo del bienestar; la sociedad es la que debe equilibrar y satisfacer estas necesidades. El hombre, cuyos medios no son otros que fuerza, buena voluntad y salud, tiene derecho, un derecho incontestable, á un trabajo justamente retribuido, que le asegure, no lo supérfluo, sino lo necesario para poder vivir sano y robusto, activo y laborioso.... y por tanto honrado y bueno, porque su condicion seria feliz. Las siniestras regiones de la miseria y de la ignorancia, están pobladas de seres mórbidos con el corazon marchito.... Haced sanas esas cloacas; difundid en ellas la instruccion, el amor al trabajo, equitativos salarios y justas recompensas, y renacerán al instante para el bien esas caras enfermizas y esas almas marchitas, porque el bien es la salud y la vida del alma...

.....

Conduciremos al lector al locutorio de la cárcel de la Force, que es una sala oscura, partida á lo largo en dos partes iguales, separadas por un pasillo enrejado por ambos lados, uno de los cuales comunica con la parte interior de la cárcel, y está destinado á los detenidos, y la otra al recibimiento, y sirve para los forasteros admitidos á hablar con

aquellos, y que deben hablar á través de la doble reja de hierro, y en presencia de un llavero que está en el interior y al extremo del pasillo enrejado.

Numerosos contrastes presentaba aquel dia el aspecto de los presos reunidos en el locutorio: unos traían vestidos miserables, otros parecían pertenecer á la clase de artesanos, y otros á la clase de vecinos acomodados. Iguales contrastes de condicion se notaba entre las personas que iban á visitar á los detenidos, que eran mugeres casi todas.

Generalmente los presos tienen el aspecto menos triste que sus visitantes; porque es cosa singular, pero funesta y probada por la esperiencia, el que pocas penas hay y pocos rubores que resistan á tres ó cuatro dias de cárcel, pasados en comun. Los que mas se espantaban con aquella asquerosa comunión, se acostumbran pronto á ella: el contagio se apodera de ellos: rodeados de seres degradados, y sin oír mas que palabras infames, son arrastrados por una especie de feróz emulacion; y sea para imponer á sus compañeros luchando en cinismo con ellos, sea por aturdirse á sí mismos con aquella embriaguéz moral, salen casi siempre tan depravados los recién entrados, como los parroquianos de la cárcel.

Volvamos al locutorio. A pesar del sonoro murmullo de un gran número de conversaciones sostenidas á media voz de una parte á otra del pasillo, al cabo de poco tiempo de práctica, presos y visitantes acababan por alcanzar á poder hablar entre sí; pero con la precisa condicion de no distraerse un momento en otra de las muchas conversaciones de sus vecinos; lo que creaba una especie de secreto en medio de aquel ruidoso pasar y traspasar de palabras, precisado cada cual á atender á su interlo-

cutor, pero sin oír una palabra de lo que se decía en su derredor.

Entre los detenidos llamados al locutorio por los visitantes, el mas apartado del sitio en que estaba sentado el llavero, era Nicolás Marcial, que habia sustituido una seguridad cínica al sombrío abatimiento en que se le ha visto sumiso cuando fué arrestado. La contagiosa y detestable influencia de la prision en comun, habia dado ya sus frutos. A buen seguro que si hubiese sido encerrado inmediatamente en una celda solitaria, con el golpe reciente de su primer abatimiento, cara á cara con el recuerdo de sus crímenes, y espantado por el castigo que le esperaba, aquel miserable hubiera probado, si no el arrepentimiento, á lo menos un terror saludable de que nada lo hubiera distraído. ¿Y quién sabe el efecto que puede producir en un culpable la meditacion continúa y forzada en los crímenes que ha cometido y del castigo que merecen?... Pero lejos de esto, se vé echado en medio de una turba de bandidos, para quienes es una cobardía, y hasta una traicion, la mas mínima señal de arrepentimiento, que hacen pagar cara al que la manifiesta, porque en su endurecimiento salvaje y estúpida desconfianza, consideran capaz de espiarles á cualquiera (si es que hay alguno), que triste, silencioso y arrepentido de su falta, no participa de su audáz indiferencia y se estremece á su contacto.

Nicolás Marcial, echado en medio de aquellos bandidos, y conociendo desde mucho tiempo y por tradicion las costumbres de las prisiones, venció su debilidad, y quiso parecer digno de un nombre célebre ya en los anales del robo y del asesinato. Algunos viejos presidiarios habia en su compañía que conocieron á su padre el ajusticiado, y otros que habian tratado á su hermano el presidiario, todos

los cuales le recibieron inmediatamente con aplausos, patrocinándole aquellos veteranos del crimen con un interés feroz. Aquella fraternal acogida de asesino á asesino exaltó al hijo de la viuda, y aquellas alabanzas dadas á la perversidad hereditaria de su familia le embriagaron. Olvidando bien pronto en aquel asqueroso aturdimiento el porvenir que le amenazaba, no se acordó ya de sus pasados crímenes sino para alabarse de ellos, y exagerarlos todavía al contarlos á sus compañeros. La espresion de la fisonomía de Marcial era, pues, tan insolente, como inquieta y consternada la del hombre que le visitaba. Era este el señor Micou, el encubridor de la calle de la Cervecería, en cuya casa se habian visto obligadas á retirarse la señora Fermont y su hija, víctimas de la avaricia de Santiago Ferrand.

El señor Micou sabia bien las penas á que estaba espuesto por haber adquirido á menudo y á precio infimo el fruto de los robos de Nicolás y de muchos otros; y que preso el hijo de la viuda, estaba casi á la disposicion del bandido que podia señalarle por su acostumbrado comprador; y aunque esta acusacion no podia ir apoyada en notorias pruebas, no por eso dejaba de poderle ser muy perjudicial y muy temible; asi que, inmediatamente que recibió las órdenes que le comunicó Nicolás por conducto de un preso que salió en libertad, las dió exacto cumplimiento.

—Vaya, ¿cómo va, señor Micou? le preguntó el bandido.

—Para serviros, amigo mio, contestó con solicitud el encubridor. Asi que hube visto á la persona que me enviasteis, inmediatamente me...

—¡Toma! ¿por qué no me tuteais, señor Micou? dijo Nicolás interrumpiéndole con aire sardónico: ¿me despreciais acaso.... porque estoy preso?

—No, amigo mio, yo no desprecio á nadie, dijo el encubridor, que poco caso hacia en continuar su antigua familiaridad con aquel miserable.

—Pues bien, entonces tratadme de tú.... como siempre, ó creeré que no quereis ser ya mi amigo, cosa que me heriría en el alma.

—¡Sea enbuenhora! dijo suspirando el señor Micou. Conque decia, que al momento me ocupé en tus encargos.

—Asi se habla, señor Micou: ya sabia yo que no os habiais de olvidar de vuestros amigos. ¿Y mi tabaco?

—He dejado dos libras al carcelero, amiguito.

—¿Será bueno?

—El mejor que ha habido.

—¿Y el jamoncillo?

—Tambien está depositado con un pan blanco de cuatro libras; y he añadido una sorpresa que tú no esperabas.... media docena de huevos duros, y una hermosa hola de Holanda....

—¡Esto es lo que se llama portarse como un amigo! ¿Y vino?

—Hay seis botellas tapadas en lacre; pero ya sabes que no te darán mas que una cada dia.

—¿Qué quereis?... es menester pasar por ello....

—¿Creo que estarás contento de mí, camarada?

—Cierto que sí: y lo estaré siempre, señor Micou; porque el jamoncillo, los huevos, el queso y el vino, no han de durar mas que el tiempo de tragarlos.... pero como dijo el otro, cuando estarán acabados, habrá todavía, gracias al señor Micou, que me dará *maná* mientras yo sea buen muchacho.

—¿Cómo, cómo!... ¿Conque quieres...?

—Que dentro de dos ó tres dias me renoveis mi provisioncilla, señor Micou.

— ¡Lléveme el diablo si tal hago!... esto es bueno para una vez.

— ¿Para una vez? ¡vaya, vaya! jamones y vino, esto siempre es bueno, bien lo sabeis vos.

— Posible es; pero ninguna obligacion tengo de alimentarte con golosinas.

— ¡Ah, señor Micou.... esto es mal hecho, es injusto! negarme una golosina de jamon, á mí, que tantas veces os he dado buenos turronecillos (1) de plomo.

— ¡Calla, infeliz! dijo el encubridor espantado.

— No, yo lo sujetaré á la decision del *avisado* (2); le diré: Figuraos que el señor Micou....

— Bien está, bien está, exclamó el encubridor viendo con tanto miedo como cólera que estaba Nicolás muy dispuesto á abusar del imperio que le daba su complicidad. Consiento.... te renovaré la provision en cuanto estará concluida.

— Esto es muy justo.... ¡si yo no quiero mas que lo de justicia!... No olvideis tampoco el enviar café á mi madre y á Calabaza, que están en San Lázaro; estaban acostumbradas á tomarlo todas las mañanas.... y les haria falta....

— ¡Conque el café por añadidura! tú quieres arruinarme, malvado....

— No hablemos mas, señor Micou, como vos querais.... solo que yo preguntaré al *avisado* si....

— Vaya, enviaré el café.... dijo el encubridor interrumpiéndole. ¡Asi te llevarán todos los diablos! ¡maldito sea el dia en que te conocí!

— Pues yo al contrario.... mi viejo amigo.... en este momento tengo el mayor placer en haberos conocido.... os venero como el padre que me alimenta.

(1) Plomo que robaba Marcial.

(2) El juez.

— ¿Espero que no tendrás ya otra cosa que mandarme? repuso amargamente el señor Micou.

— Sí.... direis á mi madre y á mi hermana, que aunque temblé en el momento de prenderme, no tiemblo ya, y que ahora estoy tan resuelto como ellas.

— Lo diré.... ¿es esto todo?

— Aguardad un momento.... me olvidaba de pedir dos pares de medias de lana bien calientes.... vos no querreis que coja un constipado, ¿no es verdad?

— ¡Que reventaras, quisiera yo!

— Gracias, señor Micou, será para otro día; lo que es hoy prefiero otra cosa.... quiero pasarlo bien.... al menos si me ejecutan, como mi padre, habré gozado de la vida.

— ¡Vaya una vida la tuya!

— ¡Toma; soberbia es! desde que estoy aquí, me divierto como un príncipe. Si hubiese habido aquí candilejas y cohetes, hubiera habido iluminacion y fuegos, en honor mio, así que se supo que era hijo del famoso Marcial, el guillotinado.

— ¡Cosa interesante.... hermosa parentela!

— ¡Toma! habiendo tantos duques y marqueses, ¿por qué no habíamos de tener nosotros nuestra nobleza?... dijo el bandido con una ironía feróz.

— Si, el *bederre* (1) es quien os confiere vuestras ejecutorias en la plaza del Palacio....

— Seguramente que no nos las dá el cura: razon de mas, en la cárcel no hay mas nobleza que la de la *Birlesca* (2), y sin ella no teneis gusto ninguno, porque os tienen en un nada. No hay mas que ver sino cómo se los arregla á los que no son nobles de

(1) El verdugo.

(2) Palabra que significa asociacion de ladrones.

la birlesca y se hacen los tontos.... Mirad, cabalmente hay aqui uno llamado German, que tiene un airecillo disgustado, y hace como si nos despreciara; pero que guarde la piel; es un zorro, y se le sospecha de ser tambien *bramon* (1). Si es así, le haremos un buen arañazo á manera de aviso.

— ¿German? ¿se llama German ese jóven?

— Sí.... ¿le conoceis vos? entonces será de los nuestros, y á pesar de su aire mustio....

— No le conozco, pero si es German, de quien yo he oido hablar, buena cuenta trae.

— ¿Cómo?

— A poco estuvo ya como no cayó en cierto lazo que le habian armado, hace ya algun tiempo, el Velludo y el Cojo.

— ¿Y por qué se lo habian armado?

— No lo sé.... decíase que en Provincia habia *bramao* (2) á algunos de los de la banda.

— ¡Ya me lo temia yo! ¿Conque es un *bramon*? ya se le arreglará su cuenta.... voy á decírselo á los amigos, que no se divertirán poco con él. Y decidme, ¿sigue siempre el Cojo jugándoles burlas á vuestros inquilinos?

— ¡Gracias á Dios, me he librado de ese canalla! De hoy á mañana lo verás aqui.

— ¡Bravo! ¡cuánto hemos de reir! ¡este es otro que siempre está de humor!

(1) Soplón.

(2) Delatado. — Recordará el lector que German, educado para el crimen por un amigo del Dómine, su padre, habiéndose negado á favorecer un robo que querían cometer en la casa del banquero de Nantes, en cuya casa estaba, habia instruido á su principal de lo que se tramaba contra él, y se habia refugiado en París, donde habiendo encontrado despues de algun tiempo, al miserable de quien se habia negado á ser cómplice en Nantes, y que le siguió los pasos en aquella ciudad, habia estado á punto de ser víctima de una emboscada nocturna, y para escapar de nuevos riesgos de esta especie, habia salido de la casa de la calle del Temple, teniendo secreta su nueva habitacion.

— La razon por qué te he dicho que traía German buena cuenta, es porque el Cojo va á encontrarse con él.... si es el mismo.

— ¿Y por qué han agarrado al Cojo?

— Por un robo que hizo á un licenciado de presidio, que queria ser honrado y trabajar. ¡Pobrete, cómo lo robó el Cojo! Es lo mas vicioso este canalla.... estoy seguro de que es él el que forzó la maleta de las dos señoras que viven en el gabinete del cuarto piso de mi casa.

— ¿Qué señoras? ¡ah! sí, dos mugeres, que la mas jóven te encandilaba á tí, viejo machucho, tan hermosa la encontrabas.

— No encandilarán á nadie las pobres; porque á estas horas la madre debe haber muerto, y la hija poco menos. Yo ganaré una quincena de alquiler, pero lléveme el diablo si doy un solo ochavo para su entierro.... Bastantes pérdidas he tenido, sin contar las golosinas que tú me pides para ti y á tu familia, y que acaban de arreglar mis negocios á pedir de boca.... Estoy de suerte este año....

— ¡Bah, bah! vos siempre os quejais, señor Micou, y sois mas rico que Creso.... Conque no os detengo mas.

— ¡Bueno, bueno!

— ¿Me dareis noticias de mi madre y de Calabaza cuando me traigais nuevas provisiones?

— Sí, yo lo creo.

— ¡Ah! se me olvidaba, ahora que estais puesto, compradme tambien una gorra nueva de terciopelo á la escocesa con una bellota; la mia está inservible.

— Conque decididamente quieres reirte á mi costa.

— No, señor Micou; lo que yo quiero es una gorra de terciopelo á la escocesa.... es un capricho.

— ¿Pero estás empeñado en arruinarme?

— Vamos, señor Micou, no os calenteis los cascos

por esto, es cosa de sí ó no. Yo no quiero nada por fuerza.... pero, nada, lo pondré en cuenta....

— Tendrás tu gorra, dijo el encubridor, reflexionando que estaba á la disposicion de Nicolás, y se levantó temiendo verse asaltado con nuevas demandas si prolongaba su visita. Pero cuidado, si me pides otra cosa, no te doy ya nada, suceda lo que suceda: tanto perderás tú como yo.

— Perded cuidado, señor Micou, no os haré *cantar* (1), sino lo que sea necesario para que no perdais la voz; seria lástima, porque cantais bien.

El encubridor salió encogiéndose de hombros con cólera, y el carcelero hizo volver á dentro á Nicolás.

En el momento en que salia el señor Micou del locutorio, entraba en él Rigolette.

El carcelero era un hombre de cuarenta años que habia sido soldado, y de rostro áspero y enérgico: iba vestido con un gran casacon, una gorra y pantalon azules, y se veían bordadas en plata sobre el cuello y solapas de su casacon dos estrellas. Asi que vió á la griseta, despejóse aquel rostro áspero, y tomó una espresion de afectuosa benevolencia, porque siempre le habia hecho impresion la gracia y galantería, é interesante bondad, con que consolaba Rigolette á German, cuando iba á hablar con él en la cárcel.

German, por su parte, era un preso nada comun, y su reserva, suavidad y tristeza, inspiraban un vivo interés á los dependientes de la cárcel, interés que se guardaban muy bien de manifestar, temiendo esponerle á los malos tratos de sus horribles compa-

(1) No os obligaré á soltar dinero amenazandoos con hacer ciertas revelaciones.

ñeros; quienes, como hemos dicho ya, le miraban con odio y desconfianza.

Llovía á torrentes; pero gracias á sus altos chanclos y á su para-aguas, habia arrostrado con valor Rigolette el viento y la lluvia.

— ¡Qué día tan perro, señorita! díjola el carcelero con aire bondadoso: ¡se necesita alma para salir con un tiempo como este!

— ¡Cuando una piensa todo el camino en el placer que va á dar á un pobre preso, poco cuidado tiene de si hace bueno ó mal tiempo!

— No necesito preguntaros.... á quién venís á ver....

— Cierto que no.... y decidme: ¿cómo va mi pobre German?

— Mirad, señorita; muchos presos he visto que estaban tristes un día, dos, tres; pero luego poco á poco hacían como los demas, y á veces, los que mas afligidos parecían á los primeros días, acababan por ser los mas bulliciosos.... pero el señor German no es así; cada día está mas abatido.

— Esto es lo que me desespera.

— Cuando estoy de servicio en los patios, le miro al soslayo, y me lo veo siempre solo.... ya os tengo dicho que deberiais recomendarle que no se aislara tanto.... y se esforzara para hablar con los otros; porque sino acabará por hacérseles odioso, y aunque en los patios hay vigilancia, un mal golpe pronto está dado.

— ¡Ay, Dios mio! ¿quereis decir, señor, que su peligro ha aumentado? exclamó Rigolette.

— No precisamente esto; pero esos bandidos vén que no es de los suyos, y le aborrecen porque tiene un aspecto honrado y altivo.

— Bastante le habia encargado yo que hiciera lo que me decís, señor, de procurar hablar con los

menos malvados; pero no puede vencer su repugnancia, es mas fuerte que él.

—Pues hace mal.... hace mal.... son gentes que pronto tienen armada una riña.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿pero no se le puede separar de los demas?

—Hace dos ó tres dias que, conociendo las malas intenciones que habia con respecto á él, le aconsejé que pidiera una habitacion sola.

—¿Y bien?

—No habia caido en una cosa, y es que hay toda una fila de celdas comprendida en los trabajos de reparacion que se hacen en la cárcel, y las demas están ocupadas.

—¡Pero esos malvados son capaces de matarlo!... exclamó Rigolette llenos los ojos de lágrimas. Y si por casualidad tuviera algun protector, ¿qué podria hacerse por él, señor?

—Nada mas que hacerle obtener un cuarto separado, como lo obtienen todos los presos que tienen para pagarlo.

—¡Ah! entonces está perdido si le miran de mal ojo en la cárcel.

—Tranquilizaos, señorita, se vigilará muy de cerca. Pero, os lo repito, aconsejadle que se familiarice un poco.... el primer paso es el que cuesta.

—Se lo encargaré cuanto pueda, señor; pero considerad vos mismo lo duro que le ha de ser á un hombre que tiene un corazon bueno y honrado el familiarizarse con semejante canalla.

—De dos males es menester escoger el menor.... vamos, voy á llamar al señor German; pero no, dijo el carcelero mudando de consejo, no quedan mas que dos que estén hablando; podeis esperar á que hayan salido, y luego mandaré llamar al señor German, y podreis hablar mas á vuestra satisfac-

cion, porque hoy ya no vendrán mas visitantes, puesto que son ya las dos.... y hasta podré hacerle entrar en el pasillo cuando esteis solos, de suerte que no estareis separados mas que por una reja en lugar de dos.... siempre es algo.

—¡Ah, señor, qué bueno sois, y cuánto os tengo que agradecer!

—Cuidado con que os oigan, porque esto daria celos á los demas. Sentaos allá bajo al extremo del banco, y asi que habrán salido ese hombre y esa muger, iré á avisar al señor German.

El carcelero volvió á meterse en lo interior del pasillo, mientras que Rigolette se sentaba tristemente en el extremo del banco de los visitantes.

Mientras que la griseta espera la llegada de German, haremos asistir sucesivamente al lector á las conversaciones de los presos que habian quedado en el locutorio, despues que salió Nicolás Marcial.



CAPÍTULO XII.

—NON—

VINAGRILLO.

El preso que estaba al lado de Barbillon era un hombre de unos cuarenta y cinco años, flaco, débil, y de fisonomía fina, inteligente, jovial y burlesca; tenía una boca enorme, casi enteramente sin dientes, y que revolvía de derecha á izquierda cuando hablaba, segun es costumbre general de los charlatanes que suelen dirigir la palabra al populacho en las plazas públicas; tenía las narices chatas, y su gran cabeza enteramente calva. Traía una vieja camisilla de punto gris, un pantalon de un color indescifrable, roto y lleno de remiendos, y sus pies desnudos, amoratados por el frio, y medio cubiertos con trapos viejos. Llamábase Fortunato Gobert (a) Vinagrillo, antiguo jugador de cubiletes, presidiario cumplido de la condena que se le impuso

por espendedor de moneda falsa , y que estaba en la actualidad acusado de infraccion de bando , y de robo nocturno con quebrantamiento y escalada.

Con los pocos dias que hacia que estaba en la cárcel , ya Vinagrillo daba á satisfaccion general de todos sus compañeros sus funciones de contador de cuentos. Estos charlatanes son hoy dia muy raros ; pero antiguamente , por regla general , cada cuadra tenia el suyo , que mediante una ligera contribucion individual , hacia parecer menos largas las interminables veladas de invierno , puesto que los presos se retiraban á la puesta del sol.

Curiosa es esta necesidad de fábulas y relaciones conmovedoras que sienten aquellos miserables ; pero otra cosa hay mas considerable todavia á los ojos de los hombres pensadores , y es , que aquellos seres corrompidos hasta los tuétanos , ladrones y asesinos , prefieren , sobre todo , las historias en que se manifiestan sentimientos generosos y heróicos , relaciones en que el débil ó el virtuoso quedan vengados de una opresion feróz. Lo mismo les sucede á las mugeres públicas , que se apasionan por la lectura de esas novelas sencillas , interesantes y elegidas , y repugnan casi siempre á las lecturas obscenas. ¿No deberia atribuirse al instinto natural del bien , unido á la necesidad de apartar su imaginacion de todo lo que les recuerda su degradacion , esas simpatías y repulsiones intelectuales de que acabamos de hablar?

Vinagrillo sobresalia en esta especie de cuentos heróicos , en que despues de mil desgracias , acaba el débil por triunfar de su perseguidor ; y poseia , ademas , un gran fondo de ironia , que era el que le habia grangeado su apodo , porque sus respuestas eran por lo general sardónicas ó festivas.

Acababa de entrar en el locutorio , y veíase

frente á él , y á la otra reja, una muger de unos treinta y cinco años , de rostro pálido , y de espresion dulce é interesante, vestida con pobreza, pero muy limpia , y que lloraba amargamente, cubiertos los ojos con un pañuelo.

Vinagrillo la miraba con una espresion entre afectuosa é impaciente.

— Vamos, Juana , la dijo , no te hagas la niña; hace diez y seis años que no nos hemos visto , y si no te quitas de los ojos ese pañuelo, no habrá medio de que nos veamos....

— ¡Ah, pobre hermano mio, pobre Fortunato!... no puedo hablar.... me ahogo....

— ¡Vaya una tonta!... ¿Pero qué es lo que tienes? Su hermana , porque hermana suya era aquella muger , contuvo sus sollozos , enjugó sus lágrimas, y mirándole sorprendida, dijole:

— ¿Que qué tengo , me preguntas? ¡Cómo, cuando te encuentro en la cárcel , despues que has pasado quince años en presidio!

— Tienes razon : seis meses hace hoy que salí de la central de Melun.... seis meses sin irte á ver á Paris , porque me estaba prohibido entrar en la capital.

— ¡Vuelto á la cárcel otra vez! ¿qué has hecho, pues , Dios mio? ¿por qué salistes de Beaugency, donde se te habia destinado bajo la vigilancia de la autoridad?

— ¿Por qué salí? Lo que debias preguntarme es por qué fui.

— Tienes razon.

— Has de empezar , Juana , por figurarte que te he abrazado y estrechado bien contra mi pecho, como se debe hacer entre hermanos cuando vuelven á verse despues de una eternidad; ya que esta reja, que está en medio, no me permite que lo haga

de veras.... Ahora hablemos: Un preso de Melun, llamado el Cojo, me dijo que habia en Beaugency un antiguo presidiario, conocido suyo, que empleaba, á los que salian de la cárcel ó presidio, en una fábrica de albayalde.... ¿Tú sabes lo que es fabricar albayalde?

— No, hermano.

— Un hermoso oficio, que los que lo ejercen cogen á los dos ó tres meses el cólico de plomo; y de tres que tienen el cólico, muere de seguro uno.... Los dos restantes mueren tambien; pero es fuerza hacer justicia á la enfermedad, mueren mas á gusto, mas despacio, van pasando, y duran un año ó año y medio.... Además, el oficio no es peor pagado que otro, y los hay que han nacido enladri-llados, que resisten á tres años; pero estos son los ancianos, los centenarios de las fábricas de albayalde. Pero es un oficio que mata, es verdad, mas no atropella.

— ¿Pero por qué escogerte un oficio tan peligroso que mata, pobre Fortunato?

— ¿Qué habia de hacer? Cuando entré en Melun por aquello de la moneda falsa, era jugador de cubiletes, y como en la cárcel no habia obrador para mi oficio, y yo no tengo mas fuerza que una pulga, me colocaron en la fabricacion de juguetes de niños que tenia un tamborilero de París, á quien le pareció que habia mas ganancia en hacer trabajar por los presos sus trompetas de madera y sables de idem. ¡Figúrate cuántos sables de madera y juguetitos de aquellos habré afilado, cortado y formado en quince años! estoy seguro de que habré proveido de ellos á todos los rapazuelos de todo un cuartel de París... Las trompetillas, sobre todo, eran las que trabajaba yo á destajo.... ¡Y las carracas! con dos de las que hacia bastaba para dar un dolor de tripas á todo un

batallon: ¡oh, me precio de esto! Concluyó el tiempo de mi reclusion, y me encuentro hecho maestro de trompetillas de á tres cuartos. Dánme á escoger entre tres ó cuatro pueblecitos á cuarenta leguas de París, y sin otro recurso que mi habilidad en juguetes de niños.... ahora bien; aun suponiendo que todos los habitantes del pueblo, hasta los viejos y los perros, habian de tener el gusto de hacer *tuturuti* con mis trompetillas, trabajo hubiera tenido para ganarme la subsistencia; pero no me era posible tampoco inducir á un pueblo entero á tocar la trompetilla desde la mañana á la noche.... me hubieran tomado por un intrigante....

— ¡Ah, Dios mio! ¡aun tienes valor para reir!

— Mejor es que llorar, hermana. Finalmente, viendo que mi oficio de jugador de manos tampoco me habia de servir de mas que mis trompetillas, á cuarenta leguas de París, pedí que me destinaran á Beaugency con ánimo de trabajar en los albayaldes. Es una pastelería que da indigestiones de *miserere*; pero se vive con ella hasta que mata: siempre es algo, y este oficio me gustaba mas que el de ladron; porque para robar, me faltan valor y fuerza, y si me metí en el negocio de que te hablaré muy luego, fué una casualidad.

— Ni aunque hubieses tenido la fuerza y valor que te falta, hubieras sido en el corazón mas ladron de lo que eres.

— ¡Ah! ¿tú lo crees así?

-- Sí, porque en el fondo no eres malo: bien á pesar tuyo y casi por fuerza, bien lo sabes, fuiste arrastrado á aquel desgraciado negocio de la moneda falsa.

— Sí, hija mia, ¿pero ves? quince años en una cárcel central, es cosa que aturde al mas guapo, y le vuelve negro como un carbon, aunque haya en-

trado mas blanco que una pipa nueva; de modo que al salir de Melun conocí que me habia vuelto demasiado cobarde para echarme á robar.

— ¡Y tuviste valor para entrar en un oficio mortal! Mira, Fortunato, dígame que quieres pintarte por mas malo de lo que eres.

— Mira, una cosa se me habia metido en la cabeza, y lléveme el diablo si sé por qué, pero me parecia que me habia de reir del cólico de plomo, que la enfermedad tendria poco que roer en mí, y se iria á otra parte, y que llegaria á ser uno de los viejos de la fábrica de albayalde.... Conque, al salir de la cárcel empecé á gastar mi caudal, que habia aumentado bastante con el producto de las historias que contaba por la noche en la cuadra.

— Como nos las contabas á nosotros en otro tiempo. ¿Te acuerdas de cuánto se divertia con ellas nuestra madre?

— ¡Qué buena muger! ¿Y nunca supo antes de morir que estuviese yo en Melun?

— Nunca; hasta su última hora creyó que habias pasado á las islas.

— ¿Qué quieres, hija mia? Quien tuvo la culpa de mis necesidades fué mi padre que me educó como un gato, y no me enseñó á ayudarle mas que en sus juegos de cubiletes, comer estopa y escupir fuego, con lo que hizo que no tuve tiempo para tratarme con hijos de pares de Francia, é hice malas relaciones.... Pero, volviendo á Beaugency, decia que empecé á derretir mis ahorros asi que sali de Melun. Ya se vé, despues de haber estado enjaulado quince años, es fuerza tomar un poco de aire, y divertirse lo que se pueda; tanto mas, cuanto el albayalde podia darme la última indigestion sin ser muy gloton.... Entonces házme el favor de decirme: ¿de qué me hubiera servido el dinero?...

Por fin, llego á Beaugency sin un cuarto, como quien dice: pregunto por el Velludo, el amigo del Cojo, dueño de la fábrica. Pues señor, ni habia mas fábrica, ni mas albayalde del que tengo yo en la palma de la mano: once hombres habian muerto aquel año, y el antiguo presidiario habia cerrado la fábrica. Conque héme ahí en el pueblo sin mas recurso que mi habilidad de hacer trompetillas de madera, ni mas recomendacion que mi patente de presidiario. Pedí ocupacion proporcionada á mis fuerzas, pero como fuerza no tengo ninguna, ya puedes pensar del modo que me recibieron: ladron por aqui, por allá holgazán, y mas allá desertor de presidio. En una palabra, asi que me dejaba ver en alguna parte, todos metian mano al bolsillo, de modo que no podia menos que morirne de hambre en semejante lugarejo, del cual no debia salirme en cinco años. Viendo esto, rompo mi condena, y me vengo á París á utilizar mis talentos; mas como no tenia con qué venirme en un coche con cuatro caballos, lo hice mendigando y pidiendo limosna todo el camino, buyendo de los gendarmes como un perro de los palos; habia tenido un buen viage, y habia llegado sin encuentro hasta cerca de Anteuil. Estaba molido; tenia una hambre de todos los diablos, é iba vestido.... del modo que ves, sin lujo.... Y echó Vinagrillo una mirada irónica sobre sus harapos. No tenia ni un ochavo, y podian prenderme por vago; presentóse una ocasion, el diablo me tentó, y á pesar de mi cobardía....

— ¡Ah! basta, hermano, basta; dijo la hermana temiendo que el carcelero oyese aquella peligrosa confesion, aunque en aquel momento estaba bastante lejos de Vinagrillo.

— ¿Tienes miedo de que nos oigan? repuso este; pierde cuidado, yo no lo oculto; me cogieron in-

fraganti, y como no habia medio de negar, lo confesé todo: ya sé lo que me espera; buena cuenta me están arreglando.

— ¡Dios mio, Dios mio! repuso llorando la pobre muger: ¡con qué sangre fria hablas de eso!...

— Y aunque me acalorara hablando, ¿qué ganaria con ello? ¿vamos á ver? Nada: ten juicio, Juana; ¿hé de ser yo quien te consuele?

Juana enjugó, suspirando, sus lágrimas.

— Volviendo á mi asunto, añadió Vinagrillo, habia llegado á Anteuil al anocheecer, y no podia ya mas: no queria entrar en París hasta que fuese de noche; sentéme, pues, detrás de un seto para tomar descanso, y pensar en mi plan de campaña. A fuerza de cavilar, acabé por dormirme, cuando me despierta un ruido de voces: era noche cerrada; me pongo en escucha, y oigo á un hombre y á una muger que hablaban en el camino, al otro lado de mi seto; el hombre decia á la muger: — ¿Y quién quieres que piense en venirnos á robar? ¿No hemos dejado sola la casa mas de cien veces? — Sí, contesta su compañera, pero no teníamos cien francos en la cómoda. — ¿Y quién lo sabe, necia? dijo el marido. — Tienes razon: vuelve á replicar la muger, y se largan. La ocasion me pareció demasiado buena para despreciarla; ¡no habia ningun peligro! Esperé á que el hombre y la muger estuviesen un poco lejos, salí de detrás de mi seto, eché el ojo á mi al rededor, y ví una casita de labradores, que debia ser la de los cien francos, porque no habia en el camino mas que aquella barraca, y Anteuil estaba á un tiro de piedra: conque, dije para mí, ahora es la tuya; es de noche, y no hay un alma; sino han dejado de guardia á un perro, es negocio concluido (tú sabes el miedo que he tenido siempre á los perros): por fortuna no lo hubo. Para

asegurarme mas , llamo á la puerta , y viendo que no me contestaban , cobro valor. Los postigos de la ventana del piso bajo estaban cerrados , pero logré pasar mi palo entre los dos , y los forcé; entro, pues, por la ventana , y me encuentro en un aposento con una chimenea , en que habia quedado un poco de fuego que me alumbró para ver una cómoda, cuya llave habian quitado ; saco mi ganzúa , fuerzo los cajones , y bajo un monton de ropa , encuentro el gato envuelto en una vieja media de estambre ; no me entretuve en tomar otra cosa ; salto por la ventana , y caigo.... ¿á qué no adivinas á dónde?... ¡Vaya un lance!

—¡Dios mio! ¿dónde caiste, pues?

—Encima de un guarda del campo que se volvia al pueblo.

—¡Qué desgracia!

—La luna se habia despejado ; me vió salir por la ventana , y me agarró. Era hombre que necesitaba diez como yo. Y como soy demasiado cobarde para hacer resistencia , me resigné. Tenia todavía en la mano la media de estambre ; oye sonido de dinero, se apodera de él , lo mete en su zurrón , y me obliga á seguirle á Anteuil. Llegamos á casa del juez con acompañamiento de muchachos y gendarmes ; esperaron á los campesinos al volver á su casa ; presentáronse , é hicieron su declaracion.... No hubo medio de negar ; lo confesé todo , y firmé la declaracion ; me pusieron las manillas , y andando....

—Y héte ahí otra vez en la cárcel , y quizás para largo tiempo.

—Oye , Juana , no quiero engañarte , querida.... porque tanto vale que lo sepas en seguida....

—¿Qué hay, pues , Dios mio!

—Vamos.... valor.

—Pero di , ¿qué hay?

— Pues bien ; no se trata ya de cárcel.

— ¡Cómo!

— El abogado me ha desengañado , y me ha dicho que con la reincidencia , la fractura y escalamiento de noche en casa habitada , es cuenta hecha como tres y dos : quince ó veinte años de presidio , y por el camino la afrenta pública.

— ¡A presidio! ¡pero te morirás siendo tan débil! exclamó la infeliz rompiendo en sollozos.

— ¿Y si hubiese entrado en la fábrica de albayalde?

— ¡Pero á presidio, Dios mio , á presidio!

— Es una cárcel al aire libre.... y con casaca encarnada en lugar de traerla parda; y luego, siempre he tenido pasion por ver el mar.... sí , ¡soy un parisiense mas badulaque!

— ¿Pero y la afrenta pública , infeliz? ¡Verse espuesto al desprecio de todo el mundo!... ¡oh , Dios mio , Dios mio.... pobre hermano!... Y la infeliz volvió á llorar.

— Vamos , Juana , vamos , tén juicio.... Es un mal cuarto de hora , y todavía creo que lo pasa uno sentado.... ademas de que no será la primera vez que me veo delante de gentes. Cuando hacia mis juegos de cubiletes , tenia siempre á mi rededor un buen gentio ; me figuraré que hago un juego , y si ni aun de este modo puedo vencer la mala impresion que me haga , cerraré los ojos , y será lo mismo que si no me vieran.

Al hablar con tanto cinismo , no tanto pretendia aquel infeliz hacer muestra de una insensibilidad criminal , como consolar y tranquilizar á su hermana con aquella aparente indiferencia. En efecto, para un hombre acostumbrado á la vida de las cárceles , y en el cual necesariamente ha de haber muerto toda vergüenza , el presidio no es mas que un cambio de estado , un cambio de casaca , como

dijo Vinagrillo con tanta verdad. Muchos presos llegan á preferir el presidio á las cárceles centrales, por la vida ruidosa que se lleva en ellas, y cometen muchas veces tentativas de asesinato para que los envíen á Brest ó Tolon.

Y es cosa fácil de comprender; porque antes de entrar en presidio, tenían casi los mismos trabajos cada cual en su estado. La condicion de los mas honrados trabajadores de los puertos, no es menos dura que la de los presidiarios: entran y salen de los obradores á las mismas horas que aquellos, y las pobres camas en que descansan sus fatigados miembros, no son mejores, muchas veces, que las de aquellos. ¡Se dirá que son libres!

Sí, un dia á la semana, el domingo; y este dia lo tienen tambien de descanso los presidiarios. ¡Pero no están marcados con el sello de la deshonra! ¿Y qué son la deshonra y el desprecio para esos miserables, que se endurecen el alma cada dia en aquella escuela infernal, y reciben todos los grados de la infamia en aquella enseñanza mútua de perdicion, en que los mas criminales son los mas respetados?

Tales son las consecuencias del actual sistema penitenciario. El encarcelamiento es muy buscado, y el presidio pedido muchas veces con afán.....

.....
— ¡Veinte años de presidio! ¡Dios mio, Dios mio! repetía la pobre hermana de Vinagrillo.

— Pero tranquilízate, Juana; no me darán mas trabajo que el que yo pueda hacer: soy demasiado débil para que me pongan en los trabajos de fuerza. Si no hay allí fábrica de trompetillas y sables de madera, como en Melún, me darán alguna faena ligera, como emplearme en la enfermería, por ejemplo; yo no soy remolon, al contrario, soy fá-

cil de contentar: contaré historias, como las cuento aqui, me haré *adorar por mis gefes*, y me ganare *el aprecio de mis camaradas*, y te enviare de cuando en cuando nueces de coco grabadas, y cajitas de paja para mis sobrinitos. Por fin, no hay mas remedio que conformarse.

— Si me hubieses escrito solamente que venias á París, yo hubiera cuidado de alojarte y tenerte oculto, mientras encontrabas trabajo.

— Ya contaba ir á tu casa; pero vive Dios que me gustaba mas llegar con las manos llenas; porque en tu facha me parece ver que tampoco arrastras coche.... Y, ahora que me acuerdo, ¿qué hacen tus hijos y tu marido?

— No me hables de él.

— Siempre atronado, ¿eh? es lástima; porque trabajaba bien.

— Muy malos ratos me da.... bastábame con mis penas sin que se me añadiera la que me das tú.

— ¡Cómo! tu marido....

— Hace tres años que me ha abandonado, despues de haber vendido todo mi ajuar, dejándome sin recurso para mantener á mis hijos, y sin otro mueble que un jergon.

— ¿Por qué no me digistes esto?

— ¿Y para qué? no hubiera hecho mas que darte pena....

— ¡Pobre Juana! ¿Y cómo te has arreglado sola con tus tres hijos?

— ¡Caramba! mis trabajos he pasado: trabajaba cuanto podia en mi oficio de galonera; mis vecinas me ayudaban un poco, y cuidaban de los chicos cuando yo salía; y ademas, á pesar de mi poca suerte, me vino la dicha una vez en mi vida, pero de poco me sirvió, á causa de mi marido.

— ¿Cómo es eso?

— El cordonero para quien trabajaba, habló de mi necesidad á una de sus parroquianas, diciéndola como mi marido me habia dejado sin nada, y vendido todo nuestro menaje, y que á pesar de esto, trabajaba yo cuanto podia para educar á mis hijos; cuando un dia al volver á casa, me encuentro nada menos que con todo mi ajuar montado de nuevo: ¡una buena cama, muebles, y tela! Era una limosna de la parroquiana de mi cordonero.

— ¡Buena parroquiana por cierto!... ¡Pobre hermana! ¿por qué diablos no me escribiste contándome tu necesidad, y en lugar de derrochar mi dinero, te lo hubiera enviado?

— ¿Cómo podia, estando libre, pedir á tí que estabas preso?

— Pues cabalmente por esto; á mí me daban alimento, fuego y hogar á costa del gobierno, y lo que ganaba era todo en beneficio mio; pero sabiendo que mi cuñado era buen trabajador, y tú muy ducha en lo del manejo interior de la casa, no pasaba ningun cuidado, y gasté mi dinero á ojos cerrados y boca abierta.

— Mi marido era buen trabajador, es verdad; pero se extravió: por fin, gracias á aquel inesperado socorro, recobré ánimo. Mi hija mayor empezaba á ganar algo, y hubiéramos sido felices sin el pesar de saber que estabas en Melún. El trabajo abundaba, y mis hijos estaban vestidos con decencia, sin que les faltara casi nada: esto me daba aun ánimo... Habia llegado á poder guardar treinta y cinco francos, cuando héte ahí que vuelve mi marido, á quien no habia visto hacia un año: encontrándome bien arreglada de ropa y muebles, no hizo cumplidos; se apodera de mi dinero, se instala en casa sin trabajar, se achispa todos los dias, y si me quejo me da una tunda.

— ¡Canalla!

— No paró aquí; en un cuartito de nuestra misma casa habia alojado á una mala muger con quien vivia; y por segunda vez tuve que sufrir esto, y mirar como vendia pieza por pieza los muebles que habia en casa. Previendo lo que me iba á suceder, fuíme á casa de un abogado, que vivia en el primer piso, á preguntarle lo que debia hacer para impedir que mi marido me dejase otra vez sin un hilo de ropa.

— Esto era muy sencillo: lo que habia que hacer era plantarle la puerta á los hocicos al bruto de tu marido.

— Sí, pero no tenia derecho para hacerlo. El abogado me dijo que él podia disponer de todo como gefe de la sociedad conyugal, y meterse en casa sin hacer nada: que conocia que era una desgracia; pero no habia mas que someterse: que la circunstancia de vivir su querida bajo el mismo techo, me facultaba á pedir el divorcio, como creo que llaman; tanto mas, cuanto que tenia testigos de que mi marido me habia pegado: que sobre esto podia entablar un pleito contra él, pero que esto me costaría á lo menos cuatrocientos ó quinientos francos hasta obtener la separacion. ¡Ya vés, casi todo lo que puedo ganar en un año! ¿Y quién me habia de adelantar una cantidad tan crecida?... Y ademas, no es todo el pedir prestado; es menester volver el préstamo.... y quinientos francos de una vez es una fortuna.

— Con todo, hay un medio bien sencillo de reunir quinientos francos, dijo Vinagrillo con amargura, y es el de poner á dieta el estómago un año entero, vivir del aire del cielo, y trabajar, sin embargo, del mismo modo.... Es extraño que el abogado no te haya dado este consejo.

— ¡Siempre estás de broma!

—¡Oh, esta vez no! exclamó Vinagrillo con indignación; porque esto de que la ley sea tan cara para los pobres, es una infamia. Héte ahí á tí, honrada y digna madre de familia, que trabajas hasta no poder más para educar honradamente á tus hijos.... y cuando porque tu marido es un pícaro redomado que te zurra, te roba y gasta en la taberna lo que tú ganas con el sudor de tu frente, te diriges á la justicia para que te proteja, y para que puedas salvar de las garras de ese holgazán tu pan y el de tus hijos.... los hombres de la ley te dicen: Si, teneis razon, vuestro marido es un picaron, se os hará justicia.... pero esta justicia os costará quinientos francos. ¡Quinientos francos!... ¡lo que necesitas para vivir con tu familia un año entero casi!... Mira, Juana, esto prueba lo que dice el refran, de que en el mundo no hay mas que dos clases de gentes: los que son ahorcados, y los que merecen serlo.

Rigolette, sola y pensativa, sin tener otro interlocutor á quien escuchar, no habia perdido una palabra de la relacion de aquella pobre muger, cuya desgracia le escitaba una viva simpatía, y se propuso contar á Rodolfo, asi que lo viese, aquel infortunio, segura de que tomaría á su cuenta el socorrerlo.

Vivamente interesada por la triste suerte de la hermana de Vinagrillo, no apartaba de ella su vista, é intentaba ya acercársela un poco, cuando desgraciadamente un nuevo visitador, entrando en el locutorio, preguntó por uno de los presos, á quien fueron á buscar, y se sentó en el banco entre Juana y la griseta.

Esta última, al ver aquel hombre no pudo contener un gesto de sorpresa, casi de miedo....

Acababa de reconocer en él á uno de los dos alguaciles que habian ido á prender á Morel, ponien-

do así en ejecución el auto de prisión obtenido contra el lapidario por Santiago Ferrand.

Renovando esta circunstancia en su memoria al tenáz perseguidor de German, redobló la tristeza de Rigolette, que se había distraído de ella algún tiempo por la triste y penosa relación de la hermana de Vinagrillo.

Alejándose, pues, cuanto pudo de su nuevo vecino, se apoyó la griseta en la pared, y volvió á caer en sus dolorosas meditaciones.

—Mira, Juana, repuso Vinagrillo, cuya fisonomía jovial y chancera se había súbitamente anublado, no soy fuerte ni valiente; pero si me hubiese encontrado allí mientras que tu marido te hacia tan mala partida, no habiéramos dejado de tener camorra.... tú has sido tambien demasiado buena....

—¿Qué querias tú que hiciera?... me veía forzada á sufrir lo que no podia evitar. Mientras hubo en casa algo de qué echar mano, fué vendiéndolo mi marido para ir á la taberna con su querida; todo desapareció, hasta el vestido de fiesta de mi hija.

—Pero el dinero de tu jornal, ¿por qué se lo entregabas.... por qué no lo escondias?

—Ya lo hacia; pero me maltrataba de tal modo, que bien pronto me veía obligada á dárselo.... y mas bien que por sus golpes cedia yo.... porque me decia entre mí: Al fin y al cabo no tenia mas que herirme bastante gravemente para ponerme en estado de no poder trabajar en mucho tiempo. Supongamos que me rompa un brazo; entonces.... ¿qué será de mí.... quién cuidará, quién dará pan á mis hijos?... ¿Si me veo forzada á ir al hospicio, habrán de morir de hambre mientras tanto?... Ya conoces, hermano mio, que debia preferir entregar el dinero á mi marido, á fin de no ser apaleada, ni herida.... para permanecer útil y trabajar....

— ¡Pobre hermana.... vaya, se citan mártires.... pero tú lo has sido muy de veras!

— Y sin embargo, jamás he hecho mal á nadie, y no deseaba mas que trabajar y cuidar á mi marido y á mis hijos; pero ¿qué quieres? en este mundo hay séres felices y desdichados, como hay buenos y perversos.

— Cierto.... y es admirable lo dichosos que son los buenos. Pero, en fin, ¿estás enteramente desembarazada del picaro de tu marido?

— Asi lo espero, pues no me ha abandonado hasta despues de haber vendido mi cama y la cuna de mis dos niños.... ¡Mas cuando me acuerdo que todavía tenia peores intenciones!....

— ¿Pero cuáles eran?

— Cuando digo él, quiero decir mas bien aquella malvada muger que era quien le atizaba; por esto te hablo de ello. En fin, un dia me dijo: Cuando en una familia existe una linda muchacha de quince años, como la nuestra, es preciso ser muy bestia para no aprovecharse de su belleza.

— ¡Ah! ya comprendo.... ¡despues de haber vendido los muebles queria vender los cuerpos!....

— Cuando dijo esto, mi sangre se encendió, y es preciso ser justa, le hice avergonzar con mis reconvencciones: y como su perversa querida intentaba mezclarse en nuestra disputa, sosteniendo que mi marido podia hacer de su hija lo que se le antojase, yo la traté tan mal á aquella desgraciada, que mi marido me maltrató, y desde el dia de aquella escena no les he vuelto á ver.

— Mira, Juana, hay hombres sentenciados á diez años de presidio que no han hecho tanto mal como tu marido.... á lo menos no despojaban sino á extraños.... ¡Es un picaro refinado!....

— En el fondo, sin embargo, no es malvado; las

malas compañías de taberna son las que le han echado á perder....

— Sí, es incapáz de hacer mal á un niño; pero á una persona hecha, es diferente....

— En fin, ¿qué quieres? es preciso tomar las cosas como Dios nos las envia.... A lo menos, ausente de mi marido, no tengo ya que temer el ser estropeada por un mal golpe; he cobrado aliento.... Por no tener con que comprar un colchon, porque ante todo es preciso vivir y pagar el alquiler, y entre yo y mi hija mayor, mi pobre Catalina, apenas ganábamos cuarenta sueldos al dia, siendo los otros dos niños demasiado pequeños aun para ganar cosa alguna; por falta de un colchon, dormíamos en un jergon hecho con la paja que recogíamos á la puerta de un embalador que vivia en nuestra misma calle.

— ¡Y yo he consumido mi dinero!... ¡y yo he consumido mi dinero!...

— Ya se vé... tú no podias saber mi miseria, puesto que yo no te la contaba; en fin, yo y Catalina hemos redoblado nuestro trabajo.... ¡Pobre niña, si supieras cuán honrada, laboriosa y buena es! siempre con sus ojos fijos en los míos para saber qué es lo que deseo que haga, sin quejarse jamás; y no obstante.... ¡cuánta miseria ha pasado ya, á pesar de no tener mas que quince años! ¡Ah, Fortunato, tener una hija semejante consuela de muchas desgracias! dijo Juana enjugándose los ojos.

— Es tu mismísimo retrato.... á lo que veo; preciso es que á lo menos tengas este consuelo....

— Te aseguro que mas me apesadumbro por ella que por mí; porque, ¿qué te diré? mira, de dos meses á esta parte no ha cesado de trabajar ni un momento: sale únicamente una vez por semana para ir á las barcas del Pont-au-Change á lavar por

tres sueldos cada hora la poca ropa blanca que nos dejó mi marido: todo el tiempo restante, á la cadena como un pobre perro.... En verdad que ha conocido la desgracia demasiado pronto; sé muy bien que de todos modos es preciso que nos llegue, pero á lo menos hay personas que disfrutan de uno ó dos años de tranquilidad.... Lo que me causa tambien mucho pesar en todo esto, hermano mio, es el no poder ayudarte casi en nada.... con todo procuraré....

— ¡Ah! esto es, ¿crees tú que yo aceptaría? Al contrario; exigia un sueldo por par de orejas para contarles mis boberías; ahora exigiré dos, ó se pasarán sin los cuentos de Vinagrillo.... y esto te ayudará algun tanto á vivir.... Pero, ahora que me acuerdo, ¿por qué no os poneis en una casa de huéspedes? de este modo tu marido no podria vender nada.

— ¿En una casa de huéspedes? ¿Sabes lo que dices? Somos cuatro, y nos pedirian por lo menos veinte sueldos al dia; ¿qué nos quedaria para vivir? Mientras que nuestra habitacion no nos cuesta mas que cincuenta francos al año.

— Vamos, está bien, hija mia, dijo Vinagrillo con una amarga ironia; trabaja, desvélate para rehacer un poco tu ajuar, y cuando te habrás arreglado otra vez un poco, tu marido te lo robará de nuevo.... y el mejor dia venderá á tu hija como ha vendido tus muebles.

— ¡Oh, en cuanto á esto, primero me mataria!... ¡Mi pobre Catalina!...

— No te matará, y venderá á tu pobre Catalina.... ¿Es tu marido, no es verdad? Es el gefe de la familia, como te ha dicho el abogado, mientras no seais separados por la ley; y como tú no puedes disponer de quinientos francos para conseguirlo, te es forzoso resignarte, y tu marido tiene derecho de

sacar á su hija de tu casa , y de llevarla donde le parezca.... Si él y su querida se empeñan en perder á esa pobre niña , imposible será que no sucumba.

— ¡Dios mio.... Dios mio! ¿Pero si esta infamia fuese posible.... no habria justicia?

— ¡Justicia! dijo Vinagrillo con una carcajada sardónica; la justicia es como la carne.... es demasiado cara para que la coman los pobres.... Solamente , si se trata de enviarles á Melun , de ponerles á la vergüenza ó de echarles á presidio , entonces es otra cosa.... esta justicia se les concede gratis.... Si se les corta la cabeza.... es tambien gratis.... siempre gratis.... Guardad vuestro dinero, añadió Vinagrillo con su acento de batelero, no creais que esto os cueste diez sueldos , ni dos sueldos , ni uno , ni un céntimo.... no , señores , os costará la bagatela de.... nada.... está al alcance de todo el mundo, solo os cuesta la cabeza.... el hacha y el adorno son á espensas del gobierno.... Hé aqui la justicia gratis.... Pero la justicia que evitaria á una honrada madre de familia el ser maltratada y despojada por un marido infame, que quiere y puede vender á su hija.... esta justicia cuesta quinientos francos.... y tendrás que pasarte sin ella, pobre Juana mia.

— Calla.... Fortunato , dijo la desventurada madre deshaciéndose en lágrimas ; me haces morir con tus palabras.

— Es que yo tambien.... me aflijo pensando en tu suerte.... en la de tu familia.... y reconociendo que yo nada puedo.... Al parecer me rio siempre.... Pero no te engañes, tengo dos especies de risas : ves Juana , mi risa alegre y mi risa triste.... No tengo ni fuerza ni valor para ser malvado, colérico ó rencoroso como los demas.... todo concluye

siempre en mí con palabras mas ó menos acres. Mi cobardía, y la debilidad de mi cuerpo, me han impedido llegar á ser peor de lo que soy.... fué precisa la ocasion de aquella casucha aislada, donde no habia ni un gato.... y sobre todo ni un perro, para inducirme á robar.... fué tambien indispensable que por fortuna hiciese una luna soberbia; porque por la noche, y solo, tengo un miedo de todos los diablos....

— Por esto te digo yo siempre, pobre Fortunato mio, que eres mejor de lo que crees.... Asi es, que espero que los jueces se apiadarán de tí....

— ¿Piedad de mí? ¿de un presidiario reincidente? ¡pues ya! Esto no obstante no les quiero mal: estar aqui, allá, ó en otra parte, me es enteramente igual; y ademas, tú tienes razon, no soy malvado.... y á los que lo son, los aborrezco á mi modo, mofándome de ellos; es necesario creer que á fuerza de contar historias, en las que, para agradar á mis oyentes, hago siempre de manera que los que atormentan á los demas por pura crueldad, reciban al fin su merecido.... me habré habituado á pensar tal como cuento.

— ¿Esos hombres con quienes estás, gustan de semejantes historias? No lo hubiera creido.

— ¡Infinito!... Si les refiriese casos en que un malvado que roba, ó mata para robar, es al fin ajusticiado, no me dejarían concluir; pero si se trata, ó de una muger ó de un niño, ó por ejemplo, de un pobre diablo como yo, á quien se puede derribar con un soplo, y que se vea perseguido á todo trance por un *barba negra*, que le persigue únicamente por el placer de perseguirle, **POR EL HONOR**, como dicen, ¡oh! entonces brincan de alegría cuando, al fin del cuento, recibe su merecido el *barba negra*. Mira, tengo sobre todo una historia, titula-

da: *Gringalet y Corta-en-dos*, que hacia las delicias de la central de Melun, y que no he contado aqui todavía. La he prometido para esta tarde; pero será preciso que aflojen largamente, y tú te aprovecharás de ello.... Sin contar que la escribiré para tus niños.... *Gringalet y Corta-en-dos* es cosa que les divertirá; es historia que podrian leerla hasta las monjas; conque asi, puedes dejársela leer tranquila.

—En fin, pobre Fortunato mio, lo que me consuela un poco es el ver que no eres tan desgraciado como muchos otros, gracias á tu carácter.

—A buen seguro que si yo estuviese en el caso de un pobre preso que hay en nuestra sala, estaria de otro humor. Pobre muchacho.... Temo mucho que antes de concluir el dia no le suceda alguna desgracia.... está muy en un tris.... hay un terrible complot dispuesto para esta tarde... contra él...

—¡Ah, Dios mio! ¿quieren hacerle mal? ¡no te mezcles en ello por lo menos, Fortunato!

—¡No soy tan animal!... que no me alcance algo por medio.... yendo y viniendo ha sido como he oido charlar al uno y al otro.... hablan de una mordaza.... para impedirle el gritar.... y luego para que no se vea su ejecucion.... quieren ponerse en círculo á su rededor... aparentando escuchar á uno de ellos.... que leerá en alta voz un periódico ó cualquiera otra cosa....

—Pero... ¿por qué quieren maltratarlo asi?

—Como siempre está solo, no habla á nadie, y parece que le desagradan los demas, imaginan que es un espía, lo que es muy tonto; porque al contrario, si quisiese soplonear, se entrometería con todo el mundo. Pero la cosa está en que tiene el aire de un señor, y esto no les acomoda. El capitán de la cuadra llamado el Esqueleto ambulante, es quien

está á la cabeza del complot. Va como un perro hambriento trás ese pobre German, que asi se llama aquel infeliz. A fé mia que se arreglen.... es cuenta suya.... nada puedo yo hacer en ello. Ves, Juana, hé aqui de qué sirve el estar triste en la cárcel.... inmediatamente tienen á uno por sospechoso; asi es que jamás han sospechado de mí.... Vaya, hija mia, bastante hemos hablado, véte á tu casa.... tú pierdes tiempo para venirme acá.... yo nada tengo que hacer mas que charlar.... pero tú es diferente.... Conque adios. Vuelve de cuando en cuando; ya sabes que me darás gran placer.

—Hermano.... oye todavía un instante.... te lo suplico....

—No, no, tus hijos te aguardan.... ¡Ah, no creo que les digas que su tio está hospedado en este colegio!

—Te creen en las islas.... como en otro tiempo mi madre.... De este modo puedo hablarles de tí...

—Enbuenhora.... Vamos, véte pronto.

—Sí, pero escucha, hermano mio: no poseo gran cosa; con todo, no te dejaré estar asi. Debes tener frio y sin medias.... con ese mal chaleco.... Te arreglaremos alguna ropa Catalina y yo. ¡Diantre! Fortunato, ¿qué piensas? no son las ganas de favorecererte lo que nos falta....

—¿Qué, qué, ropa? tengo mis maletas llenas.... En cuanto lleguen, tendré con que vestirme como un príncipe.... Vamos, riete un poco. ¿No? pues bien, sériamente, hija mia, no es desaire.... hasta tanto que Gringalet y Corta-en-dos hayan llenado mi bolsillo. Entonces te lo devolveré.... Adios.... mi buena Juana: la primera vez que vengas á verme, pierda yo el nombre de Vinagrillo si no te hago reir. Vaya, véte.... ya te he entretenido demasiado tiempo....

—Pero hermano.... escúchame....

—¡Compadre.... eh, compadre! gritó Vinagrillo al llavero que estaba sentado al otro lado del pasadizo; he concluido mi conversacion, y quisiera volver á entrar.... basta de charla....

—¡Ah! Fortunato.... eso es muy mal hecho.... despedirme de este modo, dijo Juana.

—Al contrario, es muy bien hecho. Vamos, adios, ánimo, y mañana dí á tus hijos que has soñado en su tio que está en las islas, y que te he pedido que les des un abrazo de su parte.... Adios.

—Adios, Fortunato, dijo la pobre muger deshecha en lágrimas, al ver entrar á su hermano en lo interior de la cárcel.

Rigolette, desde que el corchete se habia sentado á su lado, no habia podido oír la conversacion de Vinagrillo con Juana; pero no habia apartado sus ojos de esta última, pensando en el modo de saber la morada de aquella pobre muger, á fin de poder recomendarla á Rodolfo.

Cuando Juana se levantó del banco para salir del locutorio, la griseta se la acercó, diciéndola tímidamente:

—Señora, ahora mismo, sin querer escucharos, os he oído decir que erais pasamanera.

—Justamente, señorita, respondió Juana algo sorprendida, pero prevenida en favor de Rigolette por su aire gracioso y su linda figura.

—Yo soy modista, repuso la griseta, y como las franjas y cordones son de moda, y tengo algunas parroquianas que me piden guarniciones á su gusto, he pensado que acaso me saldria menos caro el valerme de vos que trabajais en vuestra casa, que de un tendero; y que por otra parte podria daros mas beneficio del que sacais de vuestro fabricante.

—Es verdad, señorita; tomando la seda por mi

cuenta , me resultaría una pequeña ganancia.... Sois muy buena en acordaros de mí.... ¡cómo podré agradeceros!...

—Mirad , señora , os hablaré francamente ; estoy aguardando al sugeto á quien vengo á visitar ; no teniendo á nadie con quien hablar , ahora poco , antes que aquel hombre se hubiese colocado entre las dos , sin quererlo , os lo aseguro , he oido hablar á vuestro hermano de vuestras penas y de vuestros hijos , y me he dicho á mí misma : Entre pobres.... debemos ayudarnos. Y me ha venido la idea de que , puesto que sois pasamanera , podría seros útil en algo. Si en efecto os conviene lo que os propongo , hé aqui mis señas , dadme las vuestras , y cuando tenga algun encarguito que haceros , sabré dónde encontraros.

Y Rigolette dió una de sus tarjetas á la hermana de Vinagrillo , que vivamente agradecida del proceder de la griseta , la dijo con efusion:

—Vuestra fisonomía no me habia engañado , señorita ; y ademas , no lo tomeis á orgullo , pero tenéis mucha semejanza con mi hija mayor , lo que , cuando entré , me obligó á miraros por dos veces. Os doy mil gracias ; si me ocupais , estareis contenta de mi trabajo , porque se hará en conciencia. Llámome Juana Duport.... vivo en la calle de la Barillerie , núm. 1.

—Número 1.... no es cosa difícil de retener en la memoria. Gracias , señora.

—A mí me toca dáros las , querida señorita ; ¡habeis sido tan buena en haberme querido favorecer inmediatamente!... vamos , no dejo de admirarme de ello.

—Pero es cosa muy sencilla , señora Duport , dijo Rigolette con una sonrisa encantadora. Ya que me parezco á vuestra hija Catalina , lo que

llamais mi buena idea.... no debe admiraros....

—¡Sois un ángel.... querida señorita! Gracias á vos , saldré de aqui menos triste de lo que creía, y ademas , tal vez nos volveremos á encontrar aqui mismo algunas veces , porque vos venís , como yo , á ver á un preso.

—Sí , señora.... respondió Rigolette suspirando.

—Entonces hasta la vista ; á lo menos asi lo espero , señorita Rigolette , dijo Juana Duport , despues de haber pasado sus ojos por la tarjeta que le habia dado la griseta.

—Hasta la vista , señora Duport. Al menos , pensó Rigolette volviendo á sentarse en su banco , sé actualmente la habitacion de esa pobre muger , y á buen seguro que el señor Rodolfo se interesará por ella cuando sepa cuán desgraciada es , pues siempre me ha dicho : Si conoceis alguno muy digno de lástima , dirigios á mí....

Y Rigolette , colocándose de nuevo en su sitio , aguardó con impaciencia el fin de la conversacion de su vecino , para poder hacer llamar á German.

.....
Diremos ahora algunas palabras acerca la escena precedente.

Desgraciadamente , es preciso confesarlo , la indignacion del miserable hermano de Juana Duport habia sido legítima.... Si.... al decir que la ley era demasiado cara para los pobres , tenia razon.

Acudir á los tribunales civiles causa gastos enormes é inaccesibles á los artesanos , que viven á duras penas de un salario insuficiente.

Si una madre ó un padre de familia , pertenecientes á esta clase siempre sacrificada , quieren en efecto divorciarse , aun cuando tengan para conseguirlo todos los derechos posibles.... ¿La obtendrán? No. Porque no hay ningun artesano que se halle en

estado de gastar cuatrocientos ó quinientos francos para las onerosas formalidades de semejante juicio.

Y con todo, el pobre no disfruta de otra vida que de la vida doméstica; la buena ó mala conducta del jefe de una familia de artesanos no es solamente una cuestion de moralidad, sino una cuestion de pan....

La suerte de una muger del pueblo, tal como hemos tratado de pintarla, ¿merece, acaso, menos interés, menos proteccion, que la de una muger rica que padezca por desórdenes ó infidelidades de su marido?

Nada sin duda mas digno de compasion que los dolores del alma; pero cuando á estos dolores se añade para una madre desventurada la miseria de sus hijos, ¿no es una monstruosidad el que la pobreza de esa muger la ponga fuera de la ley, y la entregue sin defensa con su familia al maltrato de un marido holgazán y corrompido?

Y sin embargo esta monstruosidad existe. Y un sentenciado puede en esta circunstancia, como en muchas otras, negar, apoyado en el derecho y en la lógica la imparcialidad de las instituciones, en cuyo nombre es condenado.

¿Hay, por ventura, necesidad de decir cuán peligrosa es para la sociedad la justificacion de semejantes ataques? ¿Cuál será la influencia, la autoridad moral de esas leyes, cuya aplicacion está absolutamente subordinada á una cuestion de dinero? ¿La justicia civil, lo mismo que la criminal, no debiera ser accesible á todos? Cuando hay personas demasiado pobres para poder invocar el beneficio de una ley eminentemente preservadora y tutelar, ¿no debiera la sociedad, á espensas suyas, asegurar su aplicacion por respeto al honor y al reposo de las familias?

Pero dejemos á esa muger que permanecerá siendo toda su vida víctima de un marido brutal y pervertido, porque es demasiado pobre para hacer que autorice la ley su divorcio, y hablemos del hermano de Juan Duport.

Este presidiario, puesto en libertad, sale de una caverna de corrupcion para volver á entrar en el mundo; ha sufrido su castigo, y pagado su deuda con la expiacion. ¿Qué precauciones ha tomado la sociedad para impedirle que caiga de nuevo en su crimen?

Ninguna.

¿Se le ha facilitado con caritativa prevision su conversion al bien, á fin de poder castigarle, como se hace de un modo terrible si no se ha corregido?

No.

La contagiosa perversion de vuestras prisiones es de tal modo conocida y tan justamente temida, que el que sale de ellas es en todas partes objeto de desprecio, de aversion y de espanto: aun cuando fuese mil veces hombre de bien, casi en ninguna parte encuentra ocupacion. A mas de esto, vuestra humillante vigilancia le confina en parajes pequeños, en los que sus antecedentes deben ser inmediatamente conocidos, y donde no hay tal vez medio alguno de ejercer las industrias escepcionales, impuestas muy á menudo á los presidiarios por los arrendatarios de los establecimientos de labor centrales.

Si el licenciado de presidio tiene valor para resistir á las malas tentaciones, se empleará por consiguiente en uno de esos trabajos homicidas de que hemos hablado, en la preparacion de ciertos productos químicos, cuya mortal influencia diezma á los que ejercen esas funestas profesiones (1), ó bien

(1) Acaba de descubrirse, segun se asegura, el medio de preservar á los desgraciados jornaleros que se consagran á estas espantosas

si tiene fuerzas para ello, se irá á extraer piedra á Fontainebleau, ejercicio al que por término medio se resiste.... seis años.

La posicion de este hombre es pues mas triste, mas penosa, mas difícil de lo que lo era antes de su primera falta; marcha rodeado de trabas y de escollos, y le es fuerza arrostrar la repulsion, los desdenes, y hasta muchas veces la mas profunda miseria....

Y si sucumbe á todos estos espantosos azares de criminalidad, si comete un segundo crimen, os mostrais mil veces mas severos contra él que cuando su primera falta. Esto es una injusticia.... porque casi siempre es la necesidad en que le poneis la que le conduce al segundo crimen. Si, porque está demostrado que vuestro sistema penitenciario deprava, en lugar de corregir. En lugar de mejorar... empeora.... En lugar de sanar ligeras afecciones morales, las hace incurables.

Vuestra agravacion de castigo, inexorablemente aplicada al reincidente, es pues inicua y bárbara, puesto que aquella reincidencia es, por decirlo asi, una consecuencia forzosa de vuestras instituciones penales.

Ese terrible castigo que sufren los reincidentes, seria justo y lógico si vuestras cárceles moralizasen y purificasen á los presos, y si al espirar su condena les fuese, si no fácil, al menos generalmente posible, una buena conducta....

Si nos admiramos de estas contradicciones de la ley, ¿qué será cuando comparemos ciertos delitos con ciertos crímenes, sea con respecto á sus consecuencias inevitables, sea relativamente á las des-

ocupaciones.—Véase la *Memoria descriptiva de un nuevo proceder de fabricacion del albayalde*, presentada á la *Academia de las ciencias* por *M. J. N. Gannal*.

proporciones exorbitantes que existen entre los castigos que se les imponen?...

La conversacion del preso á quien el corchete venia á visitar, nos ofrecerá uno de estos aflictivos contrastes.



CAPÍTULO XIII.

—NON—

EL SEÑOR BOULARD.

El preso que llegó á la reja en el momento que salía Vinagrillo, era un hombre de unos treinta años, con pelo rubio, una fisonomía jovial, y un rostro lleno y rubicundo; su estatura mediana hacia todavía mas notable su enorme gordura. Este encarcelado tan colorado y obeso, vestia un largo y forrado leviton de bayeton gris, semejante á su pantalon; una especie de gorro de terciopelo encarnado, llamado á la *Perinet Leclerc*, completaba el traje de ese personaje, que llevaba ademas unos excelentes pantuflos forrados de pieles. Aunque habia pasado ya hacia largo tiempo la moda de los dijes, la cadena de oro de su relox sostenia buen número de sellos montados en piedras finas; muchas sorti-

jas, en fin, adornadas con muy bellas pedrerías, brillaban en las gruesas y encarnadas manos de aquel preso llamado Boulard, acusado de abuso de confianza.

Su interlocutor era, según hemos dicho, Pedro Bourdin, uno de los alguaciles del comercio encargados del arresto de Morel el lapidario. Este corchete era empleado ordinariamente por Boulard, cajero del señor Juanin, el testaferro de Santiago Ferrand.

Bourdin, mas bajo, y tan repleto como Boulard, imitaba en cuanto podia á su principal, cuya magnificencia admiraba. Teniendo como él, mucha afición á las alhajas, llevaba aquel dia un soberbio alfiler de topacio, y una larga cadena de oro serpenteaba, apareciendo y desapareciendo sucesivamente, entre los ojales de su chaleco.

— Buenos dias, mi fiel Bourdin; estaba seguro de que no faltariais á la cita, dijo alegremente Boulard con una vocecita chillona que contrastaba singularmente con su corpanchon, y su ancha y florida cara.

— ¡Faltar á la cita! respondió el corchete; soy incapáz de ello, mi general.

Asi es como Bourdin, por una lisonja á la vez familiar y respetuosa, llamaba al cajero, bajo cuyas órdenes servia: esta locucion militar estaba, por otra parte, muy en uso, entre ciertas clases de empleados y funcionarios civiles.

— Veo con placer, que la amistad permanece fiel al infortunio, dijo Boulard con una alegría cordial; con todo, empezaba á estar en cuidado, porque hace tres dias que os habia escrito, y Bourdin no parecia....

— Figuraos, mi general, que lo que lo ha impedido, ha sido una historia muy curiosa. ¿Os acord-

dais, sin duda, de aquel lindo vizconde de la calle de Chaillot?

— ¿Saint-Remy?

— ¡Justamente! Ya sabeis cómo se burlaba de nuestros arrestos.

— Atrózmente....

— ¿A quién se lo decís? nosotros dos, Malicorne y yo estábamos por ello como embrutecidos, si es posible.

— Es imposible, valiente Bourdin.

— Felizmente, mi general; pero hé aquí el hecho: ese lindo vizconde ha ascendido en títulos.

— ¿Ha llegado á ser conde?

— ¡No! de estafante ha pasado á ser ladrón.

— ¡Ah, bah!

— Se le sigue la pista por unos diamantes que ha birlado. Y entre paréntesis, pertenecian al joyero que daba trabajo á ese bicho de Morel, el lapidario aquel que íbamos á pillar en la calle del Temple, cuando un largo individuo con bigote negro, pagó por aquel muerto de hambre, y por poco nos arrojó á mí y á Malicorne escaleras abajo.

— ¡Ah! sí, sí; ya me acuerdo.... ya me lo contacteis; fué una aventura endiablada. Lo mejor de la broma fué, que la portera os vació en las costillas una cazuela de sopa hirviendo.

— Incluso la cazuela, mi general, que estalló como una bomba á nuestros pies.... ¡Vieja bruja!...

— Eso se anotará en vuestra hoja de méritos y servicios.... Pero ¿y ese vizconde?

— Os decia, pues, que Saint-Remy era perseguido por robo.... despues de haber hecho creer al bueno de su padre, que habia intentado levantarse la tapa de los sesos. Un agente de policia, amigo mio, sabiendo que yo habia seguido largamente la pista á ese vizconde, me preguntó si podria ins-

truirle, y ponerle en camino de dar con él.... Justamente habia yo sabido, demasiado tarde cuando el último arresto al que escapó, que se habia ocultado en una granja de Arnouville, á cinco leguas de París. Pero cuando llegamos á ella, no era ya tiempo.... ¡el pájaro habia volado!...

— Por otra parte, al dia siguiente pagó aquella letra de cambio.... gracias, segun dicen, á cierta dama del gran tono.

— Sí, mi general.... pero es igual, yo conocia el nido, él se habia ya escondido una vez allí.... podia muy bien haber ido de nuevo.... y esto fué lo que le dije á mi amigo el agente de policia.... Este me propuso ir á echarle la zarpa... como aficionado.... y acompañarle á la granja.... Yo nada tenia que hacer.... eso me servia como de una partida de campo.... y acepté.

— ¿Y estaba allí el vizconde?...

— Imposible encontrarle.... Despues de haber comenzado por rondar al rededor de la granja, nos metimos en seguida en ella.... y nos volvimos con las manos vacías.... hé aqui la causa de no haber podido ponerme mas pronto á vuestras órdenes, mi general.

— Estaba bien seguro de que os era imposible, amigo mio.

— Pero, sin que sea indiscrecion, ¿cómo diablos os encontráis aqui?

— Unos canallas, amigo mio.... una nube de canallas, que por una miseria de sesenta mil francos, de los que pretenden haber sido despojados, me han acusado de abuso de confianza, y me obligan á deshacerme de mi carga.

— ¿De veras, mi general? ¡Vaya una desgracia!... ¿Cómo.... no trabajaremos mas para vos?

— Estoy cesante, mi querido Bourdin.

—¿Pero quiénes son esa canalla?

—Figuráos que uno de los mas encarnizados contra mí, es un ladron cumplido de presidio, que me habia encargado cobrase el valor de un billete, se-
tecientos miserables francos que debian exigirse en
justicia. Hice las diligencias, fui pagado, y guardé
el dinero.... y porque á consecuencia de operacio-
nes que me han salido mal, ha fracasado esta suma,
con muchas otras; todos esos pícaros han alborotado
tanto contra mí, que han conseguido una órden de
prision, y héme aquí, querido, ni mas ni menos
que si fuese un malhechor.

—Si esto no causa sudores, mi general.... vos....

—Sí, Dios mio; pero lo mas curioso es que ese
cumplido me ha escrito hace algunos dias, que
siendo ese dinero su único recurso para sus dias acia-
gos, y habiendo estos llegado.... (no sé qué es lo
que entiende por esto) yo era responsable de los cri-
menes que pudiera cometer para librarse de la mi-
seria.

—¡Es magnífico, á fé mia!

—¿No es cierto?... nada mas cómodo.... el tu-
nante es capáz de alegarlo por escusa.... felizmente
la ley no reconoce esa clase de complicidades.

—Y finalmente, no se os acusa sino de abuso de
confianza, ¿no es verdad mi general?

—Ciertamente.... ¿seríais capáz de tomarme por
un ladron, señor Bourdin?

—¡Ni por pienso, mi general!... queria decir que
nada habia en esto de grave; al fin y al cabo no hay
motivo ni para azotar un gato.

—¿Tengo, por ventura, trazas de desesperado,
amigo mio?

—De ningun modo; jamás os he visto con mejor
cara. Si salís condenado, lo pasareis con dos ó tres
meses de prision y veinticinco francos de multa....

¡oh! yo conozco bien el código.

— Y esos dos ó tres meses de cárcel.... estoy seguro de que alcanzaré que se me permita pasarlos á mis anchas en una casa de campo. Tengo á un diputado en el puño.

— ¡Oh! entonces es cosa hecha.

— Por eso, Bourdin, no puedo menos de reirme, pensando que esos imbéciles que me han hecho meter aquí, quedarán bien aviados, pues no verán ni un maravedí de lo que reclaman. Me obligan á vender mi destino, me es indiferente; tengo fama de deberlo aun á mi predecesor, como decís. Ya veis, estos avestruces serán de todos modos los pavos de la farsa, como dijo Roberto Macaire.

— No hay duda, mi general, tanto peor para ellos.

— Bravo, amigo mio: vamos al asunto que me ha hecho desear vuestra visita; se trata de una mision delicada; hay una muger de por medio, dijo Boulard con una fatuidad misteriosa.

— ¡Ah.... qué truan sois, mi general; os reconozco en esto!... ¿De qué se trata?... contad conmigo.

— Me intereso particularmente por una jóven artista del teatro *des Folies dramatiques*; yo pago sus gastos, y ella en cámbio me corresponde, á lo menos lo creo así; porque, querido, bien lo sabeis, muchas veces, á quien se aleja, Dios le deja. Me conviene, pues, tanto mas el saber cómo se porta Alejandrina, que así se llama, porque me ha pedido algun dinero.... Jamás he sido mezquino con las mugeres; pero no me gusta que me hagan pasar por primo. Así es, que antes de hacer el liberal con esa amigueta, quisiera saber si lo merece por su fidelidad. Sé muy bien, que no hay nada mas rancio ni mas necio que la fidelidad; pero es mi flaco. Haríaisme, pues, un servicio amistoso, querido

camarada, si pudieses, durante algunos dias, vigilar mis amores, y ponerme en estado de saber á qué atenerme, sea haciendo cantar á la portera de Alejandrina, sea....

— Basta, mi general, respondió Bourdin interrumpiendo al cajero; esto no es mas difícil que vigilar, espiar y descubrir á un deudor. Descansad en mí; yo sabré si la señorita Alejandrina os engaña, lo que no me parece probable, porque, sin adulacion, mi general, sois demasiado buen mozo y generoso para no ser adorado.

— Por mas que sea buen mozo, estoy ausente, querido mio, y esta es una circunstancia muy grave; en fin, cuento con vos para saber la verdad.

— Os aseguro que la sabreis.

— ¡Ah, querido amigo! ¿cómo espresaros mi agradecimiento?

— ¡Vamos, vamos, mi general!

— Bien entendido, valiente Bourdin, que en esta circunstancia, vuestros honorarios serán iguales á los que ganariais en un arresto de entidad.

— No lo consentiré, mi general; mientras he estado á vuestras órdenes, ¿no me habeis siempre dejado trasquilar al deudor hasta lo vivo, y doblar y triplicar los derechos de arresto cuyo pago exigiais, en seguida, con tanta actividad como si hubierais debido vos mismo percibirlos?

— Pero, querido camarada, esto es diferente.... y á mi vez yo no consentiré....

— Mi general, me humillariais si no me permitieseis ofreceros estas noticias, acerca la señorita Alejandrina, como una débil muestra de mi reconocimiento....

— Enbuenhora; no lucharé mas largo tiempo con vuestra generosidad. Ademas, vuestra adhesion será para mí una dulce recompensa por lo jugoso que he

sido siempre en nuestras mútuas relaciones.

— Asi es como yo lo entiendo, mi general; ¿pero no podria seros útil en algo mas? Tan amigo como sois de comodidades, ¿debeis encontraros aqui horriblemente mal? ¿Confío que estareis en cuarto distinguido? (1).

— Ciertamente, llegué á tiempo; pues tengo el último aposento vacante, los demas van comprendidos en las reparaciones que se hacen al edificio. Me he instalado en mi celda, lo mejor que me ha sido posible, y no estoy en ella del todo mal: tengo una estufa, me he mandado traer un buen sillón, hago tres comidas largas, digiero, paseo y duermo.... Excepto las inquietudes que Alejandrina me causa, ya veis que no soy muy digno de lástima.

— Pero para vos que erais tan goloso, mi general, los recursos de la cárcel son muy escasos.

— Y el tendero de comestibles que vive en mi calle, ¿no fué creado como quien dice para mí? Tengo con él cuenta abierta, y cada dos dias me manda una magnífica cesta; á propósito, ya que estais en disposicion de hacerme favores, decid á la tendera, esa guapa señora Michonneau que, entre paréntesis, no está picada de viruelas....

— ¡Ah, bribon.... bribonazo de general!....

— Vamos, camarada, fuera malos pensamientos, dijo el cajero con una ligera sonrisa de fatuidad; soy únicamente buen parroquiano y buen vecino. Decid, pues, á la amable señora Michonneau, que ponga en mi cesta de mañana un pastel de atun escabechado.... ahora estamos en la estacion de ello, y ademas, se me sentará bien, y me dará ganas de beber....

(1) Gozan de esa ventaja los presos que pueden sufragar su gasto.

— ¡Esceleste idea!...

— Y además, que la señora Michonneau, me mande una canasta de vinos de varias clases, borgoña, champaña y burdeos, igual á la última; ya sabrá ella lo que esto significa.... y que añada dos botellas de su rancio coñac de 1817, y una libra de moka puro, recién tostado, y recién molido.

— Voy á anotar la data del aguardiente para no olvidar nada, dijo Bourdin sacando un tintero de su bolsillo.

— Ya que estais tomando nota, querido camarada, tened tambien la bondad de anotar para avisárselo á mi casa, que me traigan mis almohadas de pluma.

— Todo se ejecutará al pie de la letra, mi general.... estad tranquilo, pues yo ya estoy algo fuera de cuidado, por lo tocante á vuestro alimento.... ¿Pero y vuestros paseos, los haceis mano á mano con esos bribones de presos?

— Si, y es cosa muy divertida, muy animada; bajo de mi cuarto despues del desayuno, y me voy, ora á un patio, ora á otro, y como vos decís me encanallo.... Os aseguro que en el fondo parecen muy guapos sugetos; los hay muy divertidos. Los mas feroces están reunidos en la que llaman la *Cueva de los leones*. ¡Ah, querido camarada, qué figuras tan patibularias! Hay entre otros uno llamado el Esqueleto; jamás he visto cosa igual.

— ¡Qué nombre tan endiablado!

— Está tan flaco, ó por mejor decir, tan descarnado, que no se puede tomar por apodo; os digo que es espantoso: por este motivo es cabo de su cuadra, y es seguramente el mas malvado. Salió de presidio, y volvió á robar y asesinar; pero su último crimen es tan horrible, que será condenado á muerte sin remision; mas él se burla de ello como de cuentos de viejas.

— ¡Qué tunante!

— Todos los presos le admiran y tiemblan delante de él. Yo me le he hecho propicio al instante regalándole cigarros; así es que me ha cobrado afición, y me enseña el caló.... ¡Oh, hago progresos.

— ¡Vaya, vaya, qué humorada! ¡mi general aprende el caló!

— Os digo que me divierto como un tonto: esos locos me adoran, y hasta los hay que me tutean.... Yo no soy vanidoso, como lo es un señorito llamado German, un pelon, que ni siquiera tiene medios para vivir en cuarto particular, y que hace ante ellos el papel de desdeñoso y de gran señor.

— ¿Pues debe estar muy satisfecho de haber encontrado un hombre tan de pro como vos, para hablar con él si le desagradan los demás?

— ¡Bah! ni siquiera ha parecido reparar en mí; pero aunque lo hubiese hecho, me hubiera guardado muy bien de responder á sus preguntas. Es el objeto de odio de la cárcel.... y tarde ó temprano le jugarán una mala pasada, de que yo no tengo pardiez deseos de participar.

— Teneis razon.

— Esto amargaría mi diversion; porque mi paseo con los presos es un verdadero recreo.... Solo que esos pícaros no me tienen moralmente en gran concepto.... Me comprendéis: mi acusacion de simple abuso de confianza.... es una miseria para unos tunos semejantes.... Así es, que me miran como á muy poca cosa, como dice Arnal.

— En efecto, al lado de esas notabilidades en el crimen.... sois....

— Un verdadero cordero pascual, querido camarada.... ¡Ah! ya que sois tan complaciente, no os olvidéis de mis encargos.

— Perded, cuidado, mi general: 1.º La señorita

Alejandrina. 2.º El pastel de pescado, y la cesta de vinos. 3.º El cognac de 1817, el café en polvo y las almohadas.... Todo lo tendreis.... ¿Mandais algo mas?

— ¡Ah!... sí, se me olvidaba.... ¿Sabeis dónde vive el señor Badinot?

— ¿El agente de negocios? Sí.

— Pues bien; hacedme el favor de decirle que cuento siempre con su celo, y que espero me encontrará un abogado como me conviene para mi causa, que no repararé en un billete de mil francos mas ó menos.

— Veré al señor Badinot; perded cuidado, mi general; esta tarde quedarán hechos todos vuestros encargos, y mañana recibireis lo que pedís. Animo, y hasta la vista, mi general.

— Hasta mas ver, camarada.

Y el preso salió por un lado, y Bourdin por el otro.....

.....
 Ahora compararemos el crimen del Vinagrillo, reincidente con el delito del señor Boulard, cajero.

Comparemos el punto de partida de uno y otro, y los motivos, las necesidades que han podido inducirles al mal.

Comparemos, en fin, el castigo que les espera.

Al salir de la cárcel, inspirando en todas partes aversion y temor, el presidiario cumplido, no pudo ejercer en la residencia que se le habia señalado el arte que conocia. Esperaba poder ocuparse en una profesion, aunque peligrosa para su vida, apropiada á sus fuerzas; pero este recurso le faltó. Entonces rompe su confinamiento, y vuelve á Paris, contando ocultar allí mas fácilmente sus antecedentes, y encontrar ocupacion. Llega aniquilado por la fatiga, y muerto de hambre; sabe, por casualidad,

que en una casa inmediata está depositada una cantidad de dinero; cede á una detestable tentacion; fuerza una ventana, abre un mueble, roba cien francos, y escapa.

Le detienen; queda preso.... será juzgado y condenado, como reincidente, á quince ó veinte años de trabajos forzados. El sabe muy bien que merece esta pena formidable.

La propiedad es sagrada. Aquel que durante la noche violenta nuestra puerta para apoderarse de lo que nos pertenece, debe sufrir un castigo terrible.

En vano objetará el culpable la falta de trabajo, la miseria, la posicion escepcional, difícil, intolerable, la necesidad que su condicion le impone.... Tanto peor; la ley es una; la sociedad, para su salud y para su reposo, quiere ser y debe ser armada de un poder sin límites, y reprimir inexorablemente esos ataques atrevidos contra la propiedad.

Ese miserable, ignorante y embrutecido; ese reincidente corrompido y desdeñado, ha merecido su suerte....

¿Pero qué merecerá, pues, el que inteligente rico, instruido, honrado con la estimacion de todos, y revestido de un carácter oficial, roba.... no para comer.... sino para satisfacer orgullosos caprichos, ó para probar los azáres del agiotage?

Robará, no cien francos.... sino cien mil.... un millon....

Robará, no de noche, con peligro de su vida, sino tranquilamente, en medio del dia, á la vista de todo el mundo....

Robará.... no á un desconocido que habrá puesto su dinero bajo la salvaguardia de una cerradura.... sino á un cliente que habrá confiado forzosamente su dinero bajo la salvaguardia de la probidad del

hombre público, que la ley designa, imponiendo en él su confianza....

¿Qué terrible castigo no merecerá por consiguiente el que, en lugar de robar una corta cantidad, casi por necesidad.... robará por lujo una suma considerable?...

¿No sería ya una escandalosa injusticia el no aplicarle sino una pena igual á la que se aplica el reincidente, hostigado por la miseria, é inducido al robo por necesidad?

Pues en ese caso, dirá la ley.... ¿Cómo aplicar á un hombre bien educado la misma pena que á un vagabundo? ¿Qué necesidad!

¿Comparar un delito de buena sociedad con una innoble fractura!

Y al fin, al cabo, ¿de qué se trata? responderá, por ejemplo, el señor Boulard, de acuerdo con la ley.

—En virtud de los poderes que me confiere mi oficio, he cobrado por vos una cantidad de dinero; esta cantidad la he disipado, y no queda de ella ni un maravedí; pero no vayais á creer que la miseria me ha obligado á despojaros de ella. ¿Soy, por ventura, un menesteroso, un mendigo? No; á Dios gracias, tenia y tengo con qué vivir holgadamente. ¡Oh! tranquilizaos; mis miras eran mas elevadas y mas nobles.... Armado con vuestro dinero me he lanzado osadamente en la deslumbrante esfera de la especulacion; podia doblar, triplicar vuestro dinero en provecho mio, si la fortuna me hubiese sonreido.... pero desgraciadamente me ha sido contraria, y ya veis que pierdo yo tambien.

Aun mas; parece decir la ley: este despojo pronto, leal, veloz y caballeroso, hecho á la fáz del sol, ¿tiene algo de comun con esas rapiñas nocturnas, esas fracturas de puertas, ese violentar de cerraduras, esas llaves falsas y esas palancas, salvages

y groseros instrumentos de miserables ladrones de la mas vil condicion? ¿No cambian, por ventura, los crímenes de penalidad, y aun de nombre, cuando han sido cometidos por ciertos séres privilegiados?

Un infeliz roba un pan de casa de un panadero, rompiendo un cristal.... una criada roba un pañuelo ó un luis á sus amos: esto es llamado debidamente robo con circunstancias agravantes, y es peculiar del tribunal. Y es muy justo, sobre todo en el último caso.

El criado que roba á su amo, es doblemente culpable, pues forma casi parte de la familia. Tiene la casa abierta á todas horas, y hace indignamente traicion á la confianza que en él se tiene; esta traicion es la que castiga la ley con una sentencia infamatoria.

Lo repetimos, nada mas justo, nada mas moral.

Pero que un cajero, que un oficial público cualquiera os robe el dinero que le habeis forzosamente confiado por su calidad oficial, no solo no se parece esto al robo doméstico, ó al robo con fractura, sino que ni siquiera es calificado de robo por la ley.

¿Cómo?

No, sin duda; robo.... esta palabra es demasiado brutal.... es muy grosera.... robo.... ¡vaya! abuso de confianza enbuenhora.... es mas delicado, mas decente y mas en armonia con la condicion social, y la consideracion de los que se hallan espuestos á cometer este.... delito.... porque delito se llama.... crimen seria tambien demasiado brutal.

Y ademas, hay una distincion importante: el crimen corresponde á los tribunales.... el abuso de confianza á la policia correccional.

¡Oh colmo de la equidad! ¡oh colmo de la justicia distributiva! repitámoslo: un criado roba un luis á

su amo.... un hambriento rompe un cristal para robar un pan.... estos crímenes pertenecen á los tribunales.

Un oficial público disipa ó sustrae un millon, es un abuso de confianza.... un simple tribunal de policía correccional debe juzgarle.

En el lecho, en derecho, en razon, en lógica, en humanidad, en moral, esta espantosa diferencia entre las penas, ¿está, por ventura, justificada por la diferencia en la culpabilidad?

¿En qué difiere el robo doméstico, castigado con una pena infamante, del abuso de confianza, castigado con una pena correccional?

¿Es, por ventura, porque el abuso de confianza lleva casi siempre en pos de sí, la ruina de las familias?

¿Qué es, pues, un abuso de confianza, sino un robo doméstico, mil veces mas grave por sus enormes consecuencias, y por el carácter oficial del que lo comete?

O bien aun: ¿en que un robo con fractura, es mas culpable que un robo con abuso de confianza?

¡Cómo! ¿osais declarar que la violacion moral del juramento de no faltar jamás á la confianza que la sociedad se vé obligada á tener en vos, es menos criminal que la violacion material de una puerta?

Sí, así se hace.... Sí, la ley lo dice así.... Sí, cuanto mas graves son los crímenes; cuanto mas comprometen la existencia de las familias; cuanto mas afectan á la seguridad y á la moralidad pública.... tanto menos castigados son.

De suerte que cuantas mas luces, inteligencia, haberes y consideracion tienen los culpables, tanto mas se muestra la ley indulgente con ellos....

De suerte que la ley reserva sus penas mas terribles é infamantes para unos miserables que tienen,

no quisiéramos decir por excusa.... pero que tienen á lo menos por pretesto la ignorancia, el embrutecimiento y la miseria en que se les deja sumergidos.

Esta parcialidad de la ley es bárbara y profundamente inmoral.

Castigad inexorablemente al pobre si atenta á la propiedad ajena; pero castigad tambien inexorablemente al empleado público que atenta á la propiedad de sus clientes.

Que no se oiga, pues, en adelante á ningun abogado excusar, defender y hacer absolver (porque absolver es el sentenciar á tan poca cosa) á hombres culpables de infames despojos, con razones análogas á estas:

«Mi defendido no niega haber disipado las cantidades de que se trata; sabe el fatal estado en que su abuso de confianza ha sumergido á una honrada familia; pero ¡ya se vé! mi cliente tiene un carácter aventurero, gusta de los riesgos que ofrecen las empresas atrevidas, y una vez lanzado en las especulaciones, una vez poseido de la fiebre del agiotage, no conoce ya diferencia entre lo suyo y lo ajeno.»

Lo que, como se deja ver, es perfectamente consolador para los que han sido despojados, y singularmente halagüeño para los que están en posicion de serlo.

Nos parece, sin embargo, que no saldria tan bien el que un abogado se presentare al tribunal con esta defensa ú otra semejante.

«Mi defendido no niega haber forzado un escritorio para robar la suma de que se trata; pero ¿qué os diré? gusta de las francachelas, adora á las mujeres, es aficionado al lujo y á las comodidades, y cuando se halla devorado por la sed de los placeres,

no conoce ya diferencia alguna entre lo suyo y lo ajeno.»

Así queda exacta la comparación entre el ladrón y el que despoja. Este no especula sino por la esperanza del beneficio, y no desea sino para aumentar su fortuna ó sus goces.

Reasumamos, pues, nuestras ideas.

Quisiéramos que por una reforma legislativa, el abuso de confianza cometido por un empleado público, fuese calificado de robo y asimilado para el minimum de la pena al robo doméstico, y para el maximum al robo con fractura y reincidencia.

La compañía á que perteneciese el oficial público, debería ser responsable de las cantidades que hubiese robado por su calidad de empleado asalariado.

Hé aquí, finalmente, una comparación que servirá de corolario á esta digresión.... En vista de los hechos que vamos á citar, todo comentario será inútil.

Únicamente nos preguntamos si vivimos en una sociedad civilizada, ó en un mundo bárbaro.

Léese en el *Boletín de los Tribunales* del 17 de febrero de 1843, con motivo de una apelación de un cajero sentenciado por abuso de confianza:

«El Tribunal, adoptando las razones de los anteriores jueces, y atendiendo que los escritos producidos por la primera vez ante el Tribunal por el acusado, son impotentes para destruir y hasta para atenuar los hechos que han sido contestados en los primeros juicios: Atendido que está probado que el acusado, en su calidad de cajero, ha recibido cantidades de dinero de tres de sus clientes; que cuando estos se las han pedido, ha contestado á sus demandas con subterfugios y mentiras. Que, en

fin, ha sustraído y disipado cantidades de dinero en perjuicio de sus tres clientes; que ha abusado de su confianza, y que ha cometido el delito previsto y castigado por los artículos 406 y 408 del código penal, etc., etc. Confirma la sentencia de dos meses de prision, y veinticinco francos de multa.»

Algunas líneas mas abajo, en el mismo periódico, se leía el mismo dia:

«Cincuenta y tres años de trabajos forzados. El 13 de setiembre último, se cometió un robo nocturno, con escalamiento y fractura, en una casa habitada por los esposos Bresson, tratantes de vino en la villa de Yori. Señales recientes atestiguaban que habia sido aplicada una escalera en la pared de la casa, y uno de los postigos del aposento despojado, que daba á la calle, habia cedido al esfuerzo de una violenta efraccion.

«Los objetos robados eran, en sí mismos, menos considerables por su valor que por su número, consistiendo en algunos andrajos, en sábanas viejas, calzado usado, dos cacerolas agujereadas, y para enumerarlo todo, dos botellas de agenjo blanco, de Suiza. Estos hechos, imputados al acusado Tellier, habiendo sido plenamente justificados en los debates, el fiscal pidió contra él toda la severidad de la ley, especialmente con motivo de su *estado particular de reincidencia legal*.

«Por consiguiente, habiendo producido el jurado un veredicto de culpabilidad en todas las cuestiones sin circunstancias atenuantes, el tribunal ha condenado á Tellier á veinte años de trabajos forzados y á la esposicion.»

De este modo, para el empleado público espoliador:— Dos meses de prision....

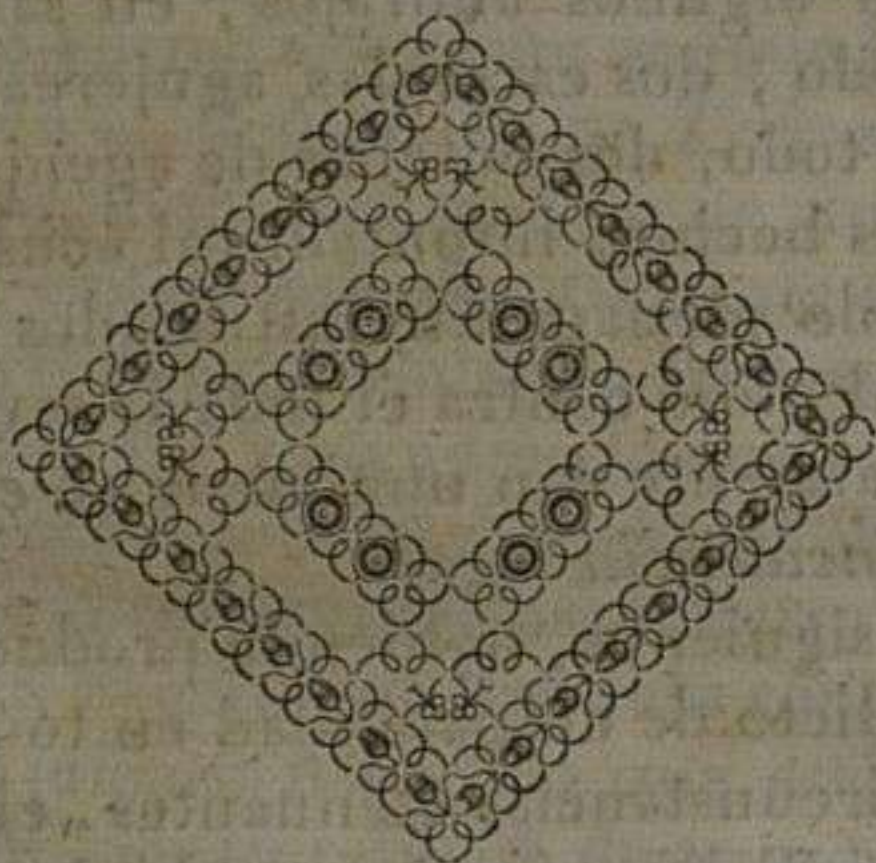
Para el cumplido reincidente:— Veinte años de trabajos forzados y la esposicion.

¿Qué hay que añadir á estos hechos, cuando hablan por sí mismos?...

¿Qué de tristes y serias reflexiones (por lo menos así lo esperamos) no suscitarán?.....

.....
Fiel á su promesa, el viejo carcelero habia ido en busca de German.

Quando el cajero Boulard hubo entrado nuevamente en el recinto interior de la cárcel, se abrió la puerta del locutorio, German entró en él, y Rigollette no estuvo ya separada de su pobre protegido sino por un débil enrejado de alambre.



CAPÍTULO XIV.

-NON-

Francisco German.

Las facciones de German no tenían regularidad, pero no se podía dar una figura mas interesante que la suya; sus modales eran distinguidos, su talle esbelto, su vestido sencillo, pero limpio (un pantalon gris, y una levita negra abrochada hasta el cuello) en nada se resentia de la sórdida incuria á que se abandonan generalmente los presos; sus manos blancas y limpias manifestaban que tenia un cuidado en toda su persona, que no habia hecho mas que aumentar la aversion de los demas encarcelados hácia él; porque la perversidad moral va unida casi siempre á la sociedad física.

Sus cabellos castaños, naturalmente rizados, que llevaba largos y partidos á un lado de la frente, segun la moda reinante, hacian resaltar su rostro

pálido y abatido; sus ojos de azul hermoso anunciaban la franqueza y la bondad; su sonrisa, á la vez dulce y triste, espresaba la benevolencia y una melancolía habitual; pues, aunque jóven, este desgraciado habia ya sufrido cruelmente. En una palabra, nada mas interesante que aquella fisonomía dolorida, afectuosa y resignada, como tambiennada mas honrado ni mas leal que el corazon de aquel jóven.

La misma causa de su arresto (despojada de las calumniosas agravaciones debidas al odio de Santiago Ferrand) probaba la bondad de German, y no le acusaba de otra cosa que de un momento de imprudencia, culpable sin duda, pero perdonable, si se reflexiona que el hijo de la señora Jacinta podia reemplazar el dia siguiente por la mañana la cantidad sacada momentáneamente de la caja del escribano para salvar al lapidario Morel.

German se ruborizó ligeramente cuando al través de la reja de alambre, descubrió el lindo y fresco rostro de Rigolette.

Esta, segun su costumbre, queria aparentar alegría, para animar y distraer un poco á su protegido; pero la pobre niña disimulaba mal el pesar y la emocion que sentia continuamente desde su entrada en la cárcel.

Sentada en un banco al otro lado de la reja, tenia sobre sus rodillas su esportilla de paja.

El viejo carcelero, en lugar de permanecer á la vista del preso, fué á sentarse á una estufa en el extremo de la sala, y á los pocos momentos se durmió.

German y Rogolette pudieron, por consiguiente, hablar con entera libertad.

— Veamos, señor German, dijo la griseta acercándose á la reja todo lo posible para examinar me-

por las facciones de su amigo, veamos si estaré contenta de vuestra cara.... ¿Es menos triste? ¡Hum.... hum!... vaya.... cuidado.... porque me enfadaré.

— ¡Cuán buena sois! ¡haber venido hoy también!

— ¡También!... y esto es una reconvención.

— ¿No debiera, en efecto, reconvieniros por hacer tanto por mí.... por mí que nada puedo.... sino decir os gracias?

— Os equivocáis, señor mío; porque me causan tanto placer como á vos las visitas que os hago. A mí me tocaría, pues, el decir os gracias á mi vez.... ¡Ah.... ah! ya veis que os he pillado, señor injusto. Casi tengo ganas de castigaros de vuestras pícaras ideas, no dándoos lo que traigo para vos.

— Otra nueva atención.... ¡cómo me viciáis! ¡oh! gracias.... Perdonadme si repito tan á menudo esta palabra que os ofende.... pero no me dejais otra cosa por decir....

— Desde luego no sabeis lo que os traigo....

— ¿Qué me importa?

— ¡Vaya.... que sois gracioso!

— Sea lo que fuere, ¿no viene de vuestras manos? ¿vuestra afectuosa bondad no me colma, por ventura, de reconocimiento.... y de...?

German no concluyó la frase, y bajó los ojos.

— ¿Y de qué?... repuso Rigolette ruborizándose.

— Y de.... de afecto, balbuceó German.

— ¿Por qué no añadís en seguida y de respeto.... como el final de una carta? dijo Rigolette con impaciencia. Me engañais, no es esto lo que queriais decirme.... porque os habeis detenido repentinamente.

— Os aseguro....

— Me asegurais.... me asegurais.... bien os veo ruborizar al través de la reja.... ¿No soy, por ventura, vuestra amiguita, vuestra buena compañera?

¿para qué ocultarme cosa alguna? Sed, pues, franco conmigo; decídmelo todo... añadió tímidamente la griseta, pues no esperaba mas que una confesion de German para decirle cándidamente que le amaba.

Amor honrado y generoso que la desgracia de German habia hecho nacer.

— Os aseguro, repuso el preso lanzando un suspiro, que nada mas he querido decir.... que nada os oculto.

— ¡Vaya con el embustero!... exclamó Rigolette dando una patada en el suelo. Pues bien; ¿veis esta corbata de lana blanca que os traía?... (y la sacó de su cestilla) para castigaros de ser tan disimulado, os quedareis sin ella.... la habia hecho para vos.... me habia dicho á mí misma: debe hacer tanto frio, y haber tanta humedad en esas grandes cuadras de la cárcel, que por lo menos con esto podrá guardarse de ambas incomodidades.... ¡es tan friolero!

— ¿Como vos?...

— Si señor, sois friolero.... dijo Rigolette interrumpiéndole, lo recuerdo muy bien; y esto no quitaba sin embargo que me impidieseis, siempre por delicadeza, añadir leña á mi estufa cuando pasabais la velada conmigo.... ¡Oh, tengo buena memoria!

— Y yo tambien... ¡cuán buena sois!... dijo German con voz alterada, y pasó la mano por sus ojos.

— Vamos, os volveis á entristecer, á pesar de mi prohibicion.

— ¿Cómo quereis que no vengan lágrimas á mis ojos, al pensar en cuanto habeis hecho por mí durante mi permanencia en esta cárcel?... ¡Y esa nueva atencion, no es escesiva? ¿Por ventura no sé, en fin, que trabajais de noche para tener tiempo de venir á verme? por mi causa os imponeis un trabajo sobrado.

— ¡Eso es! compadecedme mucho por dar cada dos ó tres dias un hermoso paseo para visitar á mis amigos... yo que me muero por andar.... Es tan divertido el contemplar las tiendas todo lo largo del camino!

— ¡Y salir hoy, con este viento, con esta lluvia!

— Tanto mejor: no podeis formaros una idea de las raras figuras que se encuentran. Los unos se cogen el sombrero con ambas manos de miedo que el viento no se lo lleve; los otros, mientras que su paraguas hace como el tulipan, hacen visages increíbles, cerrando los ojos mientras que la lluvia les azota el rostro.... Esta mañana, durante todo el camino, parecia una comedia.... Contaba con hacerlos reir al referiroslo.... pero no quereis siquiera desarrugar un poco vuestra frente....

— No es culpa mia.... perdonadme; pero las buenas impresiones que os debo, se convierten en profundo enternecimiento.... Bien lo sabeis, no tengo el genio alegre.... y es mas fuerte que yo....

Rigolette no quiso manifestar que á pesar de su jovial parlería, estaba muy próxima á participar de la emocion de German; y apresurándose á variar de conversacion, repuso:

— Siempre decis que es mas fuerte que vos; pero hay todavía muchas cosas mas fuertes que vos.... cosas que no haceis, aunque yo os lo haya pedido y suplicado, añadió Rigolette.

— ¿De qué quereis hablar?

— Quiero decir vuestra terquedad en aislaros continuamente alejándoos de los demas presos.... y no hablándoos jamás.... El carcelero acaba de decirme nuevamente que por vuestro interés debierais hacerlo.... Estoy segura de que no lo haceis.... ¿Os callais?... ¡Veis, siempre lo mismo!... No estareis

contento hasta que esos desalmados os habrán hecho mal.

— ¡Ah, no sabeis el horror que me inspiran.... ignorais todas las razones personales que tengo para huirles y execrarles, no solo á ellos, si que tambien á sus semejantes!

— Sí, creo saberlas esas razones.... he leído los papeles que habiais escrito para mí, y que he ido á buscar á vuestra habitacion despues de vuestro encarcelamiento.... Por ellos he sabido los riesgos que corrísteis á vuestra llegada á París, por haber rehusado asociaros á los crímenes del malvado que os habia educado.... Tambien sé que con motivo de la última asechanza del mismo, salísteis de la habitacion de la calle del Temple.... ocultando á todos menos á mí vuestra nueva morada para burlarles.... En aquellos papeles.... he leído tambien otra cosa, añadió Rigolette ruborizándose de nuevo y bajando los ojos; he leído cosas.... que....

— ¡Oh! que hubierais ignorado eternamente, os lo juro, exclamó vivamente German, sin la desgracia presente.... Pero os lo suplico, sed del todo generosa: perdonadme esas locuras, olvidadlas; solo en otro tiempo me era permitido el complacerme en esos delirios, aunque muy insensatos.

Rigolette habia por segunda vez procurado arrancar una declaracion de los labios de German, aludiendo á los pensamientos llenos de ternura y de pasion que este habia escrito y dedicado en otro tiempo á su memoria; pues que, como tenemos dicho, sentia constantemente por ella un vivo y sincero amor; pero para gozar de la cordial intimidad de su hermosa vecina, habia ocultado ese amor bajo el velo de la amistad.

Haciéndole mas tímido aun y mas desconfiado la desgracia, no podia imaginarse que Rigolette le

amase estando preso, y manchado con una acusacion terrible, cuando antes de las desgracias que sobre él pesaban, no le manifestaba ella sino un cariño enteramente fraternal.

La griseta, viéndose tan poco comprendida, ahogó un suspiro, esperando mejor ocasion para abrir á German el fondo de su corazon.

Repuso, pues, con embarazo:

— ¡Dios mio! Conozco muy bien que la sociedad de semejantes hombres debe causaros horror, pero con todo, esto no es una razon para esponerse á peligros inútiles.

— Os aseguro que á fin de seguir vuestras órdenes, he procurado muchas veces dirigir la palabra á los que me parecian menos criminales; ¡pero si supieseis qué lenguaje usan! ¡Qué hombres tan repugnantes son!

— ¡Ay, es cierto, eso debe de ser terrible!

— Pues aun hay otra cosa peor, y es, que conozco que me voy poco á poco acostumbrando á esas conversaciones que, á pesar mio, oigo todo el dia; sí, actualmente escucho con taciturna apatía los horrores que durante los primeros dias me causaban la mayor indignacion; así es que, os lo confieso, comienzo á dudar de mí, exclamó con amargura.

— ¡Oh, señor German! ¿qué es lo que decís?

— A fuerza de vivir en estos horribles lugares, nuestro espíritu llega á familiarizarse con los pensamientos mas criminales, así como nuestros odios se habituan á las groseras palabras que retumban continuamente en torno nuestro; ¡Dios mio, Dios mio! comprendo perfectamente ahora que se puede entrar aqui inocente, aunque acusado, y salir pervertido.

— Sí, pero vos no, vos no.

— Sí, yo, y otros mil veces mejores que yo. ¡Ay,

los que antes de nuestro juicio nos condenan al frecuente trato con estas criaturas odiosas, ignoran el dolor que esa disposicion funesta encierra en sí!... ignoran que, á la larga, el aire que se respira aqui se vuelve contagioso.... mortal al honor....

— Os suplico que no habléis así, no sabéis cuánto me apesadumbrais.

— Me preguntais la causa de que mi tristeza vaya en aumento: héla ahí.... No queria deciroslo.... mas un solo medio me resta para manifestaros un reconocimiento por vuestra compasion....

— Mi compasion.... mi compasion....

— Sí, y es el de no ocultaros cosa alguna.... Pues bien; os lo confieso con terror.... me desconozco.... por mas que hago para despreciar á esos miserables, para huir de ellos, su presencia, su contacto, obra sobre mí, á pesar mio.... Parece como que poseen el fatal poder de viciar el ambiente en que viven.... Paréceme que la corrupcion se va apoderando de todas las partes de mi cuerpo. Si se me absolviese por la falta que he cometido, la presencia y las relaciones de las personas honradas me llenaria de confusion y vergüenza. Todavía no he llegado á tener un placer en estar entre mis compañeros; mas sí á temer el dia en que me hallaré entre los hombres de bien.... y esto porque conozco mi debilidad.

— ¿Vuestra debilidad?

— Mi cobardía....

— ¿Vuestra cobardía? ¿Qué ideas, pues, son estas tan injustas que abrigais para con vos mismo, Dios mio?

— ¿Acaso no es ya cobarde y culpable un hombre, en el mero hecho de entrar en transacciones con los deberes y la debilidad? Pues bien, yo me hallo en esa posicion.

— ¡Vos, vos!

— Sí, yo. Al entrar aquí.... no desconocía la magnitud de mi falta, por escusable que pudiese ser. Pues bien, en la actualidad me parece menor: oyendo continuamente á esos ladrones y asesinos hablar de sus crímenes con cínico descaro ó con orgullo feroz, me acontece algunas veces llegar á envidiar su audáz indiferencia, y á burlarme amargamente de los remordimientos que me atormentan por un delito tan insignificante.... comparado con sus crímenes.

— Y en eso teneis razon: vuestra accion, lejos de ser reprehensible, es generosa; vos teniais la seguridad de poder volver al dia siguiente el dinero que tomabais solo por algunas horas, á fin de salvar á una familia entera de la ruina, quizá de la muerte.

— No importa: á los ojos de la ley, á los de las personas honradas, es un robo. Sin duda aminora el delito el fin con que se roba; empero ya veis que es un sintoma funesto el verse obligado, para escusarse ante uno mismo, á entrar en comparaciones... Yo no puedo ponerme al nivel de las gentes sin mancha.... Heme, pues, forzado á ponerme en parangon con las gentes degradadas con quienes vivo.... Asi á la larga.... no me queda duda que la conciencia se embota, se endurece.... y mañana cometeré un robo, no con la seguridad de poder devolver la suma que habré sustraído con un fin laudable, sino por codicia, creyéndome aun sin duda inocente al compararme con el que asesina para robar.... Y sin embargo, actualmente hay entre mí y un asesino, tanta distancia como entre mí y un hombre irreprochable.... De modo que porque existen séres mil veces mas degradados que yo, mi deshonor va debilitándose á mi vista.... En vez de poder decir como en otro tiempo: Soy tan hon-

rado como el mas honrado, me consolaré ahora diciendo: Soy el menos degradado de los miserables, entre quienes estoy destinado á vivir siempre.

—¿Siempre? ¿Pues no saldreis de aqui?

—¿Qué importa que sea absuelto, si estas gentes me conocen, y cuando salgan de aqui, si me hallan, me hablarán como á su antiguo compañero de cárcel? Si se ignora la justa acusacion que me ha conducido ante los tribunales; esos miserables me amenazarán con divulgarla. Ya lo veis, lazos malditos, pero actualmente indisolubles, me ligan á ellos.... mientras que si hubiese estado encerrado solo en mi celda hasta el dia de la vista de mi causa, desconocido de ellos como ellos lo hubieran sido de mí, no me hubieran asaltado estos temores que pueden paralizar las mejores resoluciones..... Y luego solo sin pensar en otra cosa que en mi falta, ella se hubiera hecho mayor á mi vista en vez de disminuir; y cuanto mas grave me hubiese parecido, mayor hubiera sido la expiacion que me habria impuesto para lo futuro.... Asi, cuanto mayor hubiese sido el delito que hubiese tenido que hacerme perdonar, tanto mas hubiera procurado hacer el bien en mi pobre esfera.... Pues cien acciones buenas pueden únicamente expiar una mala... ¿Pero pensaré jamás en purgar una falta, que en la actualidad me causa apenas un remordimiento?... Yo obedezco á una irresistible influencia, contra la cual he luchado por largo tiempo con todas mis fuerzas: habíanme educado para el mal, cedo á mi destino; y ademas, aislado, sin familia, ¿qué importa que ese destino sea honrado ó criminal? Y sin embargo, mis intenciones eran buenas y puras. Por lo mismo que habian tratado de hacer de mí un infame, experimentaba una satisfaccion profunda en decirme: Nunca he faltado al honor, y esto

me ha sido á mí mas difícil quizá que á otro alguno.... Y hoy dia, ¡ah! esto es terrible.... terrible.... exclamó el preso con una esplosion de gemidos tan dolorosos, que Rigolette profundamente conmovida, no pudo contener sus lágrimas.

Y no era extraño, pues que la espresion de la fisonomía de German al decir aquellas palabras, era lastimera, pues que no era posible dejar de simpatizar con la desesperación de un hombre virtuoso, que luchaba contra los ataques de un contagio fatal, y cuya delicadeza exagera aun el peligro tan inminente.

Nunca olvidaremos las palabras de un hombre de gran inteligencia, á las que daba tanto peso la esperiencia de veinte años, pasados en la administracion de las cárceles:

«Suponiendo que un hombre, injustamente acusado, entre completamente puro en una cárcel, siempre saldrá de ella menos honrado de lo que entró; lo que podria llamarse la primera flor de la honradéz, desaparece para siempre al solo contacto de esa atmósfera corrosiva....»

Debemos no obstante decir, que German, gracias á su probidad sana y robusta, habia luchado por largo tiempo y victoriosamente, y que presentia mas bien la proximidad del mal, que no que lo esperimentase realmente.

Sus temores al ver disminuirse su falta á sus propios ojos, probaban que conocia aun la gravedad de ella; pero la turbacion, las dudas, y las aprensiones que agitaban cruelmente esa alma honrada y generosa, no dejaban de ser ya síntomas alarmantes.

Guiada por su rectitud de espíritu, por su sagacidad de muger, y por el instinto de su amor, Rigolette adivinó lo que acabamos de decir.

Aunque enteramente convencida de que su amigo no habia perdido aun nada de su delicada probidad, temia que German, á pesar de su buen corazon, no se mostrase algun dia indiferente á lo que entonces le atormentaba con tanta crueldad.

Rigolette, enjugándose sus lágrimas, y dirigiéndose á German que tenia la frente apoyada en la reja, le dijo con acento patético, grave y casi solemne, desconocido para él hasta entonces:

— Escuchadme, German; quizás me esplicaré mal, pues no hablo tan bien como vos; pero lo que voy á deciros es sencillo y justo.... Ante todo, haceis mal en quejaros de estar aislado, abandonado....

— ¡Oh! no penseis que olvido lo que vuestra compasion ha hecho por mí.

— No ha mucho no os he interrumpido cuando habeis hablado de compasion.... mas puesto que repetís esa palabra, debo deciros que no es todo compasion lo que siento por vos.... voy á esplicaros esto del mejor modo que sepa.... Cuando éramos vecinos, os queria como á un buen hermano, como á un buen amigo; vos me haciais algunos favores; yo os pagaba como podia; vos me haciais participar de vuestras diversiones del domingo, y procuraba estar muy alegre, muy risueña para agradeceroslo.... estábamos en paz.

— ¡Oh! eso no.... yo....

— Dejadme hablar á mi vez.... Cuando os visteis precisado á dejar la casa en que viviamos.... vuestra partida me causó un pesar mucho mas grande que la de mis otros vecinos.

— ¿Seria cierto?...

— Sí, porque los otros eran personas felices, á quienes ciertamente debia hacer mucha menos falta que á vos, y ademas, no se habian resignado á entrar en la clase de amigos, hasta despues de ha-

berles repetido cien veces que nunca serian otra cosa.... Mientras que vos comprendisteis al instante lo que debíamos ser el uno para el otro. A pesar de eso, pasabais á mi lado todo el tiempo de que podiais disponer.... me enseñasteis á escribir, me disteis buenos consejos, un poco graves, porque eran saludables; en fin, fuisteis el vecino mas afectuoso.... y el único que nada me pedisteis en cambio de ello.... Hay mas: al dejar la casa me disteis una gran prueba de confianza.... ¡Comunicar á una jóven como yo un secreto tan importante, vaya, eso me llenó de orgullo!... Asi es, que cuando me vi separada de vos, os tenia mucho mas presente en mi memoria, que á todos mis demas vecinos.... Lo que os digo es la pura verdad, pues ya sabeis que nunca miento.

— ¡Seria posible!... ¿Me habriais distinguido de los demas?...

— Ciertamente, y á no haberlo hecho hubiera tenido un mal corazon.... Sí, decíame á mí misma: nadie iguala en bondad al señor German, no tiene mas defecto que ser un poco serio.... pero eso no importa; si tuviese una amiga que quisiese casarse para ser muy feliz, ciertamente le aconsejaria que tomase por marido al señor German.... pues vivir con él, seria para una muger buena y honrada vivir en el paraiso.

— ¡Pensabais en mí!... ¡en favor de otra!... dijo tristemente German.

— Asi es; me hubiera alegrado en extremo veros hacer un casamiento feliz, pues os apreciaba como á un buen amigo. Ya veis que soy franca, todo os lo digo.

— Y os lo agradezco con toda mi alma; es un consuelo para mí el saber que me preferiais entre todos vuestros amigos.

— En esto estábamos, cuando acaecieron vuestras desgracias.... Entonces fué cuando recibí vuestra tierna y melancólica carta, en que me instruiais de lo que llamabais vuestra falta, que yo, que soy una ignorante, encuentro ser una bella y buena acción; entonces fué cuando me pedisteis que fuese á vuestro aposento á recoger los papeles que me instruyeron de que me habiais amado siempre, sin haberos atrevido á decírmelo. Aquellos papeles en que leí (y Rigolette no pudo contener sus lágrimas) que pensando en mi porvenir, que una enfermedad ó la falta de trabajo podían hacer tan penoso y desgraciado, me dejabais, si pereciais de muerte violenta, como podiais temer, lo poco que habiais recogido á fuerza de trabajo y de economía.

— Sí, porque si viviendo yo, os hubiese faltado el trabajo, ó hubieseis caído enferma, á mí es á quien os hubierais dirigido antes que á otro alguno, ¿no es cierto? ¡asi lo esperaba! Decid, decid: ¿no es verdad que no me he equivocado?

— Es muy sencillo, ¿á quién quereis que lo hubiese hecho?

— ¡Oh! mirad, esas palabras son de aquellas que hacen mucho bien, que consuelan.... que consuelan de innumerables pesares.

— No puedo espresar lo que sentí al leer ¡qué triste palabra! aquel testamento: en el que cada línea contenía un recuerdo para mí, ó un pensamiento acerca de mi porvenir, y sin embargo, no debía tener conocimiento de estas pruebas de vuestro afecto, hasta que hubieseis dejado de existir.... ¡Vaya, que quereis! al ver una conducta tan generosa, ¿qué tiene de particular que el amor entre de repente?... es muy natural que asi sea, ¿no es cierto señor German?

La jóven dijo estas últimas palabras con una na-

turalidad tan patética y tan franca, fijando sus rasgados ojos en German, que este no comprendió de pronto á Rigolette, tan distante estaba de creerse amado de ella.

Sin embargo, sus palabras eran tan precisas, que el eco de ellas resonó en el fondo del alma del prisionero; su rostro se puso encendido y pálido alternativamente, y exclamó:

—¿Qué decis?... temo.... ¡oh, Dios mio!... tal vez me equivoco.... yo....

—Digo que en el momento que os vi ser tan bueno conmigo, en que os vi tan desgraciado, os amé de otro modo que á un amigo, y que si ahora alguna de mis compañeras quisiese casarse, dijo Rigolette sonriéndose, y poniéndose colorada, no es ya con vos con quien la aconsejaría que lo hiciese, señor German.

—¡Me amais vos.... me amáis!

—Preciso es que yo os lo diga.... puesto que no me lo preguntáis vos.

—¡Seria posible!

—Creo que no he dejado de ponerlos dos veces en disposicion de comprenderlo.... pero ya se vé, el caballerito no quiere entender las cosas á medias, y me precisa á confesarle este secreto.... Tal vez es mal hecho.... pero como solo vos podeis afearme mi descaro, tengo menos cuidado.... Y despues, añadió Rigolette con un tono mas grave, y con tierna emocion.... no ha mucho me parecisteis tan triste, tan desesperado, que no he querido fijar la atencion en ello; he tenido el amor propio de creer que esta confesion, hecha francamente, y desde el fondo de mi alma, os evitaría el ser desgraciado en lo sucesivo.... y me he dicho: hasta ahora he sido tan poco feliz en mis esfuerzos para lograr distraerle ó consolarle.... mis golosinas le quitaban el apetito; mi

alegría le hacia llorar ; esta vez , cuando menos.... ¡ah , Dios mio!... ¿qué teneis? exclamó Rigolette, viendo á German ocultar el rostro entre sus manos. ¡Ya veis si esto es ó no cruel! por mas que haga.... por mas que diga.... permanecéis siempre desgraciado.... ¡esto es ser ya demasiado malo , y demasiado egoísta!... parece que solo sois vos el que sufrís por vuestros pesares.

—¡Ay.... qué desgraciado soy! exclamó German con desesperacion ; me amais , cuando no soy ya digno de vos.

—¿Cuándo no sois ya digno de mí?... lo que decís no es muy justo.... es lo mismo que si yo digese que en otro tiempo no era digna de vuestra amistad , porque habia estado en la cárcel ; porque tambien yo he estado presa ; ¿y soy por eso menos honrada?

—Pero vos fuisteis encerrada porque erais una pobre jóven abandonada.... mientras que yo , ¡Dios mio , qué diferencia!

—Por último , en cuanto á lo de la cárcel , no tenemos nada que echarnos en cara.... nunca. Yo soy la ambiciosa , si acaso.... porque , en mi clase , solo deberia pensar en casarme con un artesano.... Soy una jóven desamparada.... nada poseo mas que mi cuarto y mi buen humor.... y sin embargo , vengo á proponeros atrevidamente que me tomeis por muger.

—¡Ay.... esa suerte hubiera sido en otro tiempo el sueño , la felicidad de mi vida! pero en la actualidad , bajo el peso de una acusacion infamante.... abusaria de vuestra magnánima generosidad.... de vuestra compasion , que os estravia talvez.... no , no.

—Pero , ¡Dios mio , Dios mio! exclamó Rigolette con dolorosa impaciencia , os digo que no es compasion lo que siento por vos , es amor.... No pienso

ya mas que en vos.... ni duermo, ni cómo.... vuestra fisonomía triste y dulce me sigue á todas partes. ¿Esto es compasion? Ahora, cuando me hablais, vuestra voz, vuestras miradas me llegan al corazon. Hay mil cosas en vos que ahora me gustan con delirio, y que antes no habia observado. Amo vuestro rostro, amo vuestros ojos, amo vuestra figura, amo vuestro talento, amo vuestro corazon; ¿es esto tambien compasion? ¿por qué despues de haberos querido como amiga, os adoro como amante? no lo sé. ¿Por qué era loca y alegre entonces, y ahora estoy siempre triste? tampoco lo sé. ¿Por qué he tardado tanto en encontraros á la vez bello y bueno.... en amaros con los ojos y el corazon?... lo ignoro.... ó mejor, sí.... lo sé.... es que he descubierto cuánto me amabais sin habérmelo dicho jamás; cuán generoso y apasionado erais.... Entonces el amor me ha subido del corazon á los ojos, como brota en ellos una dulce lágrima cuando uno está enternecido.

— Verdaderamente creo soñar al oiros hablar así...

— ¡Ah! sí, tampoco hubiera creido yo nunca que habria tenido valor para deciros todo esto; sin embargo, vuestra desesperacion me ha obligado á ello. Pues bien, German: ahora que sabeis que os amo como mi amigo, como mi amante, como mi marido, ¿direis aun que es compasion?

Los generosos escrúpulos de German se desvanecieron por un instante ante esa confesion tan franca y animosa.

Una inesperada alegría le sacó de sus dolorosas preocupaciones.

— ¡Me amais! exclamó, os creo; vuestro acento, vuestra mirada, todo me lo asegura. No quiero preguntarme cómo he merecido semejante dicha; me abandono á ella ciegamente. Con mi vida, con

toda mi vida no podría pagárosla. ¡Ah, mucho he sufrido, pero este momento lo borra todo!

—Vamos.... por último.... he logrado consolarnos.... ¡Oh! estaba cierta de que lo obtendría.... exclamó Rigolette con un raptó de hechicera alegría.

--¡Y en medio de los horrores de una cárcel, cuando todo me amenaza, es cuando semejante felicidad!...

German no pudo concluir.... Esta idea le recordaba la realidad de su posición; sus escrúpulos, olvidados por un momento, se hicieron más crueles que nunca, y continuó con desesperación:

—Pero yo estoy preso.... acusado de robo.... seré condenado tal vez.... ¿y aceptaría vuestro valeroso sacrificio? ¿me aprovecharía de vuestra generosa exaltación?... ¡Oh, no, no soy tan infame como todo eso!

—¿Qué decís?

—Puedo ser sentenciado á muchos años de encierro.

—Pues bien, contestó Rigolette con calma y firmeza; verán que soy una jóven honrada, y no nos negarán el permiso de casarnos en la capilla de la cárcel....

—Mas puedo ser encerrado lejos de París....

—Cuando sea vuestra muger, os seguiré y me estableceré en la ciudad en que vos esteis, encontraré trabajo, é iré á veros todos los dias.

—Pero estaré deshonorado á los ojos de todos....

—¿Y no me amais más que á todos?

—¿Podeis preguntármelo?

—¿Entonces qué os importa? Lejos de estar deshonorado á mis ojos, os miraré como el mártir de vuestro buen corazón.

—Pero el mundo os acusará, el mundo condenará y calumniará vuestra elección.

— ¡El mundo! vos sois el mundo para mí y yo para vos; dejaremos que hable.

— Por último, cuando salga de la cárcel, mi vida será precaria, miserable; rechazado de todos, tal vez no encontraré ocupacion; y despues, es una idea horrorosa, mas si esa corrupcion que temo llegase á apoderarse de mí.... ¡qué porvenir os esperaba!

— No, vos no os corrompereis, no, porque ahora sabeis que os amo, y este pensamiento os dará fuerza para resistir á los malos ejemplos.... pensareis que aun cuando todos os repeliesen al salir de la cárcel, vuestra muger os acogeria con amor y reconocimiento, segura de que habriais permanecido hombre de bien.... Este lenguaje os admira, ¿no es verdad? tambien á mí.... No sé de dónde saco lo que os digo... seguramente del fondo de mi alma... y por consiguiente debe convenceros.... si no, si despreciais una oferta que os hago con todo mi corazón, si no aceptais el afecto de una pobre jóven que no....

German interrumpió á Rigolette con apasionada embriaguéz.

— Pues bien; acepto.... acepto; sí, lo conozco, hay algunas veces cobardía en rehusar ciertos sacrificios, y es reconocerse indigno de ellos.... Acepto, noble y animosa jóven.

— ¿De veras? ¿esta vez es positivo?

— Os lo juro.... ademas, me habeis dicho una cosa, que me ha llegado al corazón, y me ha comunicado el valor que me faltaba.

— ¡Qué felicidad! ¿qué es lo que he dicho?

— Que por vos debia permanecer siendo honrado.... Sí, en este pensamiento hallaré fuerza para resistir á las detestables influencias que me rodean... Arrostraré el contagio, y sabré conservar, digno de

vuestro amor, este corazón que os pertenece.

— ¡Ah, German, cuán feliz soy! ¡Si algo he hecho por vos, cómo me recompensais!

— Además, aun cuando vos escuseis mi falta, yo no olvidaré su gravedad.... doble será el fin de mi futura vida, expiar lo pasado, y merecer la felicidad que os debo.... Para lograrlo haré el bien que pueda, para lo cual nunca dejan de presentarse ocasiones, por pobre que uno sea.

— ¡Ay, Dios mio! es cierto, siempre existen seres mas desgraciados que uno.

— A falta de dinero....

— Se dan lágrimas: lo que yo hacia con los Morel.

— Y es una santa limosna. La caridad del alma, vale tanto como la que proporciona pan.

— En fin, aceptais.... ¿no os desdecireis jamás?

— ¡Oh! nunca, nunca amiga mia, mi esposa, sí, vuelvo á cobrar valor, me parece salir de un sueño, ya no dudo de mí, felizmente, me engañaba sobre mí mismo. Mi corazón no latiria como late si hubiese perdido algo de su noble energía.

— ¡Oh, German, cuán hermoso sois cuando hablais asi!... ¡cuánto me tranquilizais, no por mí, sino por vos mismo! Asi, pues, me lo prometeis, ¿no es cierto? ¿ahora que contais con mi amor para defenderos, no temereis ya hablar á esos malvados á fin de no escitar su cólera contra vos?

— No temais.... al verme triste y postrado, me acusarian sin duda de estar sometido á mis remordimientos, viéndome orgulloso y alegre, creerán que participo de su cinismo....

— Es cierto; no sospecharán ya de vos, y estaré tranquila.... Asi nada de imprudencias.... ahora me perteneceis.... soy vuestra mugercita....

En este momento, el carcelero hizo un movimiento, se despertaba.

— ¡Pronto! dijo en voz baja Rigolette, con una sonrisa llena de gracia y púdica ternura, ¡pronto! dadme un cariñoso beso en la frente, á través de la reja.... estos serán nuestros esponsales.

Y la jóven, ruborizándose, apoyó su frente en el enrejado de hierro: German, profundamente conmovido, rozó con sus labios, á través de él, aquella frente pura y blanca.

Una lágrima del preso rodó por ella como una perla húmeda.... ¡Patético bautismo de este amor casto, melancólico y hechicero!.....

— ¡Oh, oh, han pasado ya tres horas! dijo el vigilante levantándose, y las visitadoras no pueden estar aquí mas que dos.... Vamos, mi querida señorita, añadió dirigiéndose á la costurera.... es una lástima; pero es preciso despedirse....

— ¡Oh! gracias, gracias, por habernos dejado así hablar solos.... he dado valor á German, se pondrá sobre sí, para no manifestar mas ese aire apesadumbrado, y no tendrá ya nada que temer de sus infames compañeros: ¿no es así, amigo mio?

— Quedad tranquila, dijo German sonriéndose, en lo sucesivo seré el mas alegre de la cárcel.

— Me alegro; entonces ya no harán alto en vos, dijo el carcelero.

— Hé aqui una corbata que he traído á German, repuso Rigolette; ¿es preciso depositarla en la alcaidía?

— Esa es la costumbre; mas puesto que he faltado al reglamento, una cosa mas ó menos.... vamos, sea el dia completo; dadle vos misma pronto vuestro regalo.... y diciendo esto, abrió la puerta del pasillo.

— Este buen hombre tiene razon; el dia será completo, dijo German recibiendo la corbata de manos

de Rigolette, que estrechó tiernamente entre las suyas.... Adios, y hasta que nos volvamos pronto á ver. Ahora ya no temo pedirlos que lo hagais lo mas pronto posible....

—Ni yo prometéroslo.... adios, buen German.

—Adios, mi buena amigueta.

—Y servíos de mi corbata; temed tener frio.... ¡hace tanta humedad!

—¡Qué linda es! ¡cuando pienso que la habeis hecho para mí! ¡oh! no me la quitaré nunca, dijo German acercándosela á sus lábios.

—¡Ah!... ahora ya vais á tener apetito, confio en ello. ¿Quereis que os haga un regalito?

—Ciertamente.... y esta vez no quedará intacto.

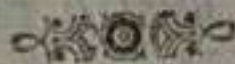
—Entonces estad tranquilo, señor goloso; ya me dareis noticias de ello. Vamos, adios otra vez.... Gracias por vuestra bondad, señor carcelero; hoy me voy muy feliz y muy confortada.... Adios.... German.

—Adios, mi querida mugercita.... hasta dentro de poco.

—Hasta la vista.....

.....
Algunos minutos despues, habiendo Rigolette cogido su paraguas, y puéstose sus zuecos, salió de la cárcel mucho mas alegre de lo que habia entrado en ella.

Durante la conversacion de German y la griseta, habian tenido lugar otras escenas en uno de los patios de la cárcel, al que conduciremos al lector.



CAPÍTULO XV.



EL CALABOZO DE LOS LEONES.

Si bien el aspecto material de una vasta casa de reclusion, construida con todas las condiciones de comodidad y salubridad que la filantropía reclama, no ofrece á la vista, lo hemos dicho ya, nada de siniestro, la vista de los presos causa una impresion contraria.

Apodérase de uno invencible tristeza y compasion cuando se halla en medio de una reunion de mugeres presas, al pensar que esas desgraciadas son siempre impelidas al mal, menos por propio instinto ó voluntad, que por la perniciosa influencia del primer hombre que las ha seducido.

Ademas, las mugeres mas criminales conservan aun en el fondo de su alma dos santas cuerdas que

las violentas sacudidas de las pasiones mas detestables y fogosas no rompen jamás enteramente.... EL AMOR Y LA MATERNIDAD.

Hablar del amor y de la maternidad, equivale á decir que, en esas miserables criaturas, algunos puros y dulces rayos de luz pueden iluminar aun las negras tinieblas de una profunda corrupcion.

Mas en los hombres, tales cuales la prision los forma y arroja al mundo.... no existe influencia alguna que se asemeje á aquellos.

Es el crimen que vive y muere tal.... es un pedazo de cobre, susceptible solo de encenderse al fuego de las pasiones infernales.

Asi, á la vista de los criminales que llenan las cárceles, se apodera de uno un estremecimiento de horror y espanto.

Unicamente la reflexion conduce á ideas mas compasivas, pero de gran amargura, si, de gran amargura, porque se reflexiona que las siniestras reuniones de las cárceles y presidios.... que la sangrienta cosecha del verdugo.... germinan en el fango de la ignorancia, de la miseria y del embrutecimiento.

Para comprender esta primera impresion de horror y espanto de que hablamos, siganos el lector al calabozo de los Leones, que asi se llama un patio de los de la Fuerza.

Alli se reunen comunmente los presos mas peligrosos por sus antecedentes, por su ferocidad, ó por lo grave de las acusaciones que pesan sobre ellos.

Sin embargo, á consecuencia de ciertos trabajos urgentes, emprendidos en uno de los departamentos de la Fuerza, habia sido necesario encerrar alli temporalmente otros muchos presos.

Estos, aunque igualmente sujetos á las resoluciones del tribunal del crimen, podian pasar casi

todos por personas honradas, comparados con los huéspedes habituales del calabozo de los Leones.

El cielo oscuro, nublado y lluvioso, alumbraba tristemente la escena que vamos á describir, y que tenia lugar en medio de un patio, asáz vasto, cuadrilátero, y formado por unas altas paredes blancas, provistas de algunas ventanas enrejadas.

En uno de los extremos de ese patio, se veía una estrecha puerta con postigo, en el otro, el ingreso á una grande sala enlosada, en cuyo centro habia un calorífero de bronce rodeado de bancos de madera, en donde estaban perezosamente tendidos muchos presos charlando entre sí.

Otros, prefiriendo el ejercicio al reposo, se paseaban por el patio, marchando en hileras compactas, á cuatro ó cinco de frente, cogidos por los brazos.

Seria preciso poseer el enérgico y sombrío pincel de Salvator ó de Goya, para trazar esos diversos tipos de fealdad física y moral, para describir en su asqueroso capricho la variedad de trages de esos desdichados, cubiertos la mayor parte de andrajosos vestidos; pues que estando solo acusados, es decir, supuestos inocentes, no llevaban puesto el uniforme de las casas centrales; vestíanlo, sin embargo, algunos, en atencion á que á su ingreso en la cárcel, sus harapos habian parecido tan sucios é infectos, que despues del baño de costumbre (1), les habian dado el pantalon y chaqueta de paño burdo de los sentenciados.

Un frenologista hubiera observado atentamente

(1) Por efecto de una excelente medida higiénica, cada preso, á su arribo, y luego dos veces cada semana, es conducido á la sala de baños de la cárcel, y sus vestidos sujetos á una fumigacion sanitaria. Para un artesano, un baño caliente es un refinamiento de lujo inaudito.

aquellos rostros macilentos y curtidos con frentes aplastadas ó chatas, mirada cruel ó insidiosa, boca sardónica ó estúpida, y enorme nuca; casi todos ofrecían horrorosas semejanzas bestiales.

En las astutas facciones de este se distinguía la páfida sutileza de la zorra; en las de aquel la rapacidad sanguinaria del ave de rapiña; en las de esotro la ferocidad del tigre; en algunos, por fin, la torpe estupidéz del bruto.

La marcha circular de aquella banda de séres silenciosos de miradas atrevidas y rencorosas, y risa insolente y cínica; empujándose los unos contra los otros en el fondo del patio, especie de pozo cuadrado, ofrecía cierto aspecto particularmente siniestro.

Causaba un doloroso estremecimiento el pensar que aquella horda feróz seria de nuevo soltada, dentro un dado tiempo, en ese mundo al que habia declarado ella una guerra implacable.

¡Cuántas venganzas sangrientas, cuántos proyectos homicidas incuban siempre bajo aquellas apariencias de perversidad burlona y desvergonzada!

Describiremos algunas de las fisonomías mas notables del calabozo de los Leones, para que el lector se forme una idea de las demas.

Mientras que un capatáz vigilaba los paseantes, en el cuarto de la estufa tenia lugar una especie de conciliábulo. Entre los presos que asistian á él, veíanse Barbillon y Nicolás Marcial, sugetos ya conocidos.

El que parecia, segun se dice, presidir y dirigir la discusion, era un preso llamado por apodo el *Esqueleto* (1), cuyo nombre se ha oido pronunciar inuchas veces en casa los de Marcial.

(1) Sobre este particular tenemos un escrúpulo. En este año un pobre diablo llamado Decure, culpable solo de vagabundería, ha

El esqueleto era preboste ó cabo del cuarto de la estufa.

Este hombre de talla asaz elevada, de unos cuarente años de edad, justificaba su lúgubre apodo por una flaqueza de que es imposible formarse una idea, y que nosotros llamaríamos casi osteológica...

Si la fisonomía de los compañeros del Esqueleto ofrecía mas ó menos analogía con la del tigre, del buitre ó de la zorra, la forma de su frente escurrida hácia atrás, y de sus mandíbulas huesosas, chatas y prolongadas, sostenidas por un cuello desmesuradamente largo, imitaban completamente la conformacion de la cabeza de la serpiente.

Una calvicia absoluta aumentaba aun esa asquerosa semejanza; porque bajo la piel rugosa de su frente casi chata como la de un reptil, se distinguian las menores protuberancias, las mas infimas suturas de su cráneo: en cuanto á su rostro imberbe, figurémonos un pergamino viejo, inmediata-

sido condenado á un mes de cárcel: ejercia en efecto, en una féria, el oficio de *esqueleto ambulante*, visto su estado de increíble y espantosa delgadéz. Este tipo nos ha parecido curioso y lo hemos esplotado; empero el verdadaro Esqueleto no tiene ningun punto de contacto moral con nuestro personaje ficticio. Hé aquí un fragmento del interrogatorio de Decure:

«El presidente: ¿Qué estabais haciendo en el pueblo de Maisons, cuando os arrestaron?»

R. Estaba haciendo, segun la profesion que ejerzo de *esqueleto ambulante*, toda clase de ejercicios para divertir á la juventud; reduzco mi cuerpo al estado de esqueleto, muevo mis huesos y músculos á voluntad, trago arsénico, sublimado corrosivo, sapos, arañas, y en general toda clase de insectos, asi como fuego y aceite hirviendo; me lavo por dentro; y llámanme á París á lo menos una vez cada año, los médicos mas célebres, tales como los señores Dubois y Orfila, para hacerme hacer toda clase de experimentos con mi cuerpo, etc.»

(Gaceta de los Tribunales.)

mente pegado á los huesos de la cara, y solo un tanto distendido desde la salida de los pómulos hasta el ángulo de la mandíbula inferior, cuya adherencia se percibía distintamente.

Los ojos pequeños y bizcos estaban tan profundamente encajados, el arco superciliar así como los pómulos eran tan prominentes, que bajo la frente amarilla, sobre la que se reverberaba la luz, veíanse dos órbitas sumidas en la sombra, y á corta distancia los ojos parecían desaparecer en el fondo de esas dos cavidades oscuras, de esos dos agujeros negros que comunican tan fúnebre aspecto á una cabeza de esqueleto. Sus largos dientes, cuyas eminencias laveolares se dibujaban perfectamente bajo la curtida piel de sus huesosas y aplastadas mejillas, se presentaban casi incesantemente á la vista por efecto de una contracción habitual.

Aun cuando los músculos corroidos de aquel hombre estuviesen casi reducidos al estado de tendones, poseía una fuerza extraordinaria. Los mas robustos resistían difícilmente al apretón de sus largos brazos ó de sus largos dedos descarnados.

Hubiérase dicho que era el formidable abrazo de un esqueleto de hierro.

Llevaba una chaqueta azul en extremo corta, que permitía ver, y fundaba él en ello su vanidad, sus nudosas manos, y la mitad de su antebrazo, ó mejor dos huesos (el radio y el cúbito, perdónesenos esta anatomía) cubiertos de una piel áspera y negruzca, separados entre sí por una profunda ranura, do serpenteaban algunas venas duras y secas como cuerdas.

Cuando ponía sus manos sobre una mesa, parecía, según una metáfora bastante exacta de Vinagrillo, un juego de huesos.

El Esqueleto, después de haber pasado quince

años en el presidio por robo con conato de homicidio, habia logrado escaparse, pero habia sido otra vez cogido en flagrante delito de robo y asesinato.

Este último crimen habia sido cometido con circunstancias agravantes de tanta ferocidad, que, atendida la reincidencia, este bandido se consideraba ya anticipadamente, y con razon, como condenado á muerte.

La influencia que ejercia el Esqueleto sobre los demas presos por su energía, por su fuerza y por su perversidad, habian dado lugar á que el director le nombrase cabo de cuadra; es decir que el Esqueleto estaba encargado de la policia de su cuadra, en la parte relativa al arreglo, orden y limpieza de la sala y camas; funciones que cumplia perfectamente, y nunca los presos se atrevian á faltar á los cuidados y deberes cuya vigilancia se le habia encargado.

¡Cosa estraña y significativa!

Los directores de cárceles mas inteligentes, despues de haber probado á investir de las funciones de que hablamos á los presos recomendables aun por cierta honradéz, ó cuyos crímenes eran menos graves, se han visto precisados á renunciar á esa eleccion lógica y moral sin embargo, y nombrar para cabos á los mas corrompidos y temibles; siendo los únicos que tienen un poder real sobre sus compañeros.

Asi, repitámoslo otra vez aun, cuanto mas audacia y cinismo muestre un culpable, tanto mas atendido será, y por decirlo asi respetado.

Este hecho, probado por la esperiencia y sancionado por las elecciones forzadas de que hablamos, ¿no es un argumento irrefragable contra el vicioso proceder de la reclusion en comun?

¿No demuestra hasta la evidencia la intensidad

del contagio que se apodera mortalmente de los presos de quienes seria dable esperar aun alguna probabilidad de rehabilitacion?

Sí, porque ¿de qué serviría pensar en el arrepentimiento, en la enmienda, cuando en ese pandemio en que se deben pasar largos años, y quizá la vida entera, se conoce la influencia de medios por el número de maldades?

Repitámoslo: ¿se ignora, pues, que el mundo exterior y la sociedad humana no existen ya para el preso?

Indiferente á las leyes que los rigen, adquieren necesariamente las costumbres de los que les rodean; y estando reservadas todas las distinciones de la cárcel para la superioridad del crimen, naturalmente tenderá siempre hácia esa feroz aristocracia.

Volvamos al Esqueleto, cabo de cuadra, que conversaba con otros muchos presos, entre los cuales, como hemos dicho, figuraban Barbillon y Nicolás Marcial.

—¿Estás seguro de lo que dices? preguntó el Esqueleto á Marcial:

—Sí, y mil veces sí; el señor Micou lo sabe por el Cojo-gordo, que quiso ya matar á este pícaro porque habia *buhado* (1) á alguno.

—Entonces, córtesele la nariz, y concluyamos: no há mucho, el Esqueleto estaba ya porque se le diese una friega en las espaldas á ese soplon de German.

El cabo de cuadra sacó por un momento la pipa de la boca, y dijo con voz tan honda y escrupulosamente ronca, que apenas se le oía:

—No hay duda que German nos espiaba.... pues cuanto menos se habla, mas se escucha; era pre-

(1) Denunciado.

ciso, pues, obligarle á que tomase las de villadiago del calabozo de los leones.... en cuanto le hubiésemos sangrado.... le hubieran sacado de aqui.

—Y bien.... en ese caso, dijo Nicolás, ¿qué habremos ganado?

—¿Qué? repuso el Esqueleto; ¡oh! si ha buhado, como dice el Cojo-gordo, no por eso dejará de llevar su paga.

—Entonces, corriente, dijo Barbillon.

—Es preciso hacer un escarmiento, dijo el Esqueleto animándose poco á poco, no es la policia la que nos descubre sino los *buhos* (1); Santiago y Andres á quienes gillotinaron el otro dia.... buhados.... Rousillon, condenado á galeras perpetuas.... lo mismo.

—¿Y yo, y mi madre, y Calabaza, y mi hermano de Tolon? exclamó Nicolás, ¿no hemos sido todos buhados por el Zurdillo? ¡No hay duda de ello.... pues que en lugar de encerrarlo aqui le han enviado á la Roquete! No se han atrevido á ponerle con nosotros.... porque conocia lo que él esperaba.... pícaro.

—¿No ha hecho lo propio conmigo, el Zurdillo? dijo Barbillon.

—¿Pues y yo? dijo un jóven preso de voz meliflua, ceceando de un modo afectado; Jobert, un hombre que me habia propuesto un negocio en la calle de San Martin, ¿no me ha buhado tambien?

Este último personage de voz flautada, de rostro pálido, rollizo y afeminado y de mirar insidioso y cobarde, iba vestido de un modo muy singular; llevaba en la cabeza un pañuelo encarnado que permitia ver dos mechass de cabellos rubios aplastados sobre las sieness; las dos puntass de aquel, formaban

(1) Denunciador.

un lazo muy abierto encima de su frente; y por corbata un cuello de merino blanco, con rayas verdes, cruzado en el pecho; su chaqueta de paño color de café, desaparecía debajo la estrecha cintura de un ancho pantalon de tejido escocés de cuadros anchos de varios colores.

— ¡Qué indignidad! ¡es preciso que sea uno un ruin! añadió este personaje de voz dengonsa. Nada del mundo me hubiera hecho desconfiar de Jobert.

— Sé muy bien que él te ha denunciado, Javotte, contestó el Esqueleto que parecía proteger particularmente á este preso; la prueba es que han hecho con él lo que con el Zurdillo.... no se han atrevido á dejarle aquí.... le han encerrado en la Conserjería.... Pues bien; es preciso que esto se concluya.... es necesario hacer un escarmiento, lo repito.... los falsos hermanos hacen las veces de policía.... creen tener seguro el pellejo, porque les maten en otra cárcel.... separados de los que han buhado....

— Es verdad.

— Para impedirlo, pues, es preciso que los presos miren á todo buho como á un enemigo de muerte; que haya buhado á Pedro ó á Santiago, aquí ó en otra parte, nada importa, á él; cuando se habrá enfriado á tres ó cuatro en los patios.... los otros se morderán la lengua dos veces antes que *destebrechar á los churi* (1).

— Tienes razon, Esqueleto, dijo Nicolás; es preciso, pues, que empecemos por German.

— No te dé cuidado, repuso el cabo; mas esperamos primero que llegue el Cojo-gordo.... y cuando nos haya probado á todos que es un buho, nada

(1) Denunciar á los ladrones.

habrá ya que decir.... El buho dejará de cantar, le suprimiremos la respiracion.

— ¿Y cómo lo haremos, si los celadores nos están vigilando siempre? dijo el preso á quien el Esqueleto llamaba Javotte.

— Tengo mi plan.... Vinagrillo nos servirá.

— ¿El? es muy cobarde.

— Y mas débil que una pulga....

— Basta, yo me entiendo, ¿en dónde está?

— Habia vuelto del locutorio, pero acaban de venirle á buscar para ir á *garrar con el alivio* (1).

— ¿Y German, está todavía en el locutorio?

— Sí, con aquella jóven que viene á verle.

— En cuanto baje, estar atentos. Mas será preciso esperar á Vinagrillo, nada podemos hacer sin él.

— ¿Sin Vinagrillo?

— Sí ...

— ¿Y tendrá lo que merece German?

— Yo respondo de ello.

— ¿Pero con qué? ¿si nos quitan nuestros cuchillos al entrar aqui!

— ¿Y estas tenazas? ¿meterías tu cuello dentro de ellas? dijo el Esqueleto abriendo y cerrando sus largos dedos descarnados y duros como el hierro.

— ¿Le ahogará?

— Asi, asi....

— Pero ¿y si saben que eres tú?

— ¿Y qué? ¿Acaso soy yo un ternero de dos cabezas como los que enseñan en la feria?

— Es verdad, solo una vez le sierran á uno el gaznate, y puesto que tú estás seguro de pasar por ello....

— Archi-seguro: mi abogado me lo dijo ayer.... Fui cogido con la mano en el bolsillo, y el cuchillo

(1) Charlar con el abogado.

en la garganta del *Corvado* (1).... soy reincidente, de modo, que es negocio concluido.... Enviaré mi cabeza al seron de *Charlot* (2), á ver si es cierto que hurta á los condenados, y que pone serrin en lugar del salvado que nos concede el gobierno....

— Es cierto, el guillotinado tiene derecho á salvado.... Mi padre fué tambien robado.... ¡protesto y reclamo! dijo Nicolás Marcial con zumba feróz.

Esta abominable chanza hizo reir á carcajadas á los presos.

Semejantes escenas son espantosas.... mas lejos de exagerar, disminuimos aun el horror y soez embrutecimiento de estas conversaciones, tan comunes en las cárceles.

Sin embargo, es preciso, lo repetimos, que se tenga una idea, y aun debilitada, de lo que se dice y hace en esas terribles escuelas de perdicion, de cinismo, de robo y asesinato. Es necesario que se sepa el audáz é impúdico desdén con que casi todos los grandes criminales hablan de los mas terribles castigos que puede imponerles la sociedad. Entonces se comprenderá tal vez, la urgencia de sustituir á esas penas impotentes, á esas reclusiones contagiosas, el único castigo, capáz de aterrar á los facinerosos mas desalmados y atrevidos, como vamos á demostrarlo.....

Los presos del calefactorio se habian, pues, puesto á reir á carcajadas.

— ¡Mil rayos! gritó el Esqueleto; quisiera que vieses nuestra alegría ese monton de *varis* (3) que creen hacernos poner mal gesto delante de su guillotina.... No tienen mas que hacer que venir á la

(1) Del muerto.

(2) El verdugo.

(3) Jueces.

Barrera de Santiago, el día del beneficio de mi representación. Me verán hacer la mueca al público, y decir á Charlot con voz sesuda: ¡Tío Sanson, cuerda, si os place! (1).

Nuevas risas....

— El hecho es, que la cosa no dura mas del tiempo necesario para tragarse un sorbo de agua.... Charlot tira de la cuerda....

— Y os abre la puerta para ir á hacer una visita al diablo, dijo el Esqueleto con la pipa aun en la boca.

— ¡Bah! ¿y crees tú que hay diablo?

— ¡Qué tonto! lo digo en broma.... Allí no hay mas que un tajo, una cabeza que se pone debajo.... y nada mas. Asi como asi, ya que sé cuál es mi camino, y que debo ir á parar al *Borne* (2), lo mismo se me dá marchar hoy que mañana, dijo el Esqueleto con exaltacion salvaje; ya quisiera estar allí.... salto de alegría solo al pensar la gente que habrá para verme.... Lo menos unos cuatro ó cinco mil, que se empujarán y codearán para estar bien colocados; se alquilarán sillas y ventanas como para una fiesta. Me parece ya que los oigo gritar: ¡Sillas para alquilar.... sillas para alquilar! y luego habrá tropa, caballería é infantería, todo el aparato por completo, y todo por mí, por el Esqueleto.... ¡hem! ¿no es asi, amigos? Hé ahí motivos suficientes para cobrar bríos. Aun cuando fuese uno tan cobarde como Vinagrillo, bastaria eso para hacerle marchar con ánimo... Todos esos ojos que os miran os enardecen el corazón, y al fin y al cabo, el trago no dura mas que

(1) Para comprender el sentido de este horrible chiste, es preciso saber que la cuchilla resbala por entre las escotaduras de la guillotina, despues de haber sido puesta en movimiento por medio de un resorte al que está unida una cuerda.

(2) La guillotina.

un instante.... y se muere como hombre de pro.... esto daña y desconcierta á los *clunes* (1), y alienta á los *choris* (2) á arrostrar la muerte.

—Es verdad, contestó Barbillon, á fin de imitar la horrible fanfarronada del Esqueleto; creen hacernos miedo, y haberlo dicho todo con mandar á Charlot armar su tienda en provecho nuestro.

—¡Ah, bah! dijo Nicolás á su turno; ¡qué nos importa la tienda de Charlot! nos burlamos de ella lo mismo que de la cárcel ó del presidio; con tal de que los amigos estemos siempre juntos, viva la alegría hasta morir.

—Por ejemplo, dijo el preso de la mugeril voz, lo terrible sería que nos encerrasen en celdas noche y día, y dicen que á eso vendremos á parar.

—¡En celdas! exclamó el Esqueleto con una especie de terror mezclado de cólera; no hables de eso.... ¡En una celda.... solo, entre cuatro paredes.... solo.... sin tener amigos con quien reír!... ¡Vamos, imposible! Prefiero mil veces el presidio central, porque allí en vez de estar encerrado se anda libre, se ve gente, se va, se viene y se *garla* con la chusma.... Hasta estimaría más poner mi cuello mil veces á disposición de Charlot, que no estar encerrado en una celda un solo año.... Ya sabéis que estoy seguro actualmente de que ese será mi destino, ¿no es verdad? Pues bien, si me dijeran: ¿Quieres mejor estar encerrado en una celda un solo año?... tendería el gaznatè sin discurrir.... ¡Estar solo un año!... ¿y es posible?... ¿En qué quieren que piense uno cuando está solo?

—¿Y si te encerrasen por fuerza en una celda?

—No permanecería en ella.... tanto haría, que lograría al fin escaparme, dijo Esqueleto.

(1) Los jueces.

(2) Los ladrones.

—¿Pero si no pudieses.... si vieses que era imposible?...

—Mataria al primero que me viniese á la mano para ser guillotinado....

—¿Y si en lugar de condenar á los asesinos á muerte.... se les impusiese la pena de estar encerrados en una celda toda su vida?... Esta reflexion pareció aterrar al Esqueleto, que contestó despues de un momento de silencio:

—Entonces no sé lo que haria.... Me romperia la cabeza contra las paredes, me dejaria morir de hambre antes que permanecer en la celda.... ¡Cómo! solo.... ¿solo toda mi vida conmigo, sin esperanzas de salvarme? Os digo que no es posible.... Mirad, no hay nadie mas animoso que yo; sangraria á un hombre por seis blancas, y aun por nada... por el honor.... Se cree que no he asesinado mas que á dos personas.... pero si los muertos hablasen, cinco hay que podrian dar cuenta del modo como trabajo. El bandido se jactaba. Esas sanguinarias baladronadas, son tambien uno de los rasgos caracteristicos de los malvados endurecidos.

Un alcaide, director de una cárcel, nos decia:

«Si los pretendidos asesinatos de que esos desgraciados se vanaglorian, fuesen ciertos, la poblacion estaria diezmada.»

—Lo mismo que yo, replicó Barbillon para jactarse á su vez: se cree que solo he despachado al marido de la lechera de la Cité; empero he servido á otros muchos en compañía de Roberto el alto, que fué guillotinado el año pasado.

—Os decia eso, repuso el Esqueleto, para daros á entender que no temo al diablo ni al fuego; pues bien; si estuviese en una celda, y sin esperanza de poderme salvar nunca.... ¡mil rayos! creo que tendria miedo....

—¿De qué? preguntó Nicolás.

—De estar solo.... contestó el preboste.

—De modo que si tuvieses que volver á empezar tu oficio de robar y asesinar, y en vez de cárceles, presidios y guillotinas, no hubiese mas que celdas, ¿retrocederías ante el mal?

—A fé mia.... sí.... tal vez.... contestó el Esqueleto, (histórico.)

Y decia verdad.... No es fácil imaginarse el grande terror que inspira á semejantes bandidos la sola idea del aislamiento absoluto.

¿Ese terror, no es tambien un elocuente argumento en favor de dicho castigo?

Pero hay mas aun: la pena del aislamiento, tan temida de los malvados, traería trás sí, quizá forzosamente, la abolicion de la pena de muerte.

Hé aqui cómo:

La generacion criminal que absolutamente puebla las cárceles y presidios, considerará la aplicacion del sistema celular como un suplicio intolerable. Acostumbrados á la perversa animacion de la prision en comun, de la que hemos procurado trazar algunos rasgos, aunque con débiles colores; pues, lo repetimos, nos hemos visto precisados á retroceder ante monstruosidades de todo género; esos hombres, decimos, viéndose amenazados, en caso de reincidencia, con ser secuestrados del mundo infame, do expian tan alegremente sus crímenes, y ser puestos en celdas, solos, frente á frente con los recuerdos de lo pasado.... esos hombres se estremecerán á la idea de ese castigo espantoso. Muchos preferirán la muerte. Y para hacerse reos de la pena capital, no retrocederán ante el asesinato.... porque ¡cosa rara! entre diez criminales que quieran desembarazarse de la vida, los nueve matarán para ser muertos, y el otro se suicidará.

Entonces, lo repetimos, sin duda desaparecerá de nuestros códigos ese vestigio de una legislación bárbara; y á fin de quitar á los asesinos ese último refugio, que creerán encontrar en la nada, se abolirá forzosamente la pena de muerte.

¿Pero el aislamiento celular perpétuo ofrecerá una reparación, un castigo bastante formidable para algunos grandes crímenes, tales como el paricidio, entre otros? Es posible evadirse de la cárcel mas bien guardada, ó á lo menos se tiene siempre esperanza de hacerlo; es, pues, preciso no dejar á los criminales de que hablamos, ni esa posibilidad ni esa esperanza.

Así, la pena de muerte que no tiene mas objeto que el de desembarazarse la sociedad de un sér perjudicial.... la pena de muerte, que proporciona muy raras veces á los condenados tiempo para arrepentirse, y nunca el de rehabilitarse por la expiación; la pena de muerte, que unos sufren exánimes y casi privados de conocimiento, y arrostran otros con espantoso cinismo, será tal vez reemplazada por un castigo terrible, pero que facilitará al condenado tiempo para arrepentirse, para expiar su falta, y no separará violentamente de este mundo una criatura de Dios....

La ceguera pondrá al asesino en la imposibilidad de evadirse, y de dañar en lo sucesivo á nadie.

La pena de muerte, pues, en este su único fin, quedará eficazmente reemplazada.

Porque la sociedad no mata en nombre de la ley del Talion, no mata para hacer sufrir, pues que ha escogido entre los suplicios el que le ha parecido menos doloroso (1), y sí solo en nombre de su propia seguridad.

(1) Mi padre, el doctor Juan José Sue, creía lo contrario; una

Ahora bien; ¿qué se puede temer de un ciego encarcelado?

Por último, ese aislamiento perpétuo, endulzado por medio de caritativas conversaciones con personas honradas y piadosas que se dedicarían á esa benéfica misión, permitirían al asesino rescatar su alma á beneficio de largos años de remordimientos y contrición.....

.....
Un gran tumulto, y las bulliciosas exclamaciones de alegría de los presos que se paseaban por el patio, interrumpieron el conciliábulo presidido por el Esqueleto.

Nicolás se levantó precipitadamente, y se dirigió hácia la puerta, á fin de enterarse de la causa de aquel inesperado rumor.

—Es el Cojo, exclamó volviendo á entrar.

—¿El Cojo, dijo el preboste, y German ha bajado al locutorio?

—Aun no, contestó Barbillon.

—Que se despache pues, repuso el Esqueleto; le prometo un ataúd nuevo.

El Cojo, cuya llegada era acogida por los presos del Calabozo de los Leones con ruidosa alegría, y cuya delacion podia ser tan funesta á German, era un hombre de estatura mediana: á pesar de su gordura y enfermedad, parecia ágil y vigoroso.

Su fisonomía, bestial como la mayor parte de las de sus compañeros, se aproximaba mucho al tipo del dogo: su frente deprimida, sus ojuelos leonados, sus megillas fláxidas, sus macizas quijadas, de las cuales la inferior muy saliente estaba armada de

série de observaciones interesantes y profundas acerca el particular, publicadas por él, tienden á probar, que el *pensamiento sobrevive algunos minutos á la degollacion instantánea*. Esta sola probabilidad hace estremecer de horror.

largos dientes, ó mejor de garfios mellados, que en varios parages sobresalian de los lábios, hacian mas viva y sensible aun esa semejanza animal: llevaba en la cabeza una gorra de piel de nutria, y encima de sus hombros una capa azul con cuello de pieles.

El Cojo habia entrado en la cárcel en compañía de otro hombre de unos treinta años, cuyo rostro moreno y curtido parecia de un sér menos degradado que los otros presos: aun cuando afectase el mismo descaro que su compañero, algunas veces su cara tomaba un tinte sombrío, y se sonreía amargamente...

El Cojo se hallaba, como vulgarmente se dice, en su elemento, y apenas podia contestar á las felicitaciones y á los cumplidos de bienvenida que de todas partes le dirigian.

—¡Vamos, por fin estás ya aqui, Cojo del demonio!... Tanto mejor.... ahora sí que reiremos....

—Solo tú nos hacias falta....

—Mucho has tardado....

—No será porque no haya hecho todo lo posible para volver á ver á los amigos.... no es culpa mia si la policia no ha querido entrar antes en cuentas conmigo.

—Eso es muy natural, amigo, porque nadie acude por sí mismo á ponerse bajo llave; pero una vez está uno ya.... se deja esto á un lado, y procura divertirse.

—Tienes un competidor, pues que Vinagrillo está aqui.

—¡Mi antiguo compañero de Melun! ¡bravo, bravo, bravo! nos ayudará á pasar el tiempo con sus dichos y sus historias, y no le faltarán parroquianos, porque os notifico que tenemos nuevos reclutas.

—¿Quienes?

—Ahora mismo estuve en la alcaidía.... y mientras que me sentaban en el registro, han traído dos individuos.... Al uno no le conozco.... pero del otro, que llevaba un gorro azul de algodón y una blusa cenicienta, me parece conservar alguna idea; creo haberle visto en alguna parte, en la taberna del Conejo Blanco; un guapo mozo....

—Dime, Cojo, ¿te acuerdas de lo que te dije en Melun, que te aposté que antes de un año volverías á estar encerrado?

—Es cierto, has ganado; pero no es extraño, todas las probabilidades estaban en favor tuyo: ¿y tú qué has hecho?

—He robado á la americana.

—¡Ah! bueno, ¿siempre de la misma bota?

—Siempre.... Este paso es comun.... pero los bolos son tambien comunes, y á no ser por una borricada de mi colega, no estaria ya aqui.... ¿Qué le hemos de hacer? aprovecharé la leccion.... Cuando vuelva á empezar tomaré mis precauciones... Tengo mi plan.

—¡Hola! aqui está Cardillac, dijo el Cojo viendo dirigirse hácia él un hombre pequeño y miserablemente vestido, de fisonomía ruin, malvada y astuta, que participaba de zorra y de lobo; buenos dias, viejo....

—Vamos, bribon, respondió alegremente al Cojo el preso llamado por apodo Cardillac: todos los dias decian: Vendrá; no vendrá.... El caballero es como las chicas lindas, se hace desear....

— ¡Oh, sí, sí!

—Vamos, cuéntanos, repuso Cardillac, ¿te ha traído aqui algun lance bueno?

—A fé mia, querido, antes habia dado algunos golpes buenos, pero el último ha hecho falta.... Un negocio soberbio que por otra parte queda por

hacer. .. desgraciadamente, Frank, á quien teneis aqui presente, y yo, hemos faltado. Y el Cojo seña-
ló á su compañero, sobre quien se dirigieron todas
las miradas.

— Toma, y es cierto, este es Frank, dijo Cardi-
llac; no le habia conocido con esa barba tan larga.
¡Cómo! ¿eres tú? A la hora en que estamos, te creía,
cuando menos, alcalde de tu pueblo.... ¿Querias
hacer el honrado?...

— Era un bestia, y lo he pagado, dijo bruscamen-
te Frank; pero á todo pecado misericordia.... bue-
no es saberlo para una vez.... Mas ahora, héteme
de nuevo en la mandilada hasta morir, ¡y cuidado
cuando salga!

— Conformes; eso es lo que se llama hablar.

— ¿Pero qué es, pues, lo que te ha sucedido, Frank?

— Lo que á todo presidiario cumplido bastante
tonto para esperar, como tú dices, hacerse honra-
do.... La suerte es tan justa.... al salir de Melun
tenia una suma de novecientos y tantos francos....

— Es cierto, dijo el Cojo, todas sus desgracias
proceden de haber guardado esa suma, en lugar de
gastarla al salir de la cárcel. Vais á ver de qué sir-
ve el arrepentimiento.... y si ni aun se sacan los
gastos....

— Me enviaron de observacion á Etampes, repuso
Frank; siendo cerrajero de oficio me fuí á un maes-
tro de mi profesion, y le dije: Soy presidiario cum-
plido, y sé que semejante circunstancia es un in-
conveniente para ser recibido; mas hé aqui los no-
vecientos francos de mis ahorros; dadme trabajo,
y mi dinero será vuestra garantía; trato de ser hon-
rado....

— A fé mia, solo Frank es capáz de tener seme-
jantes ideas.

— Siempre tuvo esos golpes.

- ¡Ah, como cerrajero!
- Bufon....
- Y vais á ver el éxito que tuvo su propósito....
- Propongo, pues, en garantía al maestro cerrajero mi dinero, á fin de que me dé trabajo, y me contesta: No soy banquero para tomar dinero á interés, no quiero presidiarios cumplidos en mi tienda; yo voy á trabajar á las casas y á abrir las puertas cuyas llaves se pierden.... en mi palabra tengo un estado de confianza, y si se supiese que entre mis oficiales hay un presidiario cumplido, perderia mis parroquianos.... Buenas noches, vecino.
- ¿No es cierto, Cardillac, que habia recibido su merecido?
- Ya se ve que sí....
- ¡Qué tonto! añadió el Cojo dirigiéndose á Frank con aire paternal, cuando debias romper en seguida tu orden de permanecer en aquel punto.... y venir á París, á despachar tu dinero, á fin de quedarte sin un cuarto, y verte en la precisa necesidad de robar.... Entonces se conciben planes soberbios....
- ¿Cuándo acabarás de decirme siempre lo mismo? dijo Frank con impaciencia; es cierto, yo hice mal en no gastar aquel dinero, pues que al fin no he disfrutado de él. Pero volviendo á mi cuento; en Etampes habia cuatro cerrajeros.... el primero á quien me habia dirigido me desechó; cuando lo dije á los otros, me dijeron cual su cofrade.... Gracias.... en todas partes la misma cantinela.
- ¿Veis, amigos, de qué sirve eso?... Estamos marcados para toda la vida.
- Heme ya en la palestra sobre el empedrado de Etampes, vivo un mes á costas mias, dos, tres, repuso Frank, la plata se iba fundiendo y el trabajo no venia....
- A pesar, pues, de la vigilancia que se tenia

conmigo, me escapo de Etampes....

— Eso es lo que debiste hacer desde el principio, zopenco.

— Vengo á París, y en encuentro trabajo; mi amo no sabia quién era yo; le digo que vengo de un pueblo de provincia. No habia otro oficial mejor que yo. Coloco setecientos francos que me quedaban en casa de un agente de negocios que me da una letra; á su vencimiento, se niega á pagármela; entonces deposito mi letra en casa de un escribano.... quien persigue al deudor, y le hace pagar; dejo el dinero en su poder, y me digo: es una pera para la sed. Despues de lo dicho, encuentro al Cojo.

— Sí, amigos, y yo he sido la sed, como vais á ver: Frank era cerrajero; y por consiguiente hacia llaves; tenia yo entre manos un negocio en que podia servirme; le propongo el golpe.... Tenia unos moldes en cera; no tenia mas que hacer que trabajar sobre ellos.... esta era su parte; pero el chico se niega.... queria ser honrado. En esto, dígame á mí mismo: es preciso hacer su bien á pesar suyo.... Al efecto, escribo una carta sin firma á su amo, y otra á sus compañeros, para que sepan que Frank es un presidiario cumplido. El primero me le planta en la calle, y los segundos le vuelven la espalda. Va á trabajar á otra casa, y al cabo de ocho dias de estar en ella, repito la misma funcion.... y si á cien hubiese ido, hubiera hecho lo propio.

— Y á decir verdad, no sospeché que eras tú el que me denunciabas, repuso Frank; á haberlo sabido, te hubiera costado caro el servicio.

— ¡Toma! no soy tan torpe; por eso te digo que me marchaba á Lonjumeau á ver á mi tío, pero me quedé en París, y sabia cuanto hacias por Ledru.

— Por fin, me despiden de casa de mi último amo cerrajero, como un pícaro bueno solo para ser ahor-

cado. Trabajad , pues ; sed pacífico , para que en cámbio os digan , no.... ¿qué haces? sino.... ¿qué has hecho? En tal estado, dígame á mí mismo : Felizmente me queda mi bolsillo para esperar. Voy á casa del escribano , pero habia tomado soleta , y con él mi dinero , de modo que me quedé sin un cuarto.... no tenia con qué pagar al ama una semana de la habitacion en que vivia. ¡Habiais de ver mi rabia! Entonces me encuentro con el Cojo-gordo , que finge llegar de Lonjumeau ; se aprovecha de mi cólera.... yo no sabia á qué clavo asirme.... veía que no era posible ser honrado ; que una vez entrado en la mandilada , era para toda la vida.... pero el Cojo-gordo me aguijoneó tanto....

—Que el valiente Frank no vaciló mas ; tomó su partido heroicamente , y entra en el negocio , que tenia trazas de salirnos á las mil maravillas ; desgraciadamente , en el momento en que abríamos la boca para engullirnos el bocado.... la policía nos atrapa.... ¿Qué quieres , muchacho? es una desgracia.... á no ser por esto , el oficio seria demasiado bueno.

—¿Qué le haremos?... si el picaro del escribano no me hubiese robado.... no estaria aqui.... dijo Frank con rabia concentrada.

—¡Bah , bah! repuso el Cojo ; ¿acaso eras mas feliz cuando te descrismabas todo el dia trabajando?

—Era libre.

—Sí , el domingo , y aun cuando no habia trabajo urgente ; pero el resto de la semana estabas encadenado como un perro , y eso sin la seguridad de encontrar colocacion.... Vaya , tú no conoces tu felicidad.

—Tú me la enseñarás , dijo Frank con amargura.

—Con todo , debemos ser justos , tienes motivo para estar apesarado ; lástima es que el golpe haya

salido mal, era soberbio, y lo será dentro de dos ó tres meses, que la cosa habrá quedado olvidada, y podrá volverse á emprender. ¡Es una cosa rica! A mí me condenan siempre por haber infringido la sentencia, no podré hacerlo; mas si encuentro un aficionado, se la cederé á bajo precio.... los moldes están en casa de mi hembra; no habrá mas que hacer que construir llaves nuevas; con las noticias que yo podré dar, la cosa marcha por sí sola.... Podia, y puede darse aun alli un golpe de dos mil francos; esto debe, pues, consolarte, Frank.

El cómplice del Cojo meneó la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, y se calló.

Cardillac tomó al Cojo por el brazo, le llevó á un rincon del patio, y le dijo despues de un momento de silencio:

—¿El negocio que no has podido llevar á cabo es bueno aun?

—Dentro de dos meses tan bueno como uno nuevo.

—¿Puedes probarlo?

—¡Pardiez, yo lo creo!

—¿Cuánto quieres por él?

—Cien francos anticipados, y diré la palabra convenida con mi hembra para que entregue los moldes, con los que se volverán á hacer llaves falsas; ademas si el golpe tiene buen éxito, quiero un quinto de la ganancia, que se pagará á aquella.

—Es muy justo.

—Como yo sabré la persona á quien habrá dado los moldes, si se me garfiñase una parte, la denunciaría: tanto peor....

—Estarias en tu derecho si te burlasen.... pero en la mandilada.... si es honrada... es preciso contar los unos con los otros.... á no ser asi, no habria negocios posibles.

Otra anomalía de esas horribles costumbres..... Aquel miserable decía verdad.

Es muy raro que los ladrones falten á la palabra que se dan en estipulaciones de semejante naturaleza..... Estos criminales contratos se efectúan con una especie de buena fé generalmente, ó mejor diremos á fin de no prostituir las ideas y las palabras, que la necesidad obliga á los bandidos á cumplir sus promesas; porque si faltasen á ellas, como decía el compañero del Cojo, no habria negocios posibles.

Un gran número de robos se dan, se compran y se urden así en las cárceles, otra detestable consecuencia de la reclusion en comun.

—Si lo que dices es cierto, continuó Cardillac, podría tomar por mi cuenta el negocio... No existen pruebas contra mí... estoy seguro de ser puesto en libertad; antes de quince dias compareceré ante el tribunal, y saldré á la calle: supongamos que tarde veinte, con el tiempo preciso para hacer las llaves falsas, adquirir noticias etc., es un mes ó seis semanas.....

—Justamente lo indispensable para que los enemigos se repongan de su alarma.... Además, el que ha sido atacado una vez, cree que ya no lo volverá á ser mas, como tú lo sabes.

—Sí, ya lo sé, queda por mio el negocio.... convenido.

—¿Pero tendrás con qué pagarme? Yo quiero arras.

—Toma, hé aqui mi último boton; y aun cuando no haya mas, hay todavía, dijo Cardillac arrancando uno de los botones cubiertos de cinta verde, que adornaban su miserable gaban azul.... Despues, rasgando la cinta con sus uñas, enseñó al Cojo que el alma del boton era una pieza de cuarenta francos.

—Ya ves que me será fácil darte prendas cuando habremos hablado del asunto.

—Entonces tócala, viejo, dijo el Cojo. Puesto que vas á salir pronto y tienes fondos con que trabajar, podré proporcionarte otra cosa; pero son cabellos de ángel, verdaderos cabellos de ángel, un negocio que mi muger y yo hace dos meses que estamos alimentando, y que no espera mas que el empuje... Supon una casa en un barrio estraviado, un piso bajo que da por un lado á una callejuela desierta y por otra á un jardin, y dos personas viejas que se acuestan como las gallinas. Desde las asonadas, temiendo que los robasen, han ocultado bajo unos ladrillos una tinaja llena de oro.... Mi muger es la que lo ha descubierto todo haciendo garlar á la criada.... Mas te prevengo que este negocio será mas caro que el otro.... está ya cocido y á punto de comer.

—No te dé cuidado, ya nos arreglaremos... ¡Pero veo que no has perdido el tiempo desde que salistes de la central!

—Sí, no me ha ido del todo mal.... he atrapado de aqui y de allá unos mil y quinientos francos: uno de los mejores bocados fué la culebra de dos mugeres que vivian en la misma casa que yo, en el pasadizo de la Cerveceria.

—¿En casa del señor Micou el encubridor?

—Cabal.

—¿Y Josefina, tu muger?

—Sigue siendo siempre un buen huron. Hace los mandados en casa de aquella gente vieja de que te he hablado, y ella es quien olfateó la tinaja de ojos de buey.

—Es una muger de pro.

—Me vanaglorio de ello.... A propósito, ¿conocias á la Mochuelo?

— Sí, y ya Nicolás me ha contado el caso: el Dómine la despachurró, y se volvió él loco.

— Tal vez por efecto de haber perdido la vista, no sé por qué accidente.... Conque mi viejo Cardillac, quedamos convenidos; pues que tomas por tu cuenta mis negocios, no hablaré á nadie de ellos.

— A nadie.... quedan por míos, hablaremos de ellos esta noche.

— ¡Ah! ¿y qué es lo que se hace por aquí?

— Se ríe y bromea de lo lindo.

— ¿Quién es el cabo de la cuadra?

— El Esqueleto.

— A ese no se la pega nadie. Vile en casa de los Marcial, en la isla del Devastador.... Cenamos en compañía de otros varios en dicha isla.

— A propósito: Nicolás está aquí.

— Ya lo sé; el señor Micou me lo había dicho.... se queja de que Nicolás le ha hecho aflojar algo, pícaro viejo, ahora me tocaría á mí también mi turno.... Los encubridores.... son para eso.

— Hablábamos del Esqueleto, ahí le tienes cabalmente, dijo Cardillac mostrando a su compañero al cabo que apareció á la puerta del calefactorio.

— El Cojo acude al llamamiento, dijo el Esqueleto.

— Presente.... contestó este entrando en la sala acompañado de Frank, á quien cogió por el brazo.

Durante la conversacion del Cojo-gordo, Frank y Cardillac, Barbillon habia ido por orden del cabo á reclutar á quince presos de confianza. Estos, para no despertar las sospechas del celador, se habian dirigido por separado al calefactorio.

Los demas permanecieron en el patio, y aun algunos, siguiendo el consejo de Barbillon, se pusieron á hablar en voz alta, con tono enojado, para

llamar la atención del celador, y distraer así la vigilancia que podía ejercer en el calefactorio, en donde se hallaron presto reunidos el Esqueleto, Barbillon, Nicolás, Frank, Cardillac, el Cojo-gordo y unos quince presos mas, esperando con impaciente curiosidad que el cabo tomase la palabra.

Barbillon, encargado de avisar la aproximacion del vigilante, se situó cerca de la puerta.

El Esqueleto, sacando la pipa de la boca, dijo al Cojo:

— ¿Conoces á un jóven llamado German, de ojos azules, cabellos negros, y aire de hombre honrado?

— ¡Está aquí German! exclamó el Cojo cuyas facciones espresaron de repente la sorpresa, el odio y la cólera.

— ¿Segun eso le conoces? preguntó el Esqueleto.

— ¿Si le conozco? replicó el Cojo, amigos, os le denunció.... es un soplon.... es preciso acabar con él....

— Sí, sí, contestaron los presos.

— ¡Ah, bah! ¿estamos ciertos de que sea así? preguntó Frank, ¿y si nos equivocásemos?... ¡matar á un hombre que no lo merece!

Esta observacion disgustó al Esqueleto, que se inclinó hácia el Cojo y le dijo al oido:

— ¿Quién es ese?

— Un hombre con quien he trabajado.

— Estás seguro de él.

— Sí; pero no es hombre bilioso, es flemático.

— Basta.... no le quitaré los ojos de encima.

— Veamos cómo German es un soplon, dijo un preso.

— Explicate, Cojo, añadió el Esqueleto, que no perdía de vista á Frank.

— El caso es el siguiente, dijo el Cojo: un nantés, llamado el Velludo, ha educado á ese jóven, cuyo

nacimiento se ignora. Cuando tuvo la edad suficiente, le hizo entrar en Nantes en casa de un banquero, creyendo meter el lobo en el redil, y servirse de German para llevar á cabo un soberbio negocio que hacia mucho tiempo tenia pensado; y dos cuerdas tenia su arco.... una letra falsa, y el alivio de la caja del banquero.... pudiendo ganarse entre los dos golpes unos cien mil francos.... Todo estaba pronto; el Velludo contaba con el jovenzuelo como consigo mismo; ese galopin dormia en el mismo cuarto en que estaba la caja, y el Velludo le comunicó su plan.... German no contestó que sí ni que no; dió cuenta de todo á su amo, y la misma noche se marchó á París.

Oyéronse violentos murmullos de indignacion entre los presos, y amenazadores palabras.

—Es un soplon.... es preciso romperle los huesos.

—Si se quiere, yo le buscaré; camorra, y le mataré....

—Es preciso firmarle en el rostro el pasaporte para el otro mundo.

—Silencio.... gritó el Esqueleto con acento imperioso.

Los presos se quedaron mudos.

—Continúa, dijo el cabo al Cojo, y prosiguió fumando.

—Creyendo que German habia accedido, y contando con su auxilio, el Velludo y dos de sus amigos intentan dar el golpe aquella misma noche; pero el banquero estaba prevenido: uno de los amigos fué cogido en el acto de escalar una ventana; mas tuvo la dicha de evadirse.... Llegó á París, furioso por haber sido buhado por German, y haberle fallado tan soberbio negocio. Un dia encontró al jóven, mas era en mitad de la mañana, y por consiguiente no se atrevió á hacerle nada; pero le siguió; se enteró

en dónde vivía , y una noche, el Velludo, el Ledru y yo caemos sobre German.... Desgraciadamente, se nos escapa.... Desierta de la calle del Temple, donde vivía , y despues no hemos podido hallarle; mas si está aquí , pido....

—Nada tienes que pedir , dijo el Esqueleto con autoridad.

El Cojo guardó silencio.

—Yo tomo este asunto á mi cargo.... tú me cedes la pelleja de German , y le desuello.... no en balde me he llamado Esqueleto.... estoy muerto anticipadamente.... mi sepultura está hecha en Clamart; nada arriesgo , pues , en trabajar en favor de los choros ; los soplones devoran mas número de los nuestros que la policia ; ponen los soplones de la Force en la Roqueta.... y los de la Roqueta en la Consergeria , y se creen asi á salvo. Cuando cada cárcel haya muerto un soplon , sea donde fuere que haya soplado , los demas tendrán buen cuidado de no hacer mas aire.... yo daré el ejemplo , y los demas me imitarán.

Todos los presos, admirando la resolucion del Esqueleto , se apiñaron en torno suyo : el mismo Barbillon , en lugar de permanecer junto á la puerta, se unió al grupo, y no se apercibió de que un nuevo preso entraba á tomar parte en la conferencia.

Este último , con una blusa cenicienta , y un gorro de algodón azul con dibujos de lana encarnada , calado hasta los ojos , hizo un movimiento al oír pronunciar el nombre de German ; despues fué á mezclarse entre los admiradores del Esqueleto, y aprobó vivamente con la voz y el gesto la criminal decision del preboste.

—¡Vaya si es valiente el Esqueleto!... decia uno; ¡qué soberano!

—El diablo no le aventaja en malicia.

—Eso es lo que se llama un hombre.

—Si todos los chori tuviesen una cabeza así, ellos serian los que juzgarian y harian guillotinar á los tontos honrados.

—Y seria muy justo, cada uno á su vez....

—Sí.... pero no nos entendemos....

—Lo mismo da.... hace un gran servicio al chori; en viendo que se les enfria, los soplonés no soplarán mas.

—Eso es seguro.

—Y puesto que el Esqueleto sabe de positivo que le han de cortar la cabeza, nada le cuesta quitar el aire al soplon.

—Yo encuentro que no es justo matar á ese hombre, dijo Frank.

—¡Qué, qué! repuso el Esqueleto con voz enojada: ¿no tenemos derecho de despachar para el otro mundo á un traidor?

—Sí en verdad, si es un traidor, lo merece pues, dijo Frank despues de un momento de reflexion.

Estas últimas palabras y la garantía del Cojo, calmaron la desconfianza que Frank habia suscitado entre los presos; solo el Esqueleto perseveró en ella.

—Vamos, ¿y qué haremos con el celador? di pues, muerto por adelantado, pues tan bien te sienta este nombre como el de Esqueleto, dijo Nicolás con aire zumbon.

—Y bien, le tendremos ocupado en otra parte.

—O si no, le retendremos por fuerza.

—Sí.

—No.

—¡Silencio! dijo el Esqueleto, y todos callaron.

—Escuchadme bien, continuó el cabo con ronca voz; mientras el celador esté en el calefactorio ó en el patio, no es posible dar el golpe. No tengo cu-

chillo, el soplon se resistirá, y habrá algunos gritos ahogados.

—¿Entonces, cómo?... —

—Del modo siguiente: Vinagrillo nos ha prometido contarnos hoy despues de la comida su historia de Gringalet y Corta-en-dos. Ya veis que llueve, nos retiraremos todos aqui dentro, y el soplon irá á ponerse en aquel rincon, como tiene de costumbre. Daremos algunos sueldos á Vinagrillo para que empiece su historia.... Es la hora en que todos los empleados de la cárcel van á comer. El celador nos verá tranquilamente ocupados en escuchar las parruchas de Gringalet y Corta-en-dos, no desconfiará, y se irá á dar una vuelta por la cantina. En cuanto haya salido del patio, tendremos un cuarto de hora por nuestro, y el soplon estará sin vida antes que haya vuelto el celador. Yo me encargo de ello.... he estrujado á otros muchos mas duros que él.... por consiguiente no quiero que nadie me ayude.

—¡Alto! exclamó Cardillac, ¿y el cajero que viene á charlar con nosotros aqui á la hora de comer? Si entra en el calefactorio para escuchar á Vinagrillo, y vé el juego que vamos á hacer con German, es capaz de pedir socorro.... ¡Cuidado que no es mozo fiado, es un mandria!....

—Es verdad, dijo el Esqueleto.

—¿Hay un cajero aqui? preguntó Frank, que como hemos dicho ya, era víctima de un abuso de confianza del señor Boulard: ¿hay aqui un cajero? volvió á exclamar sorprendido. ¿Y cómo se llama?

—Boulard, dijo Cardillac.

—¡Ese es el que yo busco! exclamó Frank cerrando los puños: él es quien me robó mi dinero.

—¿El cajero? preguntó el capatáz.

—Sí, setecientos veinte francos que cobró por mí.

— ¿Le conoces? ¿te ha visto él? preguntó el Esqueleto.

— ¿Si me ha visto? ¡yo lo creo! á no ser por él no estaria yo aqui.

Este sentido recuerdo sonó mal al Esqueleto; clavó un buen espacio sus ojos bizcos en Frank, que contestaba á algunas preguntas de sus camaradas, é inclinándose luego al oido del Cojo-gordo, le dijo en voz baja:

— Ese mozo es capáz de dar parte de nuestro negocio á los carceleros.

— No, yo respondo de que no denunciará á nadie; pero no está muy fuerte en el vicio, y seria capáz de querer defender á German.... Mejor seria alejarle del patio.

— Basta, dijo el Esqueleto, y añadió luego en alta voz: Conque dí, Frank, ¿no serás hombre para arreglarle su cuenta á ese canalla de cajero?

— Dejadle que venga, ya se la tengo preparada.

— Prepárate, pues, porque va á venir.

— Ya lo estoy, dejadlo, que no se me escapará.

— Ahí se armará una riña, y mandarán al cajero á su celda, y á Frank al calabozo, dijo el Esqueleto al oido del Cojo-gordo: asi quedamos libres de entrambos.

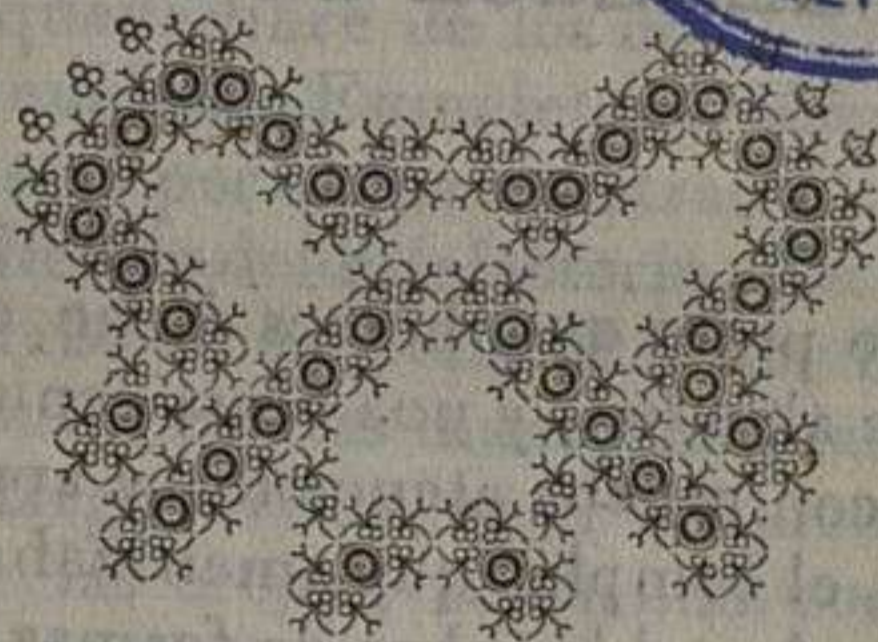
— ¡Magnífica idea! ¡Si ese Esqueleto sabe mas que Lepe! dijo el bandido admirado; y luego añadió en alta voz: ¿Y avisaremos á Vinagrillo de que nos aprovecharemos de su cuento para embaucar al carcelero, y *embarahustar al soplon?* (1).

— No, Vinagrillo es un mandria y poltron; si supiese esto no contaria su cuento; pero una vez dado el golpe, tomará su partido.

(1) Matar al delator.

La campana que llamaba á la comida interrumpió estos discursos.

— ¡Al rancho, al rancho! exclamó el Esqueleto: Vinagrillo y German van á entrar en el patio. ¡Atencion, camaradas! me llaman muerto por adelantado; pero yo os prometo que el soplon está muerto por adelantado tambien.



La campana que llama a la comida...
Al vacio, al rancho, el rancho...
Vinagrillo y German van a estar en el patio...
Algoles, canchales, me llaman mucho por ser...
batao; pero yo es pronto que el rancho esta...
mucho por adelantado tambien.



CAPÍTULO XVII.



EL NARRADOR DE CUENTOS.

El nuevo preso que hemos dicho que traía un casquete de algodón, y una blusa cenicienta, habia escuchado con mucha atencion, y aprobado enérgicamente el complot que amenazaba la vida de German.... Aquel hombre de formas atléticas, salió del calefactorio con los otros presos, sin que reparasen en él, y pronto se mezcló á los diferentes grupos que se empujaban al rededor de los repartidores de comida, que traían carne cocida en cacerolas de cobre, y el pan en grandes cestos. A cada preso se le daba un pedazo de vaca cocida que habia servido para hacer el caldo de la sopa de la mañana, acompañado de medio pan de mejor

calidad que el de municion (1). Los presos que tenían algún dinero, podían comprar vino en la cantina, é ir á beber un sorbo en ella, segun el lenguaje de la cárcel; y los que, como Nicolás, habían recibido viveres de afuera, improvisaban un banquete, al que convidaban á los demas presos. Los convidados del hijo del ajusticiado fueron el Esqueleto, Barbillon, y por indicacion de este, Vinagrillo, á quien querian disponer bien á charlar.

Encima de uno de los bancos del calefactorio fueron colocados el jamon, los huevos duros, el queso y pan blanco, debidos á la liberalidad forzada de Micou, el encubridor; y el Esqueleto se preparó á honrar aquella comida, sin inquietarse por el asesinato que iba á cometer á sangre fria.

— Vé á ver si llega Vinagrillo. Mientras viene la hora de matar á German, mato el hambre y la sed; no te olvides de decir al Cojo, que es menester que Frank se agarre del cajero, para que el calabozo de los Leones quede libre de los dos.

— Pierde cuidado, Esqueleto; si Frank no lo despluma, no será por culpa nuestra.

Y salió Nicolás del calefactorio. En el momento mismo, entraba en el patio el señor Boulard, fumando un puro, con las manos metidas en los bolsillos de su largo leviton, y el casquete de punta, calado hasta las orejas, sonriendo con semblante expansivo: inmediatamente reparó en Nicolás, quien

(1) Tal es el régimen alimenticio de las cárceles: por la mañana recibe cada preso por almuerzo, una taza de sopa de aceite ó caldo, del cual tiene media azumbre; la comida consiste en un pedazo de libra de vaca sin hueso, ó una racion de legumbres, como judías, patatas etc., sin que se le dé dos dias seguidos la misma clase de ellos. Seguramente que en nombre de la humanidad tienen derecho los presos á este alimento sano y casi abundante.... Pero lo repetimos, la mayor parte de artesanos, los mas laboriosos y arreglados, no comen carne y sopa de caldo diez veces al año.

por su parte buscaba tambien á Frank con los ojos.

Frank y el Cojo comian sentados en uno de los bancos del patio, y no habian podido ver el cajero, al cual estaban vueltos de espaldas. Fiel á la recomendacion del Esqueleto, viendo Nicolás de soslayo al señor Boulard que se dirigia hácia él, pasó aparentando no reparar en él, y se fué acercando á Frank y al Cojo.

—Buenos dias, camarada, dijo el cajero á Nicolás.

—¡Hola! buen señor, no os habia visto; ¿venís á dar vuestro paseo como de costumbre?

—Sí, amigo, y hoy tengo dos razones para darlo. Voy á deciros las; pero primero tomad esos cigarros.... Vamos, sin cumplimientos.... entre camaradas ¿qué diablo! no se deben hacer estas cosas.

—Gracias, señor.... Vamos á ver qué dos razones son esas que teneis para pasearos.

—Vais á saberlo. Sintiéndome sin apetito, me he dicho para mí mismo: ¡Toma! quizás si voy á ver comer á aquellos muchachos, me entre el hambre á fuerza de verles trabajar las mandíbulas.

—No es mal pensado; pero si quereis ver á dos chalanes que mascan de lo bueno, mirad á esos dos zampa-panes, y el estómago os dará unos saltos como si os hubierais engullido todo un tarro de pepinillos, dijo Nicolás conduciendo poco á poco al cajero junto al banco donde estaba Frank vuelto de espaldas.

—Vamos, vamos á ver ese fenómeno, dijo el señor Boulard.

—¡Eh, Cojo! gritó Nicolás.

Frank y el Cojo volvieron vivamente la cabeza. El cajero quedó como de piedra con tanta boca abierta, al reconocer á aquel á quien habia despojado. Frank tiró sobre el banco su pan y su comida, y se echó de un salto encima del señor Bou-

lard, á quien cogió por la garganta gritando:

— ¡Mi dinero!

— ¿Cómo?... ¿Qué?... ¡Señor, me ahogais!...
¿Yo?...

— ¡Mi dinero!

— Amigo.... oidme....

— ¡Mi dinero!... Y lo peor es que es tarde ya, porque tú tienes la culpa de que esté yo aquí.

— Pero yo.... Pero os digo....

— ¡Si voy á presidio, tú tendrás la culpa! oyes, porque si hubiera tenido lo que tú me has robado... no me hubiera visto en la necesidad de robar, y hubiera sido honrado como queria.... ¡Y te soltarán sin hacerte nada á tí!... Enbuenhora, no te harán nada, pero algo te he de hacer yo. Quiero que lles mi marca. ¡Ah, conque tienes sortijas y cadenas de oro, y robas á los pobres! Toma.... toma.... ¿tienes bastante? ¿No?... toma.... toma mas.

— ¡Socorro, socorro! gritó el cajero, rodando á los furiosos puntillones que le daba Frank.

Los otros presos, indiferentes á esta riña, se agrupaban en rededor de los dos combatientes, ó por mejor decir, del que sacudia y del que recibia; porque el señor Boulard, sofocado y aturdido, no oponia ninguna resistencia, tratando solamente de parar lo mejor que podia los golpes con que le abrumaba su contrario. Por fortuna del cajero, oyó el vigilante sus gritos, se presentó, y lo sacó de manos de Frank: el señor Boulard se levantó pálido y espantado, con una contusion en uno de sus grandes ojos; y sin pararse siquiera en recoger la gorra, exclamó corriendo hácia la puerta:

— Abrid, carcelero, abrid.... Ni un segundo mas quiero estar aquí entre esa canalla. ¡Socorro!

— Y vos, que habeis cascado al señor, venid á ver al alcaide, dijo el carcelero cogiendo á Frank por

el cuello de su chaqueta: no os librais de dos dias de calabozo.

—No me importa un bledo; ya tiene su paga, dijo Frank.

—¡Eh, cuidado! díjole en voz baja el Cojo-gordo, aparentando que le ayudaba á componerse; ni una palabra de lo que se quiere hacer con el soplon.

—Fiad en mí; quizás le hubiera defendido á estar ahí, porque matar á un hombre por tan poca cosa, es una crueldad; pero denunciaros jamás.

—Vamos, ¿á ver si quereis venir?... dijo el carcelero.

—Ya estamos libres del cajero y de Frank; ahora duro al soplon, duro con él, dijo Nicolás.

En el momento en que salia Frank del patio, entraban en él German y Vinagrillo. German estaba desconocido; su fisonomía, hasta entonces triste y abatida, estaba altiva y radiante; llevaba la frente erguida, y echó á su rededor una mirada alegre y segura. Era amado, y el horror de la cárcel desaparecia á sus ojos. Seguiale Vinagrillo con aire muy embarazado; mas al fin, despues de haber repugnado dos ó tres veces antes de acercársele, hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo, y tocó ligeramente el brazo de German, antes que se hubiese este acercado á los grupos de presos que le examinaban desde lejos con un odio solapado. Su víctima no podia escapárseles. A pesar suyo, se estremeció German al contacto de Vinagrillo, porque la facha y los harapos del antiguo jugador de cubiletes prevenian muy mal en favor suyo; pero acordándose de lo que le habia encargado Rigolette, y por otra parte sintiéndose demasiado feliz para no ser benévolo, detúvose, y dijo afectuosamente á Vinagrillo:

—¿Qué me quereis?

—Daros las gracias.

—¿De qué?

—De lo que vuestra linda visitadora quiere hacer por mi pobre hermana.

—No os comprendo, dijo German sorprendido.

—Voy á esplicároslo.... Hace un momento que he encontrado al vigilante que estaba de guardia en el locutorio....

—¡Ah! sí, un buen hombre.

—Por lo general, no corresponde bien á los carceleros eso de buen hombre.... pero con el tío Rusel es otra cosa.... merece este título.... Conque, como os decia, hace un momento que, pasando por mi lado, me dijo al oído:—Amigo Vinagrillo, bien conocéis á German.—Sí, dige yo; la víctima del patio.... Mas interrumpiéndose de pronto Vinagrillo, dijo á German: Perdonad, señor, si os he llamado la víctima.... no pareis la atencion en ello.... aguardad hasta el fin....

—Os escucho.

—Conque contesté al carcelero: Sí, le conozco al señor German; es la víctima del patio....—Y la vuestra quizá tambien, la vuestra, Vinagrillo, me dijo el vigilante con gesto severo.—Mi vigilante, soy yo demasiado cobarde, y demasiado buen muchacho tambien, para permitirme el tener ninguna víctima, y menos el señor German que cualquier otro, porque no creo que sea malo; y sí que se le hace una injusticia.—Pues bien; Vinagrillo, mucha razon teneis en haceros del partido del señor German, porque ha sido muy bueno con vos.

—¿Conmigo, vigilante? ¿cómo es eso?—Es decir, no es él, ni tampoco es por vos; pero dejando esto aparte, debeis estarle bien reconocido, me contesta el tío Rusel.

—¿A ver si os explicais un poco mas claro?... dijo German sonriendo.

— Esto mismo le he dicho yo al vigilante.... hablad claro; y entonces él me ha contestado: Aunque no es el señor German quien ha sido muy bueno para con vuestra hermana, es su linda visitadora. La oyó como os contaba las desgracias de su matrimonio, y en el momento en que la pobre muger salía del locutorio, la jóven le ha ofrecido servirla en todo lo que pudiera.

— ¡Ah, qué buena es Rigolette! exclamó German enternecido; ¡cómo se ha guardado de decirme nada á mí de esto!

— ¡Oh! le contesté yo al carcelero: razon teniais en decir que el señor German ha sido muy bueno para conmigo; porque su visitadora es como si dijéramos él mismo, y mi hermana Juana es como quien dice yo, y algo mas que yo.

— ¡Pobre Rigolette! repuso German; no lo extraño, no, ¡tiene un corazon tan generoso y compasivo!

— Conque el carcelero vuelve á decirme: Todo esto lo he oido haciendo como si no pusiera atencion. Ahora ya estais advertido: si no trataseis de favorecer al señor German, avisándole cuando supieseis que se arma alguna trama contra él, seriais un pícaro acabado, Vinagrillo.... — Señor carcelero, un pícaro empezado sí lo soy, pero no acabado todavía. — Por fin, toda vez que la visitadora del señor German ha querido hacer bien á mi pobre Juana, que me precio en decir que es una buena y honrada muger, haré por el señor German lo que pueda.... que, por desgracia, no será mucho. — Lo mismo dá, favorecedle: voy á daros una buena noticia, para que se la participeis al señor German: la acabo de saber en este momento.

— ¿Qué es? preguntó German.

— Que mañana por la mañana, quedará vacante una celda; el alcaide me ha dicho que os lo avisara.

— ¿De veras? ¡Oh, qué dicha! exclamó German. Razon tenia el buen hombre en decir que era una buena noticia la que me ibais á dar.

— Lo creo sin alabarme, porque vuestro lugar no parece ser entre gentes como nosotros, señor German.... Y luego interrumpiéndose, se apresuró Vinagrillo á añadir en voz muy baja y rápidamente, haciendo como si recogiese algo del suelo: Mirad, señor German, cómo tienen los ojos clavados en nosotros los presos, aturdidos de vernos hablar juntos.... Os dejo.... desconfiad de ellos.... Si tratan de moveros alguna disputa, no contesteis, lo que quieren es un pretesto para armaros una querrela y sacudiros.... Barbillon es quien debe armar la disputa, guardaos de él: yo por mi parte trataré de distraerlos.

Y se levantó Vinagrillo al decir esto, haciendo como si hubiese encontrado lo que parecia buscar.

— Gracias, amigo, gracias, seré prudente, dijo vivamente German separándose de su compañero.

Sabedor solamente del complot tramado por la mañana, que consistia en armar una riña, en la que German debia ser maltratado, para obligar de este modo al alcaide á que le cambiara de departamento, no solamente ignoraba Vinagrillo el asesinato que últimamente habia proyectado el Esqueleto, sino que no era tampoco sabedor de que se contaba con su historia de Gringalet y Corta-entos para engañar al carcelero y burlar su vigilancia.

— ¿A ver si llegas, vagabundo? dijo Nicolás á Vinagrillo yendo á su encuentro; quita allá tu racion de carne; aqui tenemos un gran banquete.

— ¿Dónde es el convite? ¿en el Canastillo de flores? ¿en la taberna del Gazapo?

— ¡No, en el calefactorio, farsante! La mesa está puesta sobre un banco. Tenemos un jamoncillo,

huevos y queso.... yo soy quien paga.

— Mucho me place.... Pero es lástima que pierda mi racion, y mas lástima todavía, que mi hermana no la aproveche.... Ni ella ni sus hijos acostumbran ver carne muy á menudo, á menos que no sea en la carnicería.

— Vamos, ven pronto; el Esqueleto engulle que es un primor, y ayudado de Barbillon, es capaz de devorarlo todo.

Nicolás y Vinagrillo entraron en el calefactorio, y vieron al Esqueleto á caballo sobre un extremo del banco en que estaban tendidas las provisiones de Nicolás, y juraba y blasfemaba esperando al amigo que lo regalaba.

— ¡Al fin, has llegado, pesado tortugon! exclamó el bandido al ver al narrador: ¿qué hacías por allá?

— Hablaba con German, dijo Nicolás mientras hacia tajadas del jamon.

— ¡Ah, conque hablabas con German! dijo el Esqueleto mirando con atencion á Vinagrillo sin dejar de comer con avidéz.

— Si, contestó el narrador; también es ese de aquellos que no han inventado la pólvora, ni los huevos duros, lo digo por lo que me gusta esta legumbre. ¡Vaya.... qué bestia es ese German, qué bestia! Os he oido decir que hacia el espia aqui en la cárcel, pero no lo creo; es muy bonachon para hacer estas cosas.

— ¡Ah! ¿eso crees? dijo el Esqueleto haciendo un guiño rápido y significativo, que fué contestado por Nicolás y Barbillon.

— Estoy cierto, como esto es jamon.... Y luego, ¿cómo demonio quereis que espie, si se está todo el dia solo, y no habla á nadie, ni nadie le habla á él, y huye de nosotros como si tuviéramos el cólera? Y en caso de que, á pesar de todo esto, hiciese algu-

na delacion, poco tiempo le queda para espiar.... porque se traslada á una celda.

—¡El!... exclamó el Esqueleto; ¿y cuándo?

—Mañana por la mañana habrá una vacante.

—Ya vés que es preciso despacharle pronto. Duerme en otro aposento que yo, y mañana ya no será tiempo.... Hoy no tenemos mas que hasta las cuatro, y son las tres, dijo el Esqueleto en voz baja á Nicolás, mientras que el narrador hablaba con Barbillon.

—Es igual, repuso Nicolás en alta voz, como si contestara á una observacion del Esqueleto; German nos trata con desprecio.

—Al contrario, hijos míos, añadió Vinagrillo; el pobre jóven os tiene miedo, porque se considera al lado vuestro como el mas insignificante entre los que no son nada. ¿Sabeis lo que me decia ahora?

—No; veames....

—Pues me estaba diciendo: Vos sois muy feliz, Vinagrillo, en atreveros á hablar con ese famoso Esqueleto (famoso dijo) como de igual á igual; yo me muero de ganas de hablarle; pero me inspira tanto respeto, tanto, que si viera al señor prefecto de policia en carne, hueso y uniforme, no me quedaria mas embobado.

—¿Esto te ha dicho? repuso el Esqueleto, fingiendo creer y gustar de la admiracion que causaba á German.

—Tan cierto es que me lo dijo asi mismo, como que tú eres el mayor bandido de la tierra.

—Entonces es otra cosa, repuso el Esqueleto; me reconcilio con él, y ruego á Barbillon, que sé que tenia ganas de buscarle camorra, que me le deje en paz.

—Muy bien hecho, exclamó Vinagrillo, persuadido de que habia ahuyentado el riesgo que ame-

nazaba á German. Muy bien hecho, porque ese pobre muchacho no sabría cómo hacerselo en una disputa; es lo mismo que yo.... valiente como una liebre.

—Con todo es lástima, repuso el Esqueleto; contábamos con esta riña para divertirnos despues de comer.

—Sí; ¿en qué vamos ahora á pasar el tiempo?... dijo Nicolás.

—Toda vez que las cosas se han arreglado, que nos cuente Vinagrillo una historia en la cuadra, y no le armaré camorra á German, dijo Barbillon.

—Muy bien me está, dijo el narrador; esta es una condicion, pero hay otra, y sin las dos no abro la boca.

—Veamos.... ¿cuál es tu segunda condicion?

—Es, que la honorable compañía, que está llena de capitalistas, dijo Vinagrillo tomando su tono de narrador, me hará la bagatela de una contribucion de veinte sueldos. Veinte sueldos, señores.... veinte sueldos para oír al famoso Vinagrillo, que ha tenido el honor de trabajar delante de los pícaros mas nombrados, y de los mas famosos de Francia y Navarra, y á quien esperan con mucha ansia en Brest ó Tolon, adonde se traslada por órden del gobierno.... veinte sueldos; esto es nada, señores.

—Bueno; se te darán veinte sueldos cuando hayas concluido tu cuento.

—¿Despues? ¡no señores! ha de ser antes.... exclamó Vinagrillo.

—¡Oiga! dí, ¿nos crees capaces de estafarte veinte sueldos? dijo el Esqueleto un poco enfadado.

—¡Nada! contestó Vinagrillo; honro con toda confianza á la mandilada; y si pido los veinte sueldos adelantados, es por consideraciones á su bolsillo.

--¿Lo dices de veras?

—Si señores, porque despues de mi cuento quedareis todos tan satisfechos, que no digo veinte sueldos, sino veinte francos, ciento; y como me conozco á mí mismo, sé que tendria la condescendencia de aceptar. Conque ya veis claro que por economía hareis bien en adelantarme veinte sueldos.

—¡No, no es la charla lo que te falta á tí!

—No tengo mas que mi lengua, señores, y bien debo valerme de ella.... Además de que el busilis está en que mi hermana y sus hijos tienen una necesidad atróz; y veinte sueldos en tales circunstancias; son alguna cosa.

—¿Y por qué no garfiñan tu hermana y sus cachorros si están en edad de hacerlo? dijo Nicolás.

—No me habéis de ello; me desespera, me deshonra.... soy demasiado bueno.

—Mejor dirias demasiado bestia, porque tú mismo la alientas....

—Es verdad, yo la aliento en el vicio de ser honrada.... ¿pero qué quereis que haga, si no es buena para este oficio? ¡La tengo lástima! Conque estamos convenidos en que os contaré mi famosa historia de Gringalet; pero me dareis veinte sueldos, y Barbillon no le ha de armar camorra al imbécil de German.

—Se te darán los veinte sueldos, y Barbillon no le dirá á German una palabra, dijo el Esqueleto.

—Entonces preparad los oídos, porque vais á oír cosa buena.... Pero mirad como se pone á llover, y la gente entra; no habrá necesidad de irlos á buscar.

En efecto empezaba á llover, y los presos salieron del patio refugiándose en el calefactorio, acompañados siempre de un carcelero. Hemos descrito ya esta gran pieza oblonga, embaldosada é iluminada por tres ventanas, que se abrian sobre el patio. Habia en medio de ella la estufa, al rededor de

la cual estaban el Esqueleto, Barbillon, Vinagrillo y Nicolás, y el Cojo-gordo, que á una seña del capataz fué á reunirse al grupo.

German entró de los últimos, absorto en deliciosos pensamientos, y fué maquinalmente á sentarse en el alfeizar de la última ventana, sitio que acostumbraba ocupar, y que nadie le disputaba, porque estaba lejos de la estufa, á cuyo rededor se agrupaban los presos. Unos quince de entre ellos habian sido al principio instruidos de la traicion de que se acusaba á German, y del asesinato que debia castigarla; pero divulgado muy pronto, se contó el plan con tantos adherentes como presos habia: porque aquellos miserables consideraban en su horrible crueldad como una venganza legítima el lazo que se tendia á German, y veian en él una garantía segura contra las futuras denunciaciones de los soplones. German, Vinagrillo y el carcelero, eran los únicos que ignoraban lo que iba á suceder.

La atencion general se repartia entre el verdugo, la víctima y el narrador, que iba á privar inocentemente á German del único socorro que podia esperar; porque era casi cierto que el carcelero viendo á los presos atentos á la relacion de Vinagrillo, creeria inútil su vigilancia, y aprovecharia este momento de calma para ir á comer su sopa. En efecto, cuando todos los presos estuvieron reunidos, dijo el Esqueleto al carcelero.

—Mirad, camarada, Vinagrillo ha tenido un buen pensamiento, va á contarnos su cuento de Gringalet; y como hace un tiempo tan perro, que ni aun un alguacil quisiera yo mandar á la calle, vamos á esperar sosegados la hora de recogernos.

—Sí, cuando él charla acostumbrais á estaros quietos; á lo menos no hay necesidad de estaros encima.

— Sí, contestó el Esqueleto; pero Vinagrillo pide caro para contar.... veinte sueldos quiere.

— La bagatela de veinte sueldos: ya veis qué trabajo por nada, exclamó Vinagrillo; sí, señores, por nada; porque á menos que no tuvierais un ochavo en la faltriquera, no debiais privaros de oír la relacion de las aventuras del pobre Gringalet, del terrible Corta-en-dos y del malvado Cartucho: es cosa que parte el corazon, y heriza los cabellos.... ¿Quién es, señores, el que no podria disponer de la bagatela de cuatro maravedís, ó de cinco centésimos, si quereis que eche la cuenta en quilómetros, para que le hagan pedazos el corazon, y le hericen los pelos?

— Yo doy dos sueldos, dijo el Esqueleto; y tiró su pieza delante de Vinagrillo. ¡Ea, no se diga que somos avaros para semejente diversion! Añadió mirando á sus cómplices con aire significativo.

— ¡Ocho, nueve, diez, once, doce, trece! esclamaba Vinagrillo recogiendo los sueldos que llovian por todas partes, pensando alegremente en su hermana al hacer su colecta. ¡Ea, señores ricos, los capitalistas y banqueros, un esfuerzo mas! en trece no podeis quedaros; es mal número; no faltan mas que siete sueldos.... ¡La bagatela de siete sueldos!... ¿Cómo, señores.... habrá que decir que la mazmorra de los Leones no puede reunir siete sueldos?... ¡Ah, señores! se creerá de vosotros que habeis sido metidos aqui injustamente, ó que habeis tenido mala mano. La voz chillona, y los equívocos de Vinagrillo, habian sacado á German de su cavilacion; y tanto por seguir los consejos de Rigolette, popularizándose algo, como para dar una corta limosna al pobre diablo que habia manifestado deseos de serle útil, se levantó, y tiró una pieza de diez sueldos á los pies del narrador, quien exclamó mostran-

do á la multitud el generoso donataric: ¡Diez sueldos, señores!... Ya lo veis, hablaba de capitalistas... ¡Viva el señor que se ha portado como banquero, como embajador, para hacerse agradable á la sociedad! Sí, señores, porque á él es á quien debereis la mayor parte de Gringalet, y estoy cierto de que le dareis las gracias. En cuento á los tres sueldos que sobran de su moneda, los ganaré imitando la voz de los personajes, en lugar de hablar en tono llano.... y esta será otra diversion que debereis á ese rico capitalistas, á quien es preciso que adoreis.

— Vamos, no charles tanto, y empieza, dijo el Esqueleto.

— Un momento, señores, exclamó Vinagrillo; es de rigurosa justicia que el capitalista que me ha dado diez sueldos tenga el mejor sitio, despues de nuestro capatáz, que tiene el derecho de escoger.

Esta proposicion servia tan bien al proyecto del Esqueleto, que exclamó:

— Tienes razon, despues de mí debe tener el mejor sitio. Y echó una nueva mirada de inteligencia á los presos.

— Sí, sí, que se acerque, dijeron estos.

— Que se siente en el primer banco.

— Ya lo veis, jóven, vuestra liberalidad tiene su recompensa.... La honorable sociedad reconoce que teneis derecho á un asiento preferente, dijo Vinagrillo á German.

Creyendo este que su liberalidad habia realmente dispuesto á los ánimos de sus odiosos compañeros mas en su favor, y gustoso de seguir en esto los consejos de Rigolette, dejó su asiento predilecto, y venciendo su viva repugnancia, se acercó al narrador, que con la ayuda de Nicolás y Barbillon, habia arreglado, al rededor de la estufa, los cuatro

ó cinco bancos que habia en el calefactorio, y dijo con énfasis.

— ¡Estos son los primeros puestos! ¡Honra al mas rico!... Que empiece á sentarse el capitalista.... Ahora que se sienten en los bancos los que han pagado; añadió alegremente Vinagrillo, creyendo firmemente que, gracias á su astucia, no corria German ningun peligro. Los que no hayan pagado, añadió, que se sienten en el suelo, ó se mantengan de pie, como quieran....

Reasumamos la disposicion material de esta escena: Vinagrillo, de pie junto á la estufa, se preparaba á contar. Junto á él estaba el Esqueleto de pie tambien con la vista fija en German, pronto á lanzársele encima, en el momento en que el carcelero se retirase. A alguna distancia de German, estaban Barbillon, Cardillac, Nicolás y otros presos, entre los cuales se distinguía el hombre del gorro azul y blusa gris, sentado en los últimos bancos.

El mayor número de los presos agrupados acá y acullá, sentados unos en el suelo, y otros de pie arimados á las paredes, formaban el segundo término de aquel cuadro, iluminado á lo Rembrandt por las tres ventanas laterales, que echaban una luz recogida y viva, y vigorosas sombras sobre aquellas figuras de tan diversos caracteres, y tan crudamente acentuadas. Por fin, el carcelero, que sin saberlo debia dar con su marcha la señal para el asesinato de German, se mantenía junto á la puerta entornada.

— ¿Estamos? preguntó Vinagrillo al Esqueleto.

— Silencio, dijo este volviendo la cabeza. Ahora empieza tu cuento, que ya te escuchamos.

Y todo quedó en profundo silencio.



CAPÍTULO XVIII.

—NON—

GRINGALET Y CORTA-EN-DOS.

....Nada mas dulce, saludable y precioso que vuestras palabras; ellas encantan, animan y mejoran.

(VOLFRANG, lib. IV.)



Antes de empezar la relacion de Vinagrillo, recordaremos al lector, que por un singular contraste, se ve casi siempre á la mayoría de los presos tomar mas gusto á pesar de su cínica perversidad en las relaciones sencillas, no queremos decir pueriles, en que se ve el oprimido vengado de su tirano despues de largas pruebas y desgracias, segun las leyes de la inexorable fatalidad. Lejos de nosotros, por otra parte, la idea de establecer el mas mínimo paralelo entre esos hombre corrompidos y las masas honradas y pobres; pero bien conocido es el frenesí de los aplausos con que acoge el patio de los teatros de Arrabal el triunfo de la vir-

tud, y las apasionadas maldiciones con que persigue al malvado y al traidor.

Generalmente se burlan de esos incultos testimonios de simpatía, por todo lo que es bueno, débil y perseguido; y de aversion, por lo que es poderoso, injusto y cruel: pero nos parece que esta burla es una equivocacion. Nada hay mas consolador en sí que esos resentimientos de la muchedumbre. ¿No es evidente que esos instintos saludables podrian llegar á ser principios reconocidos entre los infelices á quienes la ignorancia y la pobreza tienen continuamente espuestos á la subversiva obsesion del mal? ¿No puede esperarse todo de un pueblo cuyo buen sentido moral se manifiesta con tanta constancia? ¿de un pueblo, que prescindiendo de los prestigios del arte, no permitiría jamás que el desenlace de una pieza dramática fuese el triunfo del malvado y el suplicio del justo? Este hecho despreciado y burlado, nos parece muy considerable en razon á las tendencias que justifica, y que muchas veces se encuentran, lo repetimos, entre los seres mas corrompidos cuando están, por decirlo asi, en reposo y al abrigo de las instigaciones ó de las necesidades del crimen.

En una palabra, el ver á los hombres endurecidos en el crimen, simpatizar todavia algunas veces con la relacion ó la espresion de sentimientos elevados, ¿no da lugar á pensar que todos los hombres tienen en sí, en mayor ó menor cantidad, el amor á todo lo que es bello, bueno y justo; pero que la miseria y el embrutecimiento que sofocan y falsifican esos divinos instintos, son las primeras causas de la humana depravacion? ¿No es evidente que en general no se vuelve un hombre malo, sino cuando es infeliz ó desgraciado, y que arrancándolo á las terribles tentaciones de la necesidad, mejorando su

condicion material, se le hacen practicables las virtudes, cuya conciencia tiene?.....

.....
 La impresion que produjo la relacion de Vinagrillo, esperamos que demostrará, ó mas bien, pondrá de manifiesto algunas de las ideas que acabamos de emitir.

En estos términos empezó Vinagrillo su narracion, en medio del profundo silencio de su auditorio:

—Hace ya algun tiempo que pasó la historia que voy á contar á la honorable sociedad. Subsistia aun lo que se llamaba entonces la Pequeña Polonia.... ¿Sabe la honorable sociedad lo que era la Pequeña Polonia?

—Ya lo sabemos, dijo el preso del casquete azul y blusa gris; eran unas casuchas entre la calle de Rocher y la de la Pepiniere.

—Cabal, muchacho, repuso Vinagrillo; y el barrio de la Cité, que no por esto está formado de palacios, seria, como si digéramos, la calle de la Paz ó de Rivoli, colindando con la Pequeña Polonia.... ¡qué barrio! pero por otra parte famoso para la pesca; no habia calles, pero habia callejones; no habia casas, pero sí tabucos; no habia empedrado, pero tenia en su lugar un colchon de barro y estiércol, que la daba la ventaja de que los coches no hubieran incomodado si hubiese pasado alguno, pero no pasaban. Desde el amanecer hasta la noche, y sobre todo, desde la noche al amanecer, no se oía otra cosa que los gritos de.... ¡guardia, guardia!... ¡socorro!... ¡al asesino!. . pero la guardia no se meneaba; porque cuantos mas asesinatos se cometian en Polonia, tanta menos gente habia que prender. Esto formaba alli dentro un bullicio, que no habia mas que ver: habitaban alli pocos plateros, joyeros

y capitalistas ; pero en revancha habia una infinidad de tocadores de órgano , de payasos , de polichinelas , y otros saltimbanquis , ó que enseñaban animales curiosos. Entre estos habia uno que llamaban Corta-en-dos , por lo malo que era ; pero para quien era malo particularmente era para los niños.... El apodo de Corta-en-dos le venia de que se decia de él que con un hachazo habia partido por medio á un niño saboyardo.

Al llegar aqui Vinagrillo , dió el relox de la cárcel las tres y cuarto ; y como los presos se recogian á las cuatro , el crimen del Esqueleto debia consumarse antes de esta hora.

— ¡Trueno de Dios! ese carcelero no quiere irse , dijo el bandido en voz baja al Cojo-gordo.

— No tengas cuidado ; cuando el hilo de la relacion estará bien desenvuelto , se largará.

Vinagrillo continuó diciendo:

— No se sabia de dónde habia salido Corta-en-dos : unos decian que era italiano ; tenianle otros por gitano ; otros por africano ; otros por turco ; y no dejaba de haber mugercillas que le creían hechicero , á pesar de que un hechicero en aquellos tiempos no era cosa muy regular ; pero por mi parte me siento dispuesto á creer á esas buenas mugeres. Lo que daba lugar á creer esto , era que tenia siempre junto á sí un gran mono rojo , llamado Cartucho , tan tuno y malvado , que no parecia sino que tuviese el diablo en el vientre. Pronto volveremos á encontrar á Cartucho.... En cuanto á Corta-en-dos , voy á pintároslo : tenia la piel del color de una bota por el revés , los cabellos rojos como el pelo de su mono , los ojos verdes , y sobre todo , lo que hacia creer que era hechicero , como decian las buenas mugeres , era el tener la lengua negra.

— ¿La lengua negra? preguntó Barbillon.

—Negra como la tinta, contestó el narrador.

—¿Y por qué la tenía negra?

—Porque su madre habria hablado de un negro estando en cinta, repuso Vinagrillo con modesta seguridad. A esta gracia añadía el oficio de tener no sé cuántas tortugas, monos, gorrinos de la India, lechuzas blancas, raposas y marmotas, que correspondían á igual número de niños saboyardos y de espósitos.

«Todas las mañanas distribuía Corta-en-dos á cada uno, su animalito y un pedazo de pan negro, y los despachaba á pedir un cuartito, ó á hacer bailar la Catarina. Los que no traían por la noche quince sueldos á lo menos, recibían una tunda; ¡pero qué tunda! tal, que al principio se oían los gritos de los muchachos desde un cabo á otro de la pequeña Polonia.

«No debo pasar en silencio el que había en la pequeña Polonia, un hombre que llamaban el Dean, porque era el mas antiguo de él, y era, como si dijéramos, alcalde, preboste ó juez de paz.... No, de guerra diremos mejor, porque en su tienda (y es preciso saber que era tabernero y figonero) era donde iba la gente á peinarse bajo su inspección, cuando no había otro medio de entenderse y arreglarse. Era el Dean, aunque viejo, hombre fuerte como un Hércules, y muy temido; no se juraba sino por su nombre en la pequeña Polonia, y cuando él decía: Esto está bien, todo el mundo repetía: Muy bien está, muy bien; y si luego decía: Está mal, todos exclamaban: Sí, muy mal, muy mal. En el fondo era buen hombre, pero terrible; cuando por ejemplo había alguno muy fuerte que se complacía en hacer mal á otros mas débiles que él, luego le echaba la garra.

«Como era el Dean vecino de Gorta-en-dos, ha-

bia oído al principio los gritos que daban los muchachos con los palos que les sacudia el enseñador de animales; hasta que un día le dijo: Si oigo otra vez gritar á tus chiquillos, te haré gritar á ti, y como tienes la voz mas fuerte, sacudiré mas fuerte tambien.»

—¡Vaya con el buen Dean! ¡yo lo quiero ya! dijo el preso del casquete azul.

—Y yo tambien, añadió el carcelero, acercándose al grupo.

El Esqueleto no pudo contener un movimiento de impaciente enfado. Vinagrillo continuó:

—Gracias á la amenaza que habia hecho el Dean á Corta-en-dos, no se oyó mas en la pequeña Polonia gritar los niños por la noche; pero los pobrecillos no sufrían menos por esto, porque si no gritaban cuando su amo les pegaba, era por miedo á que no les diese mas fuerte.... En cuanto á irse á quejar al Dean, ni siquiera lo pensaban.

«Con los quince sueldos que cada criaturilla de aquellas debia traerle, les daba Corta-en-dos, alojamiento, manutencion y vestido. Un pedazo de pan negro por la noche y el de la mañana, y hé aqui todo su alimento: vestido no les dió nunca, conque barato le salia; y por la noche, los encerraba juntos con los animales y sobre la misma paja en una especie de granero, adonde se subia por una escalera de gato y una trampa: esto le costaba el alojarlos. Cuando tenia encerrados dentro todos los animales y chiquillos, despues de haberlos contado de uno en uno, cerraba con llave la trampa, y retiraba la escalera.

«Podeis juzgar de la vida que llevarian, y del barullo que armarian en el granero, que no era mayor que una cáscara de nuez, todos aquellos monos, lechones de las Indias, raposas, lechuzas, tor-

tugas, marmotas, y chiquillos sin luz y con hambre.

«Corta-en-dos dormía en un aposento debajo del granero, con su gran mono Cartucho de centinela al pie de la cama. Cuando oía por arriba demasiados gritos y barullo, se levantaba el hombre sin luz, cogía un gran látigo, subía la escalera, abría la trampa, y repartía latigazos de ciego revolviendo el brazo.

«Como tenía siempre unos quince muchachos, y que algunos, ¡pobrecillos! algunos de ellos le traían hasta veinte sueldos al día, Corta-en-dos, después de hecho su gasto que no era mucho, le quedaban cuatro francos ó cinco todos los días, con los que se holgaba; porque habeis de saber que era al mismo tiempo el mayor borrachón de la tierra, y que todos los días se tendía hecho una sopa, una vez al día. Este era su régimen, y decía que sin ello hubiera tenido dolor de cabeza todo el día; fuerza es añadir que con sus ganancias compraba para Cartucho corazones de carnero crudos, porque el gran mono comía carne cruda como la primera fiera. Pero veo que la honorable sociedad pide á voces á Gringalet; ahora lo vereis, señores....

— ¡Ah! veamos á Gringalet, y me voy á comer mi sopa.

El Esqueleto hizo un guiño de satisfacción feróz, á que contestó el Cojo-gordo.

—Entre los muchachos á quienes distribuía Corta-en-dos sus animales, repuso Vinagrillo, había un pobre diablillo llamado Gringalet, que sin padre ni madre, sin hermano ni hermana, sin casa ni hogar, se encuentra solo.... enteramente solo en el mundo, donde no había pedido venir, y del cual podía irse sin que nadie reparara en él. Llamábase Gringalet, y no por su gusto, sino porque era tan flaquecito, chiquitito y enfermizo, que daba lástima;

nadie le hubiera puesto mas de siete ú ocho años, y tenia trece; pero no representaba mas que la mitad de sus años, no por mala voluntad, sino porque apenas de dos dias habria comido uno, y aun este era tan poca cosa lo que habia comido y tan malo, que mucho hacia en representar siete años.

— ¡Pobre cachorro, me parece que lo estoy viendo! dijo el preso del gorro azul: ¡hay tantos muchachos como él, que se mueren de hambre por los rincones de París!

— Es que es un oficio que han de aprender desde niños para acostumbrarse á él! repuso con amargura Vinagrillo.

— Vamos, vamos, despacha, dijo bruscamente el Esqueleto; el carcelero se impacienta porque se le enfria la sopa.

— ¡Bah! poco importa esto, repuso el carcelero; quiero hacer conocimiento todavia con Gringalet: empieza á divertirme la historia.

— Cierto que es muy interesante, añadió German, que la escuchaba con atencion.

— Gracias por esta palabra, señor capitalista, contestó Vinagrillo; mas gusto me habeis dado con ella, que con vuestra pieza de diez sueldos.

— ¡Maldito posma! exclamó el Esqueleto, ¿acabarás de tenérnos aqui bostezando?

— Allá voy; contestó Vinagrillo. Un dia recogió Corta-en-dos á Gringalet, que se moria de frio y de hambre en la calle: mejor hubiera hecho en dejarle morir. Como era débil, Gringalet era miedoso, y como era miedoso, lo habian tomado por su cuenta los demas muchachos, y era su hazme reir y le cascaban, y le hacian tantas maldades, que se hubiera vuelto malo si no le hubiesen faltado fuerzas y valor. Pero al contrario, cuando le habian pegado mucho, se echaba á llorar diciendo: «Yo no

he hecho ningun mal á nadie, y á mí todo el mundo me lo hace... ¡esto es una injusticia! ¡Oh! si fuese fuerte y animoso....» ¡Ahora creereis que Gringalet va añadir: «Volveria á los demas el mal que me hacen?» pues nada de eso, no decia sino: «¡Oh! si fuese fuerte y animoso, defenderia á los débiles contra los fuertes, porque los fuertes me han hecho mucho mal.» Pero entre tanto, como que era demasiado débil para impedir el que los fuertes molestaran á los débiles, empezando por sí mismo, lo que hacia era impedir á las bestias gordas de comerse á las pequeñas.

— ¡Vaya una idea graciosa! dijo el preso del gorro azul.

— Y lo mas gracioso es, repuso el narrador, que Gringalet parecia que con aquella idea se consolase de las tundas; lo que prueba que en el fondo no tenia mal corazon....

— ¡Cómo! al contrario, yo lo creo, dijo el carcelero; ¡diablo de Vinagrillo, qué divertido es!

En este momento dieron las tres y media, y el verdugo de German y el Cojo, se dieron una mirada significativa. La hora adelantaba, el carcelero no trataba de marchar, y alguno de los presos, los menos endurecidos, parecia que olvidaban los siniestros proyectos del Esqueleto contra German, para escuchar con avidéz la relacion de Vinagrillo....

— Cuando digo, prosiguió este, que Gringalet impedia á los animales grandes que se comisen á los pequeños, podeis conocer muy bien que no iria el muchacho á meterse con los tigres, leones ni lobos, ni siquiera con los zorros y monos de Cortandos; pues tenia demasiado miedo para tanto: pero cuando veía, por ejemplo, una araña emboscada en su tela, para coger una pobre mosca que volaba ociosa á los rayos del sol que el buen Dios la

ha dado, sin hacer daño á nadie.... tras, daba Gringalet con el palo en la tela, salvaba á la mosca, y mataba á la araña triunfante como un César.... Sí, como un verdadero César.... porque solo con tocar á uno de aquellos pícaros reptiles se ponía blanco como un papel, y necesitaba resolución para ello: el pobrecillo tenía miedo hasta de un abejorro, y había tardado mucho á familiarizarse con la tortuga de que se encargaba todas las mañanas en la distribución de los animales. De modo que, venciendo el temor que le inspiraban las arañas, se mostraba Gringalet....

— Se mostraba tan intrépido en su género, como un hombre que hubiese atacado á un lobo para arrancarle el cordero que tuviese entre dientes, dijo el preso del gorro azul.

— O tanto como el que hubiese atacado á Cortados para arrancarle de las garras á Gringalet, añadió Barbillon vivamente interesado también.

— Como dices, ni mas ni menos, rupuso Vinagrillo. De modo que, despues de estas valentías, no se sentia ya Gringalet tan infeliz; y á pesar de que el pobre muchacho no reía jamás, sonreía entonces, se ponía tieso, ladeaba la gorra, cuando la tenia, y taraleaba la *Marsellesa* en aire de triunfo.... En aquellos momentos no habia una araña capaz de mirarle á la cara. Otras veces veía á un grillo que se anegaba y perneaba en un arroyuelo.... inmediatamente echaba con intrepidéz Gringalet á nadar un par de sus dedos, y alcanzaba al grillo, que ponía luego sobre una ramita.... Ni un maestro nadador condecorado, que hubiese pescado diez cadáveres en el Sena, á cincuenta francos cada uno, hubiera estado mas orgulloso que Gringalet cuando veía á su grillo salvarse saltando.... y eso que el bicho no le daba ni dinero ni medalla, ni tan si-

quiera le daba las gracias, lo mismo que la mosca.... Pues entonces, amigo Vinagrillo, me dirá la respetable sociedad, ¿qué diablos de gusto encontraba Gringalet, á quien todo el mundo pegaba, en hacerse libertador de grillos y verdugo de arañas? ¿Toda vez que le hacia padecer á él, por qué no se vengaba haciendo mal en lo que podia: como, por ejemplo, dejando á las arañas que se comieran las moscas, y á los grillos que se anegaran, ó anegándolos él mismo á propósito?

— En efecto, ¿por qué no se vengaba así? preguntó Nicolás.

— ¿Qué hubiera sacado con hacerlo? dijo otro.

— ¡Toma, hacer mal puesto que se le hacian á él!

— No, no: ya comprendo el por qué gustaba el muchacho de salvar las moscas, repuso el hombre del gorro azul. Seria porque pensaria entre sí: ¿quién sabe si habrá quien me salve á mi del mismo modo?

— Tiene razon el camarada, exclamó Vinagrillo: me ha leido en el pensamiento lo que iba á decir á la honorable sociedad. Gringalet no era mal intencionado, ni veía mas allá de la punta de sus narices; mas con todo, él habia dicho para su capote: Corta-en-dos es la araña, y yo la mosca, quizás llegue dia en que haga alguno por mí lo que hago yo por esas pobres moscas, derribándole la tela, y arrancándome de sus garras. Porque hasta entonces, por nada de este mundo se hubiera atrevido á huir de casa de su amo; pues se hubiese creido muerto. Con todo, un dia que no tuvieron suerte ni él ni su tortuga, y que entre los dos no habian recogido mas que tres sueldos, púsose Corta-en-dos á pegar al pobre chico con tanta fuerza, que Gringalet no pudo mas, y cansado de ser el mártir de todo el mundo, atisbó el momento en que la trampa del

granero quedó abierta , y mientras que Corta-entos daba de comer á sus bestias, se escurrió por la escalera.

—¡Ah! me alegro , dijo un preso.

—¿Pero por qué no iba á quejarse al Dean , que le hubiera ajustado la cuenta á Corta-entos? dijo el del gorro azul.

—No se atrevia , porque tenia demasiado miedo, y preferia escaparse. Por desgracia , le vió su maldito amo , y sin decir palabra , lo agarra de los pelos , y lo vuelve á subir al granero : esta vez sí que se le estremeció á Gringalet todo el cuerpo , pensando en lo que le esperaba, porque no habian concluido todavia sus martirios. A propósito de los martirios de Gringalet , es ya ocasion de que os hable de Cartucho , el mono favorito de Corta-entos: el maldito animal era mas grande que Gringalet; ¿qué tal , eh? ¿qué tamaño para un mono!... Ahora voy á deciros por qué no lo llevaban á enseñar por las calles como á los demas animales de la coleccion; y es porque Cartucho era tan malo y fuerte , que no habia habido entre todos los muchachos mas que uno , natural de Auvernia , que tenia unos catorce años , mozo medrado y resuelto , que despues de haberse agarrado y batido muchas veces con Cartucho , habia concluido por domarle, y sacarle atado con su cadenilla ; y á pesar de esto , mas de una vez , en riñas que se armaron , habia Cartucho llenado de sangre á su conductor. Picado este , dijo un dia para sí : «Bueno , bueno , yo me he de vengar de tí , mono ruin.» Sucedió , pues , que una mañana sale , como tenia de costumbre , con el animal, le compra para cebarle un corazon de carnero , y mientras que Cartucho se lo comia , pasa una cuerdecita por el último anillo de su cadena , ata la cuerda á un árbol , y cuando tuvo bien amarrado al tu-

nante del mono , le sacude una descarga de palos.

— ¡Ah! le estuvo bien.

— ¡Bravo con el tronera!

— Dale.... dale , muchacho.

— A ver si le dejas bueno á ese canalla de Cartucho , gritaban los presos.

— Pues no.... ¡ya daba recio, ya! repuso Vinagrillo. Era cosa de ver cómo gritaba Cartucho , y rechinaba los dientes , y saltaba y brincaba de una parte á otra ; pero el auverniano le contestaba con su garrote : ¿quieres? pues toma. Por desgracia , los monos tienen siete vidas como los gatos , y Cartucho era tan pillo como malvado : cuando vió , pues , que la cosa iba tan seria , á lo mejor de la paliza dió un salto flojo , se dejó caer largo al pie del árbol , perneó un momento , y luego se hizo el muerto , quedándose quieto como un leño. El auverniano , que no quería otra cosa , se escurre , creyendo que lo habia muerto , con intencion de no volver á poner los pies en casa de Corta-en-dos ; pero el tuno del Cartucho le miraba al soslayo , y á pesar de lo apaleado que estaba , cortó con los dientes la cuerda que le tenia atado al árbol , asi que se vió solo , y que su conductor estaba lejos. El arrabal Monceaux , donde habia recibido la tunda , no distaba mucho de la Pequeña Polonia ; y como el mono conocia el camino como el Padre nuestro , echó á andar cojeando , y llegó á casa de su amo , que se echó á bramar arrojando espumas al ver tan mal parado á su animal favorito. Mas no pára ahí : el maldito de Cartucho guardó desde entonces un resentimiento tan furibundo contra todos los muchachos en general , que Corta-en-dos , que no era nada tierno , no se atrevió á darlo á ninguno para que lo enseñara , temiendo una desgracia ; porque Cartucho hubiera sido capaz de ahogar , y de devorar á un niño , y los

muchachos que lo sabian , antes se hubieran dejado partir por medio por Corta-en-dos , que acercarse al mono....

—No hay remedio, me voy á comer mi sopa, dijo el carcelero adelantando un paso hácia la puerta; ese diablo de Vinagrillo haria bajar á los pájaros de los árboles para oírle.... No sé de dónde saca sus cuentos.

—Por fin se va el carcelero, dijo el Esqueleto en voz baja al Cojo: estoy que no puedo mas; hasta me ha dado calentura la rábía que tengo dentro.... Atended solamente á formar circo en rededor del soplon.... De lo demas me encargo yo.

—Conque estaos quietos, dijo el carcelero dirigiéndose hácia la puerta.

—Quietos como los santos nos estaremos, señor carcelero, contestó el Esqueleto acercándose mas á German, mientras que el Cojo y Nicolás adelantaban un poco en la misma direccion, despues de haberse hecho un guiño.

—¡Ah! respetable carcelero, os marchais cuando viene lo mejor, dijo Vinagrillo con cierto aire de reconvencion.

A no ser por el Cojo que previno su movimiento cogiéndolo rápidamente del brazo, el Esqueleto se echaba encima de Vinagrillo.

—¿Dices que viene lo mejor ahora? contestó el carcelero volviéndose hácia el narrador.

—¡Yo lo creo! dijo Vinagrillo: no sabeis lo que vais á perder.... Ahora va á empezar lo mas bonito que tiene mi historia....

—Nolo escucheis, dejadlo, dijo el Esqueleto conteniendo apenas su furor: no está gracioso hoy; á mí me parece su cuento tan necio como todo lo que dice....

—¿Necio mi cuento? exclamó Vinagrillo, herido en su amor propio de narrador: pues bien, carce-

lero, os ruego, os suplico que os quedeis hasta el fin.... Todavía me queda para un buen cuarto de hora.... Por otra parte, vuestra sopa está ya fría, y nada perdeis en quedaros. Voy á dar prisa á mi cuento, para que tengais tiempo de ir á comer antes de que subamos á los dormitorios.

—Vamos, me quedo, pero despachad, dijo el carcelero acercándose de nuevo al grupo.

—Y teneis razon en quedaros, carcelero, porque sin alabarme, estoy seguro de que no habreis oido cosa igual en vuestra vida, sobre todo al final, en que salen triunfantes el mono y Gringalet, escoltados por todos los muchachos conductores de animales, y por los habitantes de la pequeña Polonia. No es que quiera alabarme, repito; pero á fé de quien soy que es cosa soberbia.

—Vamos, contad á prisa, amigo, dijo el carcelero acercándose á la estufa.

El Esqueleto temblaba de cólera, desesperando casi de poder consumir su crimen, porque llegaba la hora de retiro: estaba German salvado, pues no habitaba en el mismo dormitorio de su implacable enemigo, y al dia siguiente debia pasar, como hemos dicho ya, á una de las celdas vacantes en el piso superior. Y ademas, conocia por las interrupciones de muchos presos, que se encontraban inspirados de ideas casi compasivas, gracias á la relacion de Vinagrillo; y que con tales disposiciones no se mantendrian quizás en la feróz indiferencia que él esperaba por el asesinato horrible que iba á cometer, y del cual debia hacerles cómplices con su impasibilidad. Podia el Esqueleto impedir al narrador que concluyera su historia; pero entonces se desvanecia su última esperanza de ver alejarse al carcelero antes que German estuviera en salvo.

—Ha dicho alguno que mi cuento era necio, re-

puso Vinagrillo: pues bien, la honorable sociedad va á juzgar de ello. Como decia, pues, no habia animal mas maldito que el gran monó Cartucho, que particularmente estaba encarnizado tanto como su amo contra los muchachos.... ¿Qué hace, pues, Corta-en-dos para castigar á Gringalet por haber querido huir?... ¡Ah!... Luego lo sabreis: entretanto me atrapa al muchacho, lo vuelve á encerrar en su granero para que pase alli la noche, diciéndole: «Mañana por la mañana cuando todos tus camaradas habrán salido, te cogeré yo, y verás cómo arreglo á los que quieren escaparme.» Dejo á vuestra consideracion el pensar la terrible noche que pasó Gringalet, que no cerró en casi toda ella los ojos pensando en lo que querria hacerle Corta-en-dos.... A fuerza de pensar en ello, acabó por dormirse... ¡Pero qué dormir!... y ademas tuvo un sueño, un sueño horroroso.... es decir el principio.... como vais á ver: Soñó que era una de aquellas pobres moscas que habia ayudado á salvarse de las telarañas, y que á su vez caía tambien en una muy grande y fuerte, en la que se agitaba con todas sus fuerzas sin poderse desenredar; y entonces veía acercársele quieta y traidoramente una especie de mónstruo que tenia la cara de Corta-en-dos, sobre un cuerpo de araña.... Mi pobre Gringalet volvía á empezar á agitarse, como podeis pensar.... pero cuantos mas esfuerzos hacia, mas se enredaba en la tela, lo mismo que les sucedia á las pobres moscas.... Por fin, se acerca la araña, le toca, y siente él las grandes garras frias y vellosas del horrible animal, que le cogian y le enlazaban para devorarlo.... créese muerto.... cuando he aqui que oye de repente una especie de zumbido débil, pero claro, sonoro y agudo, y vé á un mosquito dorado que tenia un aguijon fino y brillante como una

aguja de diamante, que revoloteaba al rededor de la araña con un gesto furioso, y oye una voz (cuando digo una voz, figuraos la voz de un mosquito) una voz que le decia: «¡Pobre mosquita!.... tú has salvado á las moscas y no permitiré que la araña....» Por desgracia despertó Gringalet sobresaltado, y no vió el fin del sueño; pero á pesar de esto se sintió un poco tranquilizado al principio, pensando que si hubiese visto el fin del sueño, quizás el mosquito dorado con aguijon de diamante hubiera muerto á la araña. De poco le sirvió con todo á Gringalet el halagarse con aquellos pensamientos para estar tranquilo y consolado, porque á medida que se acababa la noche, su miedo le volvía tan fuerte, que al fin olvidó el sueño, ó por mejor decir, no se acordó sino de lo que tenia de espantoso; es decir, de la gran telaraña en que se habia enredado, y de la araña que tenia la cara de Corta-entos.... Juzgad qué miedo tendria.... ¡caramba! solo, enteramente solo, sin tener á nadie que quisiera defenderle. Cuando al amanecer vió entrar poco á poco la luz del dia por la ventana del granero, redobló su espanto; acercábase el momento en que iba á encontrarse solo con Corta-entos. Arrodióse entonces en medio de aquella sucia pieza, y llorando á lágrima viva, suplicó á sus compañeros que pidieran perdon por él á Corta-entos, ó le ayudasen á huir si habia algun medio. ¡A buenos santos se encomendaba! Unos por miedo al amo, otros por insolencia, y otros por malicia, no hubo quien contestase á Gringalet, ofreciéndose al servicio que les pedia.

—¡Malditos galopines! dijo el preso del gorro azul: ¿conque no tenian ni corazon ni entrañas? ¡canalla!

—Es verdad, repuso otro; me desespera al ver al pobre chico abandonado de todo el mundo.

— ¡Y sin defensa, el pobre! añadió el del gorro azul: siempre da lástima el ver maltratar á uno que no tiene defensa; cuando se tienen dientes para morder, entonces es otra cosa.... Pero qué diablos, también tienes tú colmillos.... Pues enséñalos y defiéndete, niño de mis ojos.

— ¡Tienes razon! dijeron muchos presos.

— ¡Hola! exclamó el Esqueleto no pudiendo disimular mas su rabia, y dirigiéndose al del gorro azul; ¿á ver si callarás tú? ¡He dicho, silencio en la mandilada!... ¿Soy capatáz aqui, ó no lo soy?

El del gorro azul no dió otra respuesta que mirar cara á cara al Esqueleto, haciéndole aquel gesto burlesco tan conocido entre los vagos, que consiste en apoyar sobre la punta de la nariz el pulgar de la mano derecha abierta como un abanico, apoyando el de la izquierda, estendida del mismo modo, sobre el meñique de aquella, y acompañó esta respuesta muda con una mueca tan grotesca, que muchos presos se rieron á carcajadas; mientras que otros, al contrario, sabiendo cuán temido era el Esqueleto, quedaron sorprendidos de la audacia del nuevo compañero. El capatáz enseñó á este el puño cerrado; y le dijo rechinando los dientes:

— Mañana te ajustaré la cuenta.

— Y haré la suma sobre tu *chuché* (1).... y te pondré un birrete, que no te deje enfriar los cascos.

-- Ahora no se trata de esto; estoy encargado de la policia del calefactorio, y se me ha de escuchar. ¿No es verdad carcelero? contestó con calma el Esqueleto, temiendo que la posibilidad de una riña fuese una razon para impedir que se marchase el carcelero.

(1) El rostro.

— Cierto que sí, dijo este. ¡No interrumpais! Y tú, Vinagrillo, continúa, pero despacha.

— Pues señor: sucedió que Gringalet, viéndose abandonado de todo el mundo, repuso Vinagrillo continuando su relacion, se resigna por de pronto á su suerte infeliz. Llegado el día, todos los muchachos se disponen á salir con sus bichos, abre Corta-en-dos la trampa, y da la llamada para distribuir á cada uno su pedazo de pan; bajan todos por la escalera de mano; y Gringalet, mas muerto que vivo, se queda acurrucado en un rincon del granero con su tortuga, tan inmóvil como ella, mirando á sus compañeros marchar uno tras otro. ¡Cuánto hubiera dado el pobre para hacer lo mismo!... Por fin, salió el último, y quedó solo saltándole el corazón, y esperando que quizás su amo le olvidaría. Nada menos que eso. Poco tardó en oír á Corta-en-dos, que se habia quedado al pie de la escalera, gritar con una voz muy gruesa: ¡Gringalet, Gringalet!... — Allá voy, mi amo. — Baja inmediatamente, si no quieres que vaya yo á buscarte; contesta Corta-en-dos. Gringalet se creía ya en el último instante de su vida. Vamos, pensaba entre sí temblando de pies á cabeza, y acordándose de su sueño; héte ahí cogida en la telaraña, mosca infeliz, la araña te se va á comer. Despues de haber dejado en el suelo, con mucho cuidado, su tortuga, hizo como si se despidiese de ella, porque habia acabado por tomar cariño á aquel animal, y se acercó á la trampa. Acababa de poner el pie sobre el primer escalon, cuando Corta-en-dos lo cogió por su pobre piernecita, flaca como un hueso, y le dió tan brusco tiron, que le hizo bajar de un salto, arañándose todo el rostro á lo largo de la escalera.

— ¡Qué lástima que no hubiese estado allí el Dean de la pequeña Polonia!... ¡Cómo hubiera bailado

Corta-en-dos! Dijo el del gorro azul, en estos momentos es cuando es bueno ser fuerte.

— Sí, amigo; pero por desgracia no estaba allí el Dean. Corta-en-dos, pues, coge al muchacho por lo bajo de sus calzas y se lo lleva á su pocilga, donde tenia el monazo atado al pie de la cama. El maldito animal, solo con ver el chico, empieza á dar brinco y rechinar los dientes como un furioso, lanzándose todo lo largo de su cadena al encuentro de Gringalet, como si quisiera devorarle.

— ¡Pobre Gringalet! ¿cómo va á salir del paso?

— ¡Si el mono lo coge entre sus garras, lo desuella!

— ¡Ira de Dios: esto ni oirse puede! dijo el del gorro azul; yo en este momento seria incapáz de hacer mal á una pulga.... ¿Y vosotros, amigos?

— Ni yo tampoco, á fé.

— Ni yo menos.

En este momento dió el relox de la cárcel las cuatro menos cuarto. El Esqueleto, temiendo cada vez mas que le faltase el tiempo, y enfurecido por aquellas interrupciones que parecian anunciar que muchos presos estaban realmente enternecidos, exclamó:

— ¡Silencio, digo! ¿Cómo ha de concluir ese desdichado narrador, si vosotros hablais tanto como él?

Los interruptores callaron, y Vinagrillo prosiguió:

— Figuráos cuál seria el terror de Gringalet, que habia pasado las penas del purgatorio para acostumbrarse á su tortuga, al ver que su amo lo arrastraba hasta el alcance de aquel pillastron de Cartucho, á cuyo solo nombre temblaban los mas atrevidos de sus compañeros. «¡Perdon, mi amo! exclamaba crujiéndole los dientes como si tuviera calentura; ¡perdon, mi amo; os prometo que no volveré á hacerlo....» El pobre chico prometia no volverlo á hacer,

sin saber lo que se decía, porque nada malo había hecho; pero Corta-en-dos se reía de esto; y á pesar de los gritos del muchacho, me lo planta al alcance de Cartucho, que le salta encima, y le mete mano.

Circuló una especie de estremecimiento en el auditorio, que prestaba cada vez mas atención, al oír la triste situación del muchacho.

— ¡Qué necio hubiera sido en marcharme! dijo el carcelero acercándose mas á los grupos.

— No está aquí lo mejor, repuso Vinagrillo. Así que sintió Gringalet las frias y vellosas manos del mono que le agarraba por la cabeza y por el pescuezo, se creyó ya devorado; tuvo una especie de delirio, y se puso á gritar con unos gemidos que hubieran enternecido á un tigre. « ¡La araña de mi sueño!... ¡mosquito de oro... socórreme! — ¿Quieres callar?... » le decía Corta-en-dos, dándole recios puntapiés, porque tenia miedo de que se oyeran sus gritos; pero al cabo de un minuto no había ya riesgo; el pobre Gringalet no gritaba ya, ni se defendía; de rodillas, y blanco como un papel, cerraba los ojos, y temblaba de pies á cabeza, ni mas ni menos que si tuviera un frío de enero. Mientras tanto el mono le sacudia, le arrancaba los cabellos y le arañaba; y luego se paraba de cuando en cuando el maldito animal para mirar á su amo, de modo que nadie hubiera dicho sino que se entendían los dos: Corta-en-dos daba unas carcajadas tan estrepitosas al ver que el mono le miraba, que aunque Gringalet se hubiese desgañitado á gritos, las risotadas de su amo no hubieran dejado que se oyera. Y no parecía sino que esto animara á Cartucho... el maldito se encarnizaba mas y mas con el muchacho á medida que el amo se reía.

— ¡Ah, pícaro mono! exclamaba el preso del gorro azul. Si yo te hubiera tenido por la cola, te hubiera

dado vuelta como una honda, y te hubiera roto la cabeza contra una pared.

— ¡Maldito mono! era tan malo como un hombre.

— Mas que un hombre.... no hay ninguno capaz de tanta maldad.

— ¿No hay ninguno? repuso Vinagrillo; ¿y Corta-en-dos? A vosotros os hago jueces.... Ved ahí lo que hizo despues.... Desató del pie de la cama la eadenilla de Cartucho, que estaba muy larga, sacó un momento de sus garras al muchacho, que estaba mas muerto que vivo, y lo ató á otro cabo.... de modo que Gringalet estaba á un extremo de la cadenilla y Cartucho al otro, atados los dos por los riñones, y separados por unos tres pies de distancia.

— ¡Vaya una invencion!

— Es cierto que hay hombres mas malos que los peores animales.

— Cuando Corta-en-dos hubo concluido esta operacion, dijo á su mono, que parecia comprenderle, porque eran dignos de entenderse los dos: Atencion, Cartucho. A tí te han enseñado por las calles; pues ahora serás tú quien enseñes á Gringalet, y él será tu mono. ¡Ea, sus! de pie Gringalet, ó sino le digo á Cartucho que te destroce.... El pobre muchacho habia vuelto á caer de rodillas juntando las manos, y sin poder hablar, no se oía mas que el crujido de sus dientes. Toma, Cartucho, hazle andar, dijo Corta-en-dos á su mono; y si no se menea, haz como yo.... Y al mismo tiempo descargó sobre el muchacho una nube de palos con su varilla, que entregó despues al mono. Ya sabeis lo imitadores que son naturalmente esos animales; y Cartucho lo era mas que ninguno.... conque héle aqui que toma con una mano la vara, y cae sobre Gringalet que hubo de levantarse por fuerza, y

que cuando estuvo en pie, no era un dedo mas alto que el mono: entonces Corta-en-dos sale de su pocilga, y baja la escalera llamando á Cartucho, y Cartucho le sigue echando por delante á Gringalet, sacudiéndole con la vara como si hubiera sido su esclavo: de este modo llegaron hasta el pequeño patio de la casucha de Corta-en-dos. Allí es donde contaba él divertirse: cerró la puerta de la callejuela, é hizo seña á Cartucho de que hiciera correr al muchacho delante de él, al rededor del patio, sacudiéndole con la vara. El mono obedeció y se puso á correr de aquel modo á Gringalet, aplicándole sendos palos, mientras que Corta-en-dos se destornillaba de risa. ¿Vosotros creéis que con esto debia bastarle á Corta-en-dos? ¡Ah, sí! Pues esto no era nada todavía: hasta entonces Gringalet habia escapado con algunos arañazos, algunos latigazos y un miedo horrible; pero hé ahí lo que imaginó Corta-en-dos. Para enfurecer al mono contra el muchacho, que sin poder respirar estaba ya mas muerto que vivo, agarra de los pelos á Gringalet, hace como si le mordiera y llenára de golpes, y se lo vuelve á Cartucho azuzándole, y gritando: ¡A él, á él!... Y en seguida le enseña un pedazo de corazon de carnero, como si le dijera: esto será tu recompensa.... ¡Oh! entonces, amigos míos, fué verdaderamente un espectáculo horrible.... Figuraos un gran mono rojo, de hocico negro, rechinando como un endemoniado, y echándose furioso sobre aquel pobre infeliz, que como no podia defenderse, se habia dejado caer al primer golpe, y echándose boca abajo de cara al suelo para que el mono no le desfigurase. Viendo esto Cartucho, á quien su amo seguia azuzando contra el muchacho, se le sube en hombros, lo agarra por el pescuezo, y se le pone á morder el cogote. ¡Oh, la araña....

la araña de mi sueño! gritaba Gringalet con voz ahogada, creyéndose muerto de veras esta vez. De repente se oye llamar á la puerta: tam.... tam.... tam....

— ¡Oh, el Dean! exclamaron los presos llenos de alegría.

— Sí, esta vez, amigos, era él que gritaba á través de la puerta: ¡A ver si abres, maldito Corta-en-dos, á ver si abres!... ¡No hagas el sordo, porque te veo por el ojo de la llave! El enseñador de animales, obligado á responder, fué gruñendo á abrir al Dean, que era un hombron fuerte como una torre, á pesar de sus cincuenta años, y con el cual no habia que bromear cuando se afufaba. ¿Qué me quereis? le preguntó Corta-en-dos entreabriendo la puerta.— Quiero hablarte, dijo el Dean entrando casi á viva fuerza en el patio; y al ver al mono que seguía encarnizándose con Gringalet, corre á él, lo agarra por el cogote, y queriendo arrancarle de encima el muchacho para tirarlo contra una pared, ve que el chico estaba atado á la cadena del mono. Al ver tal barbaridad, clavó el Dean en Corta-en-dos una terrible mirada, y le gritó: ¡Ven aquí inmediatamente á desatarme á ese infeliz! Podeis pensar cual seria la alegría y sorpresa de Gringalet, que medio muerto de espanto, se vió salvado tan á tiempo y como por milagro. Luego se acordó del mosquito dorado de su sueño, aunque á decir verdad no se parecia en nada el Dean á un mosquito.

— Vamos, dijo el carcelero adelantando un paso hácia la puerta, ya está salvado Gringalet; ahora me voy á comer mi sopa.

— ¡Salvado? exclamó Vinagrillo, ¡sí, bien salvado por cierto! no ha llegado todavía al fin de sus penas el pobre Gringalet.

— ¿De veras? dijeron con interés algunos presos.
 — ¿Pero qué demonios le va á suceder todavía?
 repuso el carcelero volviéndose á acercarse.

— Quedaos, señor carcelero, quedaos, y lo sabreis, repuso el narrador.

— ¡Diantre de Vinagrillo! ¡siempre se ha de hacer lo que él quiere! dijo el carcelero; á fé que sí, me quedo otro poquito.

El Esqueleto estaba mudo, y echando espumarrajos de rabia.

— Corta-en-dos, que temia al Dean mas que al fuego, prosiguió Vinagrillo, desató de la cadenilla al muchacho refunfuñando entre sí, y cuando hubo concluido, echa el Dean al aire á Cartucho, y le recibe con una gran patada en los riñones que le tendió á diez pasos.... El mono se pone á gritar como si se hubiera quemado, y á rechinar los dientes; pero salta mas listo que un gato, y va á refugiarse en el tejado de un cobertizo, desde donde enseñaba el puño cerrado al Dean. — ¿Por qué pegais á mi mono? dijo á este Corta-en-dos. — Mejor seria que me preguntaras: ¿por qué no te pego á tí?... ¡Atormentar así á una pobre criatura! Te has emborrachado esta mañana. — No estoy mas borracho que vos; lo que hacia era enseñarle una habilidad á mi mono; quiero dar un espectáculo en que él y Gringalet saldrán juntos; yo ejerzo mi oficio, y nadie os mete á vos en esto. — Si me meto es porque puedo meterme. Esta mañana, viendo que no pasaba Gringalet por delante de mi puerta con los otros chicos, les he preguntado dónde estaba, y no han sabido qué contestarme, quedándose confusos: como te conozco, he adivinado que tratabas de hacerle alguna mala partida, y ya ves que no me equivoqué.... Ten bien presente lo que voy á decirte: el dia que no vea pasar por la mañana á Grin-

gallet por delante de mi puerta con los demas muchachos, en un salto me tienes aqui, y fuerza será que me lo enseñes, y si no te arreglaré. — Haré lo que me dé la gana; no estoy obligado á recibir órdenes de vos ni de nadie, contestóle Corta-en-dos, irritado con aquella amenaza de intervencion. Nada teneis vos que arreglar aqui; y si no os vais, ó llegais á volver.... yo os.... — Plin plan, hizo el Dean interrumpiendo á Corta-en-dos con un duo de cachetes capaz de aturdir á un rinoceronte; hé aqui lo que mereces por contestar de este modo al Dean de la pequeña Polonia.

—¿Dos cachetes? poco fué: dijo el del gorro azul: si hubiese estado yo en lugar del Dean, le doy un zapateado....

—Sí que merecia bailararlo, añadió un preso.

—Como el Dean se hubiera comido á diez Corta-en-dos, repuso Vinagrillo, no tuvo otro remedio el enseñador de fieras que cargar con los cachetes; pero no por esto estaba menos furioso por haber sido zurrado, y sobre todo delante de Gringalet. En el mismo momento, pues, juró vengarse, y le acudió una idea que no podia acudirle sino á un condenado como él; y mientras que rumiaba entre sí, frotándose las orejas, esta idea diabólica, le dijo el Dean: Acuérdate de que si otra vez te pasa por la cabeza el atormentar á ese muchacho, te obligaré á que te alargues de la pequeña Polonia con todos tus vichos; y si no llegases á obedecerme pronto, amotinaré á todo el mundo contra tí: sabes que todos te detestan ya; y no hagas que cumpla mi amenaza, porque se te dará un solfeado que no olvidarán tan pronto tus espaldas. Corta-en-dos, como á traidor que era, y para poder ejecutar su pícará idea, escuchó sumiso al Dean, y en lugar de seguir enfureciéndose contra él, se hizo el gazmoño y le

dijo con gesto melindroso: A fé, Dean, que no habeis tenido razon en pegarme y creer que le quiero mal á Gringalet: al contrario, os repito que le enseñaba á mi mono una nueva habilidad; pero el zizante es endemoniado cuando se afufa, y en el zizape que ha habido entre los dos, ha llevado lo peor el muchacho; pero me duele de que haya salido herido. — ¡Hum!... hizo el Dean mirando de reojo: ¿es cierto lo que acabas de decirme? Pero si querias enseñar á tu mono una habilidad, ¿por qué lo atabas á Gringalet? — Porque entra tambien él en juego. Hé aqui lo que quiero hacer: vestiré á Cartucho con una casaca encarnada y un sombrero con plumas, á modo de los suizos que andan por ahí vendiendo remedios para todos los males; sentaré á Gringalet en una silla de niño, luego se pondrá una servilleta á la garganta, y el mono figurará que lo afeita con una gran navaja de palo.

El Dean no pudo menos de reirse de semejante pensamiento.

— ¿No es verdad que es una idea magnífica? repuso Corta-en-dos. — ¡Y yo lo creo! dijo el Dean; tanto mas cuanto tu maldito mono tiene fama de ser tuno y maligno, para esas pantomimas y mas. — Con cinco ó seis veces que me vea hacer como si rapara á Gringalet, bastará para que me imite perfectamente con su navaja de palo, pero para esto es preciso que se acostumbre al chico, y por esta razon los habia atado juntos. — ¿Pero por qué has escogido á Gringalet y no á otro? — Porque es el mas pequeño de todos, y asi Cartucho será mayor que él; ademas de que destinaba á Gringalet la mitad de la ganancia. — Siendo asi, dijo el Dean tranquilizado con la hipocresia del enseñador de animales, siento haberte dado aquellos sopapos; pero cárgamelos en cuenta, algunos me has de deber. Mien-

tras hablaba su amo con el Dean, Gringalet no se atrevia á respirar; temblaba como una hoja al viento, y se moria de ganas de echarse á los pies del Dean, para suplicarle lo sacase de casa del enseñador de animales; pero faltábale valor, y empezaba á desesperarse de nuevo pensando entre sí:—Seré como la pobre mosca de mi sueño; la araña me devorará.... ¡Ah! me engañé al creer que el mosquito dorado me salvaría.—Vamos, chico, toda vez que tu amo quiere darte la mitad de la ganancia, debes tomar con buen ánimo el acostumbrarte á la compañía del mono.... ¡Bah!... ¡bah!... ya te acostumbrarás, y si se recoge mucho, no te pesará entonces.—¡Cómo pesarle! di, muchacho, ¿tienes de qué quejarte? le preguntó su amo mirándole de reojo con un gesto tan terrible, que el infeliz hubiera querido estar cien pies bajo tierra.—De nada.... contestó balbuceando.—Ya lo veis Dean, dijo Corta-en-dos, de nada ha tenido que quejarse.... ¡Si yo no procuro mas que su bien! Cartucho le ha arañado una vez, pero yo os prometo que no volverá á suceder: dejadlo á mi cuidado.—¡Sea embuenahora! así quedareis todos contentos.—Y Gringalet el primero, dijo Corta-en-dos.... ¿No es verdad que estarás contento?—Sí, mi amo, sí, dijo llorando el muchacho.—Y para que te consueles de los arañazos que has llevado, te haré participar de un buen desayuno; porque el Dean va á enviarme un plato de chuletas con pepinos, cuatro botellas de vino, y una media azumbre de aguardiente.—Con mucho gusto, camarada; mi bodega y mi cocina están á la disposición de todo el mundo. El Dean era en el fondo un excelente hombre; pero no tenia malicia y gustaba de vender su vino y sus guisados; y ya veis que el pícaro Corta-en-dos lo conocia muy bien, cuando le despedia contento

con haberle vendido de comer y beber, y tranquilo acerca de Gringalet. Ved ahí, pues, al pobre chiquillo caído otra vez en poder de su amo Corta-en-dos, quien así que hubo el Dean vuelto la espalda enseñó la escalera de mano á su pobre víctima, le manda subir inmediatamente á su granero; á lo que obedeció el muchacho, sin hacérselo repetir dos veces. — ¡Ah, Dios mio, estoy perdido! esclama echándose en la paja al lado de su tortuga, y llorando á lágrima viva. Una buena hora haría que estaba allí sollozando, cuando oye la voz bronca de Corta-en-dos que le llamaba.... y lo que le asustaba mas á Gringalet, es que le parecia que la voz de su amo tenia algo que no le era familiar. — ¿Quieres bajar luego? repite el enseñador de animales con unos juramentos endemoniados. El chico se da prisa á bajar la escalera; mas apenas habia puesto el pie en el suelo, cuando su amo lo agarra y se lo lleva á su cuarto dando traspies, porque habia bebido tanto, tanto, que estaba borracho como una cuba, y apenas podia sostenerse; caíase tan pronto hácia adelante como atrás, y miraba á Gringalet con ojos feroces, pero sin hablar palabra, porque tenia la boca gorda como dicen: nunca le habia tenido tanto miedo Gringalet. Cartucho estaba sentado al pie de la cama, y en medio del aposento habia una silla con una cuerda atada al respaldo. — Sien.... siéntate allá.... Continuó Vinagrillo imitando hasta el fin de su relacion la torpe habla de un borracho, siempre que hacia hablar á Corta-en-dos.... Gringalet se sienta temblando, y entonces su amo, sin hablar palabra, lo ata con la cuerda á la silla, con toda la dificultad que podeis pensar; porque aun cuando le quedase un poco de vista y de conocimiento, los nudos se le escapaban: por fin, alcanzó asegurarlo

sólidamente en la silla.—¡Ah.... buen Dios, buen Dios! murmuraba Gringalet; esta vez si que no hay quien me salve.... ¡Pobre chiquillo! tenia razon.... nadie podia ir, ni irá, como vais á ver: el Dean habia marchado satisfecho, y Corta-en-dos habia echado dos vueltas á la llave, cerrando por dentro la puerta del patio, y puesto la aldaba para mayor seguridad: nadie, pues, podia socorrer al pobre Gringalet.

—¡Oh! esta vez estás perdido Gringalet, digeron los presos, afectados por la relacion.

—¡Pobre chico!

—¡Qué lástima!

—Si con veinte sueldos se podia salvarle, los daria.

—Yo tambien.

—¡Canalla de Corta-en-dos!

—¿Qué diablos querrá hacerle?

—Cuando lo tuvo bien atado á la silla, prosiguió el narrador, imitando la voz gangosa del borracho, le dijo su amo:—¡Ah, canalla! tú has tenido la culpa de que me pegara el Dean.... pero.... vas á mo.... vas á morir.... y saca del bolsillo una gran navaja afilada de fresco, la abre, y coge con una mano por los pelos á Gringalet....

Un murmullo de indignacion y horror, que hizo parar por un momento á Vinagrillo, circuló, al oir esto, por entre los presos; mas luego repuso:

—Al ver la navaja, se puso el muchacho á gritar:

—¡Perdon, amo, perdon; no me mateis!—¡Bah, bah! grita, grita, pilluelo.... no gritarás mucho, contestó Corta-en-dos.—¡Mosquito de oro, mosquito de oro.... socorredme!... ¡hé ahí á la araña que quiere devorarme!... exclamó el pobre Gringalet, casi delirante, acordándose del sueño que tanta impresion le habia hecho.—¡Ah! ¿con.... conque...

conque me lla.... me llamas araña? dijo Corta-en-dos; bue.... bueno.... por esto.... yo.... y otras co.... cosas.... vas á mo.... mo.... morir.... ¿entien.... des?... pero no.... de.... de mi ma.... de mi mano.... porque.... no.... no quiero.... que me.... que me guillo.... guillotinen.... diré.... y pro.... probaré que.... que.... ha sido el mono.... Ya.... tengo.... pre.... preparada la co.... sa.... en.... en fin.... no impor.... no importa.... dijo Corta-en-dos sin poder apenas sostenerse; y llamando luego á su mono, que atado al extremo de su cadenilla la tiraba con toda su fuerza rechinando los dientes, y mirando alternativamente á su amo y al niño, le dijo, enseñándole la navaja, y señalando á Gringalet, á quien tenia agarrado del cabello: Mira, Cartucho, vas á hacerle esto, ¿ves? Y pasando muchas veces el revés de la navaja por la garganta del chico, hizo como si se la cortara. El tunante del mono era tan imitador, tan malo y perverso, que luego entendió lo que queria su amo; y como si quisiera probárselo, se cogió la barba con la mano izquierda, dejó caer la cabeza atrás, y con la derecha hizo como si le cortara el cuello.—Eso es, Cartucho, eso es, dijo Corta-en-dos balbuceando, entrecerrando los ojos, y dando tan fuerte traspíe, que á poco le anduvo como no cayó con Gringalet y la silla. Sí.... es.... esto es.... voy á desatarte.... y le corta.... a.... rás.... el garlito.... ¿no es ver.... dad? El mono dió un chillido rechinando los dientes, como para decir que sí, y alargó la mano para coger la navaja que le daba Corta-en-dos.—¡Mosquito dorado.... socorredme, mosquito dorado! murmuró Gringalet con una vocecita moribunda, porque el infeliz llamaba á su socorro el mosquito dorado sin esperar en él: pero decia esto, lo mismo que dice ¡Dios mio, Dios mio! el que se

ahoga. Pues bien; se equivocaba. Ved ahí.... en aquel momento vé Gringalet entrar por la ventana, que habia quedado abierta, uno de esos mosquitos verdes y dorados que abundan tanto: parecía una chispa de fuego que daba vueltas y mas vueltas.... y cabalmente en el momento mismo en que Corta-en-dos acababa de dar su navaja al mono, va derecho á entrarse en el ojo derecho del maldito bandido. Una mosca en el ojo no hace gran daño, pero al pronto ya sabeis que escuece como una punzada de alfiler; de modo que Corta-en-dos, que con dificultad se sostenia ya, llevó la mano al ojo con viveza, y con un movimiento tan brusco, que dando un tropezon, cayó cuan largo era, y rodó como una masa hasta el pie de la cama en que estaba atado Cartucho.—Gracias, mosquito de oro, gracias.... me has salvado, exclamó Gringalet, que sentado y atado á su silla, lo habia visto todo.

—Y es cierto que el mosquito dorado impidió que le cortasen la garganta, exclamaron los presos transportados de alegría.

—¡Viva el mosquito de oro! repitieron muchas voces.

—¡Viva Vinagrillo y sus cuentos! dijo otro.

—Aguardad, aguardad, dijo el narrador, ahora viene lo mejor y mas terrible de la historia que os prometí. Corta-en-dos habia caido en el suelo como un plomo, y alli yacia hecho un difunto de taberna, sin conocimiento; pero al caer habia estado á punto de aplastar á Cartucho, y le cogió una pata trasera, que por poco se la quiebra.... Ya sabeis lo malo, rencoroso y malicioso que era el animal.... pues bien; ¿qué diríais que hizo el tunante del mono, cuando vió á su amo tendido en el suelo, inmóvil como una tabla, y á su alcance? Saltóle encima, empuñando la navaja que su amo le diera

para cortar el gaznate á Gringalet, se agacha encima de su pecho, tirale con una mano del pellejo de la garganta, mientras que con la otra se la corta.... ni mas ni menos que se la habia enseñado Corta-en-dos para que lo hiciera en Gringalet.

— ¡Bravo!

— Bien hecho.... ¡voto va!

— ¡Viva Cartucho!... gritaron los presos entusiasmados.

— ¡Viva el mosquito dorado!

— ¡Viva Gringalet!

— ¡Viva Cartucho!

— Pues bien, amigos; estos mismos gritos resonaban una hora despues en toda la pequeña Polonia, eslamó Vinagrillo encantado del buen efecto de la narracion.

— ¿Cómo.... cómo?

— Ya os he dicho que para hacer mas á su sabor la picardía que meditaba, cerró Corta-en-dos por dentro su puerta; cuando ved ahí que al anochecer llegan los muchachos cada uno con sus bestias; los que primero llegaron, llaman, pero nadie contestó: á medida que iban llegando, iban haciendo lo mismo, pero siempre sin obtener respuesta; por fin, cuando estuvieron todos, vuelven á llamar, y viendo que seguia el mismo silencio, se va uno de ellos á buscar al Dean para decirle que por mas que llamaban, su amo no abria. — El tunante se habrá emborrachado como un inglés, dijo el Dean; no hace mucho que le envié vino: no hay mas sino echar abajo su puerta; estos muchachos no pueden pasar la noche al raso. Echan, pues, la puerta abajo, suben, llegan al aposento del amo, ¿y qué es lo que vén? á Cartucho atado á su cadena, y agachado encima del cuerpo de su amo, jugando con la navaja; y al pobre Gringalet, afortunadamente fuera del

alcance de la cadenilla de Cartucho, sentado y atado en la silla, sin atreverse á levantar los ojos, y mirando.... ¿qué diriais que miraba? al mosquito dorado, que despues de haber revoloteado al rededor suyo, como para felicitarlo, habia ido á ponerse en su manecita. Gringalet se lo contó todo al Dean y á la turba que le habia seguido; era cosa que parecia llovida del cielo, como se dice; de modo que el Dean exclamó:—Llevemos en triunfo á Gringalet.... llevemos en triunfo á Cartucho, que ha muerto al truan de Corta-en-dos.... El cortaba á los demas, y ya era tiempo de que le cortaran á él....—Sí.... sí.... dijo la turba; porque el enseñador de bestias era odiado de todo el mundo: ¡lleveinos en triunfo á Gringalet y á Cartucho! Era de noche, y se arregló una procesion de todos los polacos con gran número de antorchas de paja: Cartucho fué colocado encima de un banco asegurado con la cadenilla, y llevado en hombros de cuatro tunantes de aquellos: el canalla del mono no parecia que encontrase todo aquello muy á su gusto, y tomaba un mal aire de triunfador enseñando los dientes á sus espectadores. Venia despues del mono el Dean, que llevaba en brazos á Gringalet; seguíanle todos los muchachos, y le rodeaban cada cual con su bicho: uno llevaba una raposa, otro una marmota, otro un gorrino de Indias, y los que se enseñaban á sí mismos haciendo gestos y muecas, seguían haciendo muecas y gestos, acompañados de los carboneros con su cara tiznada que las hacían tambien; seguían músicos con zampoñas, cuernos y cencerros: era por fin una batahola, una fiesta y una risa que es difícil de imaginar. Detrás de los músicos y conductores de bichos, venían todos los habitantes de la pequeña Polonia, hombres, mujeres y niños; llevaban casi todos en la mano an-

torchas encendidas, y gritaban como furiosos: ¡Viva Gringalet! ¡Viva Cartucho!... La procesion dió en este orden la vuelta á la casucha de Corta-en-dos. ¡Era un hermoso espectáculo el ver todas aquellas casuchas viejas, y todas aquellas caras iluminadas con la luz rojiza de la paja que echaba llamas y mas llamas!... En cuanto á Gringalet, la primera cosa que habia hecho asi que se vió en libertad, fué meter en un cucurucho de papel el mosquito dorado, y mientras duraba el triunfo iba repitiendo: ¡Qué bien he hecho en impedir que las arañas se os comieran, mosquitos míos!»

El final de la relacion de Vinagrillo fué interrumpido por una voz que gritó á la parte de afuera:

— Tio Rusel, á ver si quereis venir á comer: mirad, no faltan diez minutos para las cuatro.

— La historia está ya casi concluida, y á fé que me ha gustado: conque voy, voy. Gracias, amigo, puedes alabarte de que me has divertido perfectamente, dijo el carcelero á Vinagrillo dirigiéndose hácia la puerta. Y luego deteniéndose, se dirigió á los demas, diciéndoles: ¡Vamos, no armeis disputas!

— No tengais cuidado, oiremos el final de la historia, contestó el Esqueleto comprimiendo su furor; y dirigiéndose luego al Cojo, le dijo al oido: Ponte de acecho en la puerta, sigue al carcelero con la vista, y cuando le hayas visto salir del patio, grita ¡Cartucho! y el soplon morirá.

— Voy, voy, dijo el Cojo, y se fué acompañando al celador, quedándose de pie á la puerta del calefactorio con la vista á fuera.

— Conque decia, repuso Vinagrillo, que Gringalet mientras duró su triunfo iba diciendo: ¡Qué bien he hecho en....!

— ¡Cartucho! gritó el Cojo volviendo el rostro há-

cia dentro, porque acababa de ver salir del patio al carcelero.

—¡Ah de los míos!... Yo seré tu araña, Gringalet, exclamó súbitamente el Esqueleto, precipitándose tan bruscamente sobre German, que este no pudo moverse ni dar un grito, porque su voz espiró bajo el formidable apretón de los largos dedos de hierro del Esqueleto.

—¡Si tú eres la araña, yo seré el mosquito dorado, Esqueleto de Satanás! gritó una voz en el momento mismo en que sorprendido German por el violento y súbito ataque de su implacable enemigo, caía de espaldas sobre el banco, entregado á la merced del bandido que le apoyaba una rodilla en el pecho y lo agarraba por el pescuezo. ¡Sí, seré el mosquito, y un mosquito famoso, ya verás! repitió el hombre del gorro azul de quien hemos hablado ya; y derribando de un salto á tres ó cuatro presos que le separaban de German, se lanzó sobre el Esqueleto y le asestó en el cráneo, y entre los dos ojos un granizo de puñetazos tan seguidos, que parecía el ruido de un martillo sobre un yunque; y redoblando la rapidéz de su martilleo sobre la cabeza del Esqueleto, añadió el Terrible, pues era él: Esta es la granizada que me descargó el señor Rodolfo con sus puños.... ¡No lo he olvidado!

Al ver esta inesperada agresion, los presos quedaron aturdidos, sin tomar parte en pro ni en contra del Terrible: muchos de entre ellos no obstante, afectados todavía por la saludable impresion del cuento de Vinagrillo, se alegraron de este incidente, que podia salvar á German. El Esqueleto, aturdido al principio, bamboleó como un toro al golpe de la maza del matador, y tendió maquinalmente hácia adelante sus dos manos para parar los golpes de su enemigo, con cuya accion des-

prendido German de aquel apretón, pudo levantarse á medias.

—¿Pero qué es esto? ¿en qué viene á meterse ese tunante? exclamó el Cojo lanzándose sobre el Terrible, y procurando cogerle el brazo por detrás, mientras que hacia violentos esfuerzos para mantener al Esqueleto encima del banco.

El defensor de German contestó al ataque del Cojo con una especie de coz tan violenta, que lo envió rodando á la estremidad del círculo que formaban los presos.

German, pálido, lívido y amoratado, medio ahogado, y de rodillas junto al banco, parecía que no reparase á su alrededor. La estrangulación había sido tan violenta y tan dolorosa, que apenas podía respirar.

El Esqueleto, pasado su primir aturdimiento, logró desembarazarse del Terrible, y ponerse en pie haciendo un esfuerzo desesperado. Jadeando, ébrio de odio y furor, estaba espantoso.... Su faz cadavérica chorreaba sangre, y su lábio superior arremangado como el de un lobo furioso, dejaba ver sus dientes apretados unos contra otros. Con voz palpitante de cólera y fatiga, porque su lucha contra el Terrible había sido violenta, exclamó por fin:

—¿Qué haceis, pues.... que no habeis *corvado* (1) ya á ese bandido!... ¡Canalla de cobardes.... que me dejais coger á traición!... ¡Corvadle por vida de Dios.... sino se nos escapa el soplon!

Durante esta especie de tregua, se había llevado el Terrible á German medio desmayado, y había maniobrado con tanto acierto, que logró acercarse poco á poco á uno de los ángulos de la pieza, donde

(1) Asesinado.

depositó á su protegido. Aprovechándose de esta excelente posicion de defensa, podia el Terrible defenderse mucho tiempo sin temor de que le cogieran por la espalda los presos, á quienes impuso mucho el valor y la fuerza hercúlea que acababa de desplegar.

Vinagrillo, asustado, desapareció entre el tumulto, sin que fuera notada su ausencia.

Viendo el Esqueleto la repugnancia de la mayor parte de los presos, exclamó furioso:

—¡A mí, pues! ¡acabemos con los dos, grande y chico!

—¡Cuidado Esqueleto, cuidado! contestó el Terrible preparándose al combate, adelantando ambos puños, y plantado sólidamente en sus riñones. ¡Guárdate, Esqueleto! Si tienes ganas todavía de hacer el Corta-en-dos.... yo te cortaré el gaznate como Cartucho.

—¿Qué haceis que no os le echais encima? gritó el Cojo levantándose. ¿Por qué defiende al soplon ese demonio?... ¡Muera el soplon.... y él tambien! ¡Cuando defiende á German, buen traidor será él!

—Sí.... sí....

—¡Muera el soplon!

—¡Muera!

—¡Sí, muera el traidor que le defiende!

Tales fueron los gritos de los presos mas endurecidos; pero alzóse otro partido, y exclamó:

—¡No, dejadle que hable antes!

—¡Sí, que se explique!

—¡No se mata á nadie sin oirle!

—¡Ni sin dejarle defender!

—¡Esto no lo hace sino Corta-en-dos!

—¡Tanto mejor! contestaron el Cojo y los partidarios del Esqueleto.

— ¡Con un soplon no hay que guardar consideraciones!

— ¡Muera!

— ¡Echémonosle encima!

— ¡Sostengamos al Esqueleto!

— ¡Sí.... sí.... duro con el gorro azul!

— ¡No, sostengamos al gorro azul!.... ¡Duro con el Esqueleto! contestó el partido del Terrible.

— ¡No!... ¡Abajo el gorro azul!

— ¡Abajo el Esqueleto!

— ¡Bravo, muchachos! exclamó el Terrible dirigiéndose á los presos que se agrupaban á su alrededor. Vosotros teneis alma.... no quereis encarnizaros con un hombre medio muerto.... Solo los cobardes pueden hacer esto.... El Esqueleto se rie porque sabe que está condenado á muerte.... y por esto os incita.... pero si le ayudais á matar á German, la pena será para vosotros. Ademas, yo propongo una cosa.... El Esqueleto quiere matar á ese pobre muchacho; pues bien, que venga á quitármelo si se atreve.... Nos lo disputaremos los dos solos; ¡pero ca! no se atreve; es como Corta-entos, fuerte con los débiles.

El vigor, la energía y áspera fisonomía del Terrible, debian ejercer una poderosa accion sobre los presos; de modo que gran número de ellos se hicieron de su partido rodeando á German, mientras el del Esqueleto se agrupaba en su rededor, é iba á empeñarse una sangrienta lucha, cuando se oyó en el patio el paso sonoro y acompasado de un piquete de infantería que daba la guardia de la cárcel, cuya circunstancia aprovechó Vinagrillo, valido del barullo y general conmocion, para ganar el patio y llamar al postigo de la puerta de entrada, á fin de advertir á los carceleros de lo que pasaba en el calefactorio.

La llegada de los soldados puso fin á esta escena. German, el Esqueleto y el Terrible, fueron conducidos ante el alcaide, el primero para que diera su queja, y los otros dos para que contestaran á una acusacion de riña dentro de la cárcel.

El espanto y dolor que sufriera German habian sido tan vivos, y era tanta su debilidad, que tuvo que apoyarse en dos carceleros para llegar hasta una pieza contigua al gabinete del alcaide, adonde lo condujeron, y al llegar á la cual se sintió malo; veíase en su cuello desollado, la lívida y sangrienta marca de los dedos de hierro del Esqueleto. Con algunos segundos mas que hubiera estado bajo la garra del bandido, el futuro esposo de Rigolette era estrangulado. El carcelero encargado de vigilar el locutorio, que como hemos dicho se habia interesado siempre por German, le suministró los primeros auxilios. Cuando este volvió en sí, y la reflexion sucedió á las rápidas y terribles emociones que le habian dejado apenas en uso su razon, su primer pensamiento fué por su salvador.

— Os doy gracias por vuestros cuidados, señor, dijo al carcelero; á no ser por aquel hombre animoso, estaba yo perdido.

— ¿Cómo os encontrais?

— Mejor.... ¡ah, me parece un sueño horrible todo lo que ha pasado!

— Reponeos.

— ¿Y dónde está el que me ha salvado?

— En el gabinete del alcaide.... contándole cómo principió la riña.... Parece que á no ser por él....

— Estaba yo muerto, señor.... ¡Oh! decidme su nombre.... ¿quién es?

— ¿Su nombre? no lo sé á fé; tiene por apodo el Terrible, y es un ex-presidiario.

—¿Pero el crimen porque está aquí no será muy grave?

—Y mucho.... robo nocturno con quebrantamiento en una casa habitada, dijo el carcelero; es probable que saque la misma pena que Vinagrillo: quince ó veinte años á trabajos forzados, y la vergüenza pública, en atención á la reincidencia.

German se estremeció, y hubiera preferido deber su reconocimiento á un hombre menos criminal.

—¡Ah.... esto es horrible! dijo; y con todo, este hombre tomó mi defensa sin conocerme. Tanto arrojo y tanta generosidad.

—¿Qué quereis, señor? hay á veces algo de bueno en esas gentes.... pero lo que importa es que habeis tenido la fortuna de salvaros; mañana tendreis vuestra celda aparte, y por esta noche ha dispuesto el alcaide que durmais en la enfermería. Conque ánimo, señor; el mal tiempo pasó; y cuando vuestra linda visitadora venga á veros, podeis tranquilizarla; porque cuando esteis en la celda, nada teneis que temer.... solo me parece que hariais bien en no hablarla de la escena que acaba de pasar, porque estoy seguro que caeria enferma de miedo.

—¡Oh! seguramente que no le diré de ello una palabra; pero quisiera conocer á mi defensor, porque por culpable que sea á los ojos de la ley, no ha dejado por esto de salvarme la vida.

—Cabalmente lo estoy oyendo salir del gabinete del alcaide que va á interrogar ahora al Esqueleto; pronto los volveré á conducir juntos, el Esqueleto al calabozo, y el Terrible á la Cueva de los Leones; mas no dejará por esto de tener su recompensa por lo que acaba de hacer con vos; porque como es un mozo fuerte y resuelto, tal como se necesita para poner orden en los demas, es probable que reemplace al Esqueleto en su cargo de capatáz.

Habiendo atravesado un pasillo sobre que se abría la puerta del gabinete del alcaide, entró el Terrible en la sala donde estaba German.

—Esperadme ahí, le dijo el carcelero; voy á saber lo que resuelve el alcaide acerca del Esqueleto, y vuelvo por vos.... Ahí teneis á nuestro jóven completamente repuesto, y quiere daros las gracias; y con razon, porque á no ser por vos, pobre de él.

El carcelero salió al decir esto, y el Terrible se adelantó alegremente hácia su compañero, con fisonomía radiante.

—¡Ira de Dios! ¡qué contento estoy! ¡qué contento por haberos salvado la vida! y al decir esto presentó á German su mano.

Por un involuntario sentimiento de repulsion, retrocedió este un poco en lugar de aceptar la mano que le ofrecia el Terrible; mas recordando luego que á aquel hombre debia la vida, quiso reparar aquel primer movimiento de repugnancia; pero el Terrible lo habia percibido; sus facciones se volvieron sombrías, y retrocediendo á su vez, dijo con amarga fortaleza:

—¡Ah! teneis razon.... perdonad, señor.

—No, yo soy quien debe pedir os perdon. ¿No soy un preso como vos? no debo pensar mas que en el servicio que me habeis hecho.... ¡Me habeis salvado la vida! ¡vuestra mano, señor, os la pido por favor, vuestra mano!

—Gracias.... ahora es inútil. En el primer movimiento está todo.... Si me hubieseis dado sin repugnar un buen puñado de dedos, me hubierais causado un gran placer.... pero bien pensado, soy yo quien no debo quererlo.... no porque soy un preso como vos, añadió con aire sombrío y con alguna repugnancia, sino porque antes de estar aquí, fui....

— El carcelero me lo ha dicho todo, repuso German interrumpiéndole; no por esto dejais de haberme salvado la vida.

— No he hecho mas que mi deber y mi gusto, porque sé quién sois, señor German.

— ¿Me conoceis?

— ¡Un poco, sobrinito! os diria si fuese vuestro tío, dijo el Terrible recobrando su acostumbrado tono de indiferencia.... y por Dios que os equivocariais si achacárais á la casualidad mi entrada en la cárcel.... no estaria en ella si no os hubiese conocido.

— ¿Cómo? exclamó German mirando al Terrible con profunda sorpresa; ¿el conocerme á mí? es causa....

— De que estoy aquí preso en una cárcel.

— Quisiera creerlo, pero....

— Pero no me creéis.

— Quiero decir que me es imposible comprender qué parte puedo tener yo en vuestro encarcelamiento.

— ¿Qué parte? No estoy sino por vos.

— ¿Habré tenido esta desgracia?

— ¡Desgracia! no; al contrario.... yo soy quien os quedo deudor, y en mucho.

— ¡A mí! ¿qué es lo que me debeis?

— Un buen presente, por haberme procurado el gusto de dar una vuelta por la cárcel.

— En verdad, dijo German pasándose la mano por la frente, no sé si el terrible sacudimiento que he sufrido debilita mi juicio; pero no puedo llegar á comprenderos.... El carcelero acaba de decirme que estais aquí acusado de.... de.... German no pudo concluir, vencido de su repugnancia.

— De robo.... ¡Decíldo, voto á san! si, de robo con fractura, escalamiento y de noche, para llenar la balanza.... ¡con todas las velas al aire! escla-

mó el Terrible soltando una carcajada. Nada ha faltado.... ha sido un robo en forma, un robo con todas las yerbecitas de un potaje.

German, penosamente conmovido por el cinismo audáz del Terrible, no pudo menos de decirle:

—¡Cómo! ¿Es posible que siendo tan valiente y generoso habéis así? ¿no sabéis el terrible castigo que os espera?

—¡Una veintena de años de presidio, y un fandangó por añadidura! ya lo sé.... Soy un bandido desalmado en tomar esto á broma, ¿no es verdad? pero qué queréis, cuando uno está puesto en la danza.... Y pensar que sois vos, señor German, añadió echando un enorme suspiro con aire grotescamente contrito, ¡pensar que sois vos la causa de mi desgracia!

—Cuando os espliqueis mas claro, os entenderé.... Reios cuanto queráis, no por esto será menor mi reconocimiento por el servicio que me habéis prestado, dijo tristemente German.

—Perdonad, señor German, contestó el Terrible poniéndose sério; no os gusta el verme reir de esto, no hablemos mas. Es menester que me reconcilie con vos, y que os obligue quizás á ofrecirme vuestra mano.

—No lo dudo, porque á pesar del crimen de que estais acusado, y de que os acusais vos mismo, todo anuncia en vos el valor y la franqueza: estoy seguro de que son injustas sospechas las que tienen contra vos, graves apariencias quizás os comprometen; pero no creo que pase de aqui.

--¡Oh! en cuanto á eso os engañais, señor German, dijo el Terrible con tanta seriedad y tal acento de verdad, que por esta vez no pudo German dejar de creerlo. A fé de quien soy, es tan cierto como que tengo un protector (y se quitó la gorra) que es

para mí lo que Dios para los buenos eclesiásticos, que he robado de noche forzando una ventana, y que fui cogido *in fraganti* cargado todavía con lo que acababa de llevarme....

—Sí, pero la necesidad.... el hambre.... os arrastraron á tal extremo.

—¿El hambre? tenía ciento veinte francos míos resto de un billete de banco de mil francos, cuando fui detenido; sin contar con que el protector de quien os hablo, y que no sabe que yo esté aquí, no dejará que me falte nunca nada. Y cuando os he hablado de mi protector, debéis creer que digo verdad; porque mirad, es hombre delante de quien se pone uno de rodillas.... ¿y creeríais despues de esto que el molinete de puñetazos que descargué sobre el Esqueleto, es una jugada suya que he copiado del natural?... La idea del robo se la debo á él.... y en fin, si os veis aquí sano y salvo, en lugar de haber sido ahogado por el Esqueleto, á él lo debéis tambien....

—¿Pero ese protector...?

—Lo es tambien vuestro.

—¿Mío?

—Sí, el señor Rodolfo os protege.... no debia decir señor Rodolfo, sino monseñor, porque á lo menos es un príncipe; pero tengo la costumbre de llamarle señor Rodolfo, y él me lo permite.

—Os equivocais, dijo German cada vez mas sorprendido; no conozco príncipe alguno.

—Sí, pero él os conoce á vos.... ¿lo dudais? no es extraño.... eso consiste en su manera de obrar. Sabe que hay un buen hombre que padece.... crac, el buen hombre se encuentra aliviado, y embrollado en descubrir el modo, porque la suerte le cae de las nubes, como le caería una china en la cabeza. Conque paciencia, un dia ú otro os tocará vuestra china.

—En verdad que me confundo de lo que me estais diciendo.

—¡Otras mas gordas oireis! Pero volviendo á mi protector, hace algun tiempo que en premio de un servicio que pretendia que le habia hecho yo, me procuró una posesion soberbia; no tengo necesidad de deciros cual, porque seria demasiado largo; pero, eu una palabra, me envia á Marsella para que me embarcara, y fuera á ocupar en Algeria mi soberbia posesion.... Salgo de Paris contento como un perro con un hueso.... ¡muy bien! pero al poco tiempo se cambia la cosa.... Hagamos una suposicion: supongamos que salí un dia que hacia un sol hermoso, ¿estamos? pues bien; hé ahí que al dia siguiente el cielo se cubre, al otro se pone enteramente oscuro, y asi consecutivamente cada vez mas sombrío á medida que me alejo, hasta que al fin se vuelve negro como la boca de un diablo.... ¿entendeis?

—Ni una palabra.

—Pues bien; veamos: habeis tenido alguna vez un perro?

—¡Qué singular pregunta!

—¿Habeis tenido, digo, un perro que os quisiera mucho, y que se haya perdido?

—No.

—Entonces os lo diré sencillamente: y es que asi que estuve lejos del señor Rodolfo, empecé á estar inquieto, embrutecido, aturdido como un perro que ha perdido su amo.... Esto era ser bestia, pero tambien son bestias los perros, y esto no les impide el que sean fieles, y se acuerdan al menos tanto de los buenos bocados como de los buenos palos que se les da; y el señor Rodolfo me habia dado á mí algo mas que buenos bocados; porque para mí el señor Rodolfo es todo; porque de un mal bribon, bruto, salvaje y camorrista que era yo, me convirtió en

una especie de hombre honrado, con solo decirme dos palabras.... pero dos palabras que parecen de magia.

— ¿Qué palabras son estas?... ¿qué os ha dicho?

— Me dijo que tenía todavía *corazon y honor*.... aunque había estado en presidio, no por haber robado, eso no, nunca, sino lo que es peor todavía, por haber asesinado.... Sí, dijo el Terrible con voz sombría, asesinado, en un momento de cólera.... porque en otro tiempo, educado como una fiera, ó mejor diré, como un pilluelo, sin padre ni madre, abandonado en una acera de París, no conocia ni á Dios ni al diablo, ni lo bueno ni lo malo, ni lo fuerte ni lo débil.... Subíase algunas veces la sangre á la cabeza.... veía sangre.... y si tenía una navaja en la mano, asesinaba, tan encarnizado como un lobo: así es que no podía frecuentar otra sociedad que la de los pillos y bandidos, y no me ponía por esto una gasa en el sombrero; me veía precisado á vivir en el cieno, y vivía en él tan satisfecho, que ni tan solo conocia que estuviese allí.... Pero cuando el señor Rodolfo me hubo dicho que el haber preferido trabajar en lo que podía, en vez de robar como otros, á pesar del desprecio de todo el mundo y de la miseria, era una prueba de que tenía todavía *corazon y honor*.... ¡Voto vá!... Mirad, esas dos palabras me hicieron el mismo efecto que si me hubieran cogido de los cabellos para elevarme en el aire á mil pies de distancia de la canalla entre quienes chapoteaba, y enseñarme la arrastrada vida que llevaba.... Entonces dije yo como era justo: ¡Gracias, me basta!... Y el corazon me latía de otro modo que cuando me latía de cólera, y juré tener siempre ese honor de que hablaba el señor Rodolfo.... Ya lo veis, señor German, el señor Rodolfo me animó diciéndome bondadosamente que no era

tan malo como me creía, y gracias á él me volví mejor que no era....

German, al oír aquel language, comprendia cada vez menos cómo podia haber cometido el Terrible el robo de que se acusaba.

—No, pensaba German, es imposible; este hombre que se exalta tanto á las solas palabras de *corazon* y *honor*, no puede haber cometido ese robo de que habla con tanto descaro.

El Terrible prosiguió sin reparar en la sorpresa de German.

—En una palabra, la causa de tener al señor Rodolfo la misma ley que á un perro su amo, es que él me ha engrandecido á mis propios ojos. Antes de conocerle, no habia sentido nada sino en la piel; pero él me ha removido por dentro, y bien á fondo.... Cuando he estado lejos de él y del lugar que él habitaba, me he encontrado como un cuerpo sin alma, y á medida que me alejaba, me decia á mí mismo: Lleva él una vida tan singular, y se mete con tal canalla (lo digo porque lo sé), que arriesga su vida veinte veces al dia; y en uno de estos lances podria servirle de perro y defender á mi amo, porque tengo buenos colmillos.... pero por otra parte él me habia dicho: Muchacho, es menester ser útil á los demas, é ir adonde podais servir para alguna cosa. Buenas ganas tenia yo de responderle. Para mí, señor Rodolfo, no hay nadie en el mundo sino vos á quien servir; pero no me atreví, porque él me decia: Ve.... y yo iba.... me marché, y estuve separado de él tanto como pude; pero cuando hube de meter el pie en el barco, dejar la Francia y poner el mar entre mí y el señor Rodolfo, sin esperanza de volverle á ver jamás, no tuve valor, de veras. El habia mandado decir á su corresponsal, que me diera tanto dinero como pesase mi cuerpo

cuando me embarcase; pero yo me fui á encontrar á aquel señor y le dije: Por ahora no hay que pensar en que me embarque; mas quiero vivir en un corral de vacas, que marcharme: conque, dadme para hacer el viage á pie.... tengo buenas piernas, y me vuelvo á París porque no puedo aguantar mas.... El señor Rodolfo dirá lo que quiera, se enfadará, y posible es que no quiera volver á verme.... pero yo le veré á él, sabré adonde está, y si sigue en la vida que lleva, tarde ó temprano llegaré á tiempo para interponerme entre él y un puñal. Y en fin, no puedo irme tan lejos de él, no: no sé qué diablo de cosa siento que me tira del lado donde él está.... Diéronme dinero para hacer el viage, y llego á París.... Pocas cosas hay que me espanten; pero así que estuve de vuelta, empieza el miedo á apoderarse de mí.... ¿Qué habia de decir al señor Rodolfo para escusarme de haber vuelto sin su permiso? ¡Bah, qué demontre!... No se me ha de comer.... será lo que fuere.... Conque vóime á encontrar á su amigo, un gran señoron gordo y calvo; un buen hombre tambien.... ¡Ira de Dios! dije yo cuando entró el señor Murph, mi suerte va á decidirse.... me sentí seco el gáznate, y el corazon me saltaba como un caballo.... Yo me esperaba un trueno como una casa; pues no señor: el buen hombre me recibió como si nos hubiéramos separado el dia antes, y me dijo que el señor Rodolfo, en lugar de estar enfadado conmigo, queria verme en seguida.... y en efecto, me hizo entrar á ver á mi protector.... ¡Ira de Dios! cuando me encontré cara á cara con él.... con él, que tiene tan buenos puños y tan buen corazon, que es terrible como un leon y bueno como un chiquillo, y que á pesar de ser un príncipe, le he visto yo vestido con una blusa como la mia.... Para tener ocasion (de lo que yo

doy gracias á Dios) de aplicarme una lluvia de puñetazos que me hacian saltar chispas de los ojos.... Mirad, señor German, al pensar en todas estas gracias que posee, me sentí trastornado, y lloré como un chiquillo.... Pues bien, en lugar de reirse, porque podeis figuraros qué facha tendré yo haciendo pucheros, me dijo el señor Rodolfo seriamente: ¿Conque estais dando la vuelta, amigo? — Sí, señor Rodolfo, perdonadme si he faltado; pero no pude resistir. Mandadme hacer un nicho en un rincon del patio de vuestra casa, dadme una sopa ó permitidme que la gane aqui, y no os pido mas sino que no me guardéis rencor por haber vuelto. — Lejos de guardaros rencor, amigo mio, me alegro, porque llegais á tiempo para hacerme un favor. — ¿Yo, señor Rodolfo? ¿Seria posible? ¡Vaya que teniais razon cuando me deciais que hay alguna cosa allá arriba! porque sino, ¿de qué modo puede esplicarse el que yo llegue aqui cabalmente en el momento en que vos me necesitais? Pero decidme, ¿qué es lo que puedo hacer por vos, señor Rodolfo? ¿clavar una cabeza en lo alto del campanario de Nuestra Señora? — Menos que esto, amigo. Hay en la cárcel acusado injustamente de robo, un honrado y escelente jóven, por el cual me intereso como por mi hijo: se llama German, y como es de un carácter suave y tímido, los bandidos con quienes está le han tomado odio, y puede correr grandes riesgos: vos que por desgracia habeis conocido la vida de la cárcel, y gran número de presos, ¿no podriais irlo á ver, en caso de que hubiese en la cárcel algunos de vuestros antiguos camaradas (lo que tendríamos medio de saber), y empeñarlos ofreciéndoles dinero, que les seria entregado, á que protegieran al jóven desgraciado?

— ¿Pero quién es ese generoso desconocido que

toma tanto interés por mí? dijo German cada vez mas sorprendido.

—Algun dia lo sabreis quizás. Pero volviendo á la conversacion con el señor Rodolfo: mientras que él hablaba me habia venido una idea, pero una idea tan rara, tan estraña, que no pude contener la risa delante de él. — ¿Qué tienes, muchacho? me preguntó. — ¡Cáspita, señor Rodolfo! me rio porque estoy contento, y estoy contento porque tengo el medio de guardar al señor German de un atentado por parte de los presos, y de darle un protector que le defenderá á todo trance; y que una vez puesto el jóven bajo el ala del pollo de quien os hablo, no habrá quien se atreva á mirarle la cara. — Muy bien: ¿será seguramente alguno de tus antiguos camaradas? — Habeis dado en ello, señor Rodolfo: al llegar á París, he sabido que hace algunos dias que está en la cárcel; pero se necesitará dinero. — ¿Cuánto se necesita? — Un billete de mil francos. — Ahí va. — Gracias, señor Rodolfo; dentro de dos dias sabreis de mí. A vuestras ordenes, señor. ¡Ira de Dios! Yo no estaba atado á nadie, y podia prestar un servicio al señor Rodolfo, velando por vos.... ¡Esto era lo gracioso!

— Ahora empiezo á comprender, ó por mejor decir, tiemblo de comprender.... ¡Dios mio! exclamó German, ¿seria posible semejante sacrificio? ¿Habriais cometido un robo, para venir á protegerme y defenderme en la cárcel? ¡Oh! esto seria un remordimiento para toda mi vida.

— Ahora lo vereis.... El señor Rodolfo me dijo que tenia corazon y honor; estas palabras son desde entonces mi ley.... y á fé que podria volvérmelas á decir, porque si no soy mejor que antes, no soy peor á lo menos.

— ¡Pero ese robo..... ese robo! si no lo ha-

beis cometido, ¿cómo es que estais aqui?

—Tened paciencia.... hé ahí la farsa: con mis mil francos me voy á comprar una peluca negra, me rapo las patillas, me calo unas antiparras azules, me coloco una almohada en la espalda, figurándome una gran joroba; en seguida me echo á buscar uno ó dos cuartos que alquilar en algun entresuelo, en un barrio bien concurrido; encuentro lo que buscaba en la calle de la Provence, y pago un mes adelantado bajo el nombre de señor Gregorio. Al dia siguiente voy al Temple á comprar muebles para mi habitacion, siempre con mi peluca negra, mi joroba y mis gafas azules, para ser bien conocido; mando mis trastos á la calle de la Provence, y ademas seis cubiertos de plata que compré en el boulevard de San Dionisio, sin dejar nunca mi disfráz de jorobado, y vuelvo á ponerlo todo en órden en mi habitacion. Digo al portero que no dormiré en casa hasta de allí á dos dias, y me llevo la llave. Las ventanas de los dos aposentos cerraban con fuertes postigos; pero antes de irme dejé una sin asegurar por dentro con la aldabilla. Llegada la noche, me quito la peluca, las gafas, la joroba y el casacon con que habia ido á hacer mis compras y alquilar el cuarto; meto en una maleta esos trastos, que envio al señor Murph, el amigo del señor Rodolfo, rogándole que me los guarde; compro esta blusa, este gorro azul, y una barra de hierro de dos pies de larga, y á la una de la madrugada voyme á dar vueltas por la calle de la Provence frente á mi habitacion, esperando el momento en que pasara una patrulla para robarme, escalarme y fracturarme á mí mismo, á fin de hacerme prender.

Y se echó otra vez el Terrible á reir á carcajadas.

—¡Ah! ahora lo entiendo, exclamó German.

—Pero vais á ver qué mala suerte tengo: esperaba

la patrulla, y la tal patrulla no venia. Veinte veces hubiera podido desbalijarme á mi sabor. Por fin, á eso de las dos oigo el pisoteo de los soldados al cabo de la calle; entonces acabo de abrir mi ventana, y rompo dos ó tres cristales para hacer un ruido de todos los diablos: salto por la ventana, entro en mi aposento, y me apodero de la caja del dinero y de algunos trastos. Por fortuna habia oido la patrulla el di-lin di-lin de los vidrios; porque asi como salia por la ventana, me agarran los soldados, que al oir el ruido, me habian cortado la retirada. Llaman á la puerta; el portero abre; van á buscar al comisario.... llega.... y el portero dice que los dos aposentos robados los habia alquilado la vispera un señor jorobado de pelo negro, con gafas azules, y que se llamaba Gregorio. Yo tenia el cabello que veis, unos ojos que abria como una liebre, y era derecho como un ruso cuando hace el ejercicio; de consiguiente era imposible tomarme por el jorobado de pelo negro y gafas azules. Confesé; me llevaron preso al principal, y del principal aqui, donde llego cabalmente en el momento preciso para arrancar de las garras del Esqueleto al jóven, por quien me habia dicho el señor Rodolfo que se interesaba como por un hijo.

—¡Ah, amigo mio.... cuánto os debo por tanto sacrificio!

—A mí no, á quien lo debeis es al señor Rodolfo.

—¿Por qué motivo se interesa tanto por mí?

—El os lo dirá.... á menos que no quiera deciroslo, porque muchas veces se contenta con haceros bien, y si teneis el antojo de preguntarle por qué, no se da vergüenza de contestaros que no os metais en camisa de once varas.

—¿Y sabe el señor Rodolfo que estais aqui?

—No soy tan tonto que le haya ido á decir mi pro-

yecto ; quizás no me hubiese permitido hacer esa farsa que , sin alabarme , creo que es famosa , ¿eh?

— ¡Pero cuántos riesgos habeis corrido y correis todavía!

— ¿Qué es lo que arriesgaba? el no haber sido conducido á la misma cárcel que vos ; pero para eso contaba con la proteccion de señor Rodolfo para hacerme cambiar de cárcel y estar con vos: un señor como él lo puede todo ; y una vez hubiese sabido que estaba preso , hubiera deseado que fuese en parte donde pudiera servir de algo.

— ¿Pero y el dia que se vea vuestra causa?...

— ¡Toma! rogaré al señor Murph que me envíe mi maleta ; me calaré delante del juez la peluca negra , las gafas azules y la joroba , y me volveré el señor Gregorio hecho y derecho , y me reconocerán desde luego el portero que me alquiló el cuarto , y los tenderos á quienes compré : esto en cuanto á lo robado.... Si quieren volver á ver al ladron , me quitaré mi disfráz y entonces será mas claro que el dia que ladron y robado hacen el total del Terrible ni mas ni menos. ¿Qué diablo quereis que me hagan cuando haya probado que me robé á mí mismo?

— En efecto , dijo German mas tranquilo. Pero ya que teniais por mí tanto interés , ¿por qué no me dijisteis nada al entrar en la cárcel?

— Luego supe el complot que se habia armado contra vos , y hubiera podido denunciarlo antes que Vinagrillo empezara ó diera fin á su historia ; pero denunciar á semejante canalla no me satisfacía , y preferí no fiarme sino de mis puños para arrancaros de manos del Esqueleto. Y luego así que le vi , dije para mí: He ahí una famosa ocasion de recordar la descarga de puñetazos del señor Rodolfo , á los que debí el honor de conocerle.

—Pero si todos los presos hubiesen tomado partido contra vos, ¿qué hubierais podido hacer solo?

—Entonces hubiera gritado como un águila y pedido socorro; pero mas me gustaba arreglármelas yo solo con ellos para poder decir despues al señor Rodolfo: Yo solo fui quien despachó el negocio, y defendí y defenderé siempre á vuestro jóven; no paseis cuidado.

En este momento entró de golpe en la sala el carcelero, y dijo:

— Señor German, venid pronto, pronto; el señor alcaide quiere hablaros al momento. Y vos, amigo Terrible, bajar al calabozo de los Leones. Sereis capatáz si os place, porque teneis todo lo que se necesita para llenar estas funciones, y los presos no alzarán el gallo con un nene como vos.

—Bien.... tanto vale ser capitán como soldado mientras que uno esté aquí.

—Os negareis todavía á admitir mi mano, dijo cordialmente German al Terrible.

—No, á fé mia, señor German; creo que ahora puedo tomarme este placer, y os la aprieto de buen corazon.

—Ya volveremos á vernos, porque ahora estoy bajo vuestra proteccion, y nada tendré que temer: cada dia bajaré al patio desde mi celda.

—No tengais cuidado; si me empeño, no os han de hablar sino de rodillas.... Pero ahora que me acuerdo, vos sabeis escribir.... Poned en un papel lo que os acabo de contar, y enviádselo al señor Rodolfo; de este modo sabrá que no ha de pasar cuidado por vos, y que yo estoy aquí por un buen motivo; porque si llegaba á saber que el Terrible ha robado y que no conoce la pista de los naipes... ¡Ira de Dios! no me gustaria á mí.

—Perded cuidado: esta misma tarde voy á escri-

bir á mi desconocido protector ; mañana me dareis su direccion , y marchará la carta. Conque , adios , adios y gracias , amigo mio.

—Adios , señor German ; vuelvo á verme con esa canalla de que soy capatáz ; yo los haré marchar derechos , ó sino ¡ay de ellos!

—Cuando pienso que yo soy la causa de que tengais que vivir algunos dias mas con esos miserables....

—Eso no importa , no hay peligro de que se me coman.... El señor Rodolfo me ha adiestrado muy bien , y estoy asegurado de incendios.

—Dicho esto , siguió el Terrible al carcelero , y German entró en el gabinete del alcaide. ¡Mas cuánta fué su sorpresa al encontrar en él á Rigolette , que pálida , conmovida , con los ojos bañados en lágrimas , y con todo sonriendo en medio de sus lloros , espresaba en toda su fisonomía un vivo sentimiento de alegría y de inesplicable dicha!

—Tengo una buena noticia que daros , señor , dijo el alcaide á German. El tribunal acaba de declarar no haber lugar á proseguir en la causa contra vos , y á consecuencia del desistimiento , y sobre todo de las esplicaciones de la parte civil , acabo de recibir la órden de poneros en libertad inmediatamente.

—¿Qué decís , señor ? ¿seria posible!

Rigolette quiso hablar , pero su emocion demasiado fuerte se lo impidió ; no pudo hacer mas que un movimiento afirmativo de cabeza juntando las manos.

—La señorita ha llegado pocos momentos despues de haber recibido la órden de vuestro escarcelamiento , añadió el alcaide. Una poderosa carta de recomendacion que me ha traído , me ha dado á conocer el tierno interés que ha tomado por vos durante vuestra detencion ; así pues , he tenido el

mayor placer al mandaros llamar, seguro de que os tendreis por muy dichoso en dar el brazo á la señorita para salir de aqui.

—¿Sueño?... ¡Sí, esto es un sueño! dijo German: ¡ah, señor, cuántas bondades! ¡Perdonadme si la sorpresa y la alegría no me permiten daros las gracias como debiera!

—Pues yo, señor German, tampoco encuentro una palabra, repuso Rigolette: juzgad cuál seria mi dicha, cuando al dejaros encuentro al amigo del señor Rodolfo que me esperaba.

—¡Otra vez el señor Rodolfo! dijo German sorprendido.

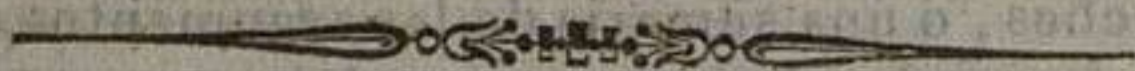
—Sí, ahora puede decirseos todo; pero ya lo sabreis: conque el señor Murph me dice: «German está libre; ahí teneis una carta para el señor alcaide de la cárcel; cuando llegueis, habrá ya recibido la orden de ponerlo en libertad, y podreis acompañarle.» Yo no podia creer lo que oia, y con todo era cierto. Tomo un coche, y aprisa, aprisa llego aqui, y lo dejo abajo para que nos espere.....

.....
 Renunciamos á pintar el enagenamiento de los dos amantes cuando salieron de la cárcel, y la tarde que pasaron en el cuartito de Rigolette, de donde salió German á las once para una modesta casa de huéspedes.....

.....
 Reasumamos en pocas palabras las ideas prácticas ó teóricas que hemos procurado poner en relieve en este episodio de la vida de la cárcel.

Por dichosos nos tendríamos si hubiéramos demostrado la insuficiencia, la impotencia y el peligro de la reclusion en comun; las desproporciones que existen entre la evaluacion y el castigo de ciertos crímenes, como el robo doméstico y el robo con

quebrantamiento, y la de algunos delitos, como los abusos de confianza; y por fin, la imposibilidad material en que están las clases pobres de gozar del beneficio de las leyes civiles.



Hemos recibido nuevos y curiosos documentos sobre este punto, unos de Holanda y otros de Italia; al incluir estas noticias, espresamos todo nuestro agradecimiento á las personas que nos han hecho el honor de dirigírnoslas.

Algunos empleados en la magistratura han tenido tambien la bondad de hacernos presente, que el colegio de abogados de París ha defendido oficiosamente y gratuitamente, en muchos casos en que las partes han probado su pobreza. Nada mas honroso, laudable y caritativo seguramente que esta limosna judicial; pero esto es un don, una concesion voluntaria, y por tanto variable y revocable; en lugar de una institucion, de un hecho legal, adquirido virtualmente por las clases pobres. No es una limosna lo que pedimos para ellas, sino un derecho reconocido, porque creemos que la indigencia tiene tambien sus derechos.

Estraño es que la Francia que deberia marchar al frente de la civilizacion, no haga gozar á las clases mas numerosas y laboriosas de la sociedad, las caritativas ventajas que les están garantidas en casi todas las naciones de Europa. En Holanda, en Cerdeña, y en casi todas las legaciones de la Italia, están los pobres cien veces mejor tratados que en Francia en esta parte. El siguiente documento, traducido del código holandés, nos ha sido comunicado por uno de los mas distinguidos abogados de Amsterdam. No puede dejar de admirarse semejante legislacion.

Estracto del Código Neerlandés de procedimientos civiles, relativo á las clases pobres.

Art. 855. Todo litigante, sea actor ó demandado, puede obtener del juez, que debe conocer del objeto de la causa, la autorizacion de litigar sin costas, probando que no está en estado de poderlas satisfacer.

Art. 856. Esta autorizacion se pide por pedimento escrito en papel sin sello, y cuando se dirija á una sala, ó á un tribunal territorial, debe ir firmado el pedimento por un abogado que el presidente designará.

Art. 857. El pedimento deberá contener el resúmen de los hechos, ó una sumaria de los argumentos en que se apoya la demanda, ó contestacion del esponente.

Art. 858. Deberá ademas ir acompañado de una certificacion de la indigencia del esponente, librada por el gefe de la administracion del lugar de su domicilio.

Art. 859. La sala ó tribunal mandará, por un simple auto, la citacion de la parte contraria ante dos jueces en comision; y segun la importancia de la causa, señalará un procurador, ó un procurador y un abogado, para que asistan en la audiencia al que pide el tratamiento.

Art. 860. La demanda y el auto del juez serán notificados, á peticion del esponente, por medio de portero y sin costas á la parte contraria, personalmente ó á domicilio; y este emplazamiento se registrará y diligenciará gratis y exento del derecho del sello.

Art. 861. Si la parte contraria no comparece ante los jueces comisionados, la sala ó tribunal examinará, por la relacion de los mismos, si el esponente ha probado suficientemente su indigencia, en cuyo caso concede la autorizacion pedida, á menos que el juez no considere falta en el fondo de todo fundamento la demanda ó contestacion contenida en el escrito.

Art. 862. Si la parte contraria comparece, puede oponerse á la concesion de la gracia, probando que las alegaciones del esponente carecen de fundamento. Estas pruebas deben hacerse, en cuanto al hecho, por documentos concluyentes, y en cuanto al derecho, por una disposicion espresa de la ley.

Art. 863. Puede tambien la parte contraria fundar su oposicion en la falta ó insuficiencia de la certificacion de pobreza, ó bien en alguna indicacion de medios pecuniaros suficiente, por parte del esponente.

Art. 864. Segun sea la relacion de los jueces comisionados, puede acceder ó no el tribunal á la demanda. Si accede, se señala un procurador, ó un procurador y un

abogado , para que le asistan gratis , si ya se hubiese dado providencia para ello.

Art. 865. Si perdió su causa en primera instancia el que obtuvo permiso para litigar sin costas , no podrá proseguir en juicio de apelacion ó de nulidad , sin que se le ratifique de nuevo la gracia; si gana , no tendrá necesidad de esta ratificacion. Le serán , empero , señalados nuevo abogado y procurador.

Art. 866. Todos los emplazamientos se harán por un portero domiciliado en el distrito , ó en falta de este por alguno de los distritos contiguos.

Art. 867. El auto en que se acude á la gracia y todos los actos que lo han precedido , serán registrados sin costas y exentos de papel sellado , sin que pueda ser puesto en cuenta ningun salario de portero , ni honorario de procurador ni abogado relativo á esto.

Art. 868. Cuando haya sido concedida la gracia de litigar sin costas , serán rubricados en el lugar del sello, todos los pedimentos que presente el litigante pobre , y anotados en deuda todos los derechos de actuario y vueltas judiciales originadas por este artículo: pero en ningun caso deberá satisfacer honorario ni salario al abogado , procurador , ni portero que se le hayan señalado.

Art. 872. Cuando algun pobre necesite , á parte de un proceso propiamente dicho , una autorizacion judicial, una aprobacion , ó cualquier otro mandamiento , puede dirigir su súplica en papel sin sello acompañando una certificacion de pobreza; y le será librado esento de sello, de derecho de registro y de cualesquiera costas.

Art. 873. En este caso , señalará el presidente un abogado al pobre , cuando no le tuviese ya.

Art. 874. Las casas de beneficencia , los administradores de instituto de caridad , y las iglesias de todos los cultos , pueden tambien obtener por los mismos trámites el litigar sin costas , sin necesidad de que produzcan certificaciones de pobreza.

Art. 875. Las decisiones de las salas , tribunales y justicias de distrito (jueces de paz) , relativas á la concesion de esta gracia , no están sujetas á apelacion.

El siguiente documento es relativo á las instituciones de ciertos estados de Italia.

«En los estados del ducado de Módena, y en las legaciones de los estados romanos, en que todas las leyes civiles y criminales protegen y favorecen á los ricos y nobles, hay, no obstante, una bellísima institucion.

«Sucede con frecuencia que teniendo los pobres necesidad de hacer valer sus derechos, se verian en la necesidad de abandonarlos por falta de medios pecuniarios, si tuviesen que pagar las costas marcadas, los honorarios de los abogados, y el gasto de papel sellado: pues una caritativa institucion tiene siempre y en todos los tribunales abogados conocidos, que se llaman de pobres, y están autorizados á estender en papel sencillo sus pedimentos, esentos de todas costas, y obligados á defender á aquellos sin recibir retribucion ninguna. Las plazas de abogados de pobres son muy buscadas, especialmente por los abogados jóvenes que empiezan la carrera. El infeliz que quiere gozar del beneficio de dicha ley, no tiene que hacer otra cosa que producir ante el tribunal una certificacion de pobreza librada por el cura, y visada por el juez del partido, ó por el alcalde del pueblo.»

Otra nota nos ha sido comunicada á propósito de instituciones filantrópicas. Compárense los intereses enormes que el Monte de Piedad exige en Francia á los infelices, y la caritativa generosidad con que son administrados en muchos estados de Italia estos establecimientos.

«En todas las ciudades de Italia hay Montes de Piedad, cuyo interés marcado por las leyes es el seis por ciento en los grandes, y el tres por ciento en los más reducidos, y que sirven exclusivamente á los pobres, porque los préstamos que en ellos se hacen son muy cortos. En muchas ciudades mercantiles, las leyes que arreglan el interés del dinero, permiten llevarlo á título de comercio hasta el ocho, y aun el diez por ciento; pero en los Montes de Piedad, no pasan jamás del seis. Y así se concibe esta medida de justicia y moralidad en favor de los establecimientos de beneficencia.

«En muchas ciudades hay Montes de Piedad enteramente gratuitos (en los cuales se presta sin interés); entre

otros existe uno en la Mirandola, ducado de Módena, el cual no solo presta sin interés, sino que guarda además por espacio de cinco años á la disposicion de los que tienen préstamos, el esceso que se ha sacado de la venta en subastas en los efectos depositados en prenda, con mas el cinco por ciento anual. Cuando ha finido este término de cinco años, hay prescripcion, pero las cantidades abandonadas no quedan en beneficio del establecimiento, sino que sirven para dotar á muchachas pobres, entre las cuales se da la preferencia á las huérfanas.



...no solo para el interés, sino que...



CAPÍTULO XIX.

—

EL CASTIGO.

Conduciremos de nuevo al lector al despacho del escribano Santiago Ferrand, y gracias á la acostumbrada locuacidad de los dependientes, ocupados casi incesantemente en las crecientes estrañezas de su gefe, espondremos por este medio los hechos que tuvieron lugar despues de la desaparicion de Cecilia.

—Cien sueldos apuesto contra diez, que si continúa deteriorándose como ahora, dentro de un mes revienta el escribano como una rana.

—Lo cierto es que desde que ha salido de casa aquella criada que parecia de Alsacia, se ha quedado con huesos y piel.

—¡Y qué piel!

—¡Hola! entonces estaria enamorado de la señorita

de Alsacia , toda vez que empezó á desmejorarse así que salió ella de casa.

—¿El escribano enamorado?... ¡vaya un bromazo!

—Al contrario , se ha dado de nuevo á tratar con clérigos ahora mas que nunca.

—Sin contar con que el cura de la parroquia , que es hombre muy respetable , fuerza es hacerle justicia , dijo ayer , cuando se fué , al otro clérigo que le acompañaba: «¡Es admirable.... el señor Ferrand es el ideal de la caridad y de la generosidad sobre la tierra!» Yo lo oí.

—¿Eso dijo el cura?... ¿y lo dijo de *motu proprio*, y sin esfuerzo?

—¿Qué , qué dijo?

—Que el principal era el ideal de la caridad y de la generosidad en la tierra.

—Sí , yo lo oí.

—Entonces no entiendo jota , porque el señor cura tiene y merece una reputacion de ser lo que se llama un buen pastor.

—¡Oh! esto sí que es cierto ; no se puede hablar sino con seriedad , respecto de ese buen señor. Es tan bueno y caritativo como el de la *capa azul* (1), y cuando se dice esto de un hombre , es cuanto puede decirse.

—Sí , no es poco decir.

—Lo que es por el de la capa azul , y por nuestro buen eclesiástico , los pobres no tienen mas que una voz ; pero una verdadera voz del corazon.

—Entonces repito lo dicho ; cuando el señor cura afirma alguna cosa , fuerza es creerle , visto que es

(1) Permitasenos mencionar aqui con una profunda veneracion el nombre de ese gran hombre de bien , el señor Champion , á quien no tenemos el honor de conocer personalmente , pero de quien hablan todos los pobres de París con tanto respeto como reconocimiento.

hombre incapáz de mentir; y con todo, eso de creerle cuando dice que el principal es caritativo y generoso, escede á los límites de mi credulidad.

—Sériamente, tanto creo en esto como en un milagro; tan difícil es una cosa como otra. ¡El señor Ferrand generoso, cuando es hombre que esquilaria un huevo!

—Con todo, señores, ¿y los cuarenta sueldos de nuestro desayuno?

—¡Linda prueba! esto es lo mismo que cuando por una casualidad le sale á uno una berruga en la nariz... es un accidente.

—Sí, pero por otra parte el oficial mayor me ha dicho que el principal hace tres días que ha realizado una enorme suma en billetes del tesoro, y que....

—¿Qué?

—Habla, hombre...

—Es que es un secreto.

—Otra razon de mas.... ¿á ver ese secreto?

—¿Me dais palabra de honor de que no direis nada?...

—Lo juramos sobre las cabezas de nuestros hijos.

—¡Permita Dios que mi tia Mesidor haga locuras con su cuerpo, si hablo sin ton ni son.

—Y luego, señores, atengámonos á lo que decia magestuosamente el gran monarca Luis XIV al dux de Venecia, delante de su córte reunida:

«Cuando un escribiente posee un secreto,
Lo dirá á sus amigos, si es discreto.»

—Vamos, ya empieza Chalamel con sus versos y refranes.

—Pido la cabeza de Chalamel.

—Señores, los refranes forman la sabiduria de

las naciones; bajo este título exijo tu secreto.

—Vamos, fuera bromas; os digo que el oficial mayor me ha hecho empeñar mi palabra de no hablar de eso á nadie.

—Sí, pero no te habrá prohibido el que lo digas á todo el mundo.

—Por fin, ¿no saldrá de aquí?... pues allá va.

—Si se muere de ganas de decirnos su secreto.

—Pues bien; el principal vende su escribanía.... á estas horas quizás es ya negocio concluido.

—¡Bah, bah!

—¡Vaya una noticia rara!

—¡Es noticia estupenda!

—Que deslumbra.

—¿A ver cuando esté sin cargo, quién se encarga del cargo de que él se descarga?

—Ese demonio de Chalamel es inaguantable.

—Como si yo supiese á quien lo vende.

—Si lo vende, será porque quiera lanzarse en el mundo y dar fiestas.... digo, suarés, como dice la gente de buen tono.

—No le falta con qué darlas.

—Y mas él que no tiene familia....

—Yo lo creo que tiene con qué.... el oficial mayor habla de mas de un millon, incluso el valor de la escribanía.

—Mas de un millon.... ¡esto es magnífico!

—Dicen que ha jugado en la bolsa á hurtadillas con el comandante Roberto, y que ha ganado mucho dinero.

—Eso sin contar la vida de tacaño que traía.

—Sí, pero esos tacaños cuando se ponen á derrochar son mas pródigos que los otros.

—Asi que, estoy con Chalamel: creo que el principal quiere darse á la buena vida.

—Haría mal en no bañarse en placeres y entre-

garse á las delicias de Golconda, si tiene con que hacerlo; como dice el vaporoso Osian en la gruta de Fingal:

«Todo notario que se refocilará,
Si tiene cumquibus, razon tendrá.»

— ¡La cabeza de Chalamel, la cabeza de Chalamel!

— ¡Esto es un absurdo!

— Buenas trazas tiene el principal de pensar en divertirse.

— ¡Si tiene una facha capaz de hacer arrodillar al diablo!

— ¡Y luego lo que alaba el señor cura su caridad!

— ¡Toma! La caridad bien ordenada empieza por sí mismo.... ¿Ni siquiera conoces los mandamientos de Dios, bestia?... Si al principal se le antoja pedirle á sí mismo la limosna de los mas grandes placeres, es de su deber el dársela, ó se tendria en poco á sí mismo.

— A mí lo que me aturde, es ese íntimo amigo que parece que le ha caído del cielo, y que no le deja á sol ni sombra.

— Y que tiene una facha diabólica.

— Y que está siempre rojo como una remolacha.

— Tentado estoy de creer que ese intruso es el fruto de algun mal paso que hubiese dado el señor Ferrand en sus verdes años, porque, como decia el águila de Meaux á propósito de la entrada en religion de la tierna la Valiere:

«Que se ame á un viejo bavoso ó á un lampiño:
El resultado suele ser un chiquillo.»

— En estando Chalamel, no puede hablarse seriamente ni un momento.

— ¡Qué barbaridad! decir que este desconocido es hijo del escribano, cuando se le ve que tiene mas edad que él.

— ¡Y bien, á todo rigor qué importa esto?

— ¡Como! ¿No importa nada que el hijo tenga mas edad que el padre?

— Es bien sencillo, en ese supuesto el intruso seria quien hubiese dado el mal paso, y seria padre del señor Ferrand en lugar de ser su hijo.

— ¡La cabeza de Chalamel, la cabeza de Chalamel!

— No le escucheis; ya sabeis que cuando está puesto á decir necedades, no acaba en una hora.

— Lo cierto es que ese intruso tiene una mala facha, y no deja al señor Ferrand un solo momento.

— Está siempre con él en su gabinete, comen juntos, y no pueden dar un paso el uno sin el otro.

— A mí me parece que le he visto ya por aqui al intruso.

— Yo no....

— Decid, señores, ¿no habeis reparado vosotros como yo, que de algunos dias á esta parte viene regularmente casi cada dos horas un hombre de gran bigote rubio y facha militar, á hacer llamar el intruso por el portero?... El intruso baja, habla un minuto con el hombre de los bigotes, y despues da este media vuelta como un autómeta para volver dos horas despues.

— Sí, yo lo he reparado.... y me ha parecido tambien encontrar por la calle al salir, unos hombres que tenian trazas de vigilar la casa.

— Sériamente, aqui pasa algo de extraordinario.

— Vivamos y veremos.

— El oficial mayor sabe sobre esto mas que nosotros seguramente; pero se hace el diplomático.

— ¿Y á propósito, donde está? Hace poco que....

—Ha ido á casa de aquella condesa que fué asesinada, y que ahora parece que está fuera de cuidado.

—¿A casa de la condesa Mac-Gregor?

—Sí; esta mañana ha enviado á buscar corriendo al principal; pero este le ha enviado en su lugar al oficial mayor.

—Quizás sea por un testamento.

—No puede ser, porque va mejor.

—¡Pues no tiene poco trabajo el pobre oficial, ahora que reemplaza á German como cajero!

—A propósito de German, ¡tambien es singular lo que pasa con él!

—¿Qué?

—Que el principal, para hacerle poner en libertad, ha declarado que era él, el señor Ferrand, quien habia padecido un error de cuenta, y que habia encontrado el dinero que reclamaba de German.

—Yo no encuentro nada de estraño; lo veo muy justo: acordaos de que siempre os he dicho de que German era incapáz de robar.

—Con todo, siempre es cosa pesada para él haber estado preso por ladron.

—Yo en su lugar pediria resarcimiento de daños y perjuicios contra el señor Ferrand.

—Al menos debia haberle vuelto á tomar por cajero para probar que no era culpable.

—Sí, pero es probable que German no hubiera querido.

—Continúa en el campo, en la quinta donde fué al salir de la cárcel, y desde la que nos escribió participándonos el desistimiento del señor Ferrand.

—Probablemente, porque ayer fui á la casa cuya direccion nos dió, y me dijeron que estaba todavia en el campo, y que podia escribirsele á Bouqueval, por Ecouen, en casa la señora Jacinta.

— ¡Señores, un coche! dijo Chalamel asomándose á la ventana. ¡Sopla! No es un coche tan lucido como el del famoso vizconde. ¿Os acordais de aquel flamante Saint-Remy, con su lacayo galoneado de plata, y su cochero gordo con peluca blanca? Este no es mas que un birloche.

— ¿Y quién baja?

— Aguardad. ¡Ah, un vestido negro!

— ¡Una muger, una muger! ¡Oh! vamos á ver....

— Ese demonio de Cabriolas es indeciblemente carnal para su edad; no piensa mas que en mugeres: al último tendremos que ponerle una cadena, ó si no robará á las sabinas en inedio de la calle; porque, como dice el Cisne de Cambray en su *Tratado de educacion para el delfin*:

Desconfiad de todo, Cabriolas,

Y no los dejeis con mugeres á solas.

— ¡Toma! señor Chalamel, habeis dicho un vestido negro, y creía....

— Es el señor cura, imbécil. Sirvate eso de ejemplo.

— ¿El cura de la parroquia? ¿el buen pastor?

— El mismo, señores.

— ¡Escelente sugeto! ¡Este sí que no es un jesuita!

— Yo lo creo: si todos los clérigos se le pareciesen, no habria mas que devotos.

— ¡Silencio! levantan la aldabilla de la puerta.

— ¡Cuidado, cuidado, es él!

Y todos los dependientes inclinándose sobre sus pupitres, se pusieron á garabatear con aparente afan, haciendo chillar sus plumas sobre el papel.

El rostro pálido de aquel eclesiástico era benigno y grave á la vez, inteligente y venerable, y su mirada llena de mansedumbre y serenidad. Un pequeño solideo le ocultaba la tonsura, y sus cabellos

grises, bastante largos, flotaban sobre el cuello de su levita color de castaña. Apresurémonos á añadir, que gracias á una confianza de las mas cándidas, habia sido siempre engañado, y lo era todavía por la hábil y profunda hipocresía de Santiago Ferrand.

—¿Vuestro principal está en su gabinete, hijos míos? preguntó el cura.

—Sí, señor abate, contestó Chalamel levantándose respetuosamente, y abrió al buen eclesiástico la puerta de un aposento contiguo al despacho.

Oyendo hablar con alguna vehemencia en el gabinete de Santiago Ferrand, el abate, no queriendo oír, marchó rápidamente hácia la puerta, y llamó.

—Entrad, dijo una voz con un acento italiano bastante pronunciado, y el clérigo se encontró cara á cara con Polidori y Santiago Ferrand.

No parecia que se hubiesen engañado los dependientes al señalar un pronto término á la vida de su principal, que despues de la fuga de Cecilia se habia puesto desconocido. Un encarnado febril cubria sus pómulos salientes, en medio de una faz espantosamente demacrada y lívida como un cadáver; agitábale continuamente un temblor nervioso, interrumpido de cuando en cuando por sobresaltos convulsivos; las descarnadas manos estaban sucias y ardientes, y sus desmesuradas gafas verdes ocultaban unos ojos inyectados de sangre, que brillaban con el fuego sombrío de una fiebre devoradora: en una palabra, aquella siniestra mascarilla descubria los estragos de una consuncion sorda é incesante.

La fisonomía de Polidori formaba contraste con la del escribano: nada mas amargo y friamente irónico que la espresion de las facciones de este otro malvado; coronaba su frente pálida y arrugada un bosque de cabellos de un rojo de fuego, sembrados

de algunas mechas plateadas; sus ojos penetrantes, transparentes y verdes como el verdemar, estaban pegados á su retorcida nariz, y su boca de labios escasos y hundidos, espresaba el sarcasmo y la malicia. Vestido completamente de negro, estaba Polidori sentado junto al bufete de Ferrand.

Al ver al eclesiástico, levantáronse ambos.

— Vaya, ¿cómo vais, mi digno señor Ferrand? dijo el abate con solicitud: ¿os encontrais algo mejor?

— Estoy siempre lo mismo, señor abate, la calentura no me deja, contestó el escribano, los insomnios me matan. ¡Hágase la voluntad de Dios!

— ¡Veis, señor abate, añadió Polidori compungido, veis qué santa resignacion! siempre es el mismo mi pobre amigo; no encuentra otro alivio á sus males que el hacer bien.

— No merezco estas alabanzas; hacedme el favor de evitarme el oirlas, dijo con aparente sinceridad el escribano, ocultando un resentimiento de cólera y de odio comprimidos. El aprecio del bien ó del mal pertenece exclusivamente al Señor: yo no soy mas que un miserable pecador.

— Todos somos pecadores, repuso suavemente el abate, mas no todos tenemos la caridad que os distingue, mi respetable amigo. Muy raros son los que, como vos, se desprenden suficientemente de los bienes terrestres, para pensar en emplearlos en vida de una manera tan cristiana. ¿Insistís todavía en el proyecto de vender vuestro cargo, para poderos entregar mas enteramente á las prácticas religiosas?

— Está ya vendido desde antes de ayer, señor abate; y obtuve algunas concesiones que me permitieron percibir todo su valor en dinero contante, lo que es cosa rara: esta suma, unida á otras, me

sirven para fundar la institucion de que os hablé ya, y cuyo plan que he resuelto definitivamente voy á sujetar á vuestra aprobacion.

— ¡Ah, mi digno amigo! dijo el abate con profunda admiracion: ¡hacer tanto bien con tanta sencillez, y si puedo decirlo, tan naturalmente!... Os lo repito, los hombres como vos son raros, y no hay para ellos bastantes bendiciones.

— Es que hay pocos que reunan como Santiago la riqueza á la piedad, y á la caridad la inteligencia, dijo Polidori con una sonrisa irónica que no percibió el buen abate.

Al oír esta nueva y sarcástica alabanza, el escribano crispó los puños involuntariamente, y lanzó por debajo de sus gafas á Polidori, una mirada de rabia infernal.

— Ya lo veis, señor abate, se apresuró á añadir el amigo íntimo de Santiago Ferrand: esos sobresaltos nerviosos no le dejan, y no quiere hacer nada. Me desespera, porque es su propio verdugo.... sí, tendré valor para decirlo delante del señor abate, eres tu propio verdugo, mi buen amigo.

El escribano tuvo otro estremecimiento involuntario al oír esto, pero se calmó. Un hombre menos sencillo que el abate, hubiera reparado en el acento comprimido y enfadado de Santiago Ferrand durante esta conversacion, y mayormente en la que seguirá; porque inútil es decir que una voluntad superior á la suya, la voluntad de Rodolfo en una palabra, imponia á aquel hombre palabras y acciones diametralmente opuestas á su verdadero carácter; apurado no obstante algunas veces, parecia repugnar en obedecer á aquella invisible y omnipotente autoridad; pero una mirada de Polidori concluía con aquella indecision, y entonces concentrando en un suspiro de furor los mas violen-

tos resentimientos, doblaba Ferrand la cerviz al yugo que no podía romper.

—¡Ah! señor abate, repuso Polidori que parecía divertirse en atormentar á su cómplice pinchándole con alfileres, como se dice vulgarmente: mi pobre amigo cuida poco de su salud.... decidle vos conmigo que se cuide, sino por él, á lo menos por sus amigos ó por los infelices cuya esperanza es....

—¡Basta, basta! murmuró el escribano con voz sorda.

—No, no basta, dijo conmovido el clérigo; fuerza es repetiros que vos no os perteneceis á vos mismo, y que haceis mal en descuidar de este modo vuestra salud. En los diez años que llevo de conoceros, no os habia visto enfermo nunca; pero desde hace cosa de un mes estais enteramente desconocido, y me ha admirado tanto mas la alteracion de vuestras facciones, cuanto que habia estado algun tiempo sin veros; de modo que la primera vez no pude ocultaros mi sorpresa; mas el cambio que reparo en vos de algunos dias á esta parte es mucho mas grave: desmejorais visiblemente, y vuestra salud nos infunde sérios temores.... Os suplico, mi digno amigo, que os cuideis mas.

—Os estoy reconocido cuanto cabe en mí, señor abate, pero os aseguro que mi posicion no es tan alarmante como creéis.

—Ya que tan terco estás en esto, repuso Polidori, voy á decírselo todo al señor abate: ¡cuánto no se aumentará lo que el buen señor te ama, estima y honra cuando sepa tus nuevos méritos, cuando sepa la verdadera causa de tu desmejoramiento.

—¿Qué mas hay? dijo el abate.

—Señor cura, dijo el escribano con impaciencia: os he suplicado que me hicierais el favor de llegaros á mi casa para comunicaros proyectos de alta

importancia, y no para oír las ridículas alabanzas que se ha empeñado en prodigarme mi amigo.

—Ya sabes, Santiago, que lo que yo te digo es fuerza que te resignes á oírlo, dijo Polidori mirando de fijo al escribano, que bajó los ojos y calló; y prosiguió dirigiéndose al cura: Quizás habreis reparado, señor abate, en que los primeros síntomas de la enfermedad nerviosa de Santiago, se manifestaron poco despues del abominable escándalo que Luisa Morel causó en esta casa.

El escribano se estremeció.

—¿Con que vos, señor, sabeis el crimen de aquella infeliz? preguntó el eclesiástico sorprendido. Creía que hacia pocos dias que habeis llegado á París.

—Cierto, señor abate; pero Santiago me lo ha contado todo como á su amigo y médico; porque él atribuye casi enteramente á la indignacion que le hizo sentir el crimen de Luisa, el sacudimiento nervioso que padece. ¡Ah! ¡y esto no fué nada todavía! Mi pobre amigo debia sufrir nuevos golpes, que como veis han alterado su salud.... Una criada antigua, que hacia muchos años que le servia afectuosamente obligada por el reconocimiento....

—La señora Serafina, dijo el cura interrumpiendo á Polidori; he sabido la muerte de esta infeliz, ahogada en el rio por una desgraciada imprudencia, y comprendo el disgusto del señor Ferrand; diez años de leales servicios no se olvidan fácilmente.... y tales pesares honran tanto al amo como al criado.

--Señor abate, dijo el escribano, ruégoos que no hableis de mis virtudes.... me confundís, porque me es muy penoso el oírlo.

—¿Pues quién ha de hablar de ellas.... tú? repuso afectuosamente Polidori; pero vais á tener, señor cura, nuevos motivos de alabarle: ¿ignorais quizás

cuál ha sido la criada que ha reemplazado en casa de Ferrand á Luisa Morel y á la señora Serafina? ¿ignorais, en fin, lo que ha hecho por esa Cecilia? se llamaba Cecilia esta nueva criada, señor cura.

El escribano saltó en su asiento; sus ojos echaron chispas por bajo de sus gafas, y un encarnado de fuego tiñó sus facciones lívidas.

— ¡Calla, calla! exclamó levantándose á medias; ni una palabra mas, te lo prohibo.

— Vamos, vamos, calmaos, dijo el abate sonriendo con mansedumbre; ¿alguna otra accion generosa que quiere revelarme vuestro amigo? En cuanto á mí, apruebo su indiscrecion. No conozco en efecto á esa criada, porque cabalmente fué á los pocos dias de su entrada en casa de nuestro digno señor Ferrand, cuando cargado de ocupaciones, se vió obligado, con gran pesar mio, á interrumpir nuestras relaciones.

— Era para ocultaros la buena obra que meditaba de nuevo, señor abate; porque aunque su modestia se revela, tendrá que oirme, y vais á saberlo todo, repuso Polidori.

Santiago Ferrand calló, apoyó los codos en su pupitre, y ocultó el rostro entre las manos.

— Imaginaos, pues, señor abate, repuso Polidori dirigiendo la palabra al cura, pero acentuando, por decirlo asi, cada frase con una mirada irónica que clavaba en Santiago Ferrand; imaginaos, digo, que mi amigo encontró en su nueva criada, que se llamaba, como he dicho, Cecilia, cualidades excelentes.... Una gran modestia, una dulzura angelical, y sobre todo mucha piedad.... Mas no es esto todo; Santiago, como vos sabeis, ha adquirido en su larga práctica en los negocios una estremada penetracion; pronto conoció que aquella jóven, porque era jóven linda, señor abate, que aquella jóven

y linda muger no habia nacido para criada.... y reunia, á principios virtuosamente austeros, una instruccion sólida y conocimientos muy variados.

—En efecto, esto es bastante extraño, dijo el abate muy interesado; ignoraba completamente estas circunstancias.... ¿Pero qué teneis, mi buen señor Ferrand? parece que se aumenten vuestros dolores.

—En efecto, dijo el escribano enjugando el sudor frio que corria de su frente, porque la sujecion que se imponia era atróz; tengo un poco de jaqueca.... pero pasará.

—Reparad, señor abate, añadió Polidori encojiéndose de hombros y sonriendo, que á Santiago le sucede siempre esto, cuando se trata de descubrir alguna de sus buenas obras ocultas: ¡es tan hipócrita con respecto al bien que hace! Pero afortunadamente estoy yo aqui, y se le hará entera justicia. Volvamos á Cecilia. Ella tambien á su vez hubo adivinado muy pronto la escelente bondad del corazon de Santiago; y cuando este la interrogó sobre su vida pasada, le confesó ingénuamente que, hallándose estrangera, sin recursos, y reducida á la mas humilde condicion por la mala conducta de su marido, habia mirado como un favor del cielo el poder entrar en la santa casa de un hombre tan venerable como el señor Ferrand. Al ver tanta desgracia, resignacion y virtud, no dudó Santiago un momento; escribió al pais de aquella infeliz para adquirir noticias suyas, las cuales fueron perfectas, y confirmaron la verdad de todo lo que ella habia contado á nuestro amigo; seguro entonces de colocar bien un beneficio, bendijo Santiago á Cecilia como un padre, y la mandó otra vez á su pais con una cantidad de dinero que le permitia esperar mejores dias y ocasion de encontrar una colocacion decente. No añadiré una sola palabra en alabanza de

Santiago.... los hechos son mas elocuentes que mis palabras.

—Bien, muy bien, exclamó el cura enternecido.

—Señor abate, dijo Ferrand con voz sorda y breve, no quiero abusar de vuestros momentos preciosos; os suplico, pues, que no hablemos mas de mí, y nos ocupemos del proyecto, para el cual os he suplicado que vinierais, y os he pedido vuestro ilustrado parecer.

—Conozco que las alabanzas de vuestro amigo ofenden vuestra modestia; ocupémonos, pues, en vuestras buenas obras, y olvidemos que vos sois su autor; pero antes permitidme que os dé cuenta del asunto que me encargásteis. Siguiendo vuestras instrucciones, he depositado en el banco francés, y bajo mi nombre, la suma de cien mil escudos, destinada á la restitucion de que sois vos el mediador, y que debe hacerse por mis manos. Preferís- teis que este depósito saliese de vuestra casa, aunque á mi entender estaba tan seguro en ella como en el banco.

—En esto, señor cura, me he conformado con la voluntad del desconocido autor de esta restitucion, que obra asi por el reposo de su conciencia.... Su deseo fué que os entregara á vos esta suma, rogándoos que la hicierais llegar á manos de la señora viuda de Fermont, natural de Renneville.... (la voz del escribano tembló ligeramente al pronunciar estos nombres) cuando dicha señora se presentara en vuestra casa, justificando la identidad de su persona....

—Cumpliré con la mision que me encargais, dijo el cura.

—No es la última, señor abate.

—Tanto mejor si las otras se parecen á esta; porque sin querer averiguar los motivos que la imponen,

me interesa siempre una restitucion voluntaria.... esos fallos inapelables que dicta la sola conciencia, y se ejecutan fiel y libremente en el foro interno, son siempre indicio de un sincero arrepentimiento, y una expiacion de esta naturaleza no es estéril.

—¿No es verdad, digo yo, señor abate? Cien mil escudos restituidos de una vez, es cosa rara; y yo he sido mas curioso que vos, pero mi curiosidad se ha estrellado contra la discrecion de Santiago, de modo que ignoro todavia el nombre del hombre honrado que hace esta notable restitucion.

—Sea quien fuere, dijo el abate, estoy seguro de que merece altamente el aprecio del señor Ferrand.

—En efecto, señor abate, este honrado sugeto merece todo mi aprecio, contestó el escribano con una amargura mal disimulada.

—Y no pára todo ahí, señor abate, repuso Polidori mirando á Ferrand con aire significativo; vais á ver hasta dónde llegan los generosos escrúpulos del desconocido autor de esta restitucion; y si he de decirlo todo, tengo fuertes sospechas de que no ha contribuido poco nuestro amigo á despertar esos escrúpulos, y á encontrar el medio de colmarlos.

—¿Cómo es esto? preguntó el cura.

—¿Qué quereis decir? añadió el escribano.

—¿Y la buena y honrada familia de Morel?

—¡Ah! sí.... sí.... en efecto.... se me olvidaba.... dijo Ferrand con voz sorda.

—Figuraos, señor abate, repuso Polidori, que el autor de esta restitucion, aconsejado sin duda por Santiago, no contento con restituir esta suma considerable, quiere todavia.... Pero quiero dejar que hable mi digno amigo.... No quiero quitarle ese placer.

—Ya sabeis, repuso Santiago Ferrand con hipócrita compuncion, mezclada de cuando en cuando

con movimientos de involuntaria resistencia contra el papel que le estaba impuesto, que se descubrían frecuentemente en la alteracion de su voz y en la repugnancia con que le salian de la boca las palabras; ya sabeis, señor abate, que la mala conducta de Luisa Morel fué para su padre un golpe tan fatal, que se volvió loco.... La familia, pues, de este honrado artesano corria peligro de morir de miseria, falta de su único sostén; mas por fortuna, la Providencia vino á su socorro.... y la.... persona que hace la restitucion voluntaria, de que habeis tenido la bondad de ser el mediador, señor abate, no ha creído haber expiado suficientemente con ello un.... grande abuso de confianza.... y me preguntó si sabria por acaso alguna infelicidad digna de lástima, que pudiera aliviar.... Yo indiqué la de la familia de Morel, y acogida inmediatamente mi indicacion, se me fué rogado que me encargase de los fondos que voy á entregaros luego, y suplicaros que constituyais una renta de dos mil francos en favor de la persona de Morel, que deberá recaer en las de su muger é hijos....

— Pero en verdad, dijo el abate, que al aceptar esta nueva mision muy respetable seguramente, no puedo menos de estrañar el que no se os haya cometido á vos mismo.

— El desconocido creyó, y yo soy del mismo dictámen, que sus beneficios adquiririan mayor precio, y por decirlo asi, se santificarian, pasando por manos tan piadosas como las vuestras, señor abate.

— Nada tengo que contestar á eso; constituiré en la persona de Morel, desgraciado padre de Luisa, la renta de dos mil francos; pero creo con vuestro amigo, que teneis vos una parte en la resolucion que ha dictado ese nuevo don expiatorio....

— Yo indiqué la familia de Morel, y nada mas,

os ruego que lo creais , señor abate , contestó Ferrand.

— Ahora , dijo Polidori , vais á ver , señor abate , hasta qué punto ha elevado Santiago sus miras filantrópicas á propósito del establecimiento de caridad que hemos mentado ya ; va á leeros él mismo el plan que ha acordado definitivamente : en su caja está el dinero necesario para la fundacion de las rentas ; pero anteayer le entró un escrúpulo , que si él no se atreve voy á deciros yo....

— Es inútil , dijo Ferrand , que preferia á veces aturdirse con sus mismas palabras , á verse obligado á sufrir en silencio las irónicas alabanzas de su cómplice. El hecho es , señor abate , que he reflexionado que habia mas humildad cristiana en que este establecimiento no se fundase en mi nombre.

— ¡Pero esa humildad es exagerada! exclamó el abate ; podeis y debeis legítimamente envaneceros de vuestra caritativa fundacion ; es un derecho que teneis , casi un deber , el poner vuestro nombre al frente.

— Con todo , señor abate , prefiero y estoy resuelto á guardar el incógnito.... y cuento lo suficiente con vuestra bondad para esperar que me hareis el favor de cumplir en mi lugar , y guardándome el mas profundo secreto las últimas formalidades , y nombrar los empleados inferiores de ese establecimiento.... me he reservado únicamente el nombramiento del director y de un conserge.

— Seria un deber en mí aceptar , aun cuando no tuviera un verdadero placer en concurrir á esa buena obra ; conque acepto.

— Ahora , señor abate , os leerá mi buen amigo , si quereis , el plan que ha acordado definitivamente.

— Leed vos mismo , amigo mio , toda vez que sois tan bueno , dijo Ferrand con amargura ; leed vos

mismo.... escusadme ese trabajo, os lo suplico.

—No, no.... repuso Polidori, clavando en el escribano una mirada, cuya significacion sarcástica comprendió este; será para mí un verdadero placer el oír de tu misma boca los nobles sentimientos que te han guiado para esa fundacion filantrópica.

— ¡Sea enbuenhora! leeré, dijo bruscamente el escribano tomando de encima su pupitre un papel.

Polidori, cómplice hacia mucho tiempo de Santiago Ferrand, conocia los crímenes y los secretos pensamientos de aquel miserable, y no pudo contener una sonrisa cruel al verle obligado á leer aquella nota dictada por Rodolfo. Veíase en el castigo que imponia el principe á Ferrand una lógica inexorable. Como lujurioso, le atormentaba por la lujuria; como avaro, por la avaricia, y como hipócrita, por la hipocresía. Rodolfo habia escogido al venerable eclesiástico para agente de las restituciones que imponia en expiacion al escribano, para castigar doblemente á este por haber sorprendido con su hipocresía detestable el ingénuo afecto y cándida estimacion del buen sacerdote.

¿No era en efecto un gran castigo para aquel inmundo impostor, para aquel criminal endurecido, el precisarle á practicar por fin las virtudes cristianas que tantas veces habia conculcado, y hacerle arder con impotente furor por haber merecido una vez los justos elogios del respetable eclesiástico, que habia engañado hasta entonces?

Con el oculto resentimiento que es fácil imaginar, leyó Santiago Ferrand la nota siguiente:

ESTABLECIMIENTO DE UN BANCO PARA LOS ARTESANOS SIN TRABAJO.

«*Amémonos los unos á los otros, dijo Jesucristo.* Estas divinas palabras contienen el gérmen de todo deber, de toda virtud, de toda caridad, y son

las que han inspirado al humilde fundador de este establecimiento.

«Todo el bien que haga pertenece á Jesucristo. Limitado en cuanto á los medios de accion, el fundador ha querido al menos hacer que participasen de su beneficencia el mayor número posible de sus hermanos.

«Dirígese en primer lugar á los artesanos honrados y cargados de familia, á quienes la falta de trabajo lleva muchas veces á crueles extremos.

«Mas no es una limosna degradante lo que ofrece á sus hermanos, sino un préstamo gratuito. ¡Y ojalá pueda con él impedir que sacrifiquen indefinidamente su porvenir por esos ruinosos préstamos que se ven obligados á contraer, para aguardar la vuelta del trabajo, único recurso con que pueden contar para su sostén y el de sus familias que no tienen otro apoyo!

«No pide á sus hermanos otra garantía para obtener este préstamo, mas que un compromiso de honor y una mancomunidad de palabra jurada.

«Establece una renta anual de doce mil francos, con la cual se hagan al primer año hasta la consuncion de esta cantidad, préstamos desde veinte á cuarenta francos sin interés, en favor de los artesanos casados y que estén sin trabajo, domiciliados en el séptimo distrito; el cual ha sido escogido por ser uno de aquellos en que abunda mas la clase obrera.

«El trabajador ó trabajadora que pretenda obtener uno de estos préstamos, debe presentar certificacion de buena conducta librada por su último amo ó patron, quien espresará en ella la causa y fecha de la suspension del trabajo.

«Estos préstamos serán reintegrados mensualmente por sextas ó duodécimas partes, á la eleccion

del prestamista, contando desde el día en que vuelva á encontrar trabajo.

«El prestamista firmará una simple obligacion bajo palabra de honor, en que se obligue á restituir el préstamo en los plazos señalados; y asistirán á esa operacion como garantes, dos de sus compañeros, á fin de que con el compromiso de mancomunidad, adquiera desarrollo y estension la religion de la promesa jurada (1).

«El trabajador que no restituya la cantidad que hubiese tomado en préstamo, no podria aspirar en lo sucesivo á otro, lo mismo que sus dos fiadores, por haber faltado á una obligacion sagrada, y sobre todo porque privaria sucesivamente á muchos de sus hermanos del beneficio de que ha gozado él, perdiendo el banco de los pobres la suma que él hubiese dejado de restituir.

«Al contrario, cuando estas sumas sean escrupulosamente reembolsadas, los préstamos irán en aumento todos los años en número y cantidad, y llegará día en que sea posible hacer participar de este beneficio ó otros distritos.

«Las ideas que han presidido á esta institucion son las siguientes: No degradar al hombre con la limosna.... No animar al ocio con estériles dones.... Escitar los sentimientos de honradéz y probidad, naturales á las clases laboriosas.... Ausiliar fraternalmente al trabajador, que pudiendo apenas arreglar á su jornal sus gastos diarios por la insuficiencia de los salarios, no puede cuando hay una suspen-

(1) Ignórase quizás que la clase obrera tiene por lo general tal respeto á la deuda, que los vampiros que la prestan por semanas al enorme interés de tres ó cuatrocientos por ciento, no exigen nunca obligacion por escrito, y siempre son pagados religiosamente.

sion de trabajo, suspender tambien sus necesidades y las de su familia.... (1).

«Gloria solamente al que ha dicho: *Amémonos unos á otros.*»

—¡Ah, señor! exclamó el abate con religiosa admiracion, ¡qué idea tan caritativa! ¡cómo comprendo ahora vuestra emocion al leer unas líneas cuya sencillez es tan interesante!

En efecto, al concluir su lectura se habia alterado la voz de Santiago Ferrand; la paciencia y el valor se le acabaron, pero vigilado por Polidori no podia quebrantar la menor de las órdenes de Rodolfo. Júzguese cual seria la rabia del escribano, obligado á disponer tan liberal y caritativamente de su fortuna, en favor de una clase que habia perseguido tan despiadadamente en la persona del lapidario Morel.

—¿No es verdad, señor abate, que la idea de Santiago es excelente?

—¡Ah, señor! nadie mas que yo, que conozco todas las miserias, puede comprender la importancia que ha de tener para los pobres y honrados artesanos sin trabajo, este préstamo que les parecerá bien módico á las gentes del mundo.... ¡Ah! ¡cuántos bienes harian, si supieran que con una cantidad tan mínima que apenas disminuiria el menor de sus fastuosos caprichos.... que con cuarenta francos, que les serian devueltos escrupulosamente, pero sin interés.... podrian algunas veces salvar el porvenir, y hasta el honor de una familia, que por fal-

(1) Nuestro proyecto, sobre el cual hemos consultado á muchos artesanos honrados é ilustrados, es sin duda muy imperfecto, pero lo confiamos á la reflexion de las personas que se interesan por las clases obreras, esperando que el gérmen de utilidad que encierra, será fecundado por un talento mas luminoso que el nuestro.

ta de trabajo se ve presa de la miseria y sujeta á la cruel obsesion de la necesidad! La miseria falta de trabajo no encuentra nunca crédito; ó si hay quien consienta á prestarla depositando prenda alguna cantidad insignificante, es al precio de monstruosos intereses usurarios: logrará de este modo y con mucha dificultad tomar prestados treinta sueldos por ocho dias, y al cabo de ellos tendrá que devolver cuarenta.

— Los mismos préstamos del Monte de piedad, llegan á veces hasta el trescientos por ciento (1). El artesano que no tiene trabajo, deposita muchas veces en él la única manta que en las noches de invierno le preserva del frio á él y á su familia..... Pero un préstamo sin interés, de treinta á cuarenta francos, y reintegrable por duodécimas partes cuando vuelve el trabajo, añadió el abate con entusiasmo, es la salud, es la esperanza, es la vida para los artesanos honrados.... ¡Con qué exactitud lo devolverian! ¡Ah, señor, no son ellos los que os harán

(1) Tomamos las noticias siguientes de un elocuente y aventajado trabajo publicado por el señor Alfonso Esquiros en la *Revista de París* del 11 de junio de 1843. «El término medio de los efectos dejados en prenda por cantidades de tres francos, en casa de los comisionados de los distritos 8.^o y 12.^o, es á lo menos de quinientos francos diarios; de modo que la poblacion obrera reducida á tan escasos socorros, no obtiene en el Monte de piedad sino recursos muy escasos en comparacion á sus necesidades. Hoy dia, los derechos ordinarios del Monte de piedad, ascienden al trece por ciento; pero aumentan en una espantosa proporcion, si el préstamo se toma por poco tiempo, en lugar de tomarlo por un año. Y como los efectos que depositan en prenda las clases pobres, son por lo general artículos de primera necesidad, resulta que los retiran al momento de depositados; y los hay que son regularmente depositados y retirados una vez por semana.

falta al pago!... Es sagrada la deuda que se contrae para dar pan á una esposa é hijos.

—¡Qué gratos te han de ser los elogios del señor cura! dijo Polidori; ¡y cuántos mas te dirigirá todavía por tu fundacion del Monte de piedad gratuito! porque, señor cura, no ha olvidado esta cuestion que va anexa á su banco para los pobres.

—¿De veras? exclamó el clérigo juntando las manos con admiracion.

El escribano prosiguió con voz rápida, pues le era odiosa esta escena.

—Estos préstamos tienen por objeto el remediar uno de los mas graves accidentes de la vida de los artesanos, la interrupcion del trabajo. No serán, pues, concedidos bajo ningun pretesto, sino á los que estén sin trabajo.

«Quedan ademas que prever otros crueles inconvenientes que alcanzan hasta al obrero ocupado.

«Una suspension de trabajo de uno ó dos dias, que impone á veces necesariamente al operario la

Supongamos en estas circunstancias un préstamo de tres francos: el interés que pagará entonces el prestamista, será de doscientos noventa y cuatro por ciento anual. Todo el dinero que se reúne cada año en la caja del Monte de piedad, pasa inmediatamente á las de los hospicios, y es cantidad considerable. En 1840, año escaso, los beneficios llegaron á cuatrocientos veintidos mil doscientos quince francos. No puede negarse, dice con mucha razon al concluir el señor Esquiros, que se da á esta suma un laudable destino, puesto que viniendo de la miseria vuelve á la miseria; pero con todo hay que contestar á esta grave pregunta: ¿es al pobre á quien toca socorrer al pobre? Digamos por fin, que al mismo tiempo que reclama el señor Esquiros grandes mejoras que establecer en el Monte de piedad, rinde homenaje al actual director el señor Delaroche, que ha emprendido ya útiles reformas.»

fatiga ó la necesidad de cuidar á una esposa ó á un hijo enfermos, ó una precisa mudanza de habitacion, priva al trabajador de su cotidiano recurso.... Y entonces no le queda otro que dirigirse al Monte de piedad, por cuyo préstamo paga un interés enorme, ó á usureros clandestinos que le arruinan. Queriendo, pues, aliviar á sus hermanos su carga en lo que pueda, el fundador del banco de los pobres destina una renta anual de veinticinco mil francos para préstamos sobre prenda, que no podrán pasar de diez francos. Los prestamistas no pagarán gastos ni intereses; pero deberán probar que ejercen una profesion honrosa, y presentar una declaracion de sus amos que justifique su moralidad.

«Al cabo de dos años se venderán sin costas de ninguna especie los efectos que no hayan sido retirados, y el importe del exceso del precio de esta venta sobre la cantidad prestada, ganará para el prestamista el interés anual de cinco por ciento. Si al cabo de cinco años no ha reclamado el prestamista esta cantidad, quedará en favor del banco de los pobres, y unida á las entradas sucesivas coadyuvará al sucesivo aumento del número de préstamos (1).

«La administracion del Banco y despacho de préstamos estarán en la calle del Temple, número 17, en una casa comprada al efecto en medio de aquel populoso distrito. Se destina la cantidad de diez mil francos para gastos de administracion del banco de los pobres, cuyo director perpétuo será....

—Ahora vais á ver, señor cura, dijo Polidori interrumpiendo al escribano; con la eleccion del di-

(1) Hemos dicho que en algunos cortos estados de Italia existen Montes Pios gratuitos, caritativas fundaciones que tienen mucha analogía con el establecimiento que suponemos.

rector del establecimiento vais á ver si sabe Santiago reparar el mal que involuntariamente ha hecho.... Vos sabeis que por un error, de que está muy arrepentido, habia acusado falsamente á su cajero de haberle robado una cantidad que luego encontró.

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien; á este honrado muchacho, Francisco German, es á quien nombra Santiago para la administracion perpétua del banco, con el sueldo de cuatro mil francos.... ¿No es esto admirable, señor abate?

—Nada me sorprende ya, ó por mejor decir, nada me ha sorprendido hasta ahora.... tarde ó temprano debian dar un resultado semejante la ardiente piedad y las virtudes de nuestro digno amigo.... Es cosa admirable el consagrar toda su fortuna á una institucion tan hermosa.

—¡Mas de un millon, señor abate! dijo Polidori; ¡mas de un millon, reunido á fuerza de orden, economía y probidad!... Y todavía ha habido miserables capaces de acusar á Ferrand de avaricia, preguntándose, admirados de su vida mezquina, en qué empleaba los cincuenta ó sesenta mil francos anuales que le producía su despacho.

—A estos contestaría yo, repuso el cura con entusiasmo: Sí, ha vivido como un miserable por espacio de quince años, á fin de poder un dia aliviar espléndidamente á los miserables.

—Pero al menos tén orgullo y satisfaccion por el bien que haces, exclamó Polidori dirigiéndose á Santiago Ferrand, que sombrío, abatido, y con la mirada fija, parecia absorto en profunda meditacion.

—¡Ah! dijo tristemente el abate; no es en este mundo donde se recibe la recompensa de tanta virtud; hay una ambicion mas elevada.

—Santiago, dijo Polidori tocando ligeramente el hombro del escribano, concluye tu lectura.

Ferrand se estremeció, pasóse la mano por la frente, y dijo dirigiéndose al eclesiástico:

—Perdonadme, señor cura; pero pensaba.... pensaba en la inmensa estension que podria adquirir este banco de los pobres con la sola acumulacion de las rentas, si los préstamos de cada año, reembolsados á su tiempo, no los consumieran.... Al cabo de cuatro años podria ya dar en préstamo, ó sobre prendas, cerca de cincuenta mil escudos.... ¡esto es enorme.... enorme! y me felicito de ello; añadió pensando, con una rabia oculta, en el valor del sacrificio que se le imponia; y repuso luego: Creo que estaba....

—En el nombramiento de Francisco German para director del establecimiento, dijo Polidori.

Santiago Ferrand continuó:

«Se destina una renta de diez mil francos para los gastos de administracion del banco para los artesanos que estén sin trabajo, cuyo director perpetuo será Francisco German, y cuyo conserje será el actual portero de la casa, llamado Pipelet.

«El señor abate Dumont, al cual serán entregados los fondos necesarios para la fundacion, instituirá un consejo superior de vigilancia, compuesto del alcalde y del juez de paz del cuartel, á quienes añadirán las personas que se consideren útiles para el patrocinio y estension del banco de los pobres, cuyo fundador se tendria por mil veces recompensado de lo poco que ha hecho, si concurriesen á su obra algunas personas caritativas.

La abertura de este banco se anunciará por todos los medios posibles de publicidad.

«El fundador repite antes de concluir, que nin-

gun mérito tiene al hacer lo que hace por sus hermanos.

«Su pensamiento no es mas que el eco de este pensamiento divino: *Amémonos los unos á los otros.*»

—Y vuestro lugar estará marcado en el cielo al lado de aquel que ha pronunciado estas palabras inmortales, exclamó el abate estrechando con efusion las manos de Santiago Ferrand.

Este estaba apurado; faltábanle las fuerzas.... Sin contestar á las felicitaciones del abate, se apresuró á entregarle en billetes del tesoro la considerable cantidad necesaria para la fundacion de este establecimiento, y para la renta del lapidario Morel.

— Me atrevo á creer, señor abate, que no rehusareis esta nueva mision confiada á vuestra caridad: dijo por fin el escribano. Ademas hay un extranjero.... sir Walter Murph.... que me ha dado algunas instrucciones.... sobre la redaccion de este proyecto, que aligerará tambien un poco vuestra carga.... é irá hoy mismo á vuestra casa á tratar con vos del modo de poner en práctica el proyecto, y ponerse á vuestra disposicion por seros útil en algo. Os ruego nuevamente, señor abate, que me guardéis el mas profundo secreto con todo el mundo escepto con él.

— Teneis razon, Dios sabe lo que haceis por vuestros hermanos: ¿qué importa lo demas?... Lo que siento yo es no poder contribuir sino con mi celo á esta noble institucion; pero á lo menos será tan ardiente, como inagotable es vuestra caridad.... ¿Pero qué teneis? os poneis pálido.... ¿estais indispuerto?

— Un poco, señor abate.... esta larga lectura, la emocion que causan vuestras palabras.... la desazon que siento algunos dias á esta parte.... Perdonad

mi debilidad, dijo Santiago sentándose con dificultad: esto no es cosa grave seguramente, pero mis fuerzas están agotadas.

— Hariais bien quizás en meteros en cama y mandar llamar á un médico, dijo el sacerdote con vivo interés.

— Yo lo soy, señor abate, dijo Polidori.... El estado de Santiago pide grandes cuidados, yo me encargaré de ellos.

El escribano se estremeció.

— Con un poco de descanso os repondreis, yo lo espero, dijo al cura. Os dejo; pero antes voy á daros recibo de esta cantidad.

Mientras que estendia el buen clérigo su recibo, diéronse Polidori y Ferrand, una mirada imposible de describir.

— ¡Vamos, buen ánimo, y tened confianza en Dios! dijo el cura entregando á Santiago Ferrand el recibo. No permitirá Dios que salga en mucho tiempo de este mundo uno de sus mejores servidores, y deje una vida empleada tan útil y religiosamente. Mañana volveré á veros.... Quedad con Dios, señor.... adios, amigo.... mi digno y santo amigo.


El cura salió, y quedaron solos Santiago y Polidori.



CAPÍTULO XIX.

—

LOS CÓMPLICES.

 si que hubo salido el abate, lanzó Santiago Ferrand una horrible blasfemia. Su desesperacion y su rabia, largo tiempo comprimidas, estallaron con furia, y empezó á andar á pasos precipitados de un extremo á otro de su gabinete como una fiera amarrada á su cadena, jadeando, con los cabellos erizados, convulso el rostro, y saltándole los ojos. Polidori le observaba atentamente con la calma mas inalterable.

— ¡Rayo y sangre de Dios! exclamó por fin Ferrand con una voz en que se desahogaba todo su furor: ¡mi fortuna entera consumida en esas estúpidas obras de caridad!... ¡yo que desprecio y desisto á los hombres!... ¡yo que no habia vivido sino

para robarlos.... fundar establecimientos filantrópicos!... ¡obligarme á ello por medios infernales!... ¡Es el mismo demonio ese amo tuyo! exclamó desesperado parándose bruscamente delante de Pilidori.

—No tengo amo, contestó este friamente; lo que tengo lo mismo que tú.... es un juez....

—¡Obedecer como un necio á las menores órdenes de ese hombre! repuso Ferrand, cuya rabia iba en aumento. Y ese clérigo, de quien me he reído entre mí mismo tantas veces, al verle seducido como los demas por mi hipocresía.... cada alabanza que me daba el tonto, de buena fé, era una puñalada.... ¡Y tener que contenerme!... ¡contenerme siempre!...

—O si no el cadalso....

—¡Oh, no podré librarme de esa dominacion fatal!... ¡Ah! ¡he dado mas de un millon!... Si me quedan cien mil francos, inclusa esta casa, será lo mas.... ¿qué diablos puede querer ya de mí?

—No has concluido todavía.... El príncipe sabe por Badinot, que.... tu Juanin no era mas que un testafarro que tú ponias en juego para los préstamos usurarios hechos al vizconde de Saint-Remy, á quien has desollado tan sin compasion por sus falsificaciones. Las sumas que ha pagado Saint-Remy se las habia prestado una gran señora.... Otra restitucion que te espera probablemente.... pero se suspende, tal vez, porque es demasiado delicada.

—¡Encadenado.... encadenado aqui!

—Y tan sólidamente como con un cable de hierro.

—¡Y tú.... mi carcelero!... ¡miserable!

—¡Qué quieres!... segun el sistema del príncipe, nada hay mas lógico; castiga el crimen por sí mismo, y al cómplice con el cómplice.

— ¡Oh furor!

— ¡Impotente por desgracia! porque mientras él no me haya mandado decir: Santiago Ferrand es libre de salir de su casa.... me tendrás á tu lado como tu sombra.... Mira, yo merezco el patíbulo tanto como tú.... si falto á las órdenes que he recibido como carcelero, me costaría mi cabeza.... Conque ya ves que no podía tener otro mas incorruptible.... En cuanto á huir los dos, es imposible; no podríamos dar un paso fuera de aquí sin caer en las manos de los hombres que hay apostados día y noche á la puerta de esta casa y á la del lado, única por que podríamos salir escalando los tejados.

— ¡Ira de Dios!... lo sé.

— Entonces resignate, porque esta fuga es imposible.... y aun cuando nos saliese bien, poca probabilidad de salvacion tendríamos, porque soltarian inmediatamente en nuestra busca á la policía. Y al contrario, obedeciendo tú en estarte quieto, y yo en vigilarte, tenemos aseguradas las cabezas.... Conque, resignémonos.

— No me exasperes con tu irónica sangre fría.... ó si no....

— ¿O si no, qué?... No te temo, estoy prevenido y bien armado; y aun cuando hubieses encontrado para asesinarme el puñal envenenado de Cecilia....

— ¡Cállate!...

— Nada adelantarias con ello: sabes que cada dos horas tengo que dar un parte de tu salud á un enviado que pasa á recogerlo.... Es un modo indirecto de tener noticia de los dos.... Asi pues, cuando vieran que no parezco, sospecharian el asesinato, te prenderian y.... pero no, te agravio suponiéndote capaz de este crimen. ¿Has sacrificado mas de

un millon para salvar la vida , y te habiais de dejar cortar la cabeza.... por el placer necio y estéril de matarme por venganza?... Vamos, vamos, no eres tan bestia para esto.

— ¡Ah, porque sabes que no puedo matarte, redoblas mis males exasperándolos con tus sarcasmos!

— ¡Vaya que tu posicion es original! Tú no te ves, pero en verdad que estás curioso.

— ¡Oh fatalidad!... ¡fatalidad irremediable! ¡no puedo volverme de ningun lado sin encontrar la ruina, la deshonra y la muerte!... ¡Y pensar que lo que mas temo ahora en el mundo, es la nada!... ¡Maldicion sobre mí, sobre tí y sobre la tierra entera!

— ¡Hola, la misantropía es mas ancha en tí que la filantropía.... puesto que la primera abraza á todo el mundo, y la segunda á un solo cuartel de París!

— ¡Sí, búrlate de mí, mónstruo!

— ¿Prefieres que te llene de reconvenciones?

— ¿A mí?

— ¿Quién tiene la culpa de que nos veamos reducidos á esta posicion?... Tú.... ¿A qué venia el conservar colgada al cuello como una reliquia, aquella carta mia relativa al asesinato que te valió cien mil escudos, asesinato que con tanta maña habíamos hecho pasar por un suicidio?

— ¿A qué venia, miserable? ¿No te habia dado cincuenta mil francos por tu cooperacion en aquel crimen, y por esta carta que tú sabes exigí para tener contra tí una garantía, é impedir que mas tarde te prevalieses de tu conocimiento del crimen para ponerme en contribucion amenazándome con perderme? Porque de este modo no podias denunciarme sin entregarte á tí mismo.... Mi vida y

mi fortuna dependian de aquella carta.... hé aqui por qué la traía siempre sobre mí como una reliquia.

—Es verdad; tuviste habilidad en ello, porque nada hubiera ganado en denunciarte sino el gusto de subir al cadalso en tu compañía.... Y con todo, tu habilidad nos ha perdido, cuando la mia nos habia garantido hasta ahora la impunidad del crimen.

—La impunidad.... ya lo ves....

—¿Quién habia de adivinar lo que está pasando? En el orden natural de las cosas, nuestro crimen debia quedar y hubiera quedado siempre impune; porque cuando le hubimos levantado á aquel hombre la tapa de los sesos.... tú querias solamente falsificar su letra, y escribir á su hermana que se suicidaba por verse completamente arruinado, y creías desplegar mucha finura no haciendo mencion en la carta del depósito que te habia confiado... Esto era absurdo, porque como que la hermana tenia noticia de este depósito, necesariamente hubiera reclamado. De consiguiente, lo que habia que hacer era mencionar, como hemos hecho, el depósito, á fin de que si por casualidad se elevaba alguna duda acerca la realidad del suicidio, fueses tú la última persona de quien se sospechase. ¿Quién habia de suponer que cuando matabas á un hombre para apoderarte de una cantidad que te habia confiado, fueses tan necio que hablastes de este depósito en la carta que le atribuyeses? ¿Y qué es lo que ha sucedido? Se ha creido en el suicidio. Gracias á tu reputacion de probidad, has podido negar el depósito, y han creido todos que el hermano se habia suicidado despues de haber consumido la fortuna de la hermana.

—¿Pero qué importa hoy todo esto, cuando está descubierto el crimen?

—¿Pero quién tiene la culpa? ¿la tengo yo, porque mi carta fuese una arma de dos filos? ¿por qué fuiste tan débil y necio que entregaste la terrible arma á esa infernal Cecilia?

—¡Calla.... no pronuncies este nombre! exclamó Santiago Ferrand con una espresion espantosa.

—Enhorabuena: no quiero volverte epiléptico.... ya ves, no contábamos sino con la justicia ordinaria, y nuestras muchas precauciones eran suficientes.... pero la extraordinaria del que nos tiene en su poder, procede de otro modo.

—¡Oh! demasiado lo sé.

—El cree que no se repara suficientemente el mal que hacen los criminales cortándoles la cabeza.... Con las pruebas que tiene en sus manos, podia entregarnos á entrambos á la justicia; ¿pero qué resultaria? dos cadáveres buenos á lo mas para estercolar las yerbas del cementerio.

—¡Oh! sí.... lágrimas, angustias.... tortura, es lo que necesita ese príncipe, ese demonio.... Pero yo no lo conozco ni le he hecho ningun mal.... ¿Por qué se encarniza de esta manera conmigo?

—Primeramente, porque supone que de todo el bien ó mal que se hace á los demas hombres, que llama ingénuamente hermanos suyos, se resiente él.... y luego conoce á aquellos á quienes has causado daño, y te castiga á su modo.

—¿Pero con qué derecho?

—Vaya, Santiago, entre nosotros no hablemos de derecho: podia hacerte cortar judicialmente la cabeza.... ¿y qué resultaba de ello?... Tus dos únicos parientes se han muerto, y el Estado se aprovechaba de tu fortuna en detrimento de los infelices, á quie-

nes habias tú robado.... Al contrario, vendiéndote la vida al precio de toda tu fortuna, el lapidario Morel, padre de Luisa, á la cual deshonraste, se encuentra al abrigo de toda necesidad para él y su familia; la señora Fermont, hermana del señor de Renneville, supuestamente sospechado de suicidio, recobra sus cien mil escudos; German, á quien habias falsamente acusado de robo, queda rehabilitado, y con un destino honroso y asegurado al frente del ramo de los artesanos que estén sin trabajo, que se te obliga á fundar, para reparar y expiar los ultrajes que has hecho á la sociedad. Entre malvados puede confesarse esto: francamente considerada la cosa bajo el punto de vista del que nos tiene entre sus garras, la sociedad no ganaba nada con tu muerte, y gana mucho con tu vida.

—Y esto es lo que causa mi desesperacion.... unido á mis demas tormentos.

—El príncipe lo sabe ya.... ¿Pero qué hará de nosotros ahora? lo ignoro..... Nos ha prometido la vida si cumplíamos exactamente sus órdenes, y cumplirá su promesa.... Pero no cree que hayamos expiado suficientemente nuestros crímenes, y sabrá hacer de modo que hubiese sido cien veces preferible la muerte á la vida que nos prepara.... Tú no lo conoces.... cuando se cree autorizado á ser inexorable, no hay verdugo mas atroz.... Menester es que tenga á sus órdenes al mismo diablo, para que haya descubierto lo que habia ido yo á hacer en Normandía. Pero mas que á un demonio tiene á su servicio; porque esa Cecilia.... ¡que mal rayo la parta!

—¡Cállate.... no pronuncies ese nombre, no lo pronuncies!

—¡Sí, sí, llévase un rayo á la infame que tiene

ese nombre!... ella es quien lo ha perdido todo....
Y sin tu imbécil amor por esa criatura, tendríamos
la cabeza segura encima de los hombros.

—Conoces tú á esa muger? contestó Ferrand con
profundo abatimiento, en lugar de alterarse; dí....
¿la has visto alguna vez?

—Nunca.... pero ya sé que dicen que es hermosa.

—¡Hermosa! añadió el escribano encogiéndose de
hombros. Mira.... añadió con una especie de deses-
perada amargura.... ¡calla! no hables de lo que no
sabes.... no me acuses, porque en mi lugar hubie-
ras hecho lo que yo.

—¿Yo, poner mi vida en manos de una muger?

—De aquella, sí.... y yo lo haria otra vez, si tu-
viera delante la esperanza que tenia entonces.

—¡Por los clavos de la cruz! ¡y todavía estás do-
minado por ese encanto!

—Escucha, repuso el escribano con voz tranqui-
la, baja y acentuada á trechos, por decirlo así, con
ímpetus de desesperacion incurables.... tú sabes
cuánto amo yo el oro, y á lo que me he espuesto
para adquirirlo: mi alegría, mi felicidad era con-
tar en mi pensamiento las sumas que poseía, verlas
doblar con mi avaricia, sufrir toda clase de priva-
ciones, y saber que era dueño de un tesoro.... Sí,
poseer, pero no para gastar y gozar, solo para ate-
sorar.... esta era mi vida.... Si me hubiesen dicho
hace un mes, escoge entre tu fortuna y tu vida,
hubiera entregado mi cabeza.

—¿Pero de qué sirve poseer cuando se va á morir?

—Entonces tanto vale que preguntes ¿de qué sir-
ve poseer cuando no se usa lo que se posee? Siendo
millonario, ¿vivía yo, acaso, como un millonario?
No; vivía como un pobre.... de consiguiente, si me
gustaba poseer, era solo por poseer.

— Pero yo no salgo de la mia ; ¿de qué sirve poseer cuando se va á morir?

— ¿De qué sirve?... sirve para morir poseyendo.... Sí, para disfrutar hasta el último momento ese goce que nos hace arrostrarlo todo, privaciones, infamia y cadalso.... Sí, sirve para decir todavía cuando se tiene la cabeza bajo el hacha del verdugo: ¡Poseo! ¡Oh! ¡dulce es la muerte, comparada con los tormentos que se sufren al verse, como yo, desposeído en vida de lo que se ha acumulado á costa de tantas penas y de tantos riesgos! ¡Oh! decirse á sí mismo á cada momento, todos los minutos del día: ¡Yo que tenia mas de un millon, yo que he sufrido las mas crueles privaciones para conservar y aumentar este tesoro, yo que dentro de dos años lo habria doblado, triplicado.... estoy sin nada! ¡nada!... ¡Esto es atróz! ¡esto es morir, mas que cada día, á cada minuto!... Si, á esta terrible agonía que ha de durar quizás años enteros, hubiera preferido mil veces la muerte rápida y segura que os alcanza antes que se nos haya quitado la mas mínima parte de nuestro tesoro.... Sí, lo repito, á lo menos entonces habria muerto diciendo: ¡Poseo!

Polidori miró á su cómplice con profunda sorpresa.

— No te comprendo.... Siendo así, ¿por qué has obedecido las órdenes de aquel que no tiene mas que decir una palabra para hacer caer tu cabeza? ¿Por qué has preferido esta vida sin tesoros, si es que te parece tan horrible?

— Es que, mira.... añadió el escribano en voz mas baja.... Morir es no pensar mas.... morir es la nada.... ¿y Cecilia?

— ¿Conque esperas? exclamó Polidori estupefacto.

— Esperar, no; pero poseo.

— ¿Y qué posees?

— Un recuerdo.

— Pero tú no debes verla jamás, y ella ha vendido tu cabeza.

— ¡Pero á pesar de esto la amo siempre, y con mas frenesi ahora que nunca! exclamó Santiago Ferrand con una esplosion de lágrimas y sollozos, que formaron vivo contraste con la calma sombría de sus últimas palabras. Sí, repuso con una exaltacion espantosa; la amo todavía, y no quiero morir, á fin de poder hundirme una, dos y mil veces con un placer atróz, en esta hoguera que me consume á fuego lento.... Porque tú no lo sabes.... aquella noche en que la ví tan interesante y tan bella, tan apasionada é incitativa.... aquella noche está siempre presente en mi imaginacion.... aquel cuadro en que habia un deleite tan terrible, está aqui, siempre aqui.... delante de mis ojos.... Abiertos ó cerrados por la embriaguéz febril ó por un ardiente insomnio, siempre estoy viendo su negra é inflamada mirada, que hace bullir mis tuétanos dentro de los huesos.... Siento siempre sobre mi frente su aliento.... y oigo continuamente su voz....

— ¡Pero estos son tormentos espantosos!

— ¡Espantosos, sí, espantosos!... Pero la muerte, la nada.... pero perder para siempre este recuerdo tan vivo como la misma realidad, renunciar á ese recuerdo que me destroza, me devora y abrasa.... ¡no.... no.... no!... ¡vivir.... vivir.... vivir pobre, despreciado é infame.... vivir en un presidio!... ¡Pero vivir.... vivir para que me quede el pensamiento.... puesto que esa criatura infernal tiene todo mi pensamiento, y es mi pensamiento mismo!...

— ¡Santiago! dijo Polidori en tono grave, que

contrastó con la amarga ironía con que acostumbraba hablar; muchos dolores he visto; pero jamás un tormento que se pareciera al tuyo.... No podía imponerte mas duro castigo el hombre desapiadado que nos tiene en su poder. No te ha condenado á vivir, no; te ha condenado á esperar la muerte en medio de angustias terribles.... Porque esta confesion me esplica los síntomas alarmantes que veía desarrollarse en tí cada dia, y cuya causa buscaba en vano.

— Pero estos síntomas no tienen nada de grave, ¿es verdad?... Son efecto de la fatiga, de la reaccion de mis pesares.... No estoy en peligro, ¿no es verdad?

— No, no; pero tu posicion es grave, y no hay que empeorarla. Tienes ciertos pensamientos que habrás de desechar por fuerza lejos de tí.... A no hacerlo asi correrias grandes riesgos.

— Haré lo que quieras mientras viva.... porque no quiero morir. ¡Oh, los clérigos hablan de condenados!... Y jamás han imaginado para ellos un suplicio igual al mio.... Atormentado por la pasion y por la avaricia, tengo dos llagas vivas en vez de una, y ambas me dan igual dolor.... La pérdida de mi fortuna me es insoportable.... pero la muerte me seria mas horrible todavía.... He querido vivir: aunque mi vida no será otra cosa mas que un tormento sin fin, sin salida; pero no me atrevo á llamar la muerte.... porque la muerte estinguiria en mí mi funesta felicidad.... ese espejo de mi imaginacion en que se me aparece sin cesar Cecilia....

— Pero al menos tienes el consuelo de pensar en el bien que has hecho para expiar tus crímenes, dijo Polidori recobrando su ordinaria sangre fria.

— Sí, búrlate, tienes razon.... revuélcame sobre

carbones encendidos.... Bien sabes tú, miserable, que aborrezco la humanidad; bien sabes tú que esas expiaciones que se me imponen, y en las cuales encontrarían los pobres de espíritu algun consuelo, no me inspiran á mí mas que odio y furor contra los que me obligan á ellas y los que de ellas se aprovechan.... ¡Ira de Dios! Pensar que mientras arrastraré yo una vida espantosa, no existiendo mas que para gozar de dolores que espantarían á los mas intrépidos.... verán aligerarse su miseria con los bienes de que se me ha despojado á mí esos hombres á quienes detesto... ¡Pensar que esa viuda y su hija darán gracias á Dios por la fortuna que las restituyo.... que ese Morel y su hija vivirán con comodidad.... y que ese German tendrá un porvenir honroso y asegurado! ¡Y ese clérigo! ¡ese clérigo que me bendecía cuando bañado en sangre y hiel, le hubiera dado de puñaladas!.... ¡Oh, esto es demasiado! ¡No, no!... exclamó apoyando sobre su frente sus dos manos crispadas: mi cabeza se abre al fin.... mis ideas se turban.... ¡Ah, no resistiré á esos accesos de rabia impotente.... á esas torturas que renacen sin cesar! ¡Y todo esto por tí.... Cecilia.... Cecilia! ¿sabes tú al menos que padezco tanto? ¿Lo sabes tú, Cecilia, ó demonio salido del infierno?

Y agotadas sus fuerzas con aquella espantosa exaltacion cayó Ferrand sobre su silla, y se retorció los brazos echando rugidos sordos é inarticulados.

Polidori no se sorprendió al ver aquel acceso de rabia convulsiva y desesperada. Como que poseía una esperiencia médica consumada, conoció fácilmente que la rabia de verse desposeido de su fortuna unida á su frenética pasion por Cecilia, habia producido en Santiago Ferrand una fiebre devora-

dora. Y no era esto lo peor.... porque en el acceso de que era presa entonces el miserable escribano, distinguió Polidori con inquietud algunos anuncios de una de las mas espantosas enfermedades que hayan desolado jamás al género humano, y cuyo horrible cuadro han trazado tan admirablemente Paulo y Arateo, tan profundos observadores como grandes moralistas.....

De repente se oyó llamar precipitadamente á la puerta del gabinete.

—Santiago, dijo Polidori al escribano; Santiago, reponte, aqui viene gente.

El escribano no lo oyó: medio acostado sobre su pupitre, retorciase las manos en medio de una violenta convulsion.

Polidori fué á abrir la puerta, y vió al oficial mayor que, pálido y con un vivo trastorno pintado en el rostro, exclamó:

—Tengo que hablar con el señor Ferrand al instante.

—Silencio.... en este momento está atacado por un gravísimo dolor, y es imposible que os oiga, dijo Polidori en voz baja; y saliendo del gabinete, cerró la puerta.

—¡Ah, señor! exclamó el oficial; vos que sois el mejor amigo del señor Ferrand, acudid á su socorro; no hay que perder un momento.

—¿Qué quereis decir?

—Por orden del señor Ferrand habia ido á decir á la señora condesa Mac-Gregor, que le era imposible ir hoy á su casa como ella le habia pedido...

—¿Y bien?

—Esta señora, que parece estar fuera de peligro ya, me hizo entrar en su aposento, y exclamó en tono amenazador: «Volved á decir al señor Ferrand

que si antes de media hora no está en mi casa, será preso como falsificador antes del día de mañana.... porque una niña que hizo pasar por muerta, no lo está.... sé á quién la entregó, y sé en dónde se encuentra en la actualidad (1)....»

— Esa señora deliraba, contestó Polidori con frialdad, y encogiéndose de hombros.

— ¿Vos lo creéis así, señor?

— Estoy seguro de ello.

— Yo habia pensado lo mismo en un principio, señor; pero como la señora condesa hablaba con tanta seguridad....

— La enfermedad le habrá seguramente debilitado la cabeza.... y los visionarios creen en sus visiones.

— Estoy persuadido de que tendreis razon, señor; porque no podia esplicarme las amenazas de la condesa á un hombre tan respetable como Ferrand.

— Eso carece de sentido comun.

— Debo deciros tambien, que al momento en que salia del aposento de la señora condesa, ha entrado precipitadamente una de sus criadas á decirla que S. A. estaria alli dentro de una hora.

— ¿Eso dijo la criada? exclamó Polidori.

— Sí señor; y mucho me ha sorprendido á mi, no sabiendo de qué alteza podria tratarse.



— No hay duda, es el príncipe, dijo Polidori entre sí; ¡él en casa de la condesa Sarah, á quien no debia volver á ver jamás!.... ¿qué sé yo? no me gusta que se hayan acercado los dos.... esto puede empeorar nuestra posicion.... Y dirigiéndose luego al oficial, añadió: Os repito, señor, que esto no tiene nada de grave, y no es mas que un delirio de la en-

(1) El lector sabe ya que Sarah creía que Flor Celeste estaba todavía en San Lázaro, segun le habia dicho la Mochuelo antes de herirla.

ferma ; con todo comunicaré inmediatamente al señor Ferrand lo que acabais de decir.....

Ahora acompañaremos al lector á casa la condesa Mac-Gregor.




Fin del tomo cuarto.


190
 208
 238
 257
 279
 314
 330
 392
 422

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

	PAGINAS.
Capítulo I. <i>El batel</i>	5
Cap. II. <i>La dicha de volverse à ver</i>	17
Cap. III. <i>El doctor Grifon</i>	40
Cap. IV. <i>El retrato</i>	48
Cap. V. <i>El agente de policia</i>	59
Cap. VI. <i>La Mochuelo</i>	66
Cap. VII. <i>Presentacion</i>	87
Cap. VIII. <i>Murph y Polidori</i>	107
Cap. IX. <i>El despacho</i>	135
Cap. X. <i>No serás lujurioso</i>	151

Cap. XI. <i>La cárcel.</i>	190
Cap. XII. <i>Vinagrillo</i>	208
Cap. XIII. <i>El señor Boselari</i>	238
Cap. XIV. <i>Francisco German.</i>	257
Cap. XV. <i>El Calabozo de los Leones</i>	279
Cap. XVII. <i>El narrador de cuentos.</i>	314
Cap. XVIII. <i>Gringalet y Corta-en-dos.</i>	330
Cap. XIX. <i>Castigo</i>	392
Cap. XIX. <i>Los cómplices.</i>	422

INDICE

De los capítulos que contiene este tomo.

Capítulo I. <i>El batel.</i>	8
Cap. II. <i>La dicha de volverse a ver.</i>	17
Cap. III. <i>El doctor Grifon</i>	40
Cap. IV. <i>El terrero.</i>	48
Cap. V. <i>El agente de policía.</i>	59
Cap. VI. <i>La Mochozelo.</i>	60
Cap. VII. <i>Presentacion.</i>	87
Cap. VIII. <i>Manph y Polidor.</i>	107
Cap. IX. <i>El despacho.</i>	135
Cap. X. <i>No serás taparoso.</i>	157



Cap. I. De la naturaleza de las cosas.	190
Cap. II. De la materia.	210
Cap. III. De la forma.	230
Cap. IV. De la fuerza.	250
Cap. V. De la vida.	270
Cap. VI. De la muerte.	290
Cap. VII. De la resurrección.	310
Cap. VIII. De la gloria.	330
Cap. IX. De la pena.	350
Cap. X. De la eternidad.	370



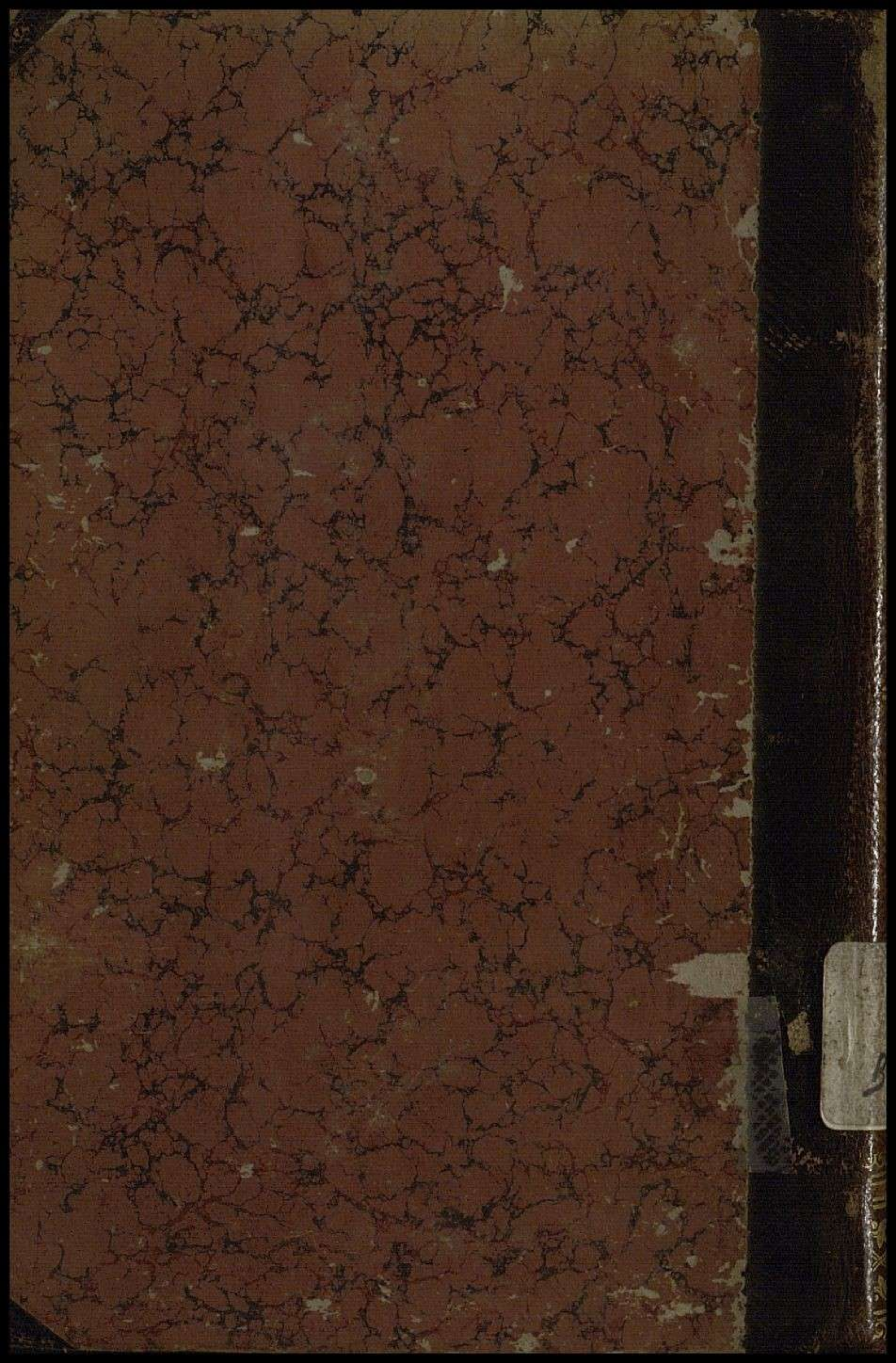












AMSTERDAM

LOS
MISTERIOS
DE PARIS



127

B-2-26

